

HENRICH Y COMP^A, EDITORES

BARCELONA

EN ROMA

ESCENAS Y CUADROS

POR

ANDRÉS MELLADO

ILUSTRACIÓN

DE

R. DE VILLODAS



BARCELONA—1899

IMPRESA DE HENRICH Y COMPAÑIA

R. 8.673

ES PROPIEDAD

LOS IDUS DE ABRIL

UNA TRAGEDIA BAJO CALÍGULA

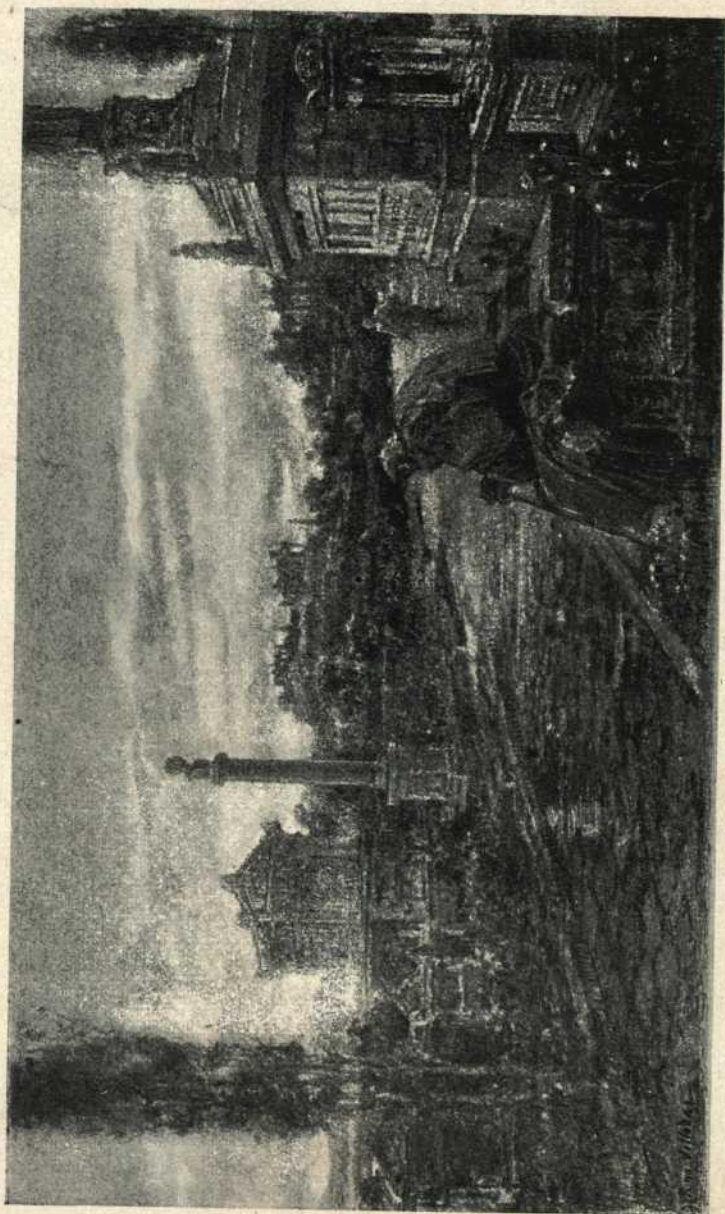
I

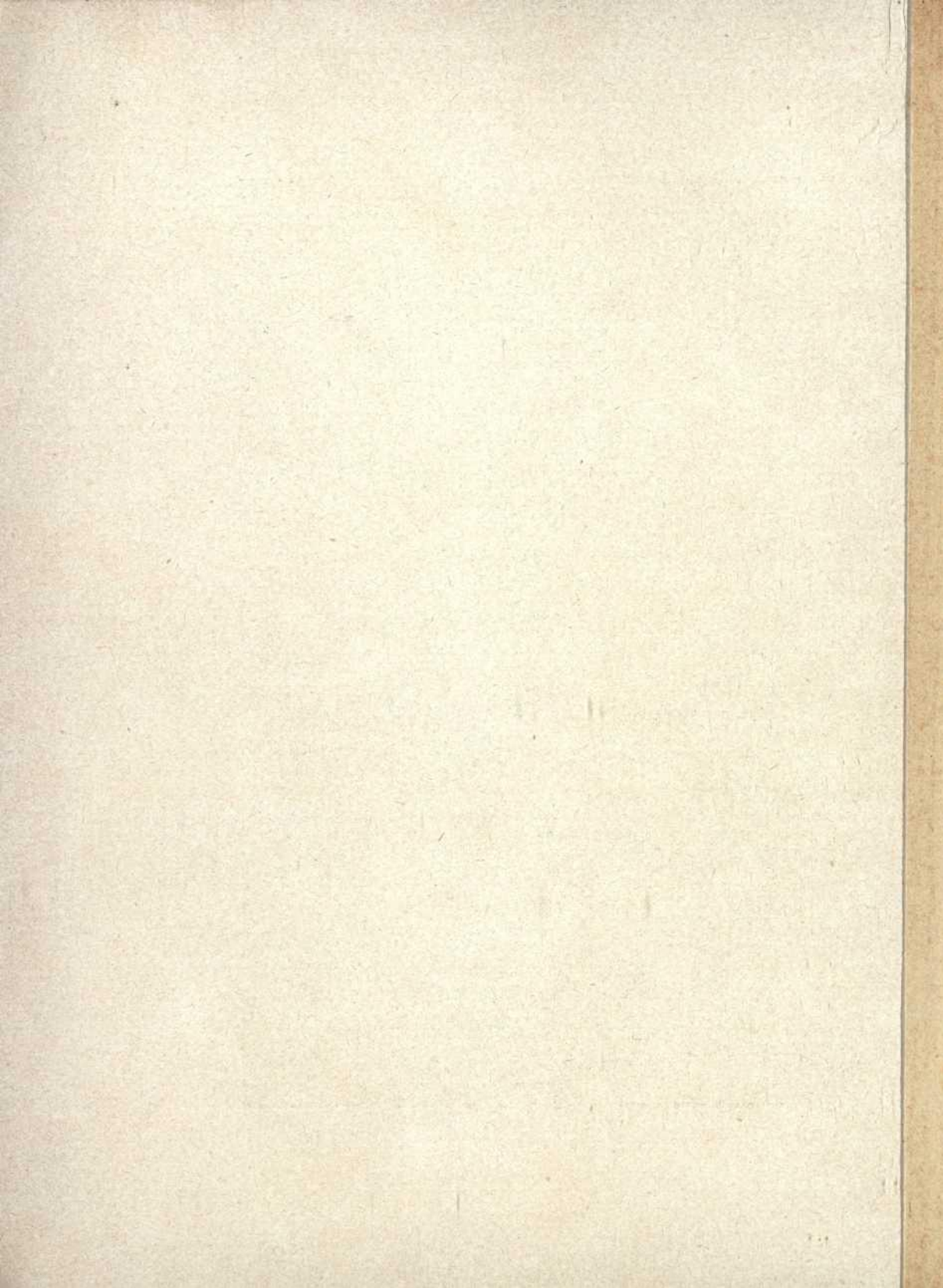
REPÚBLICA É IMPERIO.—HISTORIA DE AMOR

EN una prominencia de la vía Apia, pasada ya la tumba de Cecilio Metelo, y al pie de un altar en ruinas, consagrado á algún vetusto dios latino, detuvo su paso y tomó asiento un anciano caballero, fija la mirada y absorta la mente en la soberbia perspectiva de la Roma de los Césares. Siglos habían pasado desde que casas de madera albergaron á los hijos de Quirino cuando el padre de los dioses tronaba desde la roca desnuda: generaciones de héroes habían salido de dentro de aquellos muros á domeñar el universo; mas el genio romano, que en la desgracia y en el infortunio halló las fuerzas de los titanes para escalar el cielo y vencer el destino, trocóse en vil bacante y en mercader avaro el día en que la victoria y la fortuna hicieron olvidar á los dioses todos de la patria. Al arrebatarse á los pueblos la libertad, Roma había acabado por perder la suya: los vencedores del mundo no pudieron vencer esta ley eterna de la justicia.

En vano buscaban los ojos del viejo observador algo del espíritu antiguo bajo las espléndidas fábricas levantadas por el lujo de los triunfadores y bajo los mármoles y pórfidos de templos y palacios inspirados en arte griego. Á un lado se destacaba el Palatino con las nuevas construcciones debidas á la insensata prodigalidad de Calígula; más al centro rompía el horizonte el templo de Júpiter Capitolino, cuyos frisos dorados deslumbraban la vista á los rayos del sol poniente; el río sagrado corría más allá turbio y cenagoso como el porvenir del imperio, y muy á lo lejos la colina Vaticana se alzaba yerma y solitaria como segregada por designio celeste del contacto de la ciudad prostituída.

Debajo de la púrpura imperial del pueblo rey sólo hervía un hormiguero de esclavos: el Terror había tocado en su mano helada el corazón de la República: los Dolabelas, los Catones, los Escauros, los Cornelios, las estirpes inmortales del patriciado, buscaban en competencia adulaciones que ocultaran su odio cobarde á César: el último vástago de los terribles Claudios compraba el derecho á la vida miserable de bufón de la corte con una imbecilidad fingida; y la turba de los hijos de Remo, los descendientes de aquellos plebeyos del Aventino y del Monte Sacro, se agolpaban por las mañanas en las rampas del Palatino, para saludar con atronadores gritos de júbilo el despertar del dios Calígula y vivían con la espórtula del mendigo satisfechos y felices, al conservar soberanía celosa é implacable en el circo y en el anfiteatro.





Relámpagos de fuego habían lanzado las tétricas miradas del viejo del ara, como si las ideas que despertaba en su mente aquella muda contemplación desencadenaran las tempestades de la indignación y del odio. Tan embebecido estaba, que no advirtió la llegada de un arrogante joven, cuyas facciones parecían modeladas por cincel ateniense y cuya varonil elegancia y gallardía le habrían hecho pasar por Eneas á los ojos de las romanas, exaltadas entonces con los tiernos amores cantados por Virgilio.

—¿Hasta cuándo vas á seguir extático en tus negros pensamientos?—exclamó el recién venido.—Con tu aspecto estatuario, lo venerable de esa querida cabeza y lo triste de tu mirada, me pareces uno de esos poetas judíos que ante las ruinas de cualquiera de sus míseros poblachones improvisan elegías que hacen llorar. Despierta, padre, de esos delirios patrióticos que el libro de Cordo Cremucio ha renovado en tu mente: ¡nunca tolerara César su publicación! Y dime á qué me llamaste á este apartado sitio con tanto misterio, cuando apenas tuve tiempo de descansar del viaje á Grecia, ni de ver á mis alegres camaradas de la ciudad. Mal dice ese libro nuevo que Bruto y Casio fueron los últimos romanos: Cremucio no debió conocerte.

—Hijo de mi corazón—replicó el viejo, á cuya faz había devuelto serenidad inefable la presencia del mancebo, como los rayos de la luna deshacen densos y nublados celajes.—Publio mío, si en algo tienes la tranquilidad de mi vida, el respeto á estas canas, la

memoria de aquella madre querida, espejo de las virtudes patricias, por el amor entrañable que te tengo, por los Dioses inmortales conjúrote á que no vuelvas á entrar en Roma. No bien aparezca el héspero vendrán aquí mis etíopes de más confianza con el liberto Mitrídates y cuanto necesites. Huye antes que sea conocida tu llegada; dilata tus viajes por donde quieras, vuelve á Grecia ó vé á España, que no ha sido visitada por ti. Cada instante que pases en Roma, sufriré horrible agonía: en tu ausencia la inexorable Némesis ha derramado toda la ponzoña de su cáliz sobre la cobardía de los quirites que sirven á un amo; y no impera Calígula, sino las Parcas y las Furias ebrias de envidia y de codicia. Cuando la epidemia de la crueldad pase, yo te llamaré: tesoros inmensos tengo ocultos para el día en que, exterminado el monstruo imperial, la República te llame al honor de las magistraturas restauradas, á devolver la libertad al ciudadano, la honra á la matrona, la vida á la patria. Los dioses te han colmado de favores; no hay en Roma quien compita contigo en ingenio ni en gracia, en gallardía ni en distinción: tu presencia, después de tanto tiempo de no verte, ¡oh Publio, delicias de la vejez de tu padre!, me ha revelado el peligro: ¡ay de nosotros, si el monstruo te ve! ¡Ay de ti y ay de mí triste, si llega á su oído, á su oído que está en todas partes, el aura de tus elogios!

—Si no me conmoviera el exceso de tu cariño—replicó Publio,—me asombraría el vigor con que viven aún en tu pecho las pasiones políticas. Eres el

más bueno de los padres y el más incorregible de los republicanos. Allá en Atenas creíamos que los antiguos partidos de las guerras civiles sólo quedaban ya como Aníbal y Escipión, como Horacios, Curacios y Fabios, para los cantos de Clío ó para que el aprendiz de retórica los confunda con el peso de elocuencia balbuciente; pero tu lenguaje me prueba que vives con un siglo de retraso. No hablas tú, sino mi abuelo, el amigo de Pompeyo y de Casio, el soldado de Filippos. Todas esas visiones de tu fantasía intransigente, no tienen ya realidad en el mundo: hasta los dioses que forman el Olimpo chico de la feroz Discordia, están declarados cesantes por los filósofos. Si hubieras ido, como yo, por las provincias, desde el Tanais al Nilo y hasta los límites del rey de los reyes, habrías visto de cuánta paz y dicha se disfruta, y qué adoración tributan á nuestro joven César. En los campamentos reinan la alegría y la abundancia: en las preturas la integridad y la justicia: cien ciudades de antigüedad casi homérica solicitan cambiar sus nombres por el del piadoso hijo de Germánico: Adimio, el príncipe de los indomables bretones, implora desde el remoto Occidente el patronato de Roma, mientras que en los confines del mundo oriental, sin que las legiones de Vitelio arrojaran una balista, el partho Artabano, rey de reyes, ha rendido homenaje á las imágenes de César en los campos donde vagaba la sombra inulta de Craso. Paz, grandeza, justicia, administración: el universo romano faltaría á los dulces mandatos de la gratitud para con el segundo

Cayo César, si no repitiera unánime con la égloga de Marón:

«No más que un Dios esta merced me hizo,
Y eternamente debe ser mi Dios.»

—¡Insensato!—gritó el viejo.—Los dioses me habían guardado un horror más grande que el de asistir á la servidumbre de la patria, y ha sido oír á mi hijo adorado, á mi esperanza, mal digo, al que sería en breve esperanza de Roma, ultrajar las preclaras sombras de mis abuelos con la inicua defensa de ese feroz demente que ciñe el laurel sagrado. Condene el Destino como el más nefasto de los días, aquel en que las infames artes de los maestros griegos te infiltraron esa filosofía moderna, de que no necesitó el romano para vencer y mandar, pero de la que aprende ahora la bajeza y la adulación. ¿Qué importa á Roma que los turdetanos disfruten en paz de su holgazanería en el regalado clima de la Bética, que los galos se entreguen á las feroces supersticiones de sus selvas, ni que las naves de las islas Jónicas se vean ó no libres de piratas? ¿Qué nos va en que el bárbaro ó el provinciano sea feliz si la diosa Roma se encuentra encadenada á sus colinas como Prometeo y el buitre imperial le roe sin descanso las entrañas, que le renacen por castigo? Vuelves de las provincias, ignoras el estado de la ciudad. Tal es, que en nuestra propia casa no he podido hablarte. Los delatores, esos perros favoritos de Tiberio, que se alimentaban con carne humana, han conquistado mayor poder que

nunca, tanto más temible cuanto más solapada es su inquisición.

«Vivimos cercados de enemigos á toda hora: cocineros, cantores, músicos, mímicos, todo linaje de esclavos, son ojos y oídos que tiene por doquiera la suspicacia de Calígula: se tiembla ante los más próximos parientes; se dirige miradas recelosas á las paredes; hasta los dioses lares y las sagradas imágenes de los antepasados oyen cuanto dices y sirven á las delaciones. Al multiplicar las nuevas necesidades el número de siervos, hemos llenado de espías los palacios y las casas. Hasta hay que adular sus bajos instintos para que no te levanten testimonio falso. Los que han temblado siempre ante el señor, hoy le causan espanto. ¡Hablas de la guerra civil! La delación restaurada es peor, más sangrienta, más ignominiosa que cien guerras civiles.»

—¡Ah, padre mío, los males presentes parecen siempre los peores! Los delatores precedieron muchas décadas de lustros á los Césares: la crueldad no es moderna en Roma: ¡acuérdate de los Gracos! Las hecatombes humanas de Mario, y las proscripciones de Sila te dicen...

—Me dicen — interrumpió el anciano — cuánta era la grandeza y cuál el heroísmo del romano. El patriciado tenía genios, ejército, corazón: la plebe oradores, grandes demagogos, indomable osadía. Se delataba la conjuración contra la República, hoy la irreverencia contra un monstruo: se luchaba por la ley agraria, por la ampliación del derecho latino.

por el gobierno del universo: hoy la suprema aspiración es el poder vivir: la competencia está en adular. Vitelio, después de obligar á los parthos á humillarse ante las águilas, ha tenido que prosternarse á los pies de Calígula. El padre de Agrícola ha sido muerto por no querer delatar en falso á Silano. El degenerado aborto de Julia Agripina que nos oprime ha puesto empeño en quitar hasta el último vestigio de la gloria patricia: á los Torcuatos les ha arrebatado el collar, á Cneo Pompeyo la grandeza, á Cincinato los rizos de la cabellera, á Julio Grecino la vida, porque era más honrado de lo que conviene ser en tiempos de un tirano. Su odio no se detiene en los magnates; no hace una semana fué azotado, hasta morir, un liberto mercader, por haber cambiado de traje ante la efigie del emperador. Si en las provincias hay paz, ¡huye á las provincias!; no sufras este cruel suplicio de los que no tenemos seguridad y sosiego ni en lo más íntimo del hogar, de los que no encontramos sitio donde descansar un instante de la tiranía de Cayo.

—Mucho de cuanto me relatas no es nuevo para mí—contestó Publio;—los cursores que iban hasta nuestras escuelas de Atenas, llevábannos en cada viaje argumentos para cien tragedias de Esquilo. Lo nuevo para mí es el fuego de tu exaltación, esa indignación sublime que te envidiaría el mismo Demóstenes, y que si yo tratara en política, si pensara discutir el orden social me pondría en cuidado; pero ¡por Hércules! te pido cesen tus temores y aun tu

patriótico enojo; la mitad de las que llamas iniquidades cesarianas son grandes justicias, sin las cuales los vástagos degenerados de la gente patricia oprimirían el pueblo multiplicando las tiranías y las antiguas depredaciones.

«El desmoche que aconsejó Trasíbulo de Mileto al nuevo tirano de Corinto descabezando las espigas que sobresalían, tuvo que hacerlo Tarquino el Soberbio. Lo defendió el mismo Aristóteles: hízolo el divino Augusto, luego Tiberio Claudio: lo habrá de imitar todo el que mande en la infancia ó en la vejez de los pueblos, y Roma está ya harto trabajada por los años.»

«Créelo, padre, la libertad hace un siglo que se perdió. Se trata de saber quién entre los rivales se hará dueño de la República y cómo destruirá á sus émulos. ¿Qué hemos de hacer en la contienda? Ningún partido es digno de ti ni de mí. Guardaré silencio; mas desecha tus alarmas.»

—¡Qué obcecación más funesta! ¡El silencio! ¿Ignoras que aun ese derecho nos está vedado? Los romanos se darían hoy por muy contentos con una libertad, la más pequeña de todas, la de no decir nada. Pero la honradez, el don de la elocuencia, la fortuna, el mérito, son los mayores delitos ante Calígula: equivalen á una sentencia de muerte; hay que disimular la virtud y ocultar el talento; hay que descargarse de la riqueza como se aligera un buque en la tempestad.

—Entonces, padre mío, mi único, mi verdadero

amigo, ¿cómo permaneces en la ciudad? ¿Cómo no acompañas tu predicación con el ejemplo? ¿Quieres que me escape de Roma, yo, casi cesarista, y te deje expuesto á esa famosa tiranía, á ti, republicano? Yo obraría como impío y tú como temerario. Si una atracción superior á mis fuerzas no me sujetara hoy á Roma, me alejaría en aras de tu tranquilidad, pero nunca abandonándote. Déjame hasta los idus próximos, cortos días restan: cumpliré mis designios y partiremos á la Bética á pasar el invierno en esa segunda patria de nuestros aventureros y sibaritas.

—Yo no puedo salir de Roma. Sagrados deberes me ligan: como me creen pobre, nadie se toma la molestia de delatarme: oculta la gloria de nuestra stirpe bajo el nombre de obscuro caballero, nadie sospecha: mis años y decrepitud responden de la debilidad de mi brazo para vengar la República. Pero—añadió el anciano inclinándose al oído de su hijo,—la vengaremos, consagrandó la cabeza del criminal á los dioses infernales.

—¡Oh! padre, ¡ya temía yo que todos tus discursos pararan en comunicarme una nueva conjura! Y cuando matéis á César—¡los dioses lo preserven! —¿qué habréis logrado? Asentar la tiranía de Pisón, de Messala, de Vitelio ó de algún aventurero del Pretorio. ¡Un hombre como tú, mezclándose en esas conspiraciones, manera de vivir inventada ahora por los parásitos de moda, y que sería el más ridículo si no fuera el más peligroso de los entretenimientos! No te enojés, querido viejo mío: las conspiraciones han

venido tan á menos, que en Grecia pensábamos que eso sólo servía para el teatro, y aquí, donde me tienes, he sido laureado por una atelana mía, que representó en Corinto una tropa de histriones ambulantes, y en la cual salía un tirano furibundo que devoraba una docena de niños en presencia del público, y hacía el gasto una cohorte de conjuradores tan cómicamente feroces, que apenas salían se perecía de risa el auditorio. No me pongas ceño; por no verte tan ofendido soy capaz de hacer otra en que el coro sea de tiranos, y en que, saliendo de la máquina la cabeza de Medusa los deje á todos tullidos y deformes, y acabe el maestro de los histriones con el verso de Homero, que popularizó Escipión Emiliano: «¡Perezca así quien sea capaz de tanto!» ¿Vas á regañar otra vez? Suspende, te ruego, tus juicios hasta no oirme del todo: te juro por el Leteo,—ya sabes que ni los dioses pueden faltar á este juramento,—que si la más ligera posibilidad de salvar la República quedara, yo esgrimiría el puñal de Bruto sólo por ver á la Esperanza con su risa de niño y sus manos llenas de flores hacer dichosas tus canas; pero ¿qué importa degollar la hidra, si de cada cabeza cortada brotan siete? Y la hidra no es el imperio, sino esa plebe parásita y ese Senado, donde el miedo es todavía la menor de las abyecciones. Por ti, más que por mí, marcharemos de Roma; pero déjame unos días de respiro; díjete antes que un dios irresistible me trae á la ciudad: me desgarraría el alma partir contra mis designios.—Para después de los idus ten dispuesto

el viaje, pero te advierto que no daré un paso si no me acompañas tú y mi hermano. Deja á los dioses el cuidado de vengar ellos de por sí los crímenes horripilantes de ese pícaro monstruo.

—¡Qué cambio se ha verificado en ti durante tus años de estudios y viajes!—exclamó el padre tristemente preocupado;—me han corrompido tu inteligencia los sabios gréculos, pero todavía está sano el corazón. Y en él confío para que marches hoy mismo, y para que no me sirvas de obstáculo á las divinas inspiraciones del Destino. ¿Por qué quieres estar cinco días en Roma? Confíame tu objeto, yo lo haré por ti.

—Imposible. Yo mismo ignoro lo que debo hacer: lo único seguro es que no puedo abandonar á la ciudad sin condenarme á ciega desesperación.

—¿Tan grave es tu empresa?

—Lo es para mi vida: si fueras el terrible *pater familias* de la tradición, guardaría en secreto mis pesares y mis esperanzas; pero contigo, que has sido el más cariñoso de los padres y el más dulce de los amigos, sería inicuo engañarte. Vengo á Roma por una mujer.

—¿Digna de ti?

—Así lo creo.

—¿Patricia?

—Debe serlo, pero no conozco de ella más que el esplendor de su divina hermosura y la pasión devoradora que me enloquece.

—¡Ah triste juventud la de este tiempo — exclamó

el anciano, — que ama lo absurdo! ¿Cómo puedes amar de esa suerte lo que no conoces?

—Padre mío, no has estado en Grecia, y no puedes comprender los filtros mágicos que se respiran en aquel mundo singular.

«Nuestro Cupido es el más venal de los esclavos de Roma: el Eros eolio reina como déspota sobre las almas. La eterna juventud de la patria de los dioses y de las musas repite en cada eco los dulces cantos de Teócrito, los alegres himnos del padre Anacreonte y los ayes voluptuosos de la divina amante de Faon. En el silencio de la noche se oyen aún los mágicos acordes de la flauta de Pan, que jamás resonaron en estas peladas campiñas: aun se escuchan tiernas endechas de las dríadas entre los murmullos de las hojas agitadas por Favonio y las risas armónicas de la náyade en el dulce ruido de cada fuente.»

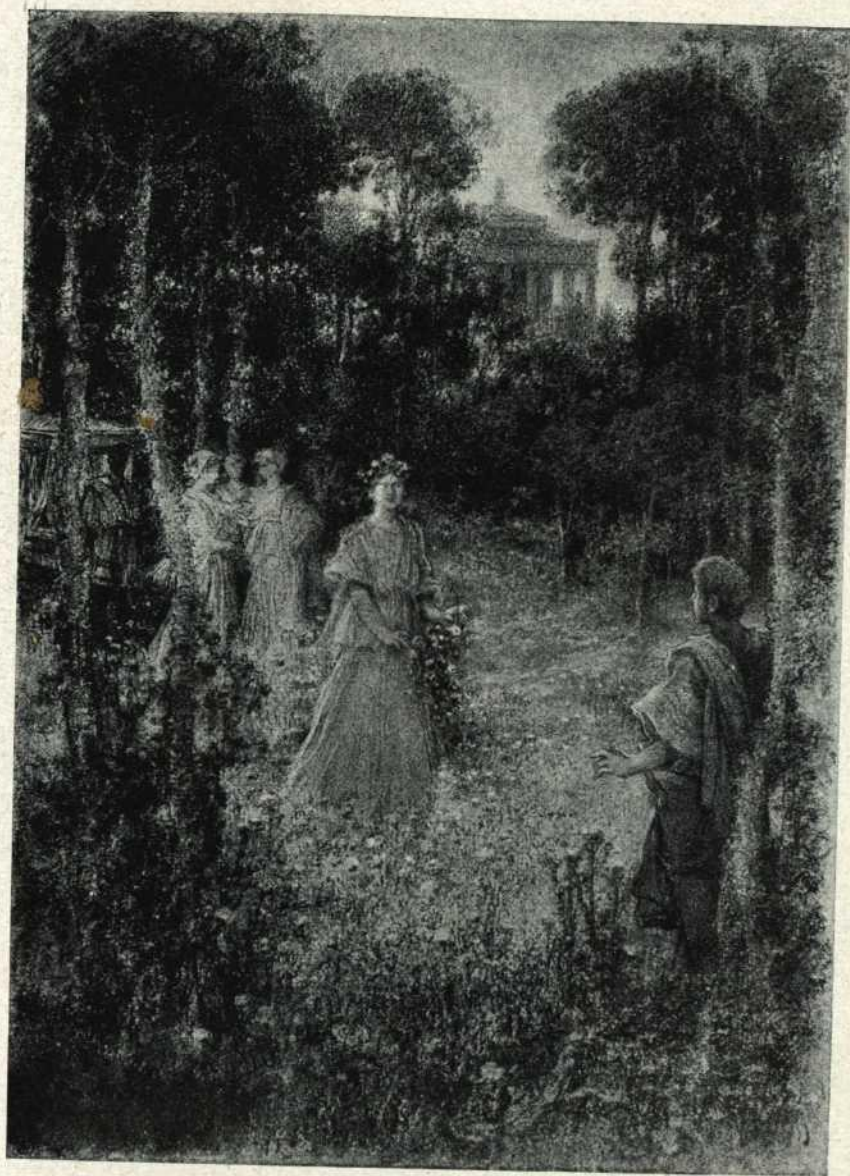
«Es el amor en la deliciosa Acaya la religión suprema. Ni las canas sagradas del viejo, ni el escudo férreo del guerrero, ni la cota más dura todavía del estoico, pueden librarnos de los dardos del dios. Las tibias auras, mensajeras de la deidad de Chipre, someten á los mortales á una misteriosa languidez: el corazón parece sumergido en una atmósfera de luz, de armonía, de indefinibles deseos: diríase que encantadores demonios acarician nuestros oídos con besos y suspiros de amantes invisibles. Al pasar por las Termópilas, he visto junto al león de Leónidas trepar la yedra, ahogando en sus brazos enamorados el antiguo laurel, y he oído el canto de Filomela que

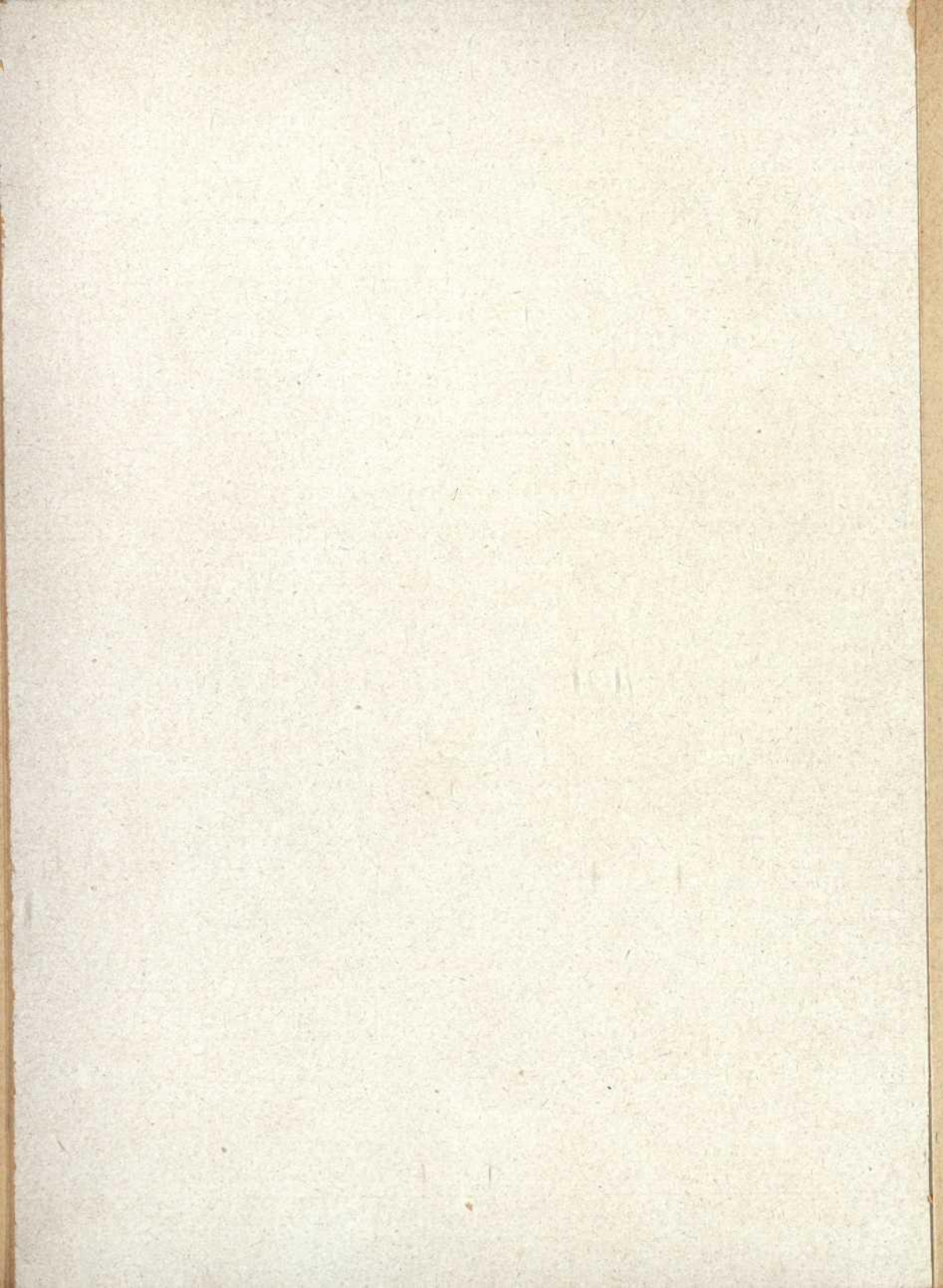
había hecho del cenotafio de la patria el nido de sus amores. Así es Grecia.»

—Perezca condenada á la infamia —exclamó el anciano— la memoria de Quinto Flaminio, que al conquistarla la dejó en libertad de envenenar la juventud romana.

—Viajaba yo al acaso —continuó el joven— por los alrededores de Eleusis, absorto en esa inefable melancolía que inspira á los mortales la tímida luz del lucero de la tarde, cuando un cántico solemne y armonioso, semejante al *iaco* que hizo huir llenos de terror religioso á los ejércitos de Jerjes, salió del bosque sagrado donde se halla el templo. Era el día en que las vírgenes griegas celebraban los misterios de la buena Diosa, misterios tan prostituídos en otros pueblos, tan puros é ideales en la región del Atica. ¿La poesía y la música son hijas de los dioses, ó los dioses nacieron de la música y la poesía? El arte no ha podido averiguarlo, pero es lo cierto que no puede oírse el himno religioso sin que la fantasía y el sentimiento se transporten á las esferas de lo inmortal. Aquellos suavísimos cantos, que repetía á lo lejos dulcemente la ninfa Eco, la solemnidad de la hora, el misterio del paraje trajeron á mis ojos lágrimas de gran tristeza, embargando mi espíritu un éxtasis de amor. ¿De amor á qué? A lo vago, á lo desconocido; así debieron sentirlo los cielos y los mares el día feliz en que de las azuladas ondas nació la diosa de la hermosura.

«La estrella que aquella aurora anunciaba á mi





alma surgió ante mis ojos resplandeciente y fascinadora. Era una romana: al trasponer el bosque bajó de la litera de marfil y oro en que la conducían sus esclavos; varias siervas, tan jóvenes como ella, vinieron á asistirle, y el intendente con otros que la escoltaban á caballo, se apartaron repentinamente.»

«No hay palabra que pueda describirla. La cabellera, rizada naturalmente, caía en gruesos bucles sobre sus espaldas. La frente era pequeña y bordada por sus cabellos echados hacia atrás. Sus ojos resplandecían como luceros en noche sin luna; sus narices, ligeramente arqueadas, de una gracia infinita; su semblante, el que Praxiteles ha dado á Diana cazadora. La blancura del pie, que brillaba por entre las bandas de oro de las sandalias, causaba vergüenza al mármol de Paros. Marchaba sobre las flores sin tronchar sus tallos, que se balanceaban orgullosos á su contacto: los pastores de aquellos contornos se prostaban á su paso creyéndola una nueva deidad, hija de Júpiter y de la Juventud. Cuando aquellos ojos de un azul envidia del cielo, se fijaron con dulzura en mí, temblé de júbilo y corrí hacia su lado. «Te conjuro, le dije, en nombre de tus encantos, no desdeñes admitirme entre tus esclavos: me hallarás religioso si me permites que te adore.» Un ligero estremecimiento agitó su delicado cuerpo, y exclamó: «¡Imposible! ¡Huye! Mi amistad te sería funesta: te he visto en Roma y en Corinto, te amo demasiado para sacrificar tu vida á mi felicidad. No sigas mis pasos; no quieras saber quién soy; mi amor mata: huye y com-

padece á quien te dice ¡adiós para siempre!» — «Divina sirena — exclamé, — tus palabras son el sonido de una cítara que va derecho al corazón, pero que producen mortal amargura: aunque hablara por tus labios el Destino, yo me alzaría contra él. No renuncio á adorarte, aunque una mirada tuya me causara la muerte. No destruyas mis esperanzas, porque á través de la niebla de la orilla Estigia, te seguiré amando y enviándote mis besos encendidos.»

«La encantadora virgen desprendió de su guirnalda las más hermosas flores del loto sagrado, las llevó á sus labios y me las arrojó: «guárdalas, me dijo, en memoria mía», y corrió hacia el templo. Las esclavas se interpusieron á mi paso deteniéndome; un instante después había penetrado en el bosque, inaccesible á los profanos. En vano esperé y busqué por sus contornos, terminadas las fiestas; en vano recorrí ciudades y pregunté en los caminos. La fiebre de la desesperación se apoderaba de mí, cuando yendo de Siracusa á Parténope, próxima nuestra nave al puerto, vimos salir con rumbo á Ostia una trirreme con flámulas de púrpura y jarcias de oro, que no parecía sino la de Cleopatra en la batalla acciana. Una mujer, más hermosa que la reina egipcia, iba en ella: era mi desconocida deidad de Eleusis: las naves pasaron tan cerca, que habría podido oír los latidos violentos de mi corazón al verla un instante y perderla para siempre. «Me sepulto en las ondas, grité, si no vuelvo á verte.» El eco tenue de su armoniosa voz, deslizó en mis oídos estas palabras: «Roma... en

el Teverón... el día de los idus de Abril.» Las naves, como nuestra fortuna, huían la una de la otra, y pronto desapareció en el horizonte aquella visión fantástica, que las náyades y los tritones habrían tomado por diosa de los mares.»

A este punto llegaban de la conversación, cuando un murmullo de voces confusas reveló la proximidad de un grupo de personas que venían hacia la ciudad.

Interrumpieron su diálogo padre é hijo, y vieron pronto aparecer cinco ó seis viajeros descalzos, destrozados y con una extenuación capaz de mover á piedad. Sus semblantes respiraban, sin embargo, serena alegría, y sus ojos brillaban con el destello de la inspiración ó del fanatismo: hablaban un idioma extranjero: un anciano de blanca barba, que parecía dirigir la sociedad, entonó una especie de cántico religioso al descubrir á Roma y le respondían sus acompañantes. Estos se postraron en torno suyo, y él extendió las manos sobre sus cabezas, levantó al cielo los ojos y los bendijo.

Nada comparable al júbilo y á la paz imponente de aquel grupo de mendigos: aureola de luz parecía circundar sus demacrados rostros.

—Hermanos—dijo en mal latín el extranjero viejo adelantándose hacia los dos romanos:—«La paz y la gracia de Nuestro Señor Jesu-Cristo sea con vosotros. Amén.»

—¿Qué gente es ésta? ¿qué dice? Parecen sacerdotes de Cibeles—preguntó á Publio su padre, que ape-

nas entendía el latín gutural que hablaba el viajero, y menos aún el sentido.

—Son judíos de una de tantas sectas como se despedazan con rabiosa furia en Palestina, y te saludan á su manera. ¿De dónde vienes, buen viejo?

—Venimos de Judea en el nombre del Señor: somos cristianos de la iglesia de Jerusalén, que persigue Saulo el fariseo, invadiendo todas las casas y sacando á viva fuerza hombres y mujeres para prenderlos. Dios, nuestro padre, lo perdone, y abra sus ojos á la luz. Esteban, el diácono de Pedro, ha sido muerto á pedradas y nuestros hermanos se han dispersado buscando libertad para predicar la doctrina de Jesús el Nazareno, que murió y resucitó de entre los muertos, de que damos testimonio. ¡Una limosna por el amor de Jesu-Cristo, porque Él ha dicho: «Quien dé de beber, siquiera un vaso de agua, por amor á Mí, en verdad os digo que no perderá su recompensa.»

—Lo de siempre—exclamó Publio, dando un puñado de monedas;—toda esta tropa que está siempre en relaciones con los dioses, no abre la boca sino para pedir algo á los hombres. Toma, peregrino, y los dioses hagan por ti más de lo que al parecer te han favorecido hasta ahora.

—Nada se debe esperar de los dioses—replicó severamente el hebreo,—porque no hay dioses, sino un solo Dios, que es nuestro padre que está en los cielos.

—¿Un solo Dios? —dijo Publio pudiendo apenas contener la risa;—¿qué les ha pasado á los otros? ¿Se

los ha comido Saturno, ó los ha degollado Tiberio al entrar en la familia? ¿Impera el cesarismo en el Olimpo? Buen viaje, amigo, y cuida de no suprimir los dioses delante de los sacerdotes si no quieres que te quemen vivo.

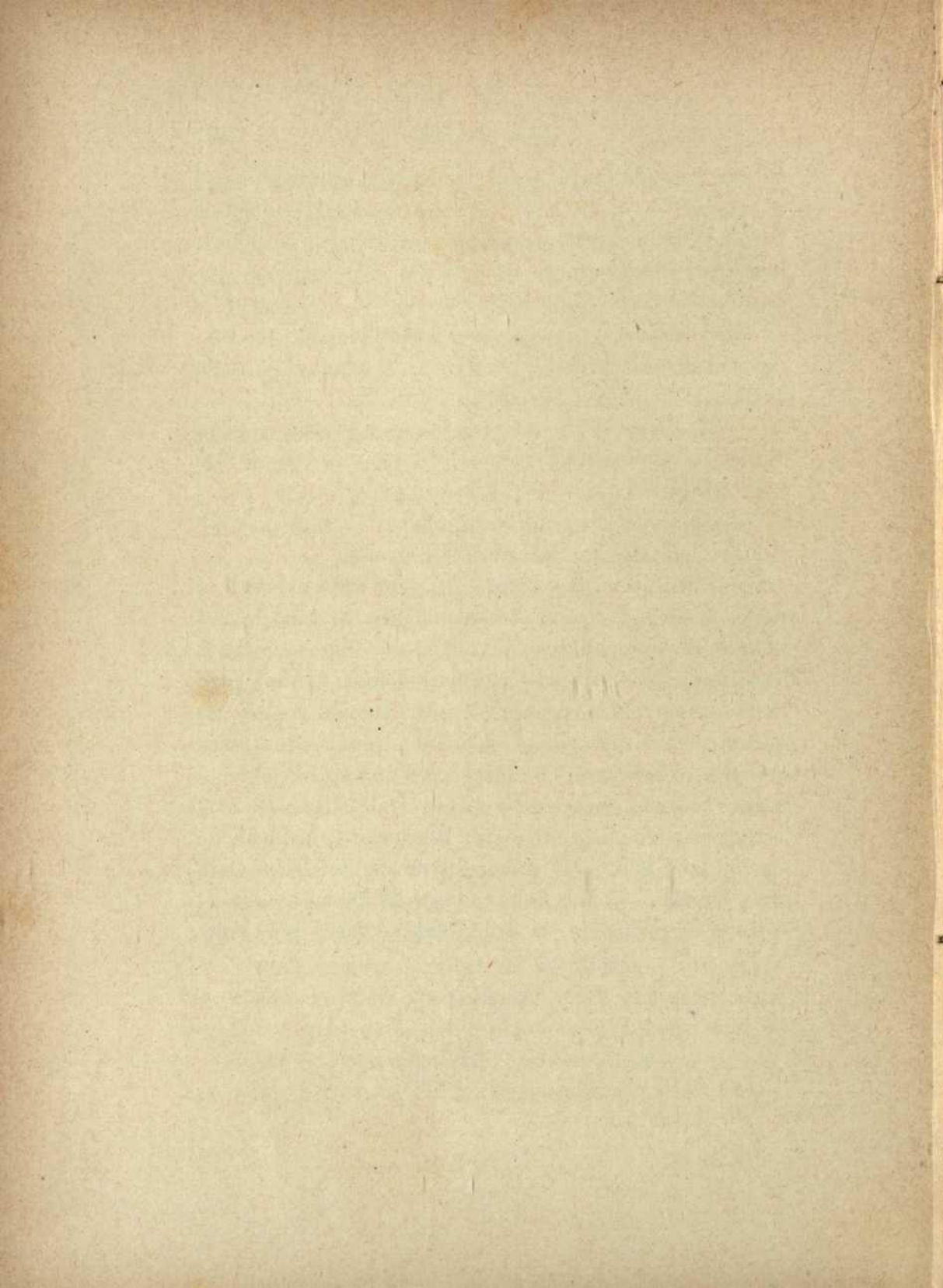
El cristiano no le oía, pues había elevado las manos al cielo dirigiendo una ferviente plegaria por su jovial bienhechor.

—La gracia—dijo al terminar—y la paz os sean dadas de parte de Dios nuestro padre y de parte del Señor Jesu-Cristo.

—Amén—dijeron sus compañeros; y continuó su camino hacia Roma la humilde caravana.

—¿Puede tolerarse esto?—dijo al verlos alejarse el viejo Mucio.—Cuando Roma enviaba al mundo sus primaveras sagradas, la juventud más vigorosa iba á fecundar con su sangre el inculto suelo de las provincias. Hoy nos pagan de esa suerte: todos los pretendientes, los parásitos y mendigos de la tierra refluyen á la ciudad como las aves de rapiña sobre el cuerpo muerto. Roma no sobrevive á la libertad ni á la virtud. ¿Qué nos falta ya? Derrocar la estatua de los hijos de la loba y poner sobre sus escombros un altar bárbaro y sacrílego, donde se inscriba con el epitafio de la patria, la única deidad de lo porvenir:

DEA PROVINTIA



II

LAS HABLILLAS DE LA CIUDAD

EN una ancha plazoleta, próxima á las sombras sagradas, que á orillas del río había legado con sus jardines el divino Julio al pueblo, tenía en costumbre reunirse una de aquellas tertulias, semi literarias semi políticas, á que eran tan aficionados los romanos, y que ya censuró duramente Cicerón como origen de noticias perturbadoras y foco de murmuraciones maldicientes. Pocos patricios, varios caballeros y algunos plebeyos enriquecidos habían escogido aquel lugar como punto de reunión y descanso en sus paseos, y mataban el tiempo, ya departiendo amistosamente, ya recogiendo los rumores, ciertos ó inventados, del día, aunque tocando siempre con recelo los asuntos políticos, por temor á encontrar un delator en cualquier legionario disfrazado, que César enviaba á espiar las conversaciones. Inútil había sido que los ediles, para evitar las tertulias, sospe-

chosas todas á César, quitaran de los parajes más frecuentados los bancos de piedra; cada concurrente al círculo se hacía acompañar de un esclavo con un asiento portátil, y acudían todos puntualmente al mismo lugar, á esa dulce ocupación de no hacer nada, que tanto atractivo ha tenido siempre para la raza latina.

—¡Qué tiempos! ¡Qué costumbres!—decía una tarde Marco Cotta, patricio arruinado por las prodigalidades de su juventud.—La gente nueva, ni tiene gusto ni resistencia para nada: un soplo basta para deshacer á esos hombrecillos jactanciosos, materia apta no más que para el dios Momo. Yo conocí á Tíbulo y á uno de los Lúculos: aquéllos, sólo aquéllos entendían el arte de pasarlo bien; pero ¿qué es hoy ver á esos personajes increíbles, que dictan los senado-consultos de las orgías y del buen tono? Con los cabellos divididos por una raya en medio, tirada á compás; oliendo á perfumes, hasta marear al que se acerca; tarareando una canción de Egipto ó de España, ¿para qué sirven? Todo su arte se reduce á saber agitar en cadencia sus brazos, limpios de vello; á llevar y traer los dichos que se les ocurren á los demás; á acompañar las sillas de las damas y recitar de memoria la genealogía del caballo Hirpino ó Incitato. Han hecho de la noche día, y del día noche; no abren los ojos sino cuando los demás los cerramos, y así han hallado el medio de ser, sin salir de la ciudad, antípodas de sus conciudadanos. Cuando yo era mozo, guardábamos en nuestras estruendosas aven-

turas la tradición de Julio y de Antonio; temblaban los maridos y nos adoraba toda mujer hermosa: no había en Roma quien no conociera nuestros puños y nuestro oro. Hice crucificar á mi esclavo Yugurta — ¡lástima de hombre! valía, mal pagado, cuarenta mil sextercios— sólo porque...

—Cesa ya en la antigualla de tus cuentos—dijo Lucio Afranio;—si te dejamos, eres capaz de sermonearnos hasta que los caballos de Febo se hundan en el mar y vuelva á abrirles la puerta de Oriente la plebeya Aurora. Dinos, si sabes, qué votación hubo en los comicios convocados para esta mañana, porque de mi barrio no ha ido uno solo.

—Yo pasé por el Foro—replicó Cayo Cursor, otro caballero del círculo,—y, según me dijo un edil, no había parecido más que un solo ciudadano, y ése era candidato: ofrecía, en cambio de votos, añadir una letra al alfabeto; y si las carcajadas sirvieran para triunfar, jamás ¡por Hércules! habría magistrado con voto tan unánime.

—No digas más—replicó Afranio,—es Claudio Druso. Si su mujer, la nieta de Mesala, recomendara la candidatura á sus amigos íntimos, no habría quedado romano sin votar.

—Bien hizo Tiberio en ahorrar esa molestia al pueblo romano: ¡trabajo más inútil que desfilas ante las urnas; oír las promesas siempre engañosas de los candidatos; ver cubiertas las paredes de inscripciones huera y ridículas! Quédense para las provincias esos cómicos espectáculos en que los tigres se vis-

ten de corderos antes de la elección, y después del triunfo, hasta las aves se truecan en serpientes! El pueblo rey no necesita de las estériles luchas del Foro para conservar sus preeminencias que reserva para cosas prácticas. Que suban el pan: veremos quién resiste la oposición indomable del romano. Recuerdo aún el estruendo feroz que se extendió desde las calles tortuosas de la Suburra hasta el aristocrático Teverón, cuando Tiberio quitó á las termas la soberbia estatua de Lisipo. ¿Pudo resistir el emperador? ¿A los dos días, no tuvo que devolvérsela á la admiración pública?

—¡Indiscutible!—exclamó un descendiente de los Léntulos.—¿Quién disputa nuestros derechos en el teatro y en el circo? La vida y la muerte dependen de nuestro antojo. Los dioses inmortales tienen que envidiar al pueblo romano lo inmenso de su poder. Sólo me duele en la presente dicha, que César reciba en su palacio y á su mesa á tantos reyes pretendientes como vienen de Asia; no sea que en su comercio nos le malogren, enseñándole á ser tirano.

—Otra preocupación más honda me inquieta cuando pienso en el día de mañana —dijo con cierta ironía un ex cónsul que tenía sus sombras y dejos de filósofo;— en los tres últimos emperadores hemos ido mejorando de tal suerte, que ha ido subiendo el homenaje tributado; Augusto tuvo dignidad, Tiberio majestad, la divinidad ha correspondido á Cayo: ¿qué hemos de hacer al sucesor cuando Jove llame á Cayo á compartir con él el imperio de los dioses?

—Inmensidad, Eternidad, lo llamaría yo — exclamó Cneo Fabricio, uno de los jóvenes más á la moda de la ciudad, —y como dice Virgilio, cada día sacrificaría en sus aras el más hermoso de mis corderos, si fulminara una ley contra la hidra insaciable de la usura. Lo que acaba de sucederme no tiene nombre; nuestros padres con menos razón se fueron al Aventino, y Catón, por más chica causa, se desgarró las entrañas. Ese inmundo liberto tracio, Perseo, que cuando llegó á Roma era capaz de recoger con los dientes un dracma de en medio del lodo, tiene á estas horas más de 300 millones y un número de esclavos bastante para sitiar y tomar á Cartago. ¿No debía perdonarme un pequeño campo que por toda fortuna me queda en la Campania? Pues no; más inflexible que el Destino, ha inventado un medio, ante el cual no cabe resistencia. Se ha hecho poeta: el día del vencimiento de los créditos convoca á sus deudores y les lee sus bárbaras epopeyas; no hay sino pagar ú oír. Yo pude sufrirle dos; la tercera en que canta las proezas de Aníbal en la guerra de Troya y en que Pirro lucha con Eneas en el sitio de Numancia, faltóme la paciencia, le dí para que se cobrara el resto de mi hacienda, y diérale la vida antes de soportar aquel tormento que excede á los rigores de los Decemviro y de las Doce Tablas.

—Noticias del Senado—dijo un recién venido;—llego del templo de Saturno y las traigo tan completas como si lo hubiera oído todo. ¡Qué día más glorioso para Cayo César! ¡Qué triunfo tan incom-

parable! Los padres conscriptos estaban aterrados; César iba á defender la memoria de aquella grande amiga de su madre Claudia Pulchra condenada por el Senado ante las exigencias de Livia; todos los ojos estaban fijos en Domicio Apro, su acusador: los clientes lo habían abandonado. Adonde quiera que iba, llevaba la soledad, ni un senador se atrevía á acercarse al primero de nuestros oradores. César llegó al cabo, seguido de turbas que lo aclamaban con el fragor de las olas cuando nos anuncian la cólera del gran padre Neptuno. La renta de dos provincias no valen su traje de púrpura y las pedrerías que lo esmaltaban; llevaba la barba dorada y en la diestra mano el rayo vengador; Tyndaro el liberto sostenía detrás de él el caduceo de Mercurio, Eutico el tridente de los mares, y los rehenes parthos llevaban en bandejas de oro las tiaras enviadas por Artabano. ¡Salud tres veces al segundo fundador de Roma, al padre de los dioses, al Júpiter latino!, prorrumpió el Senado á una voz, y un silencio religioso se impuso luego á la asamblea, ávida de las palabras y de los gestos de Cayo. ¡Con qué modesta compostura empezó; qué frase más limpia y elocuente al salir por los fueros de la oratoria de los Hortensios y de los Tulios, y al zaherir con punzante ironía el género nuevo de las oraciones cortadas de Porcio Latro y de Apro y las vaguedades huera que va poniendo en boga el cordobés Séneca!

« Cuando habló luego de su madre, muerta cruelmente por los verdugos de Tiberio, cuando invocó



sus manes augustos é hizo el panegírico de su compañera y de la amistad, sagrado don de los dioses, lágrimas ardientes brotaban de todos los ojos, sollozos contenidos se oía por todas partes. Quinto Escauro cayó de su silla curul, presa de mortal congoja: miradas de odio y de amenaza fulminaban fuegos siniestros sobre el gran culpable, sobre Apro, único que no participaba del terror general. César acabó, por último, diciendo con voz terrible é indignada, que mientras la adulación patricia había perseguido á muchos inocentes por complacer á Tiberio, hoy magistrados y senadores encubren á los criminales, á los enemigos de la patria que conspiran contra la vida de la república y del emperador. »

« A mí que soy el príncipe, exclamó, es dado juzgar á Tiberio: vosotros caéis en impiedad al condenar á vuestro antiguo señor por lo que le ayudasteis á hacer. Si el difunto emperador fué alguna vez injusto, no debisteis tributarle honores en vida para infamarlo después de muerto. Su sombra augusta me ha visitado en sueños, y con el acento de un dios me ha dicho toda la traición que se esconde entre vosotros. Por su palabra sé que quien manda sólo inspira obediencia y miedo cuando es fuerte, y ¡por Júpiter! el terror será desde hoy la única ley del imperio para cuantos sacrílegos se atrevan á no amarme. »

Vítores estruendosos siguieron á la hermosa oración; Lépido echó al aire un puñal escondido bajo la toga, y exclamó blandiéndolo: Señálame el más fiero

de tus enemigos, César, y le hundiré cien veces este hierro en el corazón.—Se esperaba con ansia el discurso de Domicio Apro, el canto del cisne del orador de Nimes, á quien todos daban por muerto, cuando éste se dirige á César, se prosterna ante sus plantas y exclama: ¡Honor á los dioses inmortales que me han concedido la dicha de verme vencido por ti! Congratúlome de haber acusado á Claudia, porque sin mi acusación, el mundo no podría pasmarse al oír tu defensa, vergüenza de los Demóstenes y envidia del mismo Cicerón. Decreta mi muerte, porque después de ser mi vencedor en la palabra, soy tu esclavo ante el derecho de gentes, y es justo que dispongas de la vida del que has vencido con una elocuencia que jamás hasta ahora acarició los oídos humanos. Pido al Senado que se graben en planchas de bronce, con caracteres de oro, las palabras del divino Cayo; pido un *senado-consulto* para que la juventud estudiosa lo aprenda de memoria en las escuelas; pido que, traducidas al griego, se estampen en el Areópago, para que la maestra Atenas sea una vez discípula de Roma.»

«César sonrió con agrado, y tendiéndole los brazos, — Levántate — le dijo; — declaro de hoy para siempre sagrada tu persona: tu muerte predicaría sólo mi fuerza; tu vida será constante testimonio de mi victoria.»

— Hábil estuvo Apro — observó el ex cónsul; — bien conoce el corazón humano; quiero decir, el corazón de Cayo.

—Magnánima ha sido la clemencia de César —añadió Afranio. — Eso proclamó el Senado; á la hora en que me vine, los padres conscriptos habían votado que se le tributara una ovación, que su estatua fuera llevada al Capitolio y que todos los años tal día como hoy se hicieran sacrificios en honor de la divina clemencia de César porque ha sabido vencer sus justos furores. El emperador augusto volvía al Palatino, llevado en triunfo por las masas y precedido de Domicio, que marchaba ante el carro como rey prisionero.

Después de comentarios más ó menos forzados sobre el suceso, languidecieron las conversaciones y marcháronse con el entusiasta adulator del César la gente más amiga ó temerosa del amo de Roma. Los más recalcitrantes permanecieron, y estrecharon más el corro.

—¿Quién de vosotros ha visto los pasquines de esta mañana?—preguntó bajando un tanto la voz Léntulo.

Hubo un instante de estupor en el círculo; parecía que se inspeccionaban los unos á los otros para inquirir hasta qué punto podrían fiarse en su discreción de cada cual.

—Yo vi uno—dijo el joven Fabricio;—por cierto que pasé un rato delicioso al hallarlo en la misma puerta de Vitelio. No hay en Roma un valiente más cobarde: ha recorrido el mundo en triunfo, y no da aquí un paso sin recelar de todo, y eso que posee un talismán precioso.

—¿Qué talismán?

—Ha pedido á Cesonia Augusta una pantufla y la lleva en el pecho entre los pliegues de la toga: de cuando en cuando se la pone en los labios con toda reverencia, pero procurando siempre que vea César este homenaje tributado á su esposa. Figuraos, pues, el efecto que le produciría toparse con la inscripción blasfema en su propia puerta: ya se vería en lenguas de delatores y sus tesoros en camino del fisco. Yo le ayudé á borrar el impío letrero, holgándome de su terror cómico, muy superior al del Avaro de Plauto.

—Pero ¿el pasquín qué decía? — preguntó uno de los concurrentes.

—Era un testamento satírico — contestó Fabricio con voz apenas perceptible; — si me prometéis la reserva, os lo recitaré.

—Caronte y el Cerbero sean con el indiscreto: habla.

—Llevaba la firma del difunto emperador, y decía así: «He dejado vivir á Cayo para su desgracia y la de todos. En él lego una serpiente al pueblo romano y un nuevo Faetón al universo. Ni tuve mejor esclavo, ni tendréis peor amo.» — Claudio *Tiberio* Nerón.

—Atrasado de noticias anda Vitelio — dijo el ex cónsul, — si por todo desagravio al epigrama impío cuenta sólo con la pantufla de Cesonia. Nuestra Augusta está amenazada de que su señor la convierta en diosa y la envíe á aumentar el número de las constelaciones celestes. El cruel hijo de Venus Afrodita, oculto tras las columnatas del Teverón, dispara sus

flechas más punzantes sobre el corazón volcánico de César, y los dardos del dios siempre fueron más poderosos que... los filtros.

—¿Volvió de Grecia Julia Antonina? — preguntó Léntulo.

—El fin prematuro de Domicio Enobarbo la hizo acelerar el viaje: muerto su tío, está hoy bajo la tutela de César. El Destino no pudo depararle un tutor más... amante.

—Pero ¿qué novedades me contáis? — exclamó Fabricio. — Júpiter no ha cambiado tan pronto sus amores como el hijo de Germánico. Nada se dijo nunca en la ciudad de esta nueva pasión, y cuando salí hace dos años para Campania, esa Antonina era tierna muchacha.

—La historia de estos amores ha permanecido en el misterio, pero antes de dos días la Fama los llevará á los confines del mundo. La fiereza de los Domicios, que alienta en la hermosa doncella, ha podido resistir hasta ahora la obsesión de César, y la astucia y diligencia de *Barba de cobre* (Enobarbo), apartaron á tiempo de Roma á su pupila; pero muerto el marido de Agripina, ¿quién detiene la voluntad omnipotente de Cayo? Anteanoche — añadió hablando casi al oído de los demás el viejo Pasierno Pollión, — pasó largas horas de vigilia César sentado junto á Júpiter del Capitolio; hablóle en secreto; y entre gritos de cólera y fervientes súplicas, cuyos ecos llegaban hasta fuera, conjuróle á que revelara los secretos inmortales con que encendió el amor en Leda y en Danae, en Semelé

y en Europa. A la madrugada fué recogido del templo en medio de convulsiones semejantes á las del oráculo de Cumas, por más que Mesa, el médico, las atribuye al mal caduco que padece.

—Bien se concierta lo que narras con lo que oyó Phaon el copero detrás del cortinaje.—«¡Qué hermoso cuello!—le decía ayer Cayo á Cesonia. Me enloquece la idea de que á una sola señal de mi índice caería empujado por borbotones de tu sangre augusta.» Y dicho esto prorrumpió en una tempestad de carcajadas, revolcándose por el suelo agitado como por furor báquico.

—Prudencia, prudencia — exclamó Cotta al ver el carácter pavoroso que tomaba la conversación.

—¡Bah!—replicó Fabricio.—Aquí no hay delatores; nos hemos quedado no más que los buenos. Hagamos una vez por todas, que bastante recato nos sobra en las casas. ¡Siempre callar es intolerable! Las naves no han traído á Ostia trigo, sino púrpura, arenas doradas y bermellón para el circo; el partho ha invadido ya la Armenia, y el germano ha pasado el Reno escarneciendo las sombras sangrientas de los legionarios de Varo. El pretorio está descontento y el día menos pensado...

—Calla, calla, por los dioses inmortales, joven temerario — gritó un anciano del corro; — sólo de oírte vacila en mis hombros la cabeza.

—Somos bastante pobres — repuso Fabricio — para que Calígula se tome la molestia de heredarnos. El crimen no va á buscar al pobre en su cabaña. Y

después de todo, ¡morir! ¿Qué es morir? ¿La muerte no es la libertad? Dondequiera que fijas la mirada, dice el filósofo de la Bética, hallarás el fin de tus males. ¿Ves ese precipicio? Por ahí se baja á la libertad. ¿Ves ese mar, ese río, ese pozo? En el fondo de esas aguas está la libertad. ¿Ves ese arbusto raquí-tico y estéril? De esas secas ramas está también col-gada la libertad.

Reinó tras estas palabras un silencio imponente: ¿renacía en el ánimo de los degenerados quirites un sentimiento de dignidad, ó ahogaba el miedo los res-tos de una protesta independiente? Costó trabajo re-animar el diálogo; varias anécdotas insignificantes y domésticas fueron contadas. Cuando la literatura se agotó, volvió á apuntar de nuevo el tema político; que siempre gravitan el miedo hacia el peligro y el deseo hacia lo prohibido.

— Pero volvamos á la historia de actualidad — dijo Cayo Cursor; — me dejasteis con la miel en los labios. Habló Pasieno de la hermosa Antonina, y apagó la querella su voz, como el coro interrumpe al personaje trágico para añadir interés á la escena. ¿De cuánto tiempo datan esos amores? ¿Cómo vivie-ron tan ignorados, cuando César de nada se recata, antes bien, pone empeño en alardear de su omnipo-tencia?

— No es prolijo el relato — dijo el consular, — y aunque es bajo el medio por donde hasta mí llegó, no es menos verídico. Contómelo Vilidia la mágica, que lleva las actas diarias de los amores patricios. Ni

quito ni pongo palabra á lo que oí. Volvía Calígula, César Augusto quiero decir, de las playas británicas. Cien veces su hierro invicto se había hundido en el mar iracundo para domeñar la rebeldía del oleaje: las legiones trajeron millares de pintadas conchas, de nacarados caracoles, bótín arrancado al Océano y despojos de sus ya conquistados dominios. ¿Quién no recordará en Roma el gran triunfo tributado al vencedor del Océano, al émulo de Neptuno? Pues aquel día, en que todos los elementos se postraban mudos ante César Augusto, fué para el emperador nefasto y fatídico. Entre las doncellas de noble estirpe que le arrojaban flores al llegar al Capitolio y cantaban un epinicio digno de Píndaro, estaba la encantadora virgen de la gente Domicia, la casta sobrina de Enobarbo. Un terror religioso se apoderó de César: en Antonina, á quien veía por vez primera, hallaba la misma imagen, la propia figura de aquel amor furioso de su adolescencia, que lo arrastró hasta el crimen, la belleza divina de aquella mujer cuya muerte le hizo abandonar la ciudad y el imperio, y correr por las llanuras de Campania blasfemando de los dioses como Ajax y como Orestes perseguido de las Euménides.

— ¿Drusila Augusta?

— De Drusila sí: tan completo es el parecido, que el mismo César duda á las veces si es fantasma de su mente, próximo á desvanecerse en humo al tocarlo, ó si Hecate Febea, su numen tutelar, arrancó á Drusila de los dominios de Plutón para devolverla, en la apariencia de Antonina, á su amor y á las delicias

del universo. Cayó de hinojos á sus plantas, cubrióse la cabeza y extendió, en ferviente súplica, los brazos hacia ella, invocando el nombre de la infeliz muerta. Antonina huyó espantada ante aquella explosión casi epiléptica de un amor culpable, amparóse de Agripina, y ésta y su marido la ocultaron entre los gigantes galos que vinieron al triunfo: Enobarbo conocía bien á su antiguo compañero de campamento; corrió hacia él, persuadiéndolo de que los dioses inmortales le permitieron ver aquella aparición elísea que no tenía existencia real. Con gran secreto, durante las sombras de la noche, la hicieron salir de la ciudad para cumplir un sagrado voto en un templo del Atica. El cochero Eutico ha conquistado una fortuna cuando delató la verdad del suceso á Cayo; el furor de César no tuvo límites contra el misterio y el engaño de Enobarbo; pero éste, astuto y soberbio, le ha ocultado el lugar del viaje y ha explotado hasta su muerte el secreto y la esperanza de descubrirlo. Al morir el marido de Agripina corresponde la tutela á César, y los siervos más adictos á los Domicios han sido los primeros en ofrecerse á traer hasta Roma á la hermosa virgen. Mil mensajeros con ricos presentes envió el augusto enamorado, y en cien epístolas ardientes le ha cantado los más apasionados versos de Propercio y de Tibulo, sin alcanzar de ella una sola prenda de esperanza. La nave que la trajo á Ostia es más rica que el carro de Anfitrite.

— Pero ¿ella acepta sus favores? ¿No teme á Cesonia? Y, si la teme, ¿cómo vive todavía?

— Antonina es orgullosa como una reina germana, y un invierno en las Galias no es tan frío como su corazón para con Cayo. Lo maneja á su arbitrio: el señor del mundo es su esclavo y la primera ley que le ha dictado es el respeto y el silencio. ¿Es un filtro mágico el que tiene? ¿Es un secreto del oráculo? Vilidia no lo pudo averiguar, y sí sólo, que pronto tendrá el episodio un desenlace, porque César repite ahora sin tregua como una palabra cabalística, ¡los idus de Abril! que están al llegar, y por el mismo Quirino jura la vieja hechicera que se relaciona con los nuevos amores.

Una exclamación de Cneo Fabricio interrumpió al narrador. — ¡Evohé!, gritó el joven atolondrado, — ¿no es aquel Publio Pástor, el hijo del lunático Mucio, nuestro alegre camarada que vuelve de Atenas? ¡Salud, salud mil veces al más gentil, al más elegante y discreto de nuestra juventud dorada!

Era, con efecto, Publio, el hijo del viejo republicano que conocemos, quien se adelantaba hacia el círculo, risueño y regocijado al ver las demostraciones de alegría de su antiguo amigo. Por llegar antes aceleraba el paso, cuando se interpuso en su camino una soberbia litera llevada por etíopes de hermosura escultural y vestidos con oriental lujo. La litera era prodigio de arte, y entre las incrustaciones preciosas de marfil y nácares, destacábase el rayo de Júpiter, enlazado al cuarto creciente de la casta deidad de la noche. Publio no vió esto; sintió sólo estallar dentro del pecho el corazón, cuando al correrse una de las



cortinas de la litera contempló, como aparición divina, la dulce y fascinadora fisonomía de su desconocida del bosque sagrado de Eleusis.

Unas palabras entrecortadas, dulces como égloga de Virgilio, partieron de sus labios ligeramente plegados por sonrisa melancólica. Antes llegaron al alma que al oído del joven amante. La litera siguió su marcha, y Publio quedó en éxtasis de suprema dicha. Habíale bastado á la virgen patricia decir una hora y un palacio. De entre los pliegues de la toga sacó Publio unas flores marchitas y las besó con frenesí. Cuando perdió de vista la litera, se acordó de su amigo y de la gente del corro, que había presenciado la escena. Fué hacia ellos y quedó confundido ante la glacial acogida de todos después del saludo amistoso del principio. Apenas había quien osara hablar: en seguida empezó el desfile: no bien se acercaba Publio á alguno, éste pretextaba cualquiera urgencia y se despedía. Pronto quedaron solos él y Cneo Fabricio.

— ¡Insensato! — exclamó éste — ¿qué acabas de hacer? Huye de Roma si es tiempo aún. ¿Sabes el nombre de esa mujer á quien has enviado tus besos ante todo el pueblo?

— ¡Ah! por Palas Atenea, conjúrote á que me lo digas: así la deidad poderosa de Chipre...

— Es... Julia Antonina.

— Una Domicia. Bien presumía yo lo egregio de la ilustre raza: su hermosura divina corresponde á su sangre.

— ¡Aun no tiembles, desdichado! — añadió Fabricio. — Hoy se llama Antonina, mañana será Antonina Augusta. Calígula repudia á Cesonia, y para los idus de este mes va á compartir con la hermosa pupila el imperio del mundo.



III

ASÍ LO HILARON LAS PARCAS

Los ediles habían recorrido las calles y registrado los monumentos públicos: la orden de apagar los hogares se había dejado oír. La noche, entronizada sobre los montes Sabinos, había envuelto la Ciudad Eterna en el más negro de sus mantos. El río en su curso tortuoso, como si no acertara entre las sombras su camino, no reflejaba una luz de las márgenes ni una estrella del cielo. La gran bacante, que en el panteón de Agrippa tenía prisioneros á los dioses todos de la tierra, dormía ebria de sangre y agitada aún en sus sueños por la sed calenturienta de la codicia.

En aquel inmenso cerebro del mundo antiguo los sueños reunían en sus extravagantes fábricas de una noche, fundiéndolos en un solo tiempo y espacio, jirones de lo pasado, angustias y esperanzas de lo presente, con fantasías proféticas de lo futuro. En la

atmósfera fosforente de la ciudad dormida, especie de fuegos fatuos que marca en las tinieblas á seres invisibles la estela de la vida, flotaban como en el flujo y reflujo del espíritu humano las últimas olas de la generación sacrificada en Farsalia y en Filippos, las irradiaciones postreras de la República y de la libertad, los deslumbradores reflejos de las apoteosis de Julio y Octavio, la catarata de luz prestigiosa de la gloria y de la paz del imperio, donde quemaba sus alas de mariposa la democracia del Aventino y del Monte Sacro. Y en medio de esas grandes corrientes que compendaban la gran transformación, danzaban en torbellino como poseídos de furor báquico los sueños materiales del momento, las imágenes halagadoras del deseo, las sombrías proyecciones del dolor.

Muchas naves cargadas de trigo arribando sin cesar á Ostia, luchas incesantes de gladiadores y de fieras en circos enarenados de oro y bermellón, raudales de vino corriendo de las fuentes públicas, las saturnales reproducidas cada mes, las preturas y las provincias al alcance de todos, la acusación de lesa-majestad fulminada contra los émulos de cada uno, termas, fiestas, ánforas inmensas del Chipre y del Falerno perfumados, coronas de rosas, triunfos, oraciones y ayes de víctimas inocentes, orfandad y despojo, terrores capaces de sacrificar los más santos amores al cobarde egoísmo, la incertidumbre del derecho, la incertidumbre de la vida, la esposa casta repudiada en la orgía, el tierno recién nacido ex-

puesto en la vía pública no á la caridad, sino á la explotación del mercader de carne humana, la adúltera comprando la impunidad infame con el favor al poderoso, y el senador que inmóvil en su asiento no había temblado al sentir el filo de la espada gálica, meditando ahora nuevo linaje de adulación hacia el dios nuevo, el dios único, Calígula, un pedazo de lodo amasado con sangre.

¡Ni un solo sueño consagrado á la libertad y á la patria! La tribuna de las arengas, donde habían resonado los acentos inmortales de Escipión, de Tulio y de Hortensio, ya ni guardaba aliciente bastante para excitar á las profanaciones lascivas que pusieron en moda los caprichos de Julia la hija de Octavio y los amores de Antonio, el hijo del Triunviro.

Y sobre aquel océano, negro como el crimen y el averno, pesaba el Destino en la balanza de la justicia eterna la virtud antigua y el crimen nuevo, y como sentencia superior á los dioses, llamaba dos vengadores invencibles: una idea y una espada. A la primera abría un camino de luz trazado por el sol de oriente hasta el ocaso; á la segunda prometía hacer pedazos el dios Término para que sobre ellos se desbordaran sus guerreros en una inundación sangrienta desde el norte al mundo entero.

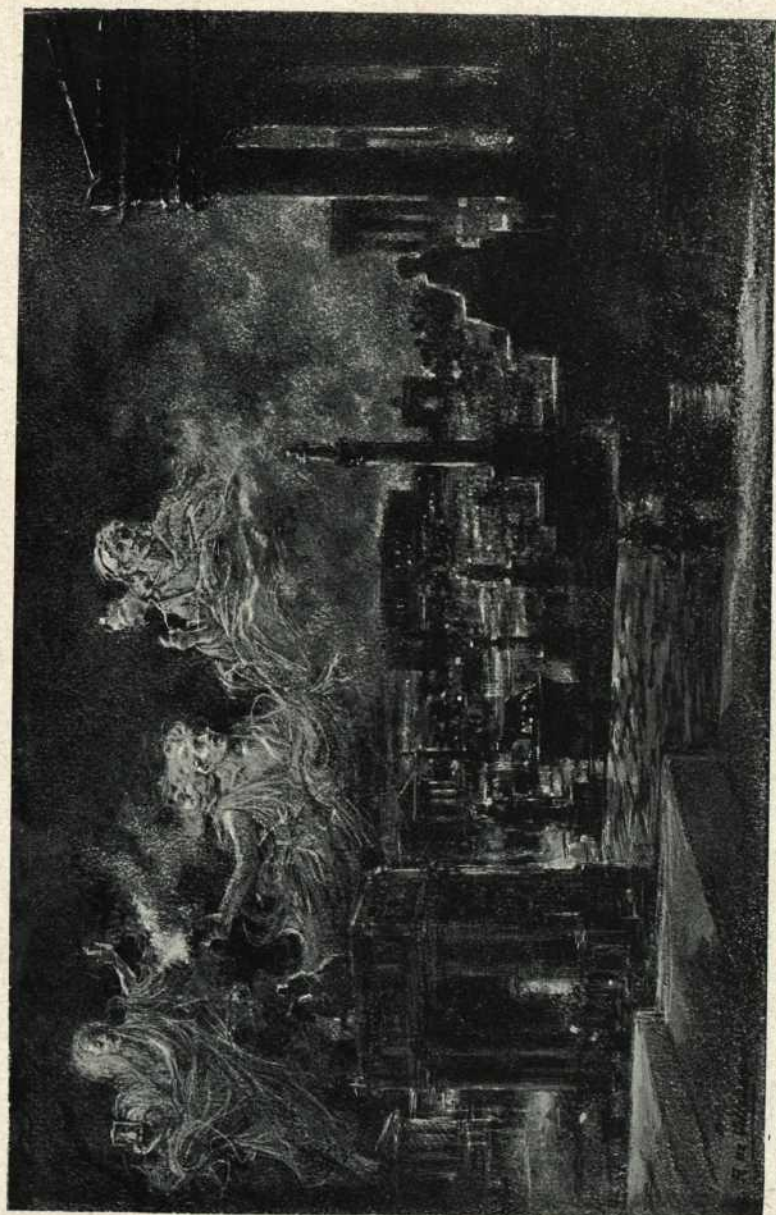
El pueblo-rey dormía en tanto; centenares de estatuas, orgullo del patricio ó adulación de la plebe, velaban el sueño de la ciudad y reinaban en el silencio. Cástor y Polux, gigantescas moles de mármol, se destacaban entre las sombras, sentados ante el pór-

tico de la casa de los Domicios, como dioses protectores de tan ilustre estirpe, á cuyo fundador habían anunciado la victoria del lago de Regilo contra el último rey de Roma.

Silencio lúgubre parecía envolver la soberbia morada, cuyos lares protegían entonces á dos personas sagradas para el Imperio, la hermana y la pupila del príncipe del Senado. En los últimos linderos del jardín que rodeaba la casa y recatándose entre los árboles, se deslizaba de vez en cuando un fantasma blanco, alto y escueto, de faz lívida y tal como las sombras de los muertos infelices, condenados á vagar del lado de acá de la Estigia por las entrañas de bronce del infernal barquero.

El aire agita las hojas de los árboles, produciendo melancólicos rumores, semejantes á los del sagrado bosque de Dodona, cuando el oráculo del dios envía tristes presagios á los mortales. La hermosa Agripina, agitada por fatídico sueño, despierta en su lecho de marfil; ha visto la sombra del esposo recién muerto señalar con espanto la cuna de oro de su tierno vástago, y siente deslizarse en su oído palabras que se clavan como un puñal en las entrañas:... «el destino de la sangre de César es el parricidio: acuérdate de Julio, aprende sus palabras, para cuando tengas que repetir las: «¡Tú también, hijo!»

Ahogada en mortal congoja se levanta la hija de Germánico: ¿amenazará algún peligro á su tierno Domicio? ¿Querrá segar en flor aquel inocente retoño de la familia Julia, la cruel suspicacia de Calígula?



La madre corre á velar el sueño de la divina criatura, y queda absorta en éxtasis de admiración al ver aquella hermosa y dulce carita, cuya tersa frente corona la más pura inocencia, y cuya sonrisa transparenta el candor y la felicidad.—«Tú serás César, exclamaba Agripina, tú serás la delicia del género humano»; y con los ojos humedecidos por lágrimas se inclinó á depositar un beso en las rosas de sus mejillas.

—Madre, madre —gritó el niño despertándose,— soñaba que el dios Pan me había regalado su flauta de marfil, y me decía riéndose que iba á robarle la lira á Orfeo para dármela si soy bueno. Yo quiero mucho al dios Pan, y no es tan feo como dice mi vieja Alejandra. ¿Sabes tú á quién se parece? Al tío Claudio. Cántame una canción bonita para que me duerma.

Y el niño levantó sus bracitos, ciñó el cuerpo alabastrino de Agripina y quedó dormido el futuro incendiario de Roma sobre aquel regazo materno, que había de abrir en canal, profanando con infame parricidio las entrañas que lo habían concebido.

Julia Antonina velaba también en la casa: ¿por qué el ruiñeñor que cantaba siempre sus amores en el cinamomo inmediato al cubículo de la virgen enmudecía aquella noche? En vano Eudicea, la esclava eolia, luchaba para endulzar la amargura de que rebosaba el corazón de la enamorada; en vano le recitara los más dulces cantos de Alfeo y las más apasionadas odas de Safo. Julia Antonina no la escuchaba, y fija la mirada en las sombras de la noche, diríase que interrogaba á sus tinieblas, queriendo

leer en ellas los misterios del Destino. La noche le parecía interminable, más eterna que fué para Anfitrión la de los amores de Júpiter y Alcmena. Con las sombras crecía la congoja, tenaz y punzante en el corazón de la patricia, como el tábano de Ino. Antonina no lloraba, no había llorado nunca: la pasión jamás revistió en su alma los tonos suaves de la melancolía; tenía su carácter temple de acero: sus aficiones eran fanatismo: su amor sacrificio y frenesí: sus penas el huracán abrasador del desierto: su cólera tenía la terrible indignación de Themis cuando ve profanados sus altares, y parecíase al rugido del león al sentir en la carne viva el hierro candente del domador.

— Canta á la diosa, Eudicea: séanos propicia la divina patrona, antes de empezar nuestra empresa: que me ponga á salvo y libre del odioso tirano mi amor y al amado de mi alma: y juntando las manos en ademán de súplica, las elevó hacia el cielo.

Así cantó la esclava, acompañando las dulces modulaciones de tenue voz con la lira de tres cuerdas:

— «Protectora de las justas nupcias, reina del honor y de la familia, deidad que conservas inextinguible el fuego sagrado en el hogar y la fidelidad en el corazón de la esposa, Juno Pronuba, Juno Lucina, ¡salve!

»Tus ojos son serenos como el alma de la vestal, tu frente majestuosa aterra al malvado más que la espada invencible de Marte y el carro de guerra de Belona; en la rosa entreabierto de tus labios nace el inefable aroma de los amores castos; las Horas y

las Gracias jugueteen entre las esplendentes ondas de tu negra cabellera: tú abandonas el trono del Olimpo y el templo de Samos para escuchar ¡oh, reina! el juramento de la tímida desposada; tú coronas con auspicios de dicha el misterioso tránsito de la nada á la luz y presides el amanecer á la vida de los héroes y de las beldades; tu ara es la virtud, tu cetro la rueca, tu himno más querido el beso de los esponsales y la jugueta algarabía con que el pequeñuelo canta las delicias del amor materno. ¡Oh Juno, Salve!

...Cuando tú reinas, truecas en religioso sacramento el robo impío de los hijos de la Loba, unes en lazo de amor al sabino rencoroso con los rapaces compañeros de Quirino; tú rompes la odiosa corona de los reyes y entregas su memoria infame á las furias sobre el cadáver de la ultrajada Lucrecia. Cinco ejércitos no pueden detener el ímpetu torrencial de la venganza de Coriolano: los patricios se humillan ante su enojo, el Senado se doblega como el junco combatido por el ábrego; ya ahoga con férreo abrazo el sagrado recinto de la ciudad el iracundo guerrero; una hora más y el peregrino buscará por las riberas del Tíber los restos de Roma como pregunta hoy á las pobres corrientes del Axo dónde fué Illion; pero tú reinas aún ¡oh Juno! y las lágrimas de las mujeres hacen retroceder al héroe, y el templo á la Fortuna cuenta á los tiempos el poema perenne de la madre y de la esposa que salvaron la patria.

«Cuando la hija del héroe de la familia Julia, el primer Cayo César...»



— ¡Basta! — exclamó Antonina; — no pronuncies ese infame nombre; que no llegue á oídos de la diosa el recuerdo del monstruo, consagrado sólo á las furias y á los dioses infernales. ¡Ay de mí, que lo encontré en la aurora de mi vida, y ha bastado su aliento de reptil para envenenar el aire que respiro! Créeme, Eudicea, desde que leo en su mirada cínica ese espantoso amor que lo devora, empiezo á despreciar mi hermosura, y hasta de mí misma abomino.

— Serénate, señora — replicó la sierva predilecta; — tu imperio sobre César es más grande que el suyo sobre el mundo. El que ha podido cabalgar victorioso sobre las espaldas del mar Tirreno, no osa dar un paso para acercarse á ti, como un signo imperioso de tu mano le mande detenerse. Noches enteras pasa rodeando tu casa: ahí suspira y ahoga sus sollozos, para que el eco de sus quejas no despierte tus iras. ¿Qué te importa que amenace reducir á pavesas el imperio, y que jure por el Leteo que has de ser suya y tuya Roma, si cuando te ve tiembla, quédase sobrecogido de terror, y se arrastra á tus pies en el paroxismo del delirio y de la humillación?

— Más odioso me es suplicante que amenazador: mayor asco me infunde revolcándose á mis plantas en las convulsiones de vil abyección que cuando ruge en el Palatino pidiendo que el orbe tenga una sola cabeza para segarla de un tajo. ¡Pobre Publio, luz de mis ojos, si César sospechara siquiera que nos hemos visto y que verte es amarte para siempre! ¡Oh! no, Eudicea, ni un día más en Roma. Apenas cante el

gallo, huiremos de nuestros lares. La misma Cesonia, interesada en que yo desaparezca de la ciudad, me dará albergue mientras prepara una nave que nos conduzca á la isla Pandataria. De aquel cruel destierro haremos nuestros Campos Elíseos. El mejor medio de hacer perder la pista al malvado, es esconderme en su propia casa. Y sin embargo temo; no logro aliviar el peso de fatídicos presentimientos que me abruman. Si tienes valor me sigues, que nuestra proscripción voluntaria durará poco, porque los dioses inmortales no pueden consentir por mucho tiempo que Calígula deshonne á Roma con su presencia.

— ¿Has oído, señora? — preguntó la esclava temblando: — ese grito es de algún hombre herido de muerte; ¡ay, señora mía!, la sangre se me hiela de espanto.

— Por desdicha, pobre querida mía, los crímenes no pueden ya sorprendernos en Roma por horribles que sean. Calígula está arruinado y habrá querido heredar á algún ciudadano rico al volver de alguna orgía. ¿Qué sería de mí, y cuál mi terror si no supiera por sus últimas promesas amorosas que Publio está en camino de un puerto de Campania para esperar luego mi llegada?

— El amor te hace egoísta, inhumana — dijo la griega: — quien quiera que sea el que sufre es un hombre; tal vez un padre que deja en la orfandad á una familia; tal vez un hijo, esperanza y sostén de un anciano que le adora. ¡Ah! mi corazón sangra: ¡cuánto dolor y cuántas lágrimas! ¡Oh sí, huyamos

de Roma, huyamos de esta diaria hecatombe de seres humanos!

— Los dioses te sean propicios por tu buen acuerdo: Citeres encienda en amores por ti al más valiente y afortunado de mis gentiles. Tu compañía es lo único que faltaba á la dicha que espero... Toma esta esmeralda en memoria de tu abnegación: la reina Cleopatra la regaló á mi bisabuelo Antonio al partir para la funesta batalla. Pero, ¡cuándo terminará esta noche! Espero y temo: la incertidumbre me da fiebre: tenlo todo dispuesto: encierra todas las joyas en el cofrecillo, y antes que claree, marcharemos. ¡Oh, Lucina!, ven en nuestro auxilio.

.
.

El canto agudo del gallo anunció al fin la proximidad de la aurora: ligeras franjas de púrpura tiñeron el Oriente de carmín, como si el color de la vergüenza, que ya no se retrataba en la marmórea palidez de la diosa Roma, se pintara en el cielo, reflejando la sangre de las víctimas y la ira de los dioses inmortales. Aun se oían los últimos ecos de la orgía en el palacio de los Othones: sus voces roncadas y el choque vacilante é incierto de los brindis postremos. El río continuaba su monótona canturía: las estatuas, con los ojos eternamente abiertos, hundían en la obscuridad sus inmóviles pupilas, como si la cabeza de la Gorgona las hubiera comunicado el hielo del terror: el perro de un tugurio próximo, fiel guardador de la miseria de un libertino, lanzaba ese

aullido penetrante y fatídico que parece olfatear la muerte.

Dos sombras blancas se deslizaron por entre las arboledas de la casa Domicia: marchaba la primera enérgica y resuelta, temblorosa y vacilante la segunda. Aunque las sombras eran todavía densas, en los contornos y en el andar se adivinaban dos mujeres. Al poner el pie fuera del recinto tropezó y cayó la primera: un grito ahogado se escapó de su garganta:

— ¡Señora! — exclamó la acompañante.

— ¡Eudicea! — dijo la otra con voz velada por el espanto, — ¡el grito que oíste ¡dioses inmortales! no era ficción del miedo! Aquí hay un hombre muerto á nuestra puerta; la vida humea aún en el cadáver. ¡Oh, Lucina, valme! Al caer sobre el infeliz, la sangre ha salpicado mi seno, y mi túnica debe estar enrojecida. Grita, Eudicea, que vengan los siervos con antorchas para honrar los manes del muerto, y que no vague errante su sombra maldiciéndonos, insepulto en la orilla Estigia.

— Guárdate de ello, señora — replicó la esclava; — dar voz de alarma es perderte y descubrir tu fuga. César no tardaría en entregarme á las fieras ó en darme muerte en cruz por no revelarles tus designios. Si las parcas cortaron el hilo de ese desdichado, todo tu poder no alcanza á variar la voluntad de los hados. ¡Quizá, señora mía, no sea más que un criminal común; tal vez un reo de lesa majestad, traidor á la República!

— ¡Oh! no, no — exclamaba Antonina postrada ante el cadáver; — no debe ser culpable. Hace ya muchos consulados que los criminales son los que matan y los inocentes los que sucumben. La justicia no hiere en las tinieblas. En vano mis ojos buscan tus facciones, víctima infeliz de una mano traidora: ¿Quién eres que al principio de mi libertad te atraviesas en mi camino como el más cruel de los presagios?... ¡Quizá tus ojos me sean familiares! ¡Quizá tu voz haya sonado en mi oído con acento amigo, cuando tu sangre ha buscado la mía! ¡Oh, luz, luz!, divino hijo de Latona, que al descifrar por completo el misterio del horrible augurio, pueda avisar al Publio mío la magnitud del peligro, para que de él se guarde!

— ¡Por los dioses inmortales, diva mía! — suplicaba la esclava; — por las virtudes de tu abuela, la gran Antonia; por la gloria de tus amores, te conjuro á que huyamos. Perder un momento es entregarte á Cayo César, es abandonarme á las torturas con que los sayones desgarraron á Niobe, tu anterior favorita. ¡Oh Palas Eubea, mi poderosa abogada! ¿por qué insensata, más me dejé llevar del amor á mi señora que de las dádivas del príncipe? ¿Por qué no le advertí el proyecto de fuga y el matrimonio pactado? Julia, diva Julia, el gallo ha vuelto á cantar: dentro de un instante, la luz de la aurora romperá este velo protector de la noche; pero no brillará en los ojos del muerto ni le devolverá la vida; servirá sólo para denunciarnos, y condenarte, á ti al deshonor y á mí á la muerte.

— No puedo huir — decía con voz ahogada y apenas perceptible Antonina; — un conjuro mágico parece que me quita el movimiento y me liga á este sitio. Quizá sea mi tío Claudio, único ser bondadoso y dulce de la familia augusta; quizá sea mi fiel Dídimos, que paga con la vida la protección dispensada á mi libertad.

— Si es Dídimos, tanto peor para nosotras: es que nuestro plan está descubierto. La fuga ya sería inútil; pero, mira, señora: ya no soy yo quien te implora; la puerta de los Othones se abre ya: ha terminado su orgía, y los convidados, los licenciosos más audaces de Roma, van á salir; si quieres que caigan en sus manos dos mujeres solas que abandonan su hogar antes del día...

— ¡Oh! tienes razón, Eudicea mía; ha sido un instante de desvanecimiento. La muerte tiene la atracción horrible del misterio. Huyamos, sí, y á la implacable Némesis consagro la venganza del desconocido que ha buscado la protección de las imágenes de mis mayores para exhalar el último suspiro.

La advertencia de la esclava no pudo ser más oportuna. Apenas habían doblado las columnatas del vecino templo de la Victoria Augusta, multitud de siervos, con antorchas encendidas, llenaron el pórtico de la casa de Othon, y el grupo de los alegres patricios de la orgía empezó á desfilar con tardo paso, deshojadas y marchitas las rosas de las coronas, macilentos los rostros y, con la imbécil sonrisa de Sileno, contraídos los labios.

— Cantemos á Evohé — balbuceaba torpemente Aruncio, procónsul electo de la Capadocia; — ¡Evohé! ¡Evohé!, bebamos la corona.

— Déjate ya de Evohé, tonel de las Danaídas, — exclamó Cayo Silio, á quien el Destino revervaba tan desastrada suerte con los amores de Mesalina; — cantemos una nueva deidad. Esa es la casa de la hermosura: dedica una estrofa á Julia Antonina, envidia de Citeres, ó si no á la altiva viuda de Enobarbo, cuyos encantos han hecho ya más víctimas que la espada vencedora de su padre.

El grupo se detuvo de repente: los esclavos rodearon con sus antorchas el cadáver que se extendía rígido y marmóreo, atravesado ante la entrada del jardín de los Domicios. El frío del miedo puso lívidas algunas fisonomías, y desvaneció los vapores del falerno.

— Acércale la luz á la cara — dijo uno de los patricios; — veamos á cuál de nuestros camaradas le ha tocado el turno para saber si está cerca nuestro lote.

— No lo conozco — añadió Silio, — mas ¡por Hércules! diría que el muerto es Apolo, si no hubiéramos convenido pintores y poetas en que Apolo es inmortal.

— ¡Pobre muchacho! — exclamó el orador Apro, — empezaba á vivir. Y ¡quién sabe si las Parcas fueron con él misericordiosas! Los días abrasadores del estío, cuando la peste mantiene siempre encendidas las piras, ó el hambre se sienta en el dintel de las tabernas y de las torres, agradecerían mucho á los dioses vivir sólo lo que dura la aurora.

— Padre infeliz — dijo Aruncio, — recoged el cadáver, llevadlo al bosque sagrado de los Manes. Yo pagaré diez plañideras y maderas olorosas para la pira. Me ha tocado en el corazón.

— Imposible — replicó el jefe de los siervos. — Este cadáver debe ser arrojado á las gemonías. ¡Mirad! — Y acercando la antorcha al pecho, mostró un puñal en cuya soberbia empuñadura se destacaba primorosamente cincelado el busto de Alejandro el Grande.

— ¡De Cayo César! — exclamaron varias voces; — y como bandada de pájaros, al adivinar el vuelo del milano, se deshizo el grupo, escapando cada cual en dirección diversa.

.
.

A las tintas rojas de Oriente sucedieron dorados resplandores que, coronando primero los montes Sabinos, fueron á quebrar los rayos del sol en palacios y templos, y á reverberar en las aguas del río y en los cambiantes de las fuentes. El ruiseñor cantó en el cinamomo de Antonina Domicia; las golondrinas revolotearon en torno del pórtico; los rosales trasplantados de Poestum cimbrearon orgullosamente sus tallos, haciendo alarde de sus capullos recién abiertos. Pero las gigantescas estatuas de los dioses hermanos seguían con la frente sombría, la mirada terrible y las manos crispadas por el horror, al recibir los rojos reflejos de la sangre que profanaba los lares de la casa protegida.

Los vendedores ambulantes y los esclavos madrugadores que se acercaban, atraídos por la misteriosa curiosidad de la muerte, hacia el sangriento cadáver de la noche anterior, huían aterrados al ver sobre aquel pecho la tableta fatídica

Lesá majestad.

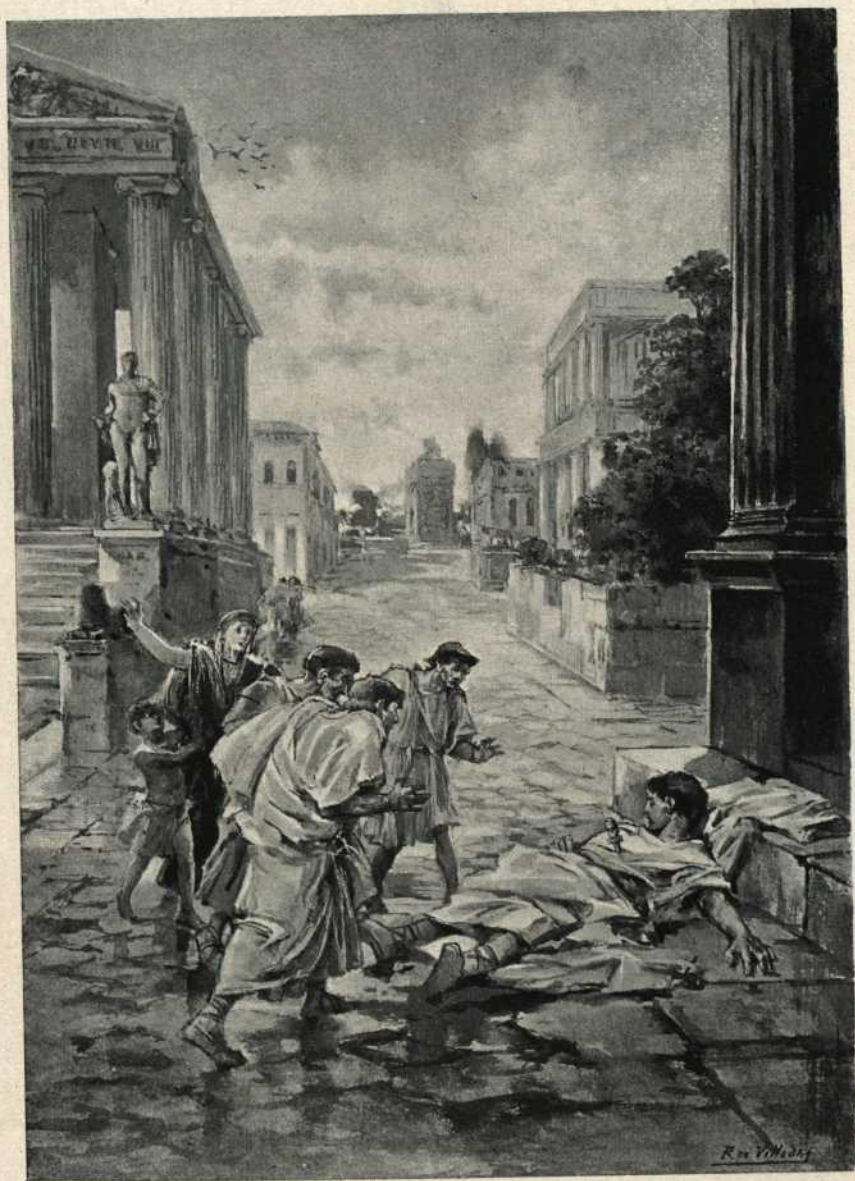
Un viejo extranjero, de miserables vestiduras y demacradas facciones, pasó entre muchos que contemplaron el espectáculo con la indiferencia de la costumbre ó la precipitación del miedo.

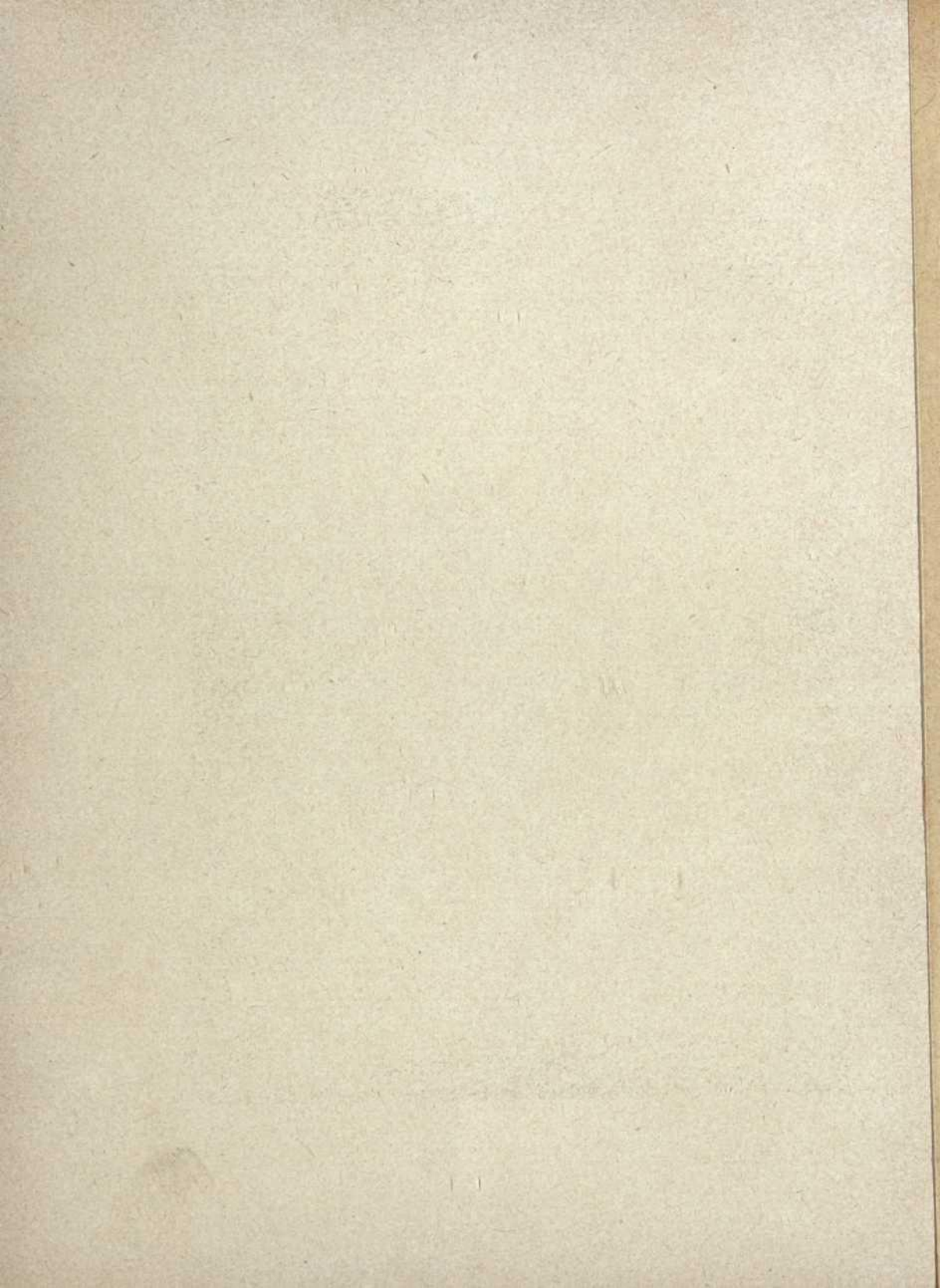
El pobre viejo se inclinó sobre el muerto, clavó las rodillas en tierra, y elevando las manos al cielo, murmuró una ferviente oración. Era el hebreo cristiano que reconocía al bienhechor que en las puertas de Roma lo había socorrido y después le había prestado hospitalidad bajo el techo de su padre.

— ¡Oh! ¡Cristo-Jesús! — exclamó, — que con la parábola del Samaritano enseñaste que el doliente y el desamparado son nuestros verdaderos prójimos; aparta el alma de este inocente de la gehenna del fuego, é infunde en mí espíritu de amor para que conforte al infeliz anciano, que tiene puesta su vida en la esperanza y el cariño del adorado hijo.

El cristiano llamó á otro compañero en su ayuda, y con escándalo de cuantos le veían cargaron con el cadáver para conducirlo á la morada de su padre.

No preocupó mucho en las conversaciones de las Termas y de los círculos el suceso de la noche. En





voz baja, y entre amigos, se preguntaban cuántos habían sucumbido desde el día anterior, como si se tratara de los casos de una epidemia; y la fuerza de la costumbre llevaba á tal punto la exageración, que muchas veces el magnate, cuya muerte se contaba hasta en sus más mínimos pormenores, tenía que recorrer todos los parajes públicos para reivindicar en la voz del pueblo su fe de vida, y evitar que el rumor llegara á Cayo César, sirviéndole de denuncia ó estímulo para decretar lo que todos dieran ya por hecho.

La circunstancia de haberse verificado el crimen en la puerta de Agripina, dió margen á historias fantásticas y á misteriosas suposiciones, en que representaba principal papel la pasión de Calígula hacia la hermosa Domicia. Pero pronto absorbió el interés de todas las conversaciones la noticia de que el cochero Eutico había obtenido de su augusto amo dos millones de sextercios por su última carrera en el Circo, y que el trágico Apeles estaba á punto de figurar entre los más ricos argentarios, merced á una terrible paliza recibida á tiempo.

He aquí la versión más acreditada que corría sobre este suceso. Apeles recitaba en el Palatino una escena de Orestes, en las Euménides; Cayo César lo injurió, diciéndole que no interpretaba bien el dolor humano; el histrión hizo cuanto pudo para exagerar el terror trágico; pero César, para probarle la diferencia entre la expresión escénica y el dolor verdadero, lo hizo azotar con garfios en su presencia. Apeles estuvo al principio impávido y silencioso,

teniendo en más su honra de histrión que el sufrimiento material; pero cuando corría la sangre por su espalda desnuda y el hierro se clavaba en la carne viva, puso el grito en el cielo, y sus ayes y quejidos hacían retemblar las paredes. César lo oyó con una atención profunda, y exclamó con verdadero entusiasmo: «¡Qué voz más hermosa! ¡Qué cadenciosa armonía tienen esos acentos de dolor! Si te oye Plutón, como escuchó á Orfeo, juro por Drusila, es capaz de darte la reina Elisa Dido, si se la pides.» Desde entonces todos los patricios y gente adinerada se disputaban al fénix de los cantantes. Lolía le había ofrecido quinientos mil sextercios y una *villa*, en Preneste, como se comprometiera durante un año á no cantar más que en sus festines.

El lujo desplegado por Mitrídates, rey de Armenia, traído á presencia de Cayo César para concertar con él alianza contra su hermano Farasmanes, rey de los Iberos, fué el entretenimiento de la gente desocupada, juntamente con los preparativos para las fiestas circenses en que algunos senadores iban á luchar como aurigas.

Las horas van pasando alegremente: el pueblo se divierte: la Ciudad eterna vive en una fiesta continua. Pero los ecos de la inmensa bacanal se estrellan ante la casa del infortunado Mucio Pástor, llegando á sus puertas como los rumores de la costa, entre el estruendo de las olas tempestuosas, á oídos del naufrago que ve para siempre perdida la orilla.

Envuelto en blanco sudario y ungido con preciosos ungüentos, yace el despojo mortal del hijo idolatrado. El dolor, al clavar sus garras de buitre en las entrañas del viejo, parece haberlo convertido en estatua de hielo, sentado á los pies del lecho mortuario. Más allá, el mendigo cristiano recita á media voz piadosas plegarias en exótico idioma y más extraño sentido. Es el único compañero que no ha abandonado la casa.

Algunos vecinos llegaron á primera hora y excusaron su presencia por el peligro que ofrecía el duelo de un reo de Estado. Un estoico llegó á consolar á Mucio. — «Humano — le dijo, — la muerte es el fin del dolor. Tu hijo ha vuelto á la nada.»

— ¡Miserable de mí! — gritó el viejo. — Ojalá sufriera. El dolor es la vida y la vida era mi hijo.

El más verdadero de sus amigos entró á la hora de sexta, y dándole un ósculo:

— Mucio — le dijo, — oculta tu duelo: las justicias de César no se deben llorar. — Cornelia no pudo guardar el luto de sus hijos.

— Publio valía más que los Gracos, y yo, desventurado, menos que Cornelia.

— Teme las iras de César. Acuérdate de Quinto, ¡pobre muchacho, no tiene más que á ti! Muchas veces la pretexto del adolescente no ha servido de escudo á los rigores del príncipe.

El anciano saltó como herido por una saeta en el corazón; parecía que una revelación, al derramar nueva luz sobre su mente, hacía más horrible su con-

goja. Después miró el cadáver de Publio y cayó de nuevo en postración desesperada y en inmovilidad aterradora, como si la muerte, grabada en la faz del hijo, se retratara en el espejo del amor paterno.

¿Cuánto tiempo pasó así? Ninguno de la casa podría decirlo. Ante la muerte y el dolor el tiempo se llama eternidad: ni el pobre padre ni el cristiano sintieron el rumor de un grupo de cortesanos y esclavos del Palatino que, con el lujo y aparato de las fiestas más solemnes, llegaban al pórtico, y después de dar voces en vano, se entraron por la casa, y sólo se detuvieron en el dintel de la habitación funeraria. Ante el doloroso cuadro hubo un movimiento de horror y quizá de vergüenza entre la turba cesariana; pero después, rehechos los ánimos y repuestos del sobresalto, dijo en alta voz el jefe de la servidumbre:

— ¡En nombre de Cayo César, mi señor, salud á ti, Mucio Syro Pástor, y á los tuyos!

El anciano abrió desmesuradamente los ojos y se golpeó la frente, como si se creyera víctima de horrible alucinación.

— ¡Pástor — prosiguió diciendo el liberto, — el divino Cayo, César óptimo y máximo, hijo de los campamentos y padre de los ejércitos, tres veces emperador, príncipe del Senado, vencedor del armenio, del bretón y del Océano, Júpiter latino, te espera esta noche á cenar en su casa!

— ¡Malvado, vuélveme al hijo mío! — exclamó el viejo extendiendo el brazo amenazador hacia el cortesano.

— Mi señor espera tu respuesta, el sí ó el no; guarda para quien las quiera oír tus quejas y tus blasfemias.

— Vil esclavo, dí al asesino de Publio que juro por los dioses infernales...

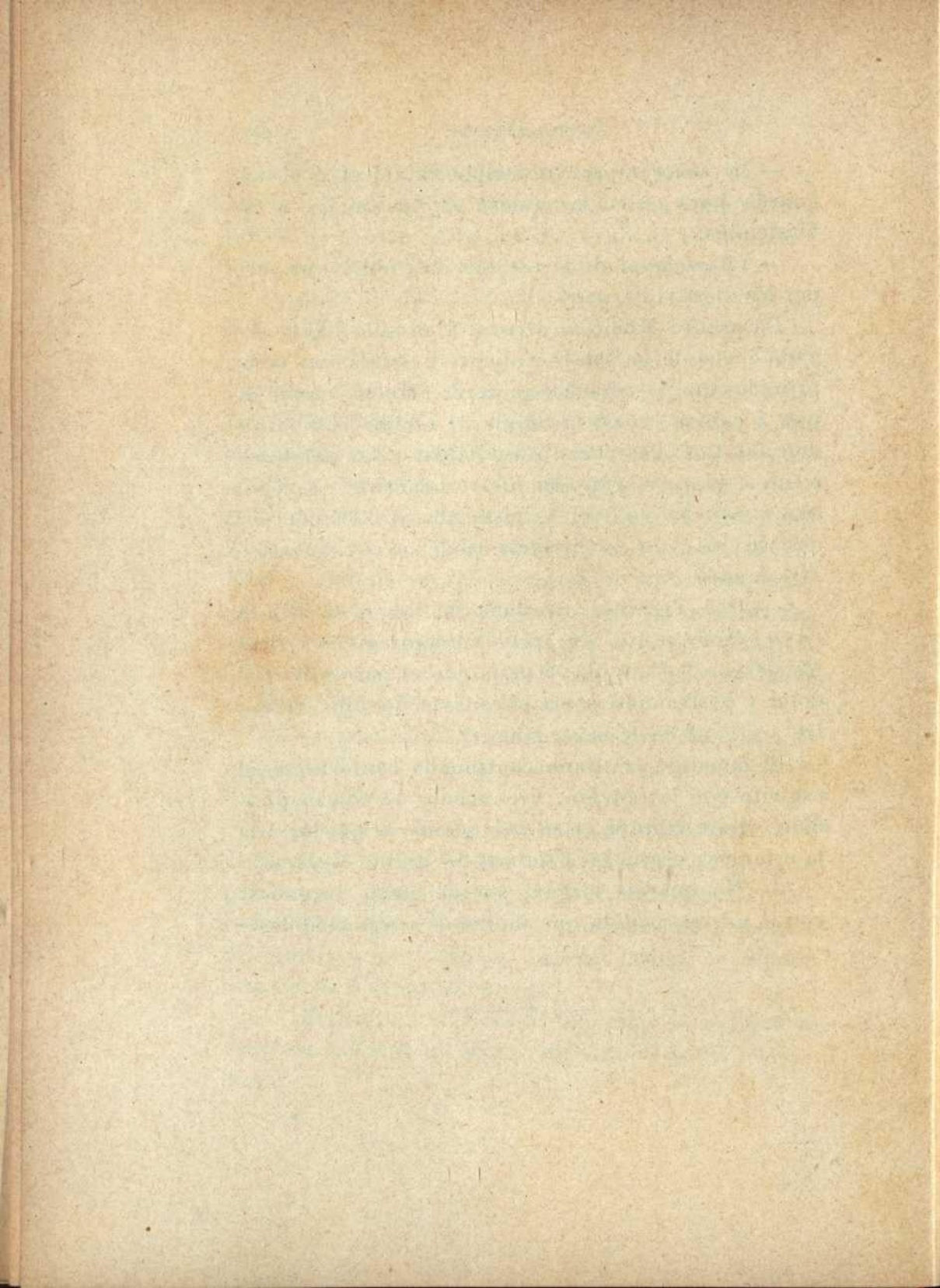
De pronto Mucio se detuvo: á su oído había llegado el eco de un llanto ardiente y de sollozos comprimidos que se escuchaban cerca. Mucio tembló de pies á cabeza, como la Sibyla al recibir el terrible don del dios: dos veces quiso hablar y las palabras, como si lo quemaran con hierro candente, se negaban á salir de sus labios, hasta que al cabo con voz desfallecida, que no parecía la de un ser humano, tartamudeó:

— ¡Oh! Tigranes, perdona mi dolor; sí, dile á Cayo César que iré. ¡Sí, iré!—Y mientras se alejaban los siervos de Calígula, repetía con el paroxismo del dolor y postrándose sobre el cadáver del hijo: «Iré... iré... y ¿qué he de hacer sino ir?»

El mendigo cristiano continuaba confortando el espíritu con la oración, y el acento de una inspiración celeste vibraba en su voz, cuando al quedar sola la estancia repetía las palabras del divino Maestro:

— «No queráis juzgar, porque seréis juzgados: con la misma medida que midiereis seréis medidos.»







IV

EN CASA DEL CÉSAR

LA estrella de la tarde había brillado ya; las turbas de parásitos y de curiosos que se apiñaban en las rampas del palacio, veían desfilan los convidados de César que acudían al gran festín. Un gigantesco clépsidro en el que la estatua de Cayo, ostentando los atributos de Júpiter, indicaba con el rayo las horas en el cuadrante, dejó oír sonido de trompetas militares, seguido de los golpes de un martillo de oro macizo. Era la hora undécima.

Un coro de hermosos muchachos colocados ante las puertas del triclinio, advertía á los comensales

del príncipe que entraran adelantando el pie derecho para evitar funestos augurios. Esclavos frigios despojaban á los invitados de sus ropajes y los revestían de espléndidas y elegantes túnicas, destinadas sólo para la cena: esclavos egipcios los descalzaban luego, y les lavaban los pies y las manos con aguas aromáticas.

El comedor ofrecía un aspecto capaz de deslumbrar á quien no estuviera acostumbrado á las insensatas prodigalidades del que devoró en menos de un año los tesoros de Tiberio, cerca de tres mil millones de sextercios ¹. Columnas de cedro, rodeadas de yedra y de pámpanos, separaban la parte superior del triclinio destinada á las mesas y á los lechos, dejando ancho espacio para el servicio y los espectáculos. Las mesas de madera de sidro, traídas del fondo de la Mauritania, más costosa que el oro nativo, descansaban sobre pies de marfil, que imitaban panteras y dragones. Los lechos triclinarios eran de bronce incrustados de oro; los colchones de lana de las Galias, teñida de púrpura: los cojines repletos de blanda pluma, cubiertos de tapices bordados de riquísima seda y fabricados en la Asiria.

Lámparas de bronce y candelabros de preciosos metales, figurando artísticas esculturas, esparcían luz clarísima y deslumbradora. La flor de los próceres de Roma llenaba ya el palacio, confundidos con los más opulentos ciudadanos del orden ecuestre y los ple-

¹ 2,400.000,000 reales.

beyos favoritos de César. Cinco reyes asistían al banquete, y entre ellos descollaban el armenio Mitrídates, mozo astuto y procaz; el dulce y tímido Ptolomeo de Numidia, descendiente de Cleopatra y de Antonio, y el germano Itálico, nieto del terrible Caturnero y sobrino de Arminio, el legendario vencedor de las legiones de Varo. Era Itálico el único vástago de la sangre real de los germanos; había nacido en Roma, y prefería el libertinaje de los festines y las aventuras amorosas de la capital á la ruda gloria de capitanear una raza de héroes.

Apenas había una de las grandes familias patricias sin representación en la gran fiesta del Palatino. Pero ¡cuánto habían cambiado los tiempos! El mayor de los Escipiones se gloriaba de ser habilísimo cochero; Vedio Polión sólo era célebre por su vivero de murenas; un Sempronio Graco, insigne por la usura; el jefe de los Catones, habilísimo cocinero, y el último de los Cátulos gran tañedor de cítara. Mnester, el pantomimo favorito á quien Calígula había erigido una estatua de bronce, miraba con menosprecio la corte de aduladores patricios que deseaban congraciarse con él, y escuchaba con aire protector las solicitudes de Pompeyo Penno, amenazado de las iras de César por la delación de un amante de su infiel esposa.

Esperando la llegada del señor entraron esclavos adolescentes cantando estrofas griegas, y esparcieron sobre el pavimento polvo de maderas aromáticas teñido de azafrán y bermellón, confundido con una

mezcla de fondo brillante hecho de piedra especular. Una armonía de flautas y de cítaras anunció la llegada de Cayo César, que se adelantó rodeado de su fiel guardia germánica, que no le abandonaba nunca.

Calígula contaba sólo veintinueve años, pero las huellas del vicio y de la enfermedad le daban aspecto de una vejez prematura.

Era alto y esbelto; sobre el cuello en extremo delgado se erguía una cabeza deprimida por los lados, calva en el centro y sombreada hacia atrás por escasos cabellos crespos y oscuros. Tenía la frente ancha y en pronunciada curva, las sienes cóncavas; en los ojos hundidos y torvos ardía el fuego de una fiebre inextinguible; la palidez era espantosa é inalterable, sólo semejante al lívido color de los cadáveres; sus pies enormes, sus piernas como alambres, el tronco abultado; su andar era, sin embargo, majestuoso, y sus maneras revestían cierta distinción no exenta de gracia. Su traje era de seda bordada con hilos de oro é incrustada de piedras preciosas; llevaba brazaletes á la oriental, y sobre tan extraños atavíos, que Séneca consideraba como escándalo del romano y vergüenza de todo hombre, iba ceñido de la dorada coraza de Alejandro Magno.

Aclamaciones de júbilo estallaron á su entrada: los unos se cubrían la cabeza, otros elevaban hacia él las manos como suplicantes, prodigándole á porfía los nombres más halagüeños que puede inspirar el más delirante entusiasmo, y todos se agrupaban en torno suyo á la respetuosa distancia que lo permitían

los germanos encargados de su custodia. Acogió el príncipe con fría sonrisa la frenética ovación, y con afectada modestia contestó á los saludos, ocupando en el centro de la mesa más alta el triclinio de honor. Dirigió la vista sobre la muchedumbre de los invitados, y para cada uno de los magnates tuvo su epigrama ó una frase de afecto.

— Pompeyo — le dijo al cuitado descendiente del gran vencido de Farsalia, — acerca hasta mí tu plato: el Destino no debe separar lo que unió la historia, mi nombre y tu nombre. Ocupa ese triclinio para mí predilecto. Ahí se recostó mi suegro Silano en su última noche; ahí cenó el infeliz Sexto Papinio una hora antes de morir; ahí estuvo Julio Grecino ¡pobre amigo! la víspera de dejarnos para siempre. Y todavía el cojín debe conservar el calor de Julio Cano ¡mi buen Julio! que de ahí salió para la Mamertina. Ya ves si me será querido ese puesto, último recuerdo de amigos tan queridos. ¿Y qué ha sido de Cano? — añadió mientras se colocaba la corona de los convites en la frente. — ¿Murió ya?

— Un resto de vida le queda — replicó un tribuno del Pretorio; — pero su ánimo es tan fiero, que no hay tortura que lo dome.

— Cuenta, cuenta, Sabino — exclamó con ansia el emperador, — no me omítas detalle. ¿Qué hizo? ¿Qué dijo?

— Cumpliendo tu mandato, está preso cinco días ha, oyendo á cada instante que ha llegado la hora del suplicio. Él, impávido, dormía y comía hasta con

apetito. Cuando esta mañana entré con los sayones, jugaba al ajedrez con un compañero. Levantándose para ir al tormento, exclamó:

— «No aproveches mi muerte para negar que te he vencido. Sedme testigos — añadió volviéndose á nosotros — de que le llevaba ganada la partida.»

— ¡Corazón de bronce! ¡Alma de héroe! — exclamó Calígula.

— No es un hombre de este siglo — dijo Curcio Rufo, el historiador.

— Por eso no debe vivir en él — replicó Calígulo; — sería un arcaísmo, y mi tío Claudio tendría derecho á protestar en nombre de la gramática. Prosigue, Sabino.

— Los amigos lloraban: su mismo filósofo se estremecía de espanto; pero cuando el exceso del dolor parecía ya quitarle el sentido, sólo ha dicho:

«Siempre pregunté si es inmortal el alma; dadle gracias á César porque ahora voy á salir de dudas.»

— ¡Por Hércules! — gritó el príncipe: — vé en seguida y que lo sepa pronto. Hazlo inmortal: verás qué bien habla de él el pueblo; todos son hombres de bien después de enterrados. — ¡Hola, gente! ¡La cena! Y tú, Mnester, léenos con tu hermosa voz algo agradable mientras no llega el giro de las copas y la hora de los brindis.

Empezó el servicio distribuyéndose los manjares más estrambóticos: el lujo, después de agotar la inventiva más original, se inspiraba sólo en la extravagancia y en lo absurdo.

En el banquete se sirvieron huevos de avestruz, rellenos de yemas de huevos de pavo real; jamones de España adobados con carne de grulla, comida detestable, pero carísima; liebres con alas de animales monstruosos; pescados enormes hechos con carne de ternera, y lampreas fabricadas con hígado de pato artificialmente hinchado. Un jabalí fué presentado entero; al trincharlo salió del vientre una bandada de tordos vivos.

Durante los primeros platos, Mnester desplegó un papiro, y dirigiendo una mirada de inteligencia á Pompeyo Penno, sentado ya cerca del príncipe, empezó á leer con acento declamatorio.

«*Episodio.* — En el atrio de Venus Madre se levanta la silla curul de oro: el divino Julio administra justicia al pueblo romano. Un viejo legionario estropeado comparece bajo el peso de grave acusación: sus vecinos se querellan de las depredaciones del antiguo guerrero. Las pruebas se acumulan sobre las pruebas: César extiende ya su mano para fulminar el rayo de su justicia augusta; mas el viejo se adelanta audaz hasta el dictador: — «¿Te acuerdas, general, dice, cuando en España en una marcha forzada te torciste un pie cerca de Sucrona?

» — Me acuerdo, dice César.

» — ¿Te acuerdas, general, que caíste al pie de un árbol, el único que entre aquellas áridas rocas se elevaba, árbol sin hojas y sin sombra? ¿Te acuerdas de que el sol quemaba, y perecías asfixiado y en

infame soledad, cuando uno de tus conmlitones extendió su manto guerrero entre su general y el sol dándote sombra salvadora?

» — ¡Cómo no acordarme!, dice César. Recuerdo más todavía. Me ahogaba la sed y no podía llegar á la fuente más próxima: quise ir arrastrándome y las fuerzas me faltaron: entonces el soldado, hombre fuerte y vigoroso, me trajo agua en su casco.

» — General, ¿conocerías á aquel hombre y aquel casco?

» — Lo conocería, y tanto lo conocería, que pagarás cara tu pretensión de hacerte pasar por él. Porque, ciertamente, no eres tú aquel hombre.

» — Con razón no me conoces, replica el veterano, porque en aquella época estaba yo entero. Después en Farsalia perdí mi ojo izquierdo defendiendo tus águilas: peleando por ti en Alejandría recibí esta herida que me cruza la cara, y en la jornada de Munda el brazo derecho. En cuanto al casco, el pobre casco del conmlitón, mi general, no lo podrías tampoco reconocer; lo hizo dos una espada española.

» Julio César suspendió el litigio, indemnizó á los querellantes y regaló extensos campos al antiguo camarada.»

Al llegar á este punto de la lectura, se detuvo Mnester, y como si obedeciera á una señal, el infeliz Pompeyo se arrojó á las plantas de Calígula. — ¡Oh! el mejor de los Césares — exclamó; — en los campa-

mentos de la Germania, cuando niño, todavía, salvaste el imperio devolviendo, con el prestigio de tu nombre, la disciplina á las legiones, un malvado lanzó un dardo contra ti: aquí tienes el pecho que lo recibió. Oscurece ahora con tu clemencia la del divino Julio, y si ya no me perdonas la vida, concédeme que la espada del verdugo se clave en esta profunda cicatriz ganada en tu servicio.

Un gran clamor se alzó de todas partes pidiendo perdón y gracia. Calígula se revolvió en su lecho triclinario, como una fiera cogida en el lazo. Tuvo miedo á aquella explosión del sentimiento público; la sorpresa le impedía hallar evasiva; el orgullo declararse inferior á Julio César. Miró con suprema angustia, con reconcentrado furor á derecha y á izquierda, y volviéndose luego extendió su enorme pie hacia el suplicante, y dijo con ronca voz:

— ¡Besa!

Pompeyo vaciló: jamás un consular había sufrido humillación semejante. Gustaban los senadores idear género nuevo de adulaciones; odiaban hallarlas ya inventadas. Al fin el contacto de la sandalia del tirano dió vida al patricio é infamia á su nombre. A una señal de César sirvieron los vinos. Corrió el chipre en las copas é hirvió el falerno en las entrañas: botellas saguntinas de barro vertieron vinos anteriores al segundo consulado de Augusto, perfumados con nardos y paseados por el mar en varios viajes. Grupos de bailarinas gaditanas, cuyas graciosas y excitantes formas se realzaban, más que cubrían con

gasas transparentes, asaltaron el lugar de los espectáculos y rompieron, acompañándose con castañuelas, en una de sus lascivas danzas. Las ondulaciones de los desnudos brazos, el voluptuoso culebreo del tallo y la cadenciosa flexibilidad del movimiento envolvían á aquellas ninfas de la Bética en atmósfera de fuego y de pasión, como si sus ojos irradiaran los ardores del sol enamorado de su país.

Venus y el alegre Baco compartieron desde entonces con César el imperio del banquete: las conversaciones se generalizaron, las risas y los deseos hicieron olvidar los terrores íntimos. Entre el gran número de los invitados sólo había uno inmóvil, impasible: no parecía hombre, sino mármol: cierta majestad imponente y aterradora respiraban aquella figura helada, aquellos ojos vidriosos que miraban fijamente sin ver, aquella rigidez que cubría el semblante con la máscara de la muerte. Sus vecinos en la mesa no osaban dirigirle la palabra, mirándole de reojo con espanto; algunos con inmensa piedad: uno de los guardias germanos del emperador, lo observaba de cerca y no apartaba la mano del mango del puñal.

Tras las bailarinas entraron gladiadores y una tropa de homeristas que preludió el canto de la muerte de Héctor.

— ¡Fuera Homero! — gritó Calígula. — Yo cumpliré el mandato de Platón: los poetas sean arrojados de la República; yo los entregaré á las olas en buques sin pilotos. Homero es un mal fabricante de

dioses: su Aquiles es un bárbaro, Héctor un tonto, Ulises un zorro sin vergüenza. Y Júpiter, su Zeus, un petate, á quien el día menos pensado le voy á hacer rapar la cabellera.

— Dices bien, César — interrumpió Valerio; — sin Homero no habría Grecia, y sin Grecia, se vería libre Roma de prostitutas y charlatanes. ¡Muera Homero y su memoria!

— Y todos sus imitadores — dijo Calígula, — y cuantos lo admiren.

— Todos menos Virgilio — exclamó Claudio, el futuro emperador, dando un puñetazo en la mesa; — todos, menos el divino Mantuano, delicia de Augusto y del Universo entero.

— ¿Virgilio? Virgilio el peor — replicó Calígula, — lo único varonil que hizo en toda su vida, fué su testamento mandando quemar la Eneida. No hay más poeta que Lucrecio. ¿Quién puede soportar la empalagosa dulzura del Marón? ¡Tityro, Corydón, Ascanio, Dido! ¡Bah! Tu Virgilio no es más que un Homero hembra.

— Si te oyera Augusto — exclamó Claudio, — renegaría de ti. Si hubieras tenido mi maestro, mi gran maestro Tito Livio, te habría hinchado las manos con su férula.

— Augusto — dijo Calígula — necesitó transigir y yo mandar; él disimular su pensamiento, y yo imponer el mío. En cuanto á tu retórico pedante, siempre lo tuve por un escritor hinchado, un cronista embustero, un maestro cuyo elogio está hecho con decir que tú eres su discípulo.

— ¡Así hablas de Livio! — exclamó poniéndose en pie Claudio y temblando de cólera; — insúltame á mí, blasfema de Julio César, reniega de Apolo, injuria á Antonia mi madre y á Druso tu abuelo; pero no me toques al regalo de las musas, al monumento de nuestra gloria, al príncipe de los escritores romanos.

— ¿Romano dices? Su latín no es latín de Roma, sino de Padua. Ha escrito su historia en patavino.

— ¡Cayo! — gritó Claudio en el paroxismo de la cólera.

— Rabia, viejo calabaza, pero mañana arrojaré la estatua de Livio y sus obras de la biblioteca de Apolo palatino, que deshonra con su presencia.

Claudio sintió un sudor frío correr por su frente, balbuceó varias palabras sin encontrar ninguna digna de su coraje, hasta que al cabo, extendiendo el puño cerrado hacia su sobrino, exclamó con cómica majestad:

— ¡Cabra!, y se sentó.¹

Si el Etna hubiera rugido y lanzado sus peñascos ardientes en medio del convite, no habría producido tan hondo espanto. Calígula se agitó con temblor nervioso, se clavó las uñas en las palmas de las manos; una nube de sangre pasó por sus ojos; ligera espuma asomó por entre sus labios contraídos, y cayó de espaldas, por último, lanzando una carcajada sardónica.

¹ El oír pronunciar esa palabra, producía en Calígula ataques epilépticos, así que dice Suetonio:

... «*omnino quaquumque causa capram nominare criminosum et exitiale habebetur...*» Suetonio — C. C. Calígula — XLIX.

El pánico fué general: César se veía acometido del mal sagrado: corrieron á su auxilio los más próximos: los unos hacían votos absurdos por su salud: los otros temblaban de que volviera en sí, bajo la impresión de su ira tremenda. Dos personas solamente permanecían impasibles; el viejo que, como escultura funeraria, seguía clavado en el centésimo lecho, y Claudio, autor del tumulto, que, como si nada fuera con él, siguió comiendo, y volviéndose luego á Curcio Rufo, dijo: «He observado que en la Campania es más fácil encontrar un dios que un hombre.»

El ataque epiléptico de Calígula no había sido más que un amago. Volvió pronto en sí; permaneció un rato taciturno, y sin tener conciencia de lo que había oído.

— «Hablad, hablad, distraed á César» — dijeron los libertos que le servían.

Los gladiadores, que habían suspendido sus luchas, las reanudaron con ciego furor: Claudio, como tenía en costumbre, se había quedado dormido en medio del banquete.

— Apicio ha muerto esta mañana, cortándose las venas — dijo un prócer.

— Se ha condenado antes de que lo condene la virtud. El suicida no es solo verdugo, sino juez de sí propio. Al aceptar la muerte, declara merecerla — observó Demetrio el filósofo.

— Mucho profundizar es eso — dijo Pollión. — Apicio se ha matado por egoísmo; no le quedaban

más que doscientos millones de sextercios, y el pobre-cillo lloraba porque apenas tenía con eso para hacer honor á su cecina y á la fama de sus salsas.

— ¿Y quién nos dará de comer? — exclamó un parásito de gran tono. — ¡Ay de mí! Ha muerto el César de los Apicios: sólo nos queda el divino Cayo, el Apicio de los Césares.

— Triste tarea la vuestra — dijo gravemente Demetrio; — esperáis la cena con tal ansia, que apagaríais el sol de un soplo para adelantarla una hora, y todo vuestro placer se reduce luego á este círculo vicioso: vomitar para comer, y comer para vomitar.

Un grito ahogado llamó la atención de todos hacia los luchadores: en el calor del simulacro, un gladiador cilicio había herido de muerte, con la espada sin punta, á un armenio.

— ¡Torpe! — exclamó apartando el rostro Vespasiano, á la sazón edil y uno de los seides más populares de Calígula, — todo degenera, hasta cosa tan abyecta como el gladiador. Mira qué muerte más cobarde y más sin interés nos da en espectáculo.

— En cuanto á mí — le contestó Aulo Vitelio, el hijo del famoso general y cortesano, á quien un capricho del Destino había puesto al lado de quien había de sucederle en el imperio, — hallo más dramática é interesante que la agonía de un hombre, la muerte de un salmonete. Éste que llena mi plato, lo he visto hace un momento aletear gallardamente en la piscina de César. Cuando sale del agua palpita y salta con furia: una púrpura encendida tiñe su

cuerpo de carmín deslumbrador: ¿ves esas venas que corren por los lados? Parece increíble que ofrezcan tan hermosos matices: desde la sangre roja hasta el tornasol azul que brilla como un relámpago. La palpitación es luego más lenta; el color palidece; al cabo se pone rígido, y de tantos cambiantes de luz queda un solo color. ¡Esto es raro, hermoso, y no es dado á todos gozar de ello! Y además tiene la garantía de que lo comes fresco, que no es lo de menos.

— Voto por la estatua á César en el templo de Jerusalén — decía á otro extremo del triclinio un aspirante á pretor; — allí donde Pompeyo no encontró ni siquiera un dios, debe levantarse el nuestro. César lo quiere, y su voluntad prueba su grandeza. Los grandes hombres aspiran á grandes honores; quien desprecia la gloria, desprecia la virtud. Tiberio, el ogro de Caprea, no consintió nunca que se le levantara templos.

Calígula recobraba lentamente el uso de sus facultades; comió en silencio y con gran voracidad cuanto halló delante; trasegó varias copas, y con aire imbecil empezó á recorrer con la vista el número de los convidados. Sus ojos se detuvieron de pronto ante la figura fatídica del anciano del centésimo lecho: un escalofrío corrió su cuerpo, y sin saber por qué tuvo miedo.

— ¿Quién es aquel viejo? — dijo en voz baja al liberto que le servía el vino. — Parece un muerto sin enterrar.

— Señor, es Mucio Pástor.

— ¿Quién es Pástor? No lo conozco. ¿Quién lo ha convidado? ¿Con qué derecho come á mi mesa?

— Señor óptimo, á tu inefable misericordia debe tanta merced: tú lo invitaste para su consuelo. Esta mañana amaneció su hijo muerto junto á la casa Domicia.

— Vigílalo, vigílalo — añadió Calígula sobresaltado y en voz baja, — que no se mueva, que no se me acerque. ¿Quién es el guardia germano que está á su lado? Ya lo veo, es el leal Flavio. Dile que si lo ve siquiera buscar algo entre los pliegues de la toga, le atraviere el corazón. Hay mucho malvado; hay muchos asesinos y conspiradores en Roma... ¡Vino!... Escancia vino, mucho vino. Oye, Tigranes, lleva esta corona de rosas frescas al viejo, y dile que es don mío.

El liberto dió la vuelta á la mesa, y llevó la corona al infeliz anciano. Calígula no quitaba de él los ojos: vió que con majestuoso reposo se despojaba de la corona que cubría sus canas y se ponía la ofrecida.

Cuando volvió Tigranes, preguntó Calígula:

— ¿Habló algo? ¿Qué te ha dicho? Por tu vida, no me lo ocultes.

— «Da gracias á César; los dioses se lo premien.» No me dijo más.

— Eso es increíble, absurdo — pensó Calígula, — llévale estos perfumes — añadió luego; — dile si los acepta; lo dejo en libertad; es obsequio, no mandato.

El liberto marchó á cumplir su encargo. Grandes carcajadas partieron de la mesa donde Vitelio devoraba y Vespasiano bebía.

— El caso es cómico — contestó Spurina á una pregunta de Calígula; — contaba Vitelio haber recibido un augurio singular, digno de Plauto. Cuando iba con su padre al Capitolio, y ya en la misma escalinata del templo, un águila se le posó en el hombro: no dice si es la misma águila que marchó delante de Augusto á su vuelta de Accio; pero el más torpe augur no puede negarle que el hado lo destina á emperador... de teatro.

— ¡Bah! — dijo Calígula; — poco se os entiende de interpretaciones. El águila no dice precisamente que será emperador, sino que allá en Caprea, en los días de Tiberio, llegó á emperatriz.

Grandes aplausos y risas acogieron el brutal epigrama, y los más próximos lo contaban á los más lejanos, mientras que Vitelio, encendido el rostro, vengaba su agravio en un rodaballo, que devoró en cuatro bocados.

El vino continuaba subiendo á las cabezas y á las lenguas, como la marea ascendente de un Océano de alegría: de todas partes hablaban á la par: cien conversaciones se sostenían al mismo tiempo, y de todos aquellos retazos de ideas sueltas, de tantas voces confundidas, resultaba un extraño mosaico, una báquica orgía del pensamiento y de la palabra.

— Esa mujer — decía uno — es el mirlo blanco; el cisne negro; ¿qué digo? el ave fénix. Un solo marido, dijo al casarse, es lo mismo que no tener más que un ojo, y no hay peor augurio que ser tuerta. Desde entonces ha ido perfeccionando su teoría, y

hoy se las puede apostar con el mismo Argos, el de los cien ojos.

— ¿Y qué? — gritaba otro. — El pueblo siempre es así. A Tiberio lo acusaban de odiar las fiestas del circo, y á Druso, su hijo, de amarlas demasiado.

— ¡La filosofía! Hermoso nombre de que se prevale los vagos para ocultar su pereza. César lo ha dicho: de sus escuelas sólo salen intrigantes ó rebeldes.

— Cambio de esposa — declaraba un consular — con el edicto del pretor. Ese es mi sistema y ellas lo saben. Viva Anacreonte, que á él me atengo. «Si sabes contar las hojas de los árboles, las arenas del mar y las estrellas del cielo, sabrás el número de mis amores.» ¡Loor á ti, buen viejo!

— La Academia antigua, así como la nueva, no tiene ya Pontífice. La doctrina de Pitágoras, odiosa al vulgo, no tiene representante. La ciencia perece, la maldad cunde. La corrupción no necesita maestro. Cuando el mar cubra de nuevo la tierra, y después de perecer todo ser viviente empiece á vivir una nueva humanidad, no habrá quien enseñe la verdad ni lo justo, pero el vicio y el crimen se lo sabrán todos de memoria.

— Opto por Pylaris: por ver sus dos hileras de dientes, bailaría en el circo sobre los cuernos de un toro de España.

— ¿Quién? ¿Chereas? Es un sabio; tiene dos bibliotecas en su casa.

— Roma cesará de mandar el día en que cese de obedecer.

— Hijo de Platón, te veo en tu impiedad ir destruyendo uno á uno todos los dioses inmortales, no más que por dejar un solo culto, el de Ganímedes.

— ¡Oh! el progreso, yo creo en el progreso; nuestra edad ha descubierto grandes cosas, y aun estamos en el borde del pozo donde se esconde la verdad. Julio César llegó á Gades en cuarenta días; nuestros nietos llegarán en veinte, en diez, en cinco, ¿y por qué no en cuarenta horas? Convertid en nave el caduceo de Mercurio, y tendremos una trirreme con alas: uncid el hipógrifo á un carro y volaremos por los caminos: al cabo de andar año tras año sobre las vías, la práctica las enseñará y habrá vías que anden solas.

— Es un Cincinato, un Catón. Yo lo vi en Asia cuando fué pirata de los piratas de Cilicia. Más crímenes cometió al volver de la provincia para ser absuelto, que infamias hizo para ser condenado.

— Bruto, ¡el último romano! ¡bah!; prestaba más caro que yo, al cincuenta por ciento.

— Si Lucrecia fué como la sierva gala; ¡Sexto Tarquino, cien veces perdiera yo el cetro de los reyes!

— ¿Y qué es la verdad?

Calígula saltaba de impaciencia; la ardiente atracción, la impía curiosidad que excitan los supremos dolores, le tenían pendiente de la fisonomía y de los movimientos del viejo Mucio, que había aceptado con la misma sencilla solemnidad el obsequio de los perfumes. La noche avanzaba; trajeron la inmensa *cratera*, llamada la copa de la amistad.

— ¡Bebamos la corona! — exclamó según el rito Calígula, y deshojó las rosas casi marchitas en sus sienes sobre el monstruoso cáliz lleno de aromático vino. — Tú, Mucio Pástor, bebe primero.

Con mano temblorosa levantó la cratera el desdichado, saludó á César y bebió. Toda conversación, toda alegría cesó en un momento: se oía sólo la respiración anhelante en las fauces empapadas de vino y la angustiosa deglución del viejo para trasegar el rojo licor que le sabía á sangre, á la sangre del hijo amado.

— ¡Pobre Publio! — dijo Calígula. — ¿Quién sabe, buen padre, si debes dar gracias á los Dioses inmortales? Si el gran Pompeyo hubiera muerto en Parténope cuando tuvo aquellas calenturas, se habría ahorrado ver sus haces maltrechas en Tesalia y sufrir la infamia del verdugo egipcio. Tu ídolo, Catón, ¡cuánto habría ganado con perecer entre las olas al regreso de Chipre! La fortuna le negó ese gran consuelo, y él mismo tuvo que desgarrarse las entrañas. ¡Oh, no te quejes! ¡vuelve el color á tus mejillas ó tíñelas al menos de arrebol! ¡Por Hércules! amigo, que fué un favor del hado la muerte de tu Publio. Mira á Héctor y á su padre; si pudieras elegir, de seguro no me representarías ahora el papel Príamo.

Calígula guardó silencio un corto espacio, mientras todos los convidados respiraban con indescripible angustia; después pasó la mano por su frente como para reconcentrar su pensamiento; su fisonomía sufrió dos ó tres espantosas contracciones, y después

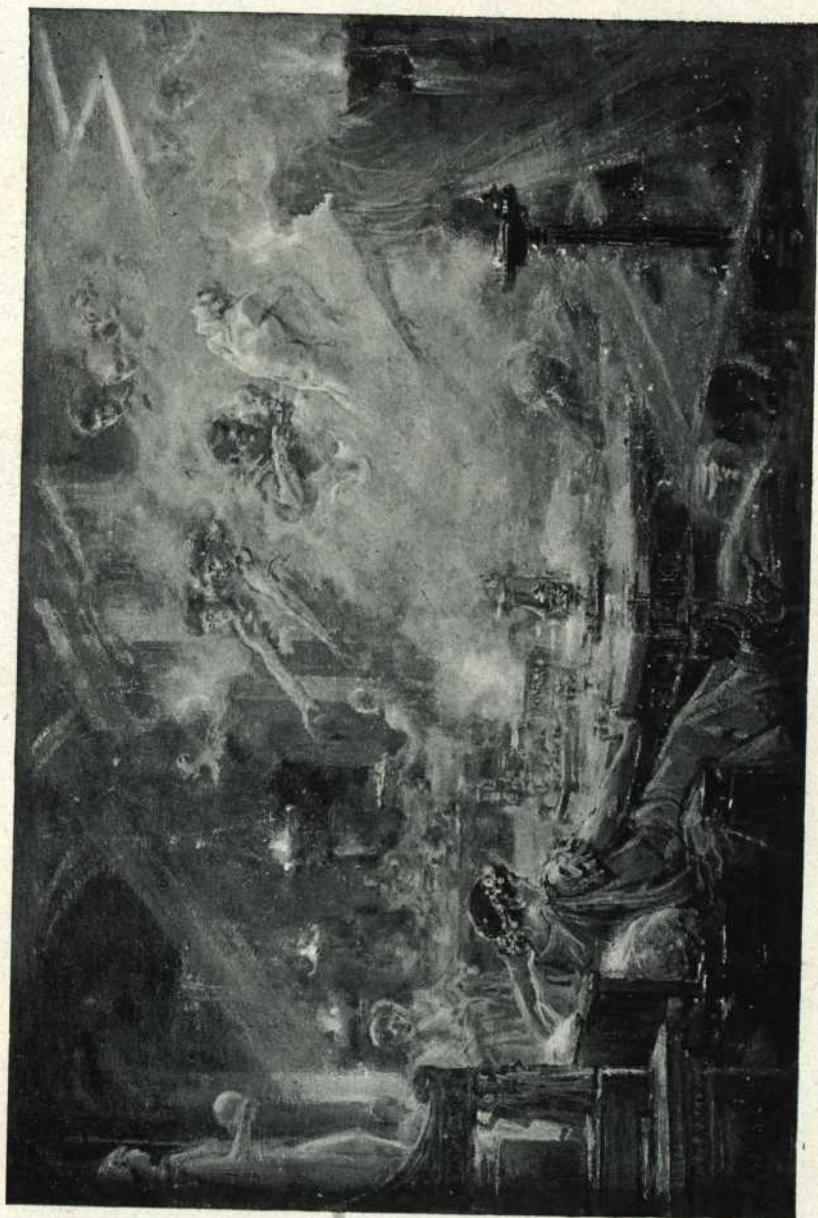
empezó á hablar como consigo mismo, enardeciéndose por momentos; su palabra, pesada y lenta al principio, adquirió la rapidez de un torbellino, y hubo períodos en que llegó á la inspiración de la elocuencia.

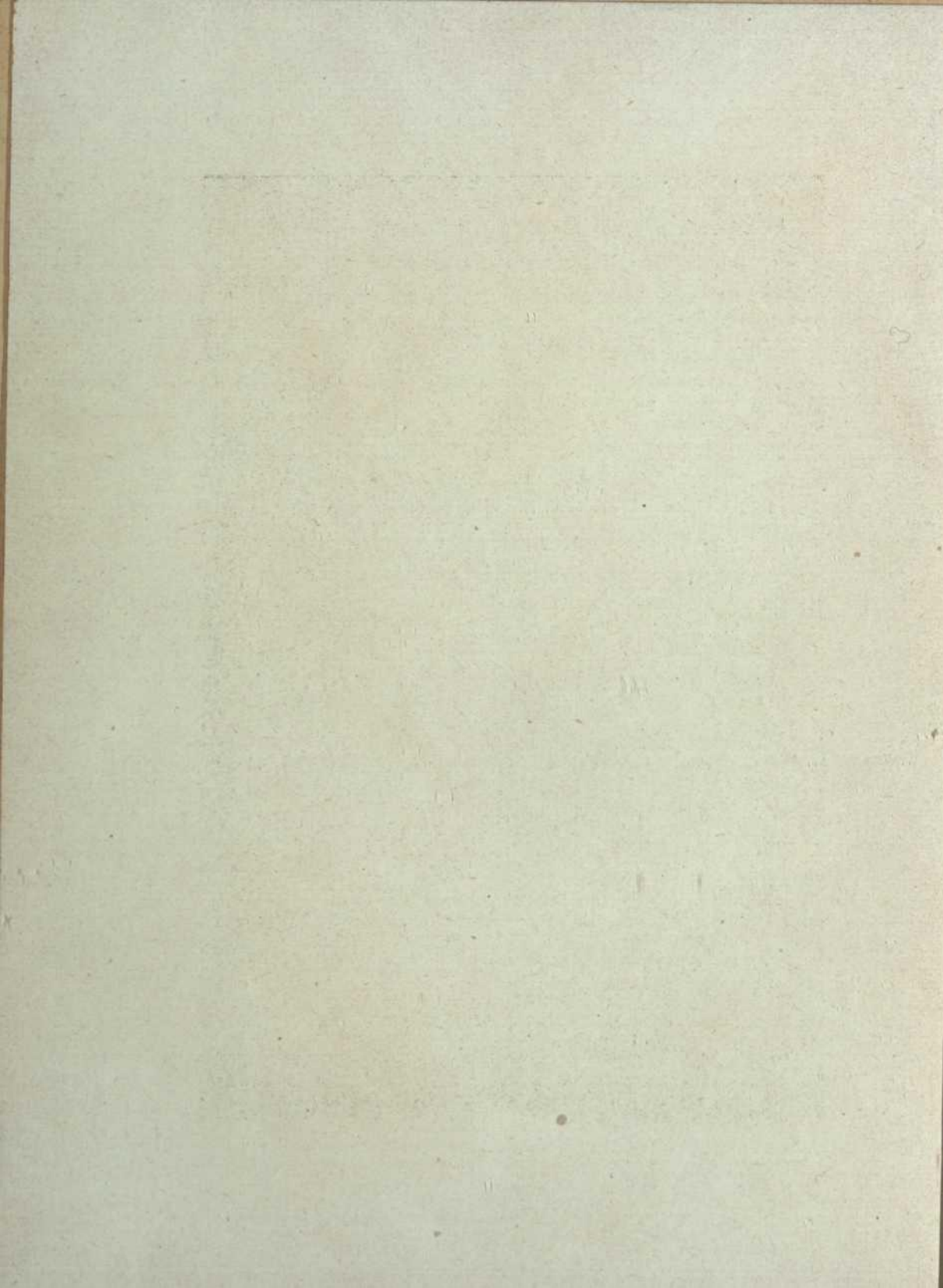
— ¿Y por qué ha de quejarse? — dijo. — ¡Vida... muerte...! Hay vidas peores que el tormento de Ixión y de Sísifo juntos. Hay días negros, amargos, eternos que te roen las entrañas, sin que aciertes á saber quién te clava los dientes; hay noches sin fin y sin sueño, en las que el gallo canta cien veces y no amanece nunca; noches entre cuyas sombras desfilan manos sin brazos que te hacen signos obscenos ó amenazadores, y caras sin cuerpos que hacen muecas, se ríen, te amenazan y cierras los ojos y las ves: ¡oh las ves siempre! hasta dentro de ti. Escupen, maldicen, blasfeman: te las quieren arrancar del pecho, y cuando ya las uñas se tiñen en sangre, saltan las caras y se ponen en hilera á mirarme desde el muro de enfrente ó á vagar al rededor contando historias lúgubres, ó blasfemando de mí y de mi imperio.

« Aquellas caras todas son conocidas — prosiguió Calígula delirando con más furia á medida que hablaba, — todas amigas. Las he visto antes risueñas y placenteras en mi mesa, como os veo ahora á vosotros; las he visto ocultar con pérfida sonrisa el traidor engaño; las he contemplado contraídas y sangrientas en el tormento. ¿Tú has visto dar tormento? ¡Aulo, Aulo Vitelio, tú, sí, me has acompañado muchas veces en Caprea á espiar la agonía de los sen-

tenciados por Tiberio! Mnester, tú has asistido, hace poco, al suplicio de Papinio, de Basso y de veinte de sus compañeros. ¡Oh! ¡Qué hermoso color el de la sangre! ¡Qué contracciones más esculturales presta el dolor! Lo sublime no tiene un más allá: el uno ruge y se retuerce hasta crujir los huesos: la naturaleza parece que no tiene tanto poder: aquello no es un hombre, es un titán rebelde: el otro llora, gime, suplica, se acuerda de la madre ó de la esposa: ahí tienes una elegía tal como nadie es capaz de inventar. ¡Cómo tiembla la carne, cómo ruedan arroyos de lágrimas por las caras afiladas! ¡Qué maravillas poéticas inventan para moverte á piedad! No hay que ceder, sayón, aprieta el tornillo del potro, clava el garfio acerado: todavía no hemos descubierto el límite; aun cabe más en lo sublime. ¡Otro golpe! ¡otro grito! Más aprisa, más aprisa. ¿Oyes el ronquido del pecho? Parece que va á estallar... ¡Sigue, lanista, sigue!; tápale la boca con una esponja, si te conmueven sus gritos. ¿Te falta esponja? Desgarra sus vestidos, y ahoga su clamor con los jirones; pero nunca desmayes. aumenta tu furor... ¡Dioses inmortales, cómo centellean esos ojos! ¡Cómo queman esas miradas!... ¡Bah!... ha muerto; se nos ha escapado otro sin revelarnos el secreto, el límite del dolor, la resistencia de la fuerza humana... »

« Bebe, bebe, Mucio... Príamo — añadió, y sus labios se contrajeron con sonrisa epiléptica, — he visto rejuvenecerse tu cara al oír hablar de los tormentos. ¡Tienes razón! Hay horas en que se siente placer ante





la idea de un látigo y de una tenaza candente que nos arranque á pedazos la carne. El dolor del alma es más grande, más sublime; sólo los dioses podemos sufrirlo con majestad. ¿Me veis aquí, romanos? El César, el señor, el dios, el augusto Cayo; yo, en fin, he reído y danzado, en torno de la mesa de Tiberio, cuando me contó que mi madre, la heroica viuda de Germánico, había muerto de hambre en la Pandataria. De mis hermanos, Druso pereció por el veneno; Nerón, antes de morir, devoró, en los horrores del hambre, la lana de su lecho. Yo los amaba, y al cariño fraternal se unía el agravio hecho á la sangre de Augusto; ¿sabes, Valerio, lo que hice? Aprende, sentimental padre, viejo triste; puse espanto en el terrible pecho de Tiberio, pidiéndole, entré inocente é irónico, que me dejara rellenar mis colchones de pavos y perdices, por salir airoso de la prueba de mi segundo hermano.»

«Y no tenía encallecido el corazón, no; el latigazo que saltó el ojo derecho de mi madre, lo oí, lo sentí chasquear en el aire, lo oigo aún ahora; aun siento que hace brotar sangre en mi mejilla la difamación de su nombre, la injuria á sus grandes virtudes.»

«...Sí, amigos; sí, ciudadanos; he sufrido mucho; he devorado más agravios, más dolores que el último mortal, y el veneno que corrompió mi dicha y mi alegría en su fuente, lo tengo aquí siempre, en el pecho, en la garganta; hierve en la sangre, me quema, me deshace. Tengo sed de dolor, fiebre de sangre, de horrores, de un no sé qué que nunca encuentro, ni nunca llega... Viejo Príamo, ¿era más

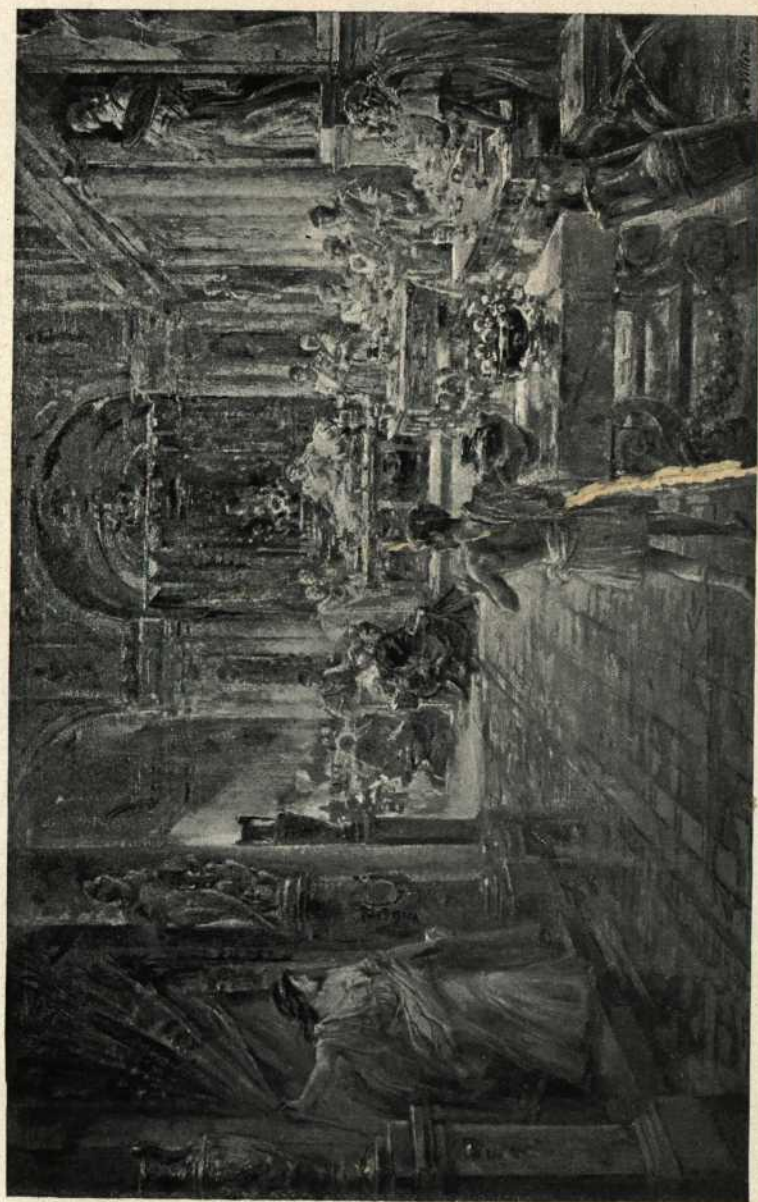
feliz tu arrogante y pretencioso Héctor? ¿Lo era? ¿No es cierto? ¿Debía un romano ser más feliz que el príncipe? ¿Sabes que fuí yo quien lo mató?... Tigra-nes, sírvele vino, que beba en honor de César.»

Pástor no pudo hablar: la alteración de sus facciones era tal, que aun más que lástima producía espanto: las manos crispadas, rígidos los músculos de la cara: el pecho respiraba con tenue lentitud: se le habían quedado blancos los labios, y las dilatadas pupilas parecían hundirse en un círculo amarillento y obscuro. Diríase que en vez de hombre era un montón de polvo que iba á deshacerse en el instante en que se le tocara. Trató el desdichado de sobreponerse á sí mismo y aun pudo hacer un signo afirmativo. De los comensales ni uno solo se atrevió á arriesgar palabra: no sólo estaban aterrados del tormento presente, sino aun más temerosos del fin de aquel furioso acceso de ira insensata del príncipe.

Calígula bebió con ansia en la copa grande de la amistad, y prosiguió:

— Era hermoso, demasiado hermoso para vivir entre las romanas enamoradizas. Se atravesó en mi camino el insensato... Su crimen no tenía redención...

«... Era el único obstáculo de mi idea, y... ya que tocamos á la última hora de los Idus de Abril, la virgen Domicia no tiene nada que la mueva á dilatar el plazo solemne que me impuso. Oye, Valerio; el hijo de ese viejo había osado poner los ojos en lo que es digno de mí solo, en la nueva Augusta, en el amor





de mis amores, en la diva Julia Antonina. Sépalo la ciudad, sepa ya el mundo la feliz noticia. Antes que amanezca el nuevo día, Cesonia recibirá el libelo de repudio, y desde esta hora compartirá mi lecho y el imperio...»

No pudo acabar la frase: una mujer, desgarrando los tapices que interceptaban el paso á las habitaciones interiores, y atropellando á los esclavos que encontró hasta llegar al centro del triclinio, entró rápidamente y se colocó fiera y amenazadora en frente de Calígula: era Julia Antonina. No parecía la misma mujer: llevaba los ojos inyectados; la nariz dilatada como la de un caballo de batalla, la boca contraída sin que fuera posible averiguar si el desprecio era superior á la furia: el cabello suelto; la blanca túnica salpicada de sangre encima del corazón. Aquella hermosura salvaje y altiva causaba al mismo tiempo fascinación y espanto.

— ¡Vil asesino! — exclamó extendiendo el brazo hacia el tirano; — ¿ves esta sangre que tiñe mi pecho? Es de Publio Pástor, á quien has asesinado traídoramente á la puerta de mi casa. ¡Malvado! si no quedan ya hombres para levantar la voz contra ti, habrá mujeres, como yo, que te escupan al rostro tu infamia y acaben con el imperio de los monstruos, como Lucrecia y Virginia destruyeron á los reyes y á los decemviro.

— ¡Julia! — exclamó Calígula tembloroso y como dominado por un prestigio mágico, — ¡visión celestial!

— Si Roma enmudece, yo hablaré: si tus víctimas no saben más que adularte, yo vengaré la sangre de Publio consagrando á los dioses infernales tu maldita cabeza y obligándote á que me arrebates una vida que me es odiosa desde que sucumbió el amor mío y vives tú...

«...No: entre los tormentos del Tártaro no se han inventado castigos bastantes para ti. Coserte en el saco con el mono y el gallo de los parricidas, sería gran misericordia para tus crímenes.»

Un gran murmullo de protestas se alzó contra aquellos insultos al poder soberano: varios convidados se dirigieron hacia ella amenazadores.

— ¡Quietos todos! — gritó Calígula: — declaro sagrada su persona; pena de muerte á quien la toque. ¡Oh! está hermosa en su ira. No es ella, no es Julia; es la sombra de Drusila que vuelve de los Campos Elíseos. ¡Drusila, apiádate de mí!

— Mal haces en impedir que tus fieles sabuesos y esa tu caterva odiosa de patricios envilecidos me despedace á tus ojos. Porque ni viva ni muerta he de ser tuya: antes del más inmundo de tus esclavos. Los dioses me crearon para el amor puro y casto: tú me has hecho para el odio y para la venganza feroces. ¡Tiembblas, cobarde aborto de la sangre de Germánico, afrenta de la memoria de Augusto, tiembblas! ¡jamás habías oído la voz de la verdad! La tierra no puede ya soportar el peso de tus crímenes, ni los dioses inmortales tolerar tus fechorías, tus infamias, tus rapiñas, las monstruosidades de una mal-

dad que pasaría por delirio de un furioso, si no fuera refinamiento cruel de la perversidad misma. Al mirarte, presa del miedo que mi presencia te infunde, no sé si te abomino tanto como te desprecio. Sólo hay una cosa más abyecta que tú, y es el pueblo miserable que te sufre, la gente envilecida que se sienta á tu mesa y disfraza sus terrores pusilánimes, y el odio que te tienen con la adulación y el aplauso. Sí, Valerio Asiático — prosiguió cruzando los brazos sobre el pecho y dirigiéndose al opulento patricio, — bebe en honor de tu amo que deshonra á tu joven esposa ante toda Roma y se burla en los banquetes públicos de la frialdad de sus besos. ¡Y tú, Pasieno, canta un himno que celebre al que infamó á tu hermana! Quiebras..., no te veo, esforzado tribuno del Pretorio, para pedirte que levantes un monumento que eternice el nombre del emperador á quien sirves de custodia y de bufón al mismo tiempo. Mas ¿puedo dar crédito á mis ojos? Aquel es el padre de Publio. Viejo imbécil, viejo malvado, ¿has venido á festejar con el asesino de tu hijo el crimen horrendo? ¿Has venido á libar su sangre antes que la consuma el fuego fúnebre de la pira?

— Deidad soberana, ten compasión de mí — gritaba Calígula extendiendo hacia ella los brazos temblorosos; — prefiero morir á tus manos antes que escuchar tus injurias. Tú, tú, divina mujer, eres la única digna del imperio; yo seré tu siervo, tu espada, tu escudo. No te pido nada, nada, sino tu perdón, y ni aun tu perdón siquiera, sino que me

mires con ojos misericordiosos. Mnester, Vitelio, Pollión, patricios, amigos, rogad por mí; pedidle gracia. No es César quien te implora: Roma, el mundo se postra á tus pies para que depongas tu furor y seas el numen, el astro del imperio.

— Nunca. Antes en tus entrañas palpitará un sentimiento honrado; antes en tu mente brillará una idea justa. Doy gracias al cielo de esta mi hermosura, porque te servirá por siempre de tormento. Mi visión te seguirá doquiera y despertará delirios inextinguibles en tus continuos insomnios. Pero no te acerques á mí; no te acerques, porque antes que toques la franja de mi túnica, absorberé el más activo de tus venenos, que de tu propia cámara tomó Cesonia. Tú lo conoces, es el columbino: contra muchos te sirvió y ahora me sirve contra ti. El destino te ha hecho omnipotente sólo con los que no saben resistirte. Tu cólera ó tu amor me son por igual despreciables; después de la muerte del más digno entre los romanos no me resta sino la venganza, que, por grande que parezca, sólo será justicia santa. ¡Oh, César!, los dioses aceleren tu castigo; hiérate de muerte una mano traidora; sea arrastrado tu cuerpo, vivó todavía, por este palacio, teatro de tus crímenes; sean tus restos arrojados á las gemonías con las inmundicias de la ciudad.

— Calla, calla, por los dioses inmortales — exclamó Calígula con las facciones descompuestas, dilatados los ojos, anhelante la respiración y agitado ya del temblor epiléptico.

— Pase tu nombre á las edades — prosiguió Julia poseída del fuego sagrado del oráculo, — como emblema de maldición é ignominia de la raza humana: concluya en ti tu stirpe, y tu propia hija, que lleva en sus venas la ponzoña de su padre, sea estrellada, sin misericordia, contra las paredes: que tu fin y el fin de los tuyos sea celebrado, de año en año y de siglo en siglo, como una segunda fundación de Roma, como el día más dichoso del linaje humano.

Calígula se levantó varias veces á interrumpir á la implacable sibila, pero en vano intentó hablar. La furia, el horror reprodujeron en toda su grave intensidad uno de los ataques del mal caduco, que el rumor de los maldicientes achacaba á filtros de Cesonia. Sonidos ahogados y guturales partieron de su pecho: agitó las crispadas manos, y cayó entre las repugnantes convulsiones de la enfermedad excitada por los vinos y todas las malas pasiones. Declarada por el médico la gravedad del ataque, una indescriptible confusión se produjo en el palacio. Los menos corrieron al socorro del príncipe; el mayor número desfiló en silencio hacia sus casas. Nadie osó detener el paso de Julia Antonina, que con la majestad de una reina germana, y sin dignarse dirigir una mirada al augusto doliente, abandonó el palacio y mandó á un esclavo de Cesonia que la acompañara hacia el templo de las Vestales. La noche estaba ya muy avanzada: la tea del esclavo apenas rompía las densas sombras del camino.

No había dado aún algunos pasos Julia Antonina,

cuando se sintió detenida por el vestido: una mano había asido de la orla de su túnica, y en la obscuridad se destacaba el bulto de un hombre postrado á las plantas de la hermosa doncella.

Al rojizo resplandor de la tea que acercó el sirvo, se destacó el venerable y lívido rostro del infeliz Mucio, quien arrastrándose á los pies de Julia besaba con ferviente adoración sus pies y su manto.

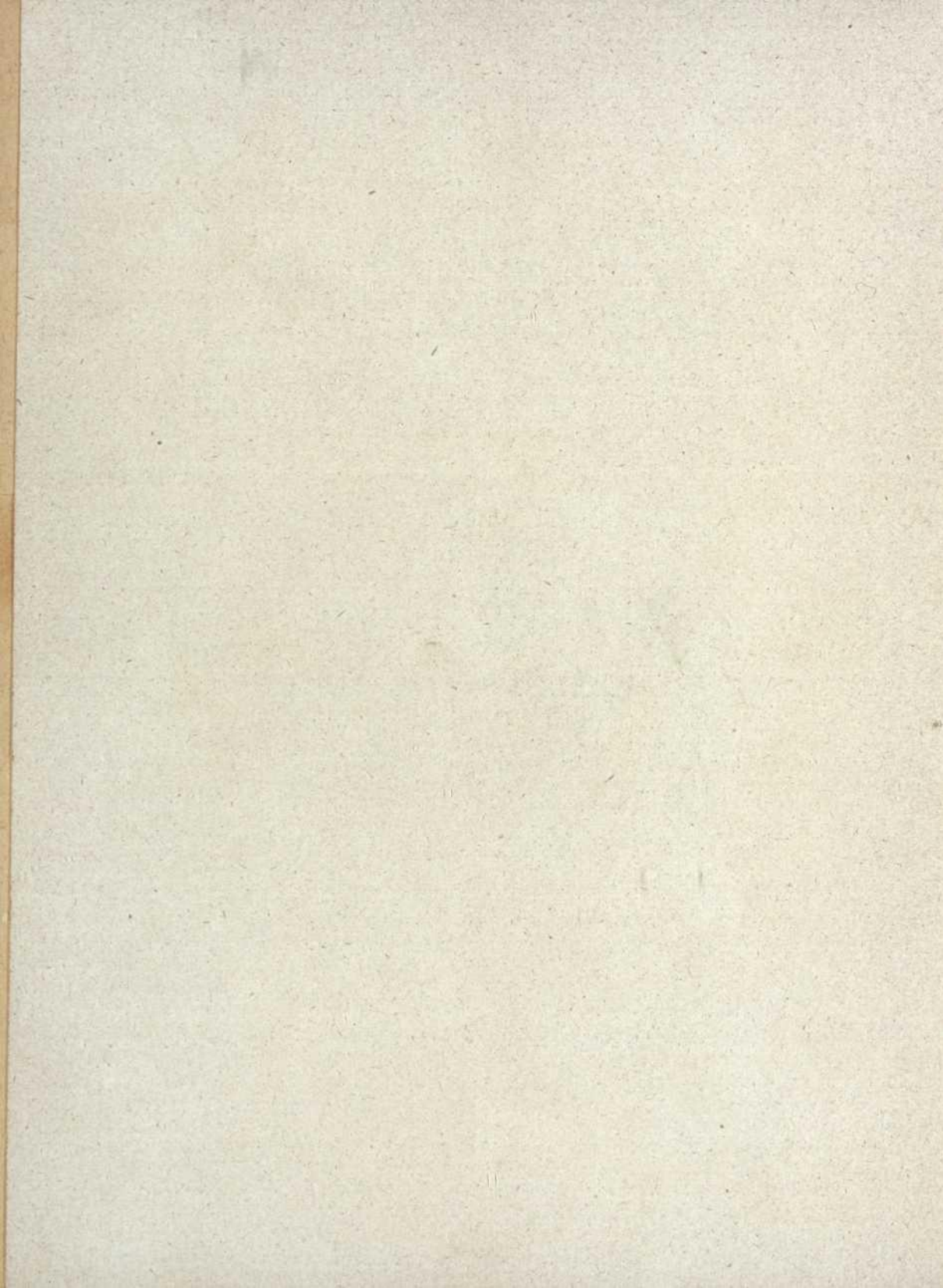
— Apártate, reptil — dijo la joven con desdeñosa crueldad; — vuelve á palacio á renovar tus coronas: vuelve á hacer votos por la salud del verdugo de Publio.

— ¡Los dioses te sean propicios, mujer divina! — exclamó sin levantarse y sin dejar de besar las vestiduras el pobre viejo, — los dioses inmortales te premien el bien que me has hecho, el inmenso bien que me haces. ¡Publio, Publio de mis entrañas, era digna de ti...; has muerto por ella, y ya lo ves, Publio, la amo, la venero! Hija, el nombre de mi Publio y tu nombre, se unirán en mis labios en mi último aliento.

Las lágrimas del anciano, la suprema agonía de su acento, la ternura apasionada de su dolor movieron á piedad un instante á Julia, atónita ante el contraste de aquella explosión de pena con el espectáculo del banquete.

— Pobre hombre — dijo en tono de reconvención compasiva, — ¿qué cobardía te ha llevado á la mesa de César? ¿qué miserable apego á los cortos días de la vejez te hizo abandonar el cadáver de tu hijo por





la cena del tirano? Desdichado, ¿por qué has ido á ese criminal convite de tu asesino?

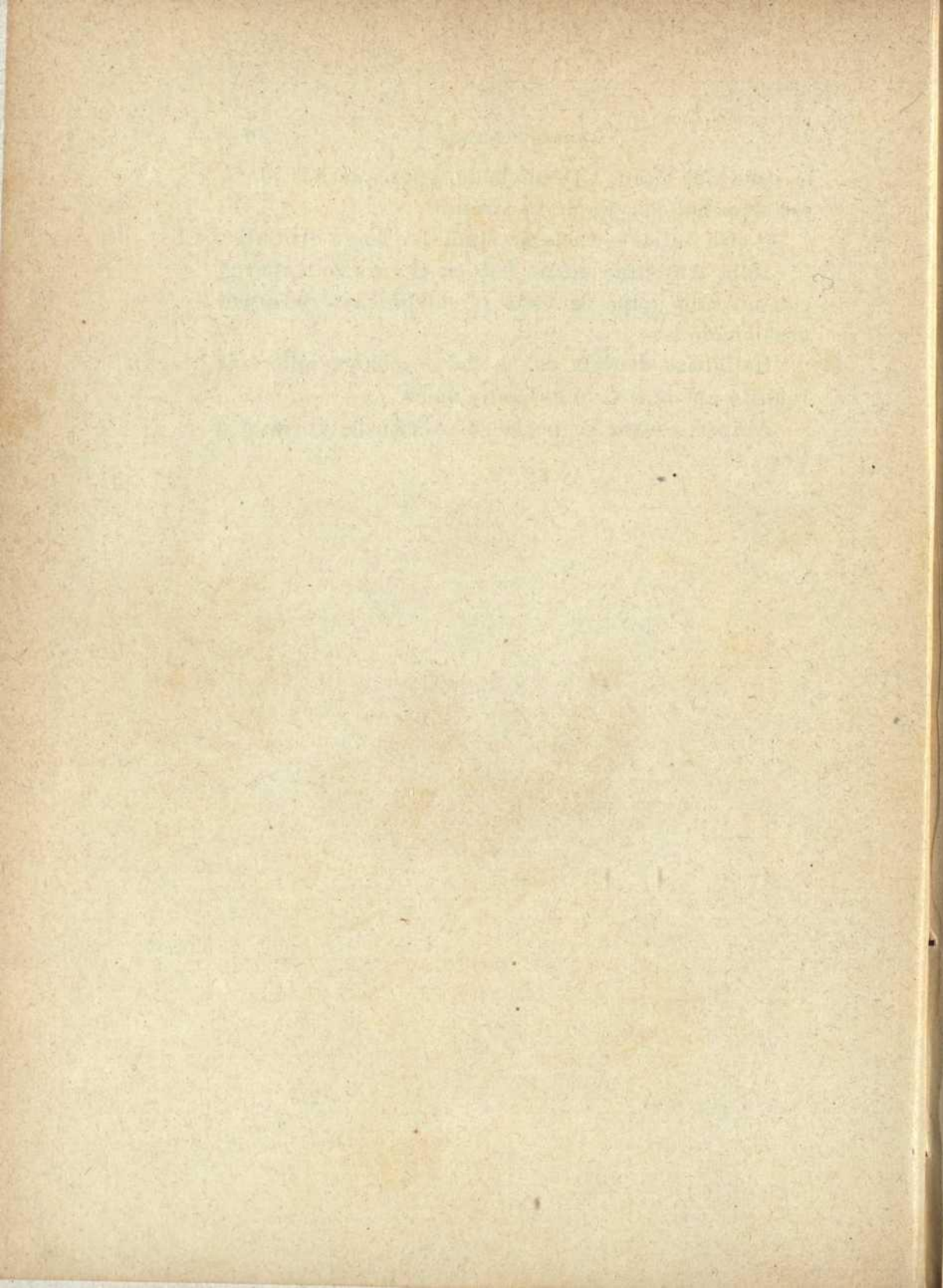
— ¡Oh Julia! — exclamó Mucio, — tengo otro hijo.

Julia Antonina sintió frío en el corazón: abarcó con un solo golpe de vista el sufrimiento de aquel desdichado.

Hallábase delante de un dolor más grande, más infinito que el suyo: ella podía morir.

Abrazó contra su pecho la cabeza del anciano y lloró.





EPÍLOGO

UN pánico terrible reinaba entre todos los conjurados. Iba á llegar la hora de herir, y una voluntad indomable se resistía al soborno, á las promesas y á las amenazas.

El plan se hallaba hábilmente dispuesto: todos los íntimos de Calígula, y especialmente sus favoritos y validos, habían preparado la trama. Una compañía de histriones y pantomimos asiáticos ofrecía aquella noche un nuevo espectáculo á César. Al pasar éste bajo una bóveda, donde daban guardia los pretorianos, dejaba fuera sus germanos. Dos tribunos militares del Pretorio se adelantarían á pedirle la consigna: aquel era el momento.

Los legionarios estaban decididos; el oro de Valerio Asiático los tenía insolentes, y á cada instante se contaban terroríficos augurios, que daban por cierta la muerte del Emperador. En medio de un día sereno y un cielo azul había caído un rayo y derrocado la

estatua de César en Aquilea; la escena se había cubierto de sangre la noche anterior. Era indudable: las Parcas acechaban ya en la puerta del palacio. Quæreas era el alma del movimiento; pero al llegar al otro tribuno, Cornelio Sabino, surgió el obstáculo y el peligro. Desde la noche anterior se luchaba por vencerlo: ¡imposible! El oro y la amistad nada habían conseguido al llegar la hora sexta del 24 de Enero. Juró guardar el secreto de sus conmitones, pero prometió defender á César, en el instante supremo, con su brazo y los de sus fieles soldados.

La angustia entre los conjurados era indescriptible. La mayor parte meditaban ya tan sólo cómo salvar la vida, delatando á sus cómplices, pero la tabla era tan peligrosa como el naufragio. Sólo estaba impávido y sereno el leal Sabino: su conciencia de soldado no veía en César al monstruo, sino al hijo del glorioso Germánico.

Indiferente á todo reposaba en su departamento cuando un primipilar entró á avisarle que una mujer lo buscaba con obstinación. Cuando quiso negarse á recibirla, estaba ya en su presencia.

La cara llevaba envuelta en tupida gasa, y los contornos eran de prodigiosa esbeltez.

— Vengo á venderte una sierva — dijo rudamente la recién llegada, cuando á un signo de Sabino se alejó el soldado.

— Tu viaje es inútil; no te canses en vano.

— La esclava que te ofrezco es hermosa, es rica, es patricia.

— Mujer, tú deliras ó vienes á embaucarme. Pierdes el tiempo, y si no quieres que yo lo pierda también, muestra al menos tu faz, si es digna de tu buen tallo y de tu voz argentina.

— Nunca, mientras no aceptes el trato que te ofrezco. Compra mi esclava: tú la has conocido y la has admirado: hace muchos meses que desapareció de Roma, y se la juzga muerta, pero vive, y á una sola palabra tuya aquí estará.

— En vano quieres despertar mi interés.

— Oye al menos su nombre;— y aproximándose al oído de Sabino, pronunció la desconocida una palabra.

— Malvada — gritó con indignada cólera el tribuno, — voy á arrancarte esa lengua de víbora que ha pretendido manchar el nombre de la más hermosa y más noble de las mujeres romanas.

Y ardiendo en ira, arrancó con enojo la gasa que ocultaba el rostro de la mujer; mas apenas lo hubo visto, retrocedió espantado, é inclinándose con respeto, exclamó atónito:

— ¡Cómo, señora! ¿Eres tú misma? ¿Vienes á burlarte de tu esclavo? ¡Divina Julia! ¿tal venganza quieres tomar de mi adoración silenciosa y sin esperanza?

— Sabino — replicó Julia Antonina, — sostengo mi ofrecimiento. Vengo á venderme á ti.

— Deidad mía — contestó el tribuno, — en Roma no hay oro bastante para pagar una sola de tus mercedes, ni en la guerra hazañas para merecer un solo beso tuyo.



— Hay un precio. Una vida por mi vida.

— ¿La vida de quién? — replicó Sabino apretando entre sus dedos el pomo del puñal.

— La de Cayo Calígula.

.
A la hora séptima estallaba la conjuración. Quæreas dió la señal de herir; pero el puñal de Cornelio Sabino fué el que partió en dos pedazos el corazón del tirano.

La soldadesca se entregó al saqueo en el palacio hasta que la guardia germánica entabló con los amotinados lucha sangrienta.

Roma no quería creer la noticia: el Senado no osaba reunirse: tal idea tenía del Emperador, que imaginaba el rumor una añagaza de Calígula para exterminar luego á cuantos no hubieren dado muestras de dolor inmenso.

Hubo, sin embargo, una persona que alejada del Palatino y de la conspiración tuvo certeza del fin del tirano: un pobre viejo, decrépito y temblón, cuyo semblante tenía inmovilidad aterradora, y en cuya mirada se adivinaba un abismo de dolor.

Al amanecer del día siguiente á la muerte de Calígula, se encontró, cubierto por la escarcha, el cadáver del viejo sobre el montón de césped que cubría las cenizas de su hijo.

NOTA

El propósito de hacer, más bien que una leyenda, un estudio sobre el estado político y moral de Roma en tiempo de Calígula, me ha llevado á posponer muchas veces ante la exactitud histórica el interés de la acción imaginativa que se relata. Circunscrito á trasladar en lo posible el colorido y la verdad de la época, me he atendido fielmente á los testimonios y frases de los escritores clásicos del siglo I y con más predilección á Séneca, que fué contemporáneo de Cayo César, amigo de las víctimas y estuvo expuesto él mismo alguna vez á contarse en el número de aquéllas. Varios de los episodios que á muchos lectores habrán parecido monstruosos ó increíbles, no son por eso menos verídicos: están basados en diferentes anécdotas y ejemplos que el filósofo cordobés citaba según consideraba oportuno, entre los numerosos tratados que escribió sobre materias tan distintas.

Sólo de esta suerte puede adivinarse el carácter de Calígula, quien ha pasado á la posteridad envuelto en la duda de si era un monstruo ó un demente, misterio que hace mucho más dolorosa la pérdida de los libros VII y VIII de los *Anales* de

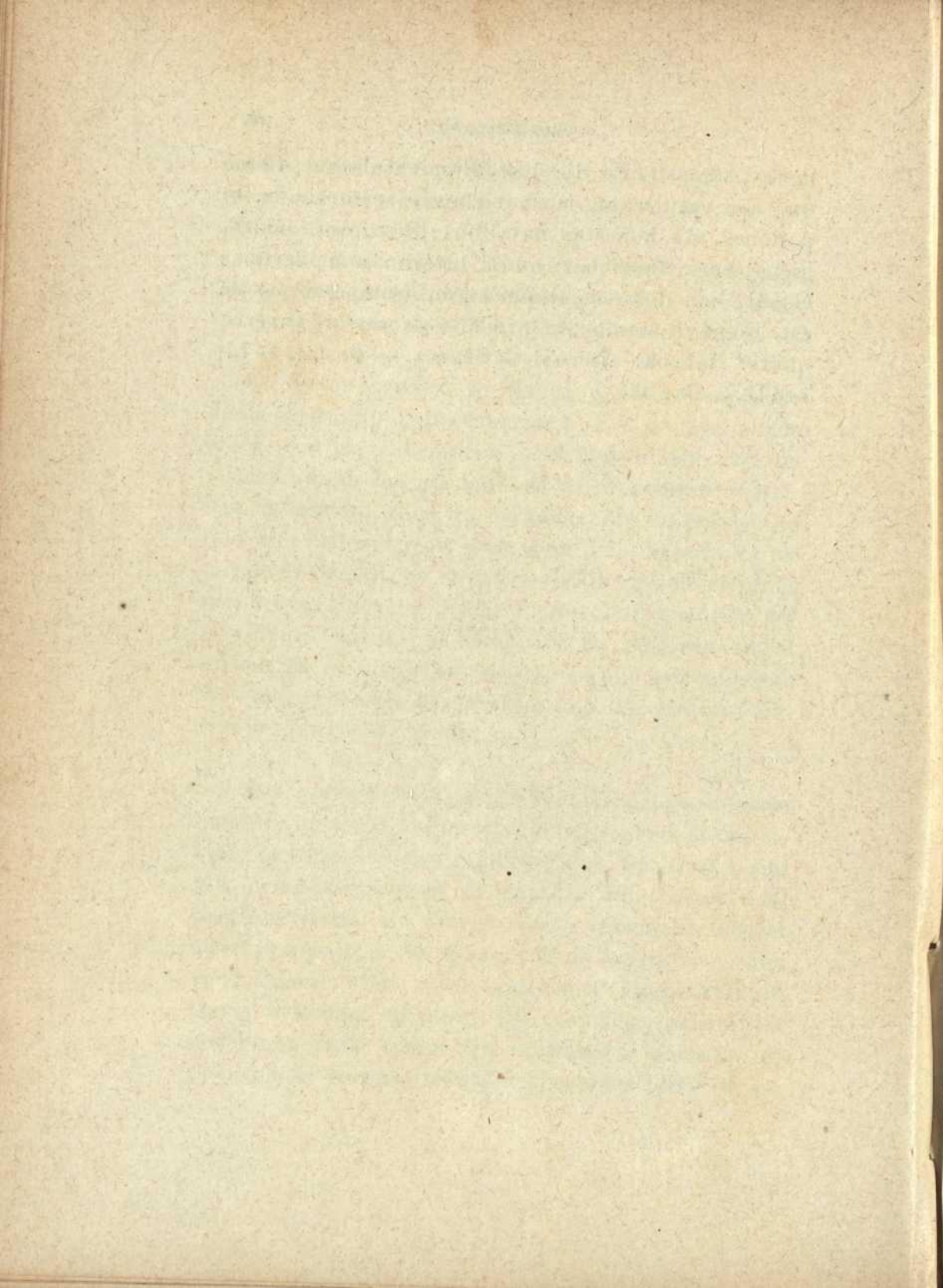
Tácito, aquel incomparable historiador-psicólogo á quien una frase bastaba para retratar eternamente una conciencia.

Si la consideración de no interrumpir la lectura del presente estudio me hubiera permitido poner notas justificantes, éstas habrían ocupado otro tanto que el texto.

El lector erudito lo habrá podido comprobar desde el principio en su memoria, y el profano puede creer, con esta afirmación, que hay mucho más de verdad que de fingida fantasía en el anterior relato. Aun la acción, si no los caracteres de los personajes que no son históricos, está, asimismo, basada en un pasaje de Séneca, en cuya concisión terrible se pinta con breves líneas el drama espantoso é histórico del padre que asistió al banquete de Calígula en el mismo día en que había muerto su hijo por mandato de aquel execrable déspota. He aquí el relato auténtico del inmortal filósofo:

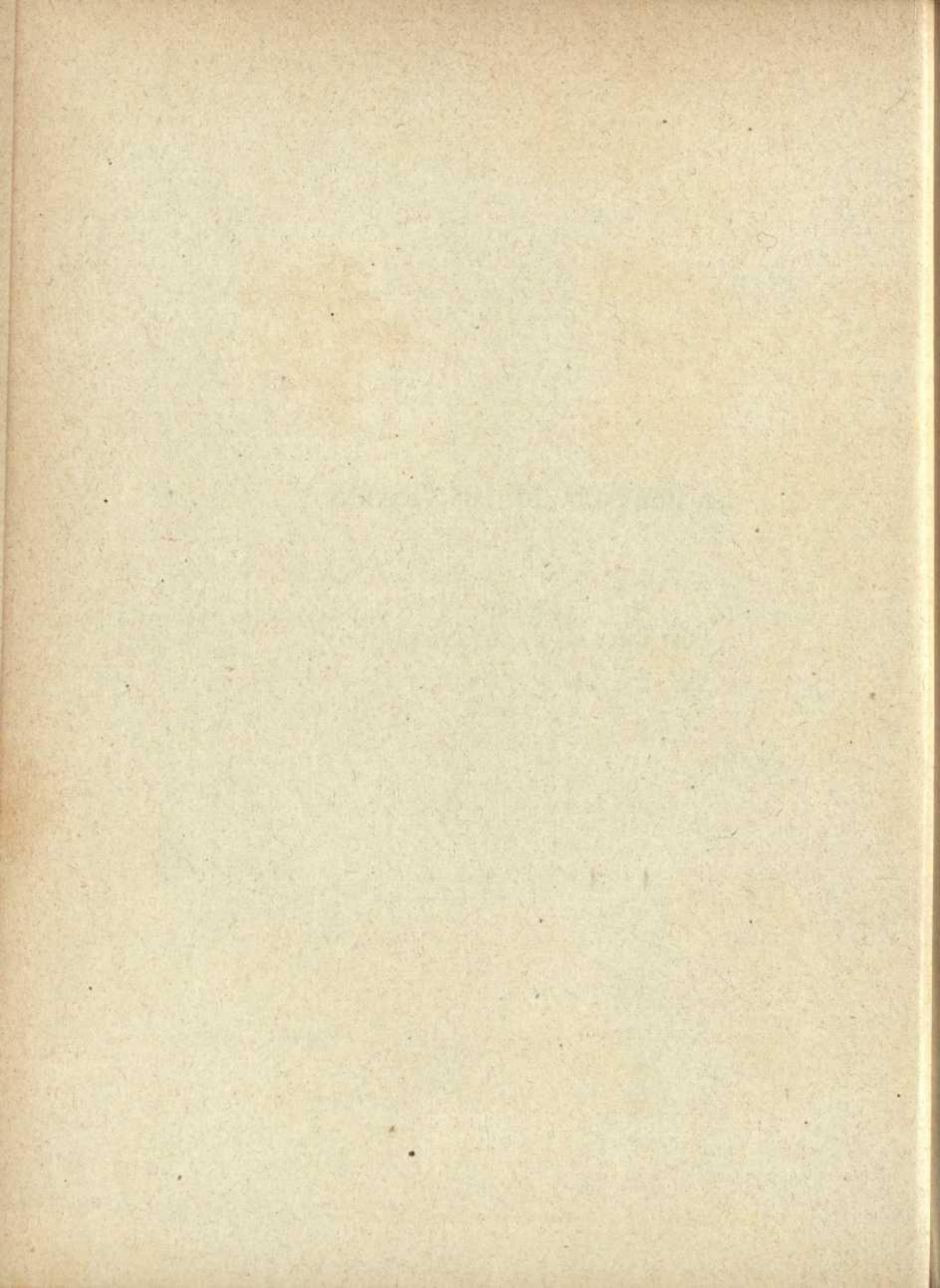
«C. Cæsar Pastoris splendidi equitis romani filium quum in custodia habuisset, munditiis ejus et cultioribus capillis offensus, rogante patre, ut salutem sibi filii concederet, quasi de suplitio admonitus, duçi protinus jussit. Ne tamen omnia inhumane faceret adversum patrem, ad cœnam illum invitavit eo die: venit Pastor, nihil vultu exprobanter. Propinavit illi Cæsar heminam, et posuit illi custodem; perduravit miser non aliter quam filii sanguinem biberet. Unguentum et coronas misit, et observare jussit an su-

meret; sumpsit. Eo die quo filium extulerant, immo quo non extulerant, jacebat conviva centesimus, et potiones vix honestas natalibus liberorum, podragicus senex hauriebat: quum interim non lacrimas emisit, non dolorem aliquo signo erumperet passus est. Cœnavit, tamquam pro filio exorasset. Quærisquæ? Habebat alterum. — SÉNECA. — *De Ira*. — Libro II. — Par 33.



LA DEMENCIA DE LOS CÉSARES

ESBOZO
DE UN DRAMA HISTÓRICO



PRÓLOGO

LA AGONÍA DE TITO

LA ciencia había dicho su última palabra y, como siempre, fué una negación. No se conocía la enfermedad ni se hallaba remedio en lo humano. El emperador se moría devorado por ardiente fiebre. Sus presentimientos no lo habían engañado: la melancolía profunda que le arrancara lágrimas delante del pueblo reunido en el Circo Máximo, le mostraba á todas horas un sepulcro entreabierto. Abandonó á Roma y se hizo conducir en litera á la modesta casita de sus padres en la Falacrina, cerca de Reate, para contemplar por vez postrera el ciprés profético de su huerto, los manes de sus mayores y la diosa protectora de los Flavios.

Una cohorte de veteranos del Pretorio rodeaba la morada para impedir que la muchedumbre poseída de frenético dolor turbara con sus sollozos y sus de-

precaciones á los dioses la agonía del augusto moribundo. Los amigos, los primates, los esclavos ahogaban en silencio sus gemidos. Iba á expirar el amor y la delicia del humano linaje, la esperanza del mundo, el clemente y divino Titó Vespasiano. Aquella figura llena de majestad y de gracia yacía inerte en el lecho donde sucumbió su glorioso padre; sus ojos fulgurantes por la calentura se fijaron extáticos en el cielo azul que por la estrecha puerta del atrio se descubría; hasta él llegaban el aroma embalsamado de los jardines y el alegre canto de los ruiseñores de las selvas vecinas; una expresión de amargura y pena sin consuelo se reflejó en aquel rostro que los poetas comparaban al Zeus de Olimpia.

¡Morir á los cuarenta y dos años, dejando el imperio de la tierra, la riqueza, la dicha, el amor, la gloria, el culto idolátrico de tantos millones de hombres! ¡Bajar al triste reino de Plutón, cuando una palabra magnánima puede hacer felices provincias enteras y el blandir de una espada lograría dilatar los límites del imperio hasta el Indo soñado por Alejandro! ¡Morir cuando la Victoria ha cerrado el templo de Jano y las bellezas y las virtudes tejen al corazón horas de goces que siempre renacen y nunca se extinguen, es ¡oh Dioses inmortales! un suplicio cruel no sufrido en los tormentos del Báratro!

— ¿Qué hice yo en mis días para esta iniquidad de muerte tan prematura? ¡Oh Minerva, patrona de mi casa y de mi sangre; oh diosa santísima que en Pafos me anunciaste los augustos destinos del impe-

rio, detén el odioso trabajo de las Parcas que más que contra mí conspiran contra la paz y la felicidad de Roma!

Había pedido — por si el mandar no le era ya dado — que lo dejaran solo; y sus más íntimos desde las habitaciones inmediatas espiaban con suprema angustia, por el anhelante respirar, el estado del imperial doliente.

Con los tonos ya encendidos ya pálidos del crepúsculo que separa la vida de la muerte, Tito veía desfilar ante los ojos de su espíritu los cuadros más salientes de cuanto hizo y dijo, á modo de examen de conciencia pitagórico ó declaración prestada ante un juzgador con más poder que su omnipotencia augusta.

Una casucha pobre y sombría en el barrio plebeyo de la Granada, cerca del Septizonio, un cubículo sordido y oscuro de que cuidaba hermosísima matrona muy amada de un soldado valiente y decididor: allí había nacido; allí se había deslizado su niñez: aquel legionario de pequeña estatura y vigorosos músculos, siempre pronto al peligro y siempre cáustico y alegre, aquella mujer arrogante y virtuosa, eran sus padres.

La rueda de la Fortuna había dado vueltas sin cesar: tan pronto se veían halagados por la victoria del conmlitón, ora tribuno, ora teniente general, ora edil, tan pronto arruinados y en la miseria, viviendo de vender y comprar caballerías.

La protección de un pariente le había llevado

luego á Palacio, formando en la comitiva del príncipe de la juventud. El hijo de Claudio, el infortunado Británico, había cantado en un banquete el célebre verso de Homero, y el último de los Nerones, recelando en ello una amenaza, hizo que le administraran la ponzoña. ¡Qué cuadro más aterrador! De dos hermanos en la adopción, por igual hermosos y gallardos, llenos de vida y de juventud, á quienes sonreían las Gracias y los Dioses, el uno expirante revolviéndose en las últimas congojas de la muerte, y el otro triunfador y soberbio, dando órdenes al pretoriano conquistador del orbe. Tito había gustado el tósigo y pasado muchos días de serio peligro, viendo en el delirio la lívida faz del príncipe querido.

Escenas plácidas sucedían á la visión horrible. Sus primeros amores; los ojos azules y puros de Aricidia; sus castos besos; el dulce latir de aquel seno ante el altar de las justas nupcias; el eco inefable del primer vagido de la tierna Julia, la hija de su alma.

Y luego guerras y luchas con los bárbaros, ya cerca del Rin, ya en el país de los caledonios donde la noche dura todo el invierno.

Sus viajes á Grecia, su viudez prematura, un largo período de orgía y libertinaje y la vuelta á la pobreza.

De repente, los judíos se rebelan y se entregan á las más sangrientas crueldades; hace falta un general de empuje cuyo nombre oscuro no sea sospechoso á Nerón: Vespasiano obtiene el mando de las legiones de Siria, y Tito marcha á sus órdenes corriendo de victoria en victoria.

Luego llegan noticias increíbles de Roma: las legiones de las Galias se han sublevado con Vándice. Vándice ha sido derrotado y muerto. Las legiones de España se han sublevado por Galba; las de Germania han dado la púrpura á Vitelio. Ya el emperador no se hace en Roma y el oráculo de Pafos le dice al oído que el dueño del mundo saldrá de Oriente. En el Monte Carmelo ha profetizado el sacerdote de aquel altar sin Dios que el imperio será de los Flavios.

Galba lo llama para adoptarlo: ya es César: fálta-le llegar á Roma. Pero apenas desembarca en Corinto, todo ha cambiado; los sicarios de Otón habían hecho, junto á la piedra miliaria, rodar la cabeza venerable y sagrada del viejo Galba. Otón y Vitelio se hacen guerra sin cuartel y marchan á encontrarse sus ejércitos en el norte de Italia. Ha sonado la hora decisiva para las legiones de Oriente.

Mucio, el heroico Mucio, no quiere el imperio para sí, y por amor á Tito ofrece su ejército de Antioquía al plebeyo veterano. Una corte de reyes acude á Cesárea con miles y miles de auxiliares, á jurar fidelidad al vencedor de Judea. El viejo se resiste, duda, teme romper la disciplina, pero un día los soldados lo proclaman Augusto. La suerte está echada y ya no cabe sino morir ó imperar.

Entre los príncipes del Asia se destaca como la estrella de la mañana la reina de Cilicia: la encantadora Berenice, la de los ojos de sol y el alma de fuego, majestuosa en su juventud y hermosura que oscurece la memoria de Cleopatra. Una sola mirada

fundió sus corazones en delirante amor, y el solio de los Césares parecióle á Tito corto tributo para compartirlo con la divina judía.

Y más guerras y más triunfos: el universo prostrado al fin ante Vespasiano, mientras él, su hijo, acaudillaba las legiones delante de Jerusalén. Había que exterminar en su guarida los restos de aquella raza incorregible y maldita.

¡Qué cuadros de horror! Las minas y las máquinas funcionan sin tregua; tomado un recinto, es preciso ruda batalla para adelantar un paso: quinientos prisioneros expiran en la cruz cada día á las puertas de la ciudad santa; millares de infelices mueren de hambre; los brazos se cansan de matar; los palacios y las fortalezas caen con estrépito entre ruinas; en el templo al fragor del trueno clama una voz sobrehumana el grito fatídico de «los dioses se van;» el incendio devora la maravilla de Salomón; y entre las llamas y los escombros humeantes y los raudales de sangre entra sobre su caballo triunfante hasta Sion, la montaña sagrada, y de una raza y un pueblo que sucumbe para siempre, queda como epitafio una moneda de oro con la imagen del vencedor, y debajo de la palmera la terrible leyenda «Judea cautiva».

Los dioses de los hijos de la Loba triunfaban, y él, Tito, había sido su vengador.

¡Cuántos afanes luego, cuántas vigiliass y qué labor tan ruda para ayudar á su padre á asentar sobre sólidas bases el sumo poder! ¡Qué esfuerzos de inteligencia y de voluntad para el equilibrio entre el rigor

y la clemencia, entre la democracia y la tiranía en aquel pueblo inquieto y soberbio, tan inepto para la libertad como para la obediencia, para aquellos ejércitos ebrios con la sangre y el oro de las guerras civiles, para aquel Senado tan pronto á las adulaciones más viles como á las rebeliones más traidoras! ¡Qué tacto le había sido preciso desplegar para evitar ante los refinados patricios el ridículo en torno de aquel su padre que disputaba á los ministros el precio de los sobornos y que con su burda toga y sus marrullerías rústicas se burlaba de los héroes y de los dioses, y de la sabiduría y de la elegancia patricia!

Un día el viejo se sintió también tocado por la inflexible guadaña, y poniendo los ojos en su hijo, exclamó sonriente: «Paréceme que me convierto en dios», y arrojándose del lecho pronunció aquellas sus últimas palabras: «El Emperador debe morir de pie.»

Y las lágrimas vertidas sobre su cadáver se secaron pronto con las fiestas de la jura y de la proclamación; y la pena honda de su pecho se ahogó con las preocupaciones y los azares del poder. Al fin era el amo del mundo; el humilde niño del Septizonio, el hijo del chalán, era el sucesor del divino Julio, de Augusto, de Germánico, de los terribles Claudios, de los Neronés, de los Sulpicios, de cuanto Roma tenía de más grande y glorioso en sus anales.

Pero no, para él la soberanía omnipotente no había sido el placer ni el goce, sino el cuidado, el desvelo, el sacrificio de sus pasiones más fogosas. A

Berenice, encanto de sus ojos, la había desterrado á Oriente en holocausto á la santa castidad de las matronas; las puertas de palacio quedaron inaccesibles á los alegres camaradas de orgía; sus costumbres podían servir de espejo á los austeros republicanos de los tiempos de Catón y Marco Bruto; no se ejerció una venganza política y la piedad y la clemencia fueron los dioses tutelares de un imperio de dos años.

Y ahora, en la plenitud de la vida, pasadas las tempestades de la juventud y lejana la decadencia de la vejez, vencidos todos los conflictos y abiertos los horizontes del poderío, de la felicidad y de la grandeza, veía extinguirse por momentos el fuego sagrado que con su existencia alentaba el alma del imperio. En vano ahondaba en sus recuerdos para encontrar una culpa, cuando de repente sintió en el pecho como la picadura de un gusano roedor, y aquella dolorosa punzada puso ante su vista un terrible cuadro.

El banquete era suntuoso: las palabras y juramentos de amistad se habían cruzado entre los leales al chocar de las copas; había hervido la sangre al fermentar en las venas el vino del primer Consulado de Cayo; se despidieron con estrechos abrazos y el ósculo de la más ferviente amistad; pero en la puerta el general inflexible, terror del germano, caía muerto, herido á traición; la espada de Tito fué la que atravesó su pecho, y los sicarios emboscados remataron el odioso sacrificio.

Y como si la realidad obedeciera á un conjuro fatídico, se destacó, ante los ojos del moribundo, un

fantasma fosforescente, un espectro luminoso, que en sus contornos vagos reproducía la figura de aquel gran capitán de los Flavios, Alieno Cécina, el héroe de los campos de Bedriaco, asesinado al salir del convite del príncipe, por sospechas no fundadas de conspiración contra el Imperio.

El espíritu del muerto ilustre, que en nimbo de luz extraña tenía la apariencia mortal del valiente soldado, fijaba los ojos en el emperador con inmensa piedad y compasiva ternura.

—Tú eres — exclamó Tito, sintiendo erizársele los cabellos, —tú eres mi único crimen; vienes á complacerte en mi desgracia; ¿es cierto, pues, que los dioses, indiferentes á las cosas de la tierra, son implacables en el castigo y en la expiación? Aquí me tienes, pues: vengate, que del amo y señor del mundo sólo queda un cuerpo dolorido que pronto trocará en cenizas la fúnebre hoguera. Mi muerte es cierta. En la víspera de Filipos, también vió Marco Bruto la sombra del divino Julio.

— Sí — dijo con voz tenue, en nada semejante á la humana, el lúgubre aparecido; — soy tu víctima. Sin razón sospechaste de mi lealtad y traidoramente me arrancaste al amor de los míos; pero del lado de acá de la tumba se extinguen los odios y se apaga toda sed de venganza. Eres ya de los nuestros; has pisado el dintel de la eternidad y vengo á verter el bálsamo del consuelo sobre la desesperación de tu espíritu. No tienes que pedirme perdón; perdonado estás; que en este mundo de las almas en que vivi-

mos, son tan chicas las pasiones y luchas terrenales, como para vosotros aparecen las rudas batallas en los hormigueros y en los enjambres. ¡Ah, pobre hijo de Vespasiano, los dioses son clementes contigo al llamarte entre los inmortales en el esplendor de tu gloria, en el apogeo de tu grandeza, en el encanto de los grandes amores!

— En vano — gritó el agonizante — quiere la miel de tus palabras endulzar las hieles de mi amargura. Me queda mucho que hacer, me necesita Roma, el pueblo sería feliz con mi mando: las legiones tendrían muchos triunfos, el Senado renacería con la virtud que yo le infundiera, los manes de los Flavios competirían con los santos recuerdos de los fundadores de la Ciudad; ¡vida, dame la vida, para bien del género humano que me adora!

— ¡Infeliz! — contestó con tristeza y majestad la sombra; — eres dichoso con la muerte, pues no has tenido tiempo de que se infiltre en tu pecho y en tu cabeza la enfermedad de los Césares: la demencia, que deshonró á Tiberio, á Cayo, á Claudio, á Nerón, y que será la lepra que pudra á tantos otros príncipes que te sucedan. Tú no sabes que ni el genio ni la virtud ni el heroísmo resisten á ese filtro envenenado que con la fiebre de la omnipotencia quema la sangre del tirano, consume su cerebro y hace temblar sus nervios por el terror, con más violencia que el de los mineros de cinabrio.

— Mientes — contestó el Augusto; — yo he resistido á todas las codicias, á todas las concupiscencias

del supremo mando. Mi padre supo acallarlas é imperó como no pudieran hacerlo los Gracos y los Escipiones.

— Tu padre ciñó el laurel sagrado siendo ya viejo y no había nacido en la púrpura. Los que heredáis el imperio, todos empezáis bien. Nerón derramó lágrimas al firmar la primera sentencia de muerte y exclamó, con voz que le nacía del alma: ¡Ojalá no supiera escribir!; Claudio restituyó el dinero de las confiscaciones, suprimió impuestos y fué juez incorruptible; Calígula prohibió las acusaciones de lesa majestad, llamó á los desterrados y proclamó la libertad del libro; Tiberio, en sus años primeros, emuló las glorias de Julio y de Octavio; después vino para todos ellos la fiera enfermedad de los emperadores, la demencia de los Césares. Vuestro poder tiene una pendiente resbaladiza con un abismo al fin. Primero el recelo y la sospecha, después la crueldad por razón de Estado, más tarde los furores del miedo y al fin el delirio espantoso que convierte al hombre en una fiera que sólo acaba bajo el puñal del asesino y con los despojos mortales arrastrados hasta las inmundicias de la ciudad. Hoy tu nombre pasará á las edades unido á las lágrimas de tu pueblo y como culto de veneración eterna para los siglos. Si vivieras más años...

— ¡Oh si viviera! ¡viva yo, aunque sólo sea por convencerte de la fuerza de mi voluntad para el bien y de la firmeza de mi virtud para la dicha del mundo!

— Ciego, tú solo hasta aquí has visto con los ojos

de la carne. Los dioses inmortales son benéficos contigo. Te dejan elegir; pero antes has de ver en lo futuro. Tu hermano va á heredarte. Ya el Pretorio se dispone á prestarle el juramento. La plebe se alborozaba ante la idea de espléndido donativo. Domiciano, como tú, es joven, mucho más joven que tú; como tú, ha peleado en los campamentos, domina las ciencias y las letras; como tú ha sufrido los rigores de la suerte y tiene hermosura, majestad, vigor, fe en los altos destinos de los Flavios... Mira allá en los horizontes de lo porvenir cómo reina y manda, mira su cruel existencia y sus desastradas postrimerías. Así serías tú: contéplalo; después pide vivir.

Y de repente, entre los estremecimientos de la fiebre, cayó Tito en un sopor profundo; su respiración se hizo ligera, un color sonrosado se extendió en sus mejillas; los ojos se le llenaron de una luz sobrenatural que penetraba hasta lo hondo de su alma; y parecióle que se derrumbaban los muros de la casa paterna y se precipitaban los años y los sucesos, dominando él el tiempo y el espacio y leyendo en los días futuros.

Y vió.



PRIMERA JORNADA

LA EDAD DE ORO

(AÑOS 81 AL 86.—ERA CRISTIANA)

I

UNA SESIÓN DEL SENADO

(Día de las Kalendas de Mayo del 85.)

Los heraldos habían dado su pregón varios días antes por la ciudad y algunas poblaciones lejanas: *Que los senadores y los que tengan derecho de emitir voto en el Senado acudan al templo de Marte Vengador.*

Habiendo terminado las guerras, era evidente que se convocaba para deliberar sobre un triunfo. El templo, de forma circular, que había edificado Augusto á la derecha de la escalinata del Capitolio, se hallaba desde mediodía lleno de lo más ilustre del patriciado romano.

Desnudo de adornos, recordaba el edificio los primeros tiempos de la sencillez romana.. Sólo las águi-

las de Craso, devueltas por el rey de los Parthos, se ostentaban orgullosas ante el altar del dios.

Modestos bancos de madera se extendían en forma elíptica ante el estrado, en el que se alzaban tres sillas curules: dos para los cónsules, la de en medio para el Emperador. Los *actuarios*, esclavos públicos, preparaban sobre el papiro encerado sus estiletes para tomar nota abreviada de los discursos, aunque la mayor parte de éstos iban á sus manos escritos por los oradores antes de dichos, ó eran redactados de nuevo después de pronunciados.

Se conversaba enorros, se discutía con algazara; sólo andaban algo retraídos y silenciosos los que habían de hablar.

Un confuso rumor de aclamaciones y de cantos patrióticos que partía del bosque del Asilo, hizo entender la proximidad del príncipe. Tomaron asiento los padres conscriptos para hacer la reverencia de levantarse cuando Domiciano entró.

El Augusto iba modestísimamente vestido. Sin arreos militares ni más insignia que el laurel sagrado, parecía la imagen de un republicano de tiempo de Catón el Viejo. Quemó incienso ante el ara del dios, é hizo las libaciones de ritual. Después fué saludando uno á uno á los quinientos senadores allí reunidos. Tras la prolija ceremonia tomó la palabra Mecio Rufo, y usando de ella desde su asiento, se dirigió al emperador en estos términos:

— Flavio Augusto: has vencido á los Dacios y has vengado á las legiones de Opio Sabino en las ri-

beras del Danubio. Has llevado las águilas hasta el país de los Scotos. Tu victoria sobre los Catos te ha merecido el nombre de Germánico. El rey de los Senones viene tributario, y la virgen profetisa Ganna canta en su lengua bárbara tu gloria y la de los dioses. Has hecho que en los altares Flavios rindan culto los Sármatas á la diosa Roma. ¡Hijo inmortal de Vespasiano, el Senado vota el triunfo para ti!; el Senado te declara Padre de la Patria y por aclamación acuerda que siempre que vengas á presidirnos uses el traje triunfal y te acompañen veinticuatro lictores.

El Emperador se llevó la mano á los ojos varias veces, y con voz conmovida replicó:

—Padres conscriptos: quieran los dioses conservar para siempre unidas nuestras voluntades para bien de Roma y del Universo. Los honores que me tributáis no los he ganado sino por el esfuerzo de las legiones y la providencia altísima de las deidades. Queréis agobiarme de gloria, pero yo tengo que distribuirla entre los generales de la República. En la Bretaña, quien hizo retroceder á los bárbaros hasta sus brumosos montes fué Agrícola. En la Mesia ha domeñado al Decébalos nuestro bravo Calpurnio, y en la alta Germania quien contuvo á aquellas tribus feroces fué Ulpio Trajano. A todos ellos vayan vuestros elogios y nuestra gratitud. Yo he combatido no más que como un soldado. En los campamentos sólo soy el primero para el puesto de peligro, como en la ciudad el primero en el cumplimiento de las leyes y en mi respeto al Senado.

(Aplausos ruidosos estallan de todas partes. Muchos elevan las manos al cielo con muestras de asombro y admiración. Las aclamaciones son universales.)

Dominando con voz de trueno aquel estrépito, el orador Mecio vuelve á hablar:

— Tu modestia y tu virtud realzan la grandeza de tus hechos. Si eres el primer cumplidor de la ley, has de acatar nuestros acuerdos; acepta el triunfo que has conquistado tres veces y dignate admitir la erección de una estatua á tu nombre y á tu memoria, que perpetúe por siglos y siglos la imagen del más grande de los emperadores de la República romana.

El Augusto extiende las manos hacia los Padres en ademán de súplica para que no voten.

Los senadores, con muestras de afectada indignación, dan voces para imponerle el lisonjero mandato. Domiciano exclama entonces:

— Haced lo que os plazca, pues todo es lícito á vuestra majestad. Yo me limito á ofrecer un ramo de laurel á Júpiter Capitolino y á constituirme en espada y en escudo de la seguridad y de la libertad de vuestras personas sagradas.

Nuevos vítores. Aplausos más frenéticos. Todo se acuerda por aclamación. El Senado entra luego á debatir un asunto secundario sobre reclamaciones de unos mercaderes ambulantes á quienes se les arroja de la vía pública, y un orador que lleva dos sesiones para evitar que se tome acuerdo, consume las horas que restan hasta que uno de los tribunos anuncia

que está el sol para ponerse, momento en que debe terminar la sesión.

El Emperador había salido ya en cuanto se entró en el debate ordinario: el pueblo sembró de flores su camino é iba cantando en torno esta especie de torpe letanía, que más tarde sirvió de pauta al Senado para saludar á los más odiosos tiranos:

«¡Domiciano Augusto, los dioses te protejan!

»¡Domiciano Flavio, los dioses te protejan! Permítenos que te llamemos vencedor del germano, del dacio y del sármata.

»¡Domiciano Germánico, los dioses te protejan! En tus manos está nuestra salvación, nuestra vida, nuestra felicidad.

»¡En ti, Domiciano divino, en ti y por ti lo tenemos todo!»



II

FRAGMENTOS DE LAS ACTAS DIURNAS

CÓNSULES:

FLAVIO DOMICIANO Y VIVIENO CRISPO

Nonas de Mayo (año 85).

EL Senado y el pueblo acudieron hoy al Capitolio para celebrar las glorias alcanzadas por el emperador en los campos de batalla.

Se ha hecho la dedicación del Foro Vespasiano edificado por César Augusto Domiciano, á la memoria de su padre inmortal. La Basílica es soberbia y resucita el estilo sobrio y majestuoso de los tiempos de Cátulo.

Roma debía ya á nuestro augusto príncipe un estadio, una naumaquia, el nuevo Palacio del Senado, los templos de la Paz, de la Fortuna Flavia y la maravillosa restauración del Capitolio donde se rinde culto á Júpiter. Ahora viene á unirse á fábricas tan suntuosas el soberbio Foro que sirve de prolongación al de Saturno y que constituirá desde hoy el centro

preferido de los caballeros y del pueblo. Con razón la voz pública ha añadido á los gloriosos prenombrados de César, el de Arquitecto Magnífico.

El coro de vírgenes y de niños, en medio del pueblo vestido de blanco y coronado de laurel, ha cantado en las puertas del templo esta hermosa plegaria:

«Júpiter, que reinas en el Capitolio; y tú, Marte, dios de las batallas, padre y sustentador del pueblo romano; Vesta, que custodias los fuegos perpetuos, y vosotros, cuantos dioses imperáis sobre los mortales y á quienes debemos la majestuosa grandeza del imperio romano, en las inmensas tierras del orbe, defended, guardad y asistid con vuestra protección á la República, y haced que nuestro Emperador reine mucho tiempo sobre el mundo para que favorezca á los piadosos y oprima á los impíos.»

Día VIII de las Kalendas de Junio.

El Emperador ha suprimido las espórtulas públicas, que convertían en mendicantes una porción numerosa de ciudadanos, y ha restablecido la costumbre de las cenas decorosas que paga del Erario y del Fisco.

Por un nuevo edicto ha impuesto graves penas á los que mutilen á los niños para dedicarlos á viles oficios, propios del corrompido Oriente.

También ha instituído, en honor de Júpiter Capi-

tolino, un certamen quinquenal de música, de poesía, de gimnasia y de prosa griega y latina.

Ha regalado al pueblo trescientos sextercios por cabeza ¹.

Llegaron de Alejandría dos millares de libros que contienen las copias, hechas por orden del Emperador, de las obras más insignes de la antigüedad.

César, no sólo enriquece la ciudad con templos y palacios, sino que eleva las almas privilegiadas con los grandes modelos del arte y del saber.

¹ Unos 240 reales:



III

EN LA TABERNA VINARIA DE PRÓCULO

ENTRE GLADIADORES

VARIAS tablas formando cuadrado cierran el recinto puesto al aire libre. Lo más inmundo de la sociedad romana se halla agrupado formando corro y bebiendo. Destácanse en el primer lugar algunos gladiadores que han vencido aquel día en el anfiteatro Flavio (Coloseo). Unos cuantos que acaban de llegar de Capua y que deben combatir al día siguiente, escuchan con entusiasmo las jactancias y relatos de los de Rávena, ya viejos en la ciudad.

Habla Prisco, uno de los héroes del día.

— Vaya al infierno hoy el vino de Veyes. Ahora sólo debe beberse el Massica de lo caro. Bien lo hemos

ganado. Ni ¿qué menos lo hemos de gastar cuando Mamurra, el más bravo de los reciarios de Campania, viene á hacer libaciones con nosotros?

Mamurra. — Se agradece el agasajo, y yo correspondo como debo para celebrar la jornada de esta tarde, de la que algo me han dicho; mas prefiero oírla contar por vuestros propios labios.

Prisco. — No es la vez primera esta en que el pueblo, harto de ver el desmayo con que unos combaten y el mal garbo con que los otros se hieren, haya pedido que yo y Vero salgamos á la arena. Ninguno de los dos estábamos en los anuncios, y la mañana se había pasado en una lucha de mujeres que, aunque bravas, gritan al caer, se descomponen y dan asco. Luego vino una mojiganga en que pelearon dos docenas de pigmeos, y por más que murieron muchos, dieron que reír. No sabían batallar ni caer airosamente. Se había amontonado en el espoliario más de cien luchadores, formando montón de carne muerta sin que se hubiera visto nada bueno. Tuvimos el espectáculo de un combate entre dos flotas, y más de quinientos cautivos ó condenados á muerte hicieron lo que pudieron. Pocos lograron salvarse y recibir la licencia. Pero la gente aficionada, la que entiende el verdadero mérito, rompió á pedir con estruendo un juego personal entre el buen Vero y yo. Por allí andábamos. Pagaron bien al lanista, nuestro maestro de gladiadores. El Emperador, que accede á todo lo que pide el pueblo, dió la orden y salimos. Yo no he de decir lo que hice. Las mismas vírgenes Vestales daban gri-

tos de contento y de triunfo al ver lo que sabe hacer un hombre cuando tiene corazón y brazo y domina el arte. Que hable Vero.

Vero relata los incidentes de la lucha. Había sido igual, terrible. Quedaron rotas las espadas. Ninguno de los rivales quiso alzar el dedo declarándose vencido. Los hicieron descansar varias veces, dándoles bebidas confortantes. La pelea no terminaba. El pueblo en masa se puso en pie, pidiendo á César que mandara separar á aquellos dos valientes. El César; de repente, mandó á ambos el libelo de libertad y la palma de la victoria. Cien mil personas reunidas en el inmenso anfiteatro prorrumpieron en aclamaciones de aplauso á la piedad y sabiduría de Domiciano.

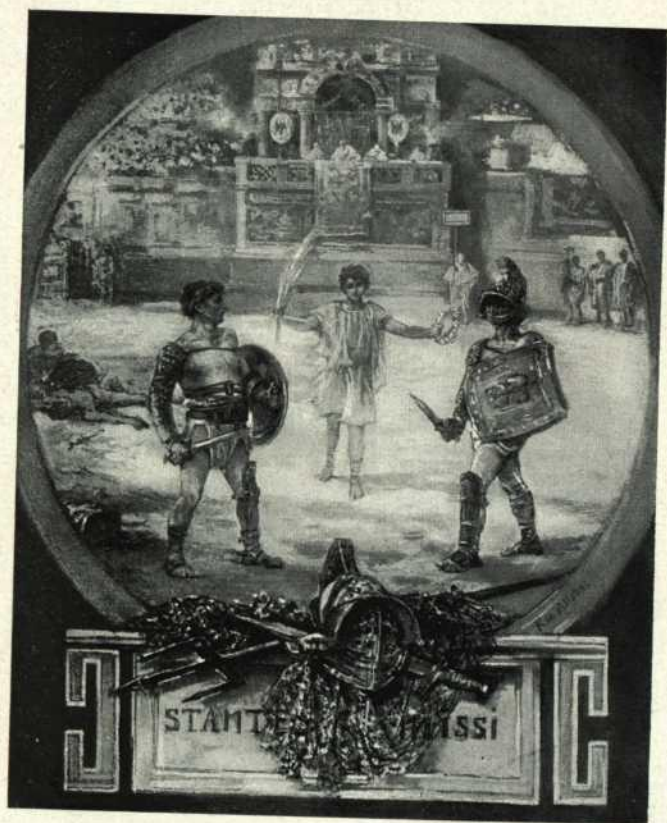
— ¡Que los dioses protejan al gran Emperador! — exclama uno, — al sumo, al óptimo dios latino. Él es el padre de los gladiadores, es la deidad de los valientes. Nunca hubo en Roma las fiestas de ahora. Él, por satisfacer al pueblo, le da toda clase de espectáculos; mas para que se vea su divina sabiduría, sólo goza con los que saben matar ó morir gallardamente. Como nosotros, desprecia á los criminales y á los cautivos. Esos no se pueden poner á nuestro lado. A lo mejor, como el caudillo de los Sármatas, esotro día, se cruzan de brazos y se dejan despedazar sin cumplir con su obligación. La muerte sin defensa es una cobardía y una estafa á los romanos.

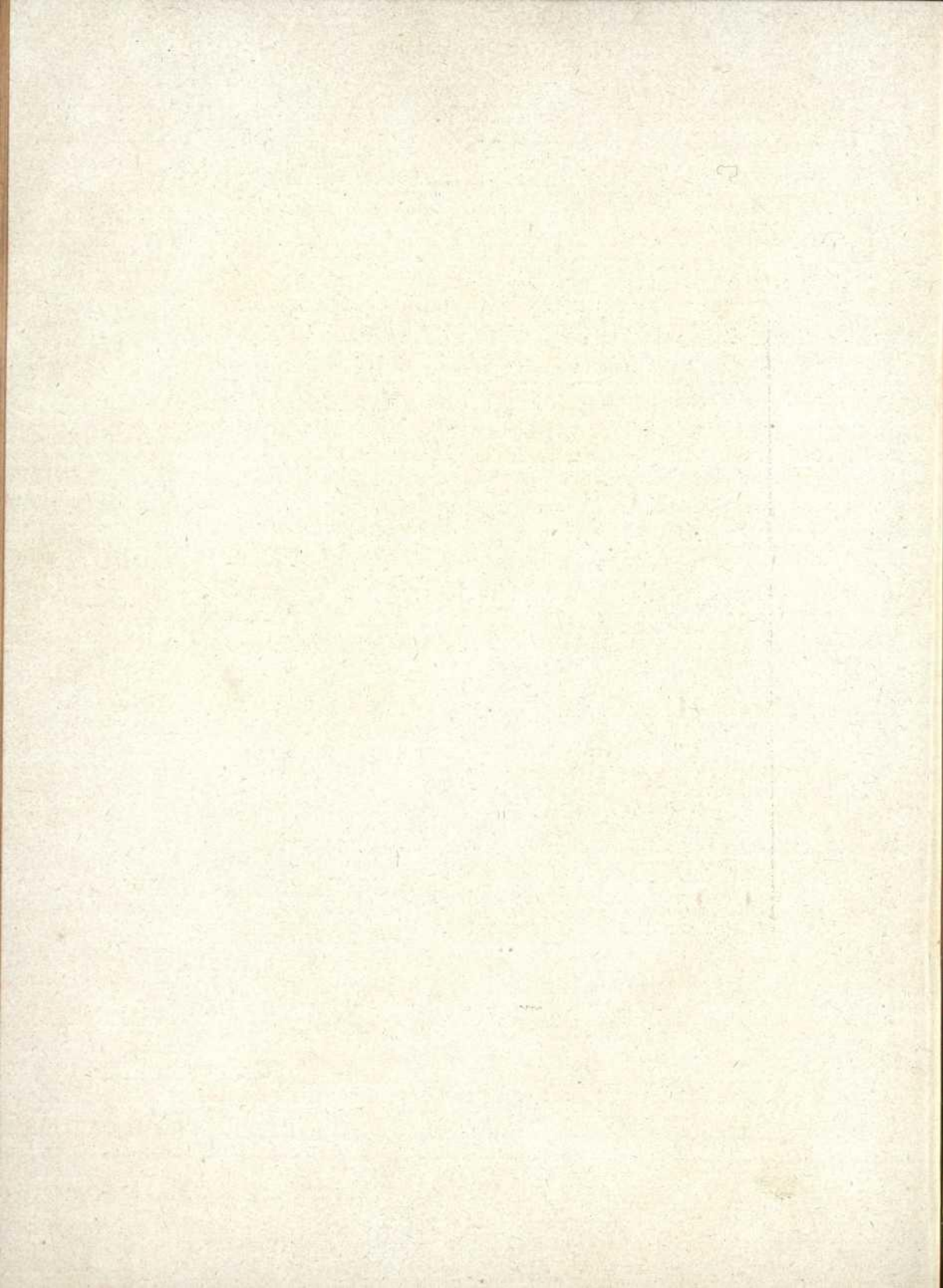
Habla otro. — ¡Bah, tú no eres más que uno de los

pobretes que salen al circo con red y tridente en busca de tu pescado! Lo gallardo del oficio nos alcanza á los que manejamos la espada y el escudo, á los de la escuela de César. ¡Qué hermoso es presentarse con el casco azul de alas y cimera rojas, con botinas de hierro y los brazos cubiertos de vivo color, dejando sólo al desnudo el pecho robusto para recibir el golpe del hierro contrario! Un pueblo entero te contempla. Los senadores te admiran, los caballeros te envidian. Las mujeres más hermosas y más nobles te devorarán con los ojos, que parecen luceros en noche sin luna. Eso es lo más grande que hay en el mundo. Con el tiempo, hasta la gente más alta de Roma vendrá á la arena, si quiere la verdadera gloria. Después de todo, las distancias se van acortando, y de la esclavitud al orden ecuestre, no hay más que un salto.

— ¡Viles esclavos! — exclamó un caballero, que por ciertos amoríos y loca afición se había contratado entre aquella ruin gente. — No toquéis á las clases honradas y ciudadanas. Yo soy un hombre libre y puedo bajar á la arena. Vosotros no podréis jamás subir á la toga.

— Paga una ronda de copas por tu insolencia, mancebo — replicó un gladiador de Capua, — y defiéndete mañana con la espada y el escudo, usando mejor maña de la que tienen tus palabras. Por Cloé la milesia has tirado tu anillo de caballero; yo prometo heredarte el anillo y la cortezana.





— No tienes que esperar á la aurora. Ahora mismo podemos dirimir el litigio. Si quieres á puño, si quieres con el hierro — gritó el quírite degenerado.

— ¡Imbécil! — dijo el de Capua. — Plutón ya te tira de los pies; pero no he de ayudarle sino delante de César, que es quien me paga. Aprovecha las horas que te quedan hasta que los garfios te arrastren por el circo y te saquen por la puerta de los muertos.

— ¡Paz, amigos! — gritó Vero. — El de Capua tiene razón. El gladiador es hijo predilecto de Venus y de Marte. Mantiene en los pechos romanos el ansia de las batallas y el espíritu de la victoria. Los acostumbra á no estremecerse ante la sangre derramada y las carnes palpitantes del enemigo que agoniza, y los enseña á sucumbir, cuando la muerte es inevitable, con arte y majestad sublime. ¡Cuántas veces decidió una campaña contra los bárbaros el ímpetu de nuestros compañeros! El desprecio hacia nosotros está en las leyes; pero el amor del pueblo sale por encima de todos los mandatos escritos; como que Némesis está en poderío por encima de Temis. Más que una magistratura de la República valen el corazón y el seno perfumado de una hermosa patricia; y ¡cuántas veces han caído ciegas de amor en nuestros nervudos brazos, salpicados aún de la sangre caliente del vencido! Por las Furias, os juro que el mundo es de los valientes, y habrá algún César que llegue á imitarnos hasta que algún Espar-

taco de los nuestros llegue al imperio y pueda ser Augusto ¹.

(Los maestros y amos de la chusma disuelven á latigazos la reunión y se llevan á los que disputan á sus cubículos.)

¹ Comodo, en el siglo II, luchó con los gladiadores. Caracalla peleó como gladiador en el circo, y su sucesor, Macrino, había sido gladiador antes de llegar al imperio.



IV

CARTAS FAMILIARES

PRIMERA

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

SI estás bueno lo celebro; yo también lo estoy. ¿Nada podrá arrancarte de tus soledades de Padua y de tu aislamiento filosófico, donde pareces más prisionero que discípulo de las doctrinas de Zenón? No logró volverte á la vida pública la honrada administración del buen Vespasiano ni los dos felices años del malogrado Tito: y cuantas gratas noticias te doy del nuevo príncipe, sólo obtienen de ti la fatídica

respuesta de que tras Tiberio vino Calígula y en pos de éste Claudio y más tarde Nerón; por manera que tuvimos la crueldad por cálculo, la tiranía por demencia, la imbecilidad feroz y por último el crimen encarnado en un histrión infame. Auguras que muerta la libertad y sojuzgada la República al mando de uno solo, renacerán los monstruos más insensatos como las cabezas de la hidra. ¡Cuánto te engañas!

Domiciano aventaja á su padre en inteligencia y á su hermano en la suavidad y grandeza del gobierno.

Bondadoso y severo, nada niega á Roma, todo á sus propios goces; parco en la mesa; justo en su tribunal; elocuente en el Senado; es heroico en los campamentos y de un desinterés y de una modestia que pasman.

Tiene horror á la sangre, hasta el punto de haber prohibido inmolar bueyes en los sacrificios. Ha perdonado á los deudores al Erario, en todo un quinquenio. Ha devuelto á los proscriptos los campos que les fueron confiscados. Aborrece y persigue á los delatores.

Los dioses han sido propicios al Universo concediéndonos tal sucesor de los Césares y de los Flavios.

Hállase ahora en el lleno de la vida, y hasta su exterior hermoso y agradable revela la superioridad de su espíritu.

Es mucho más alto que su hermano; los ojos son grandes y expresivos, aunque algo tiernos, y un color encendido cubre su rostro con cierto tinte de encantador decoro.

No quiso jamás herencias que la adulación cortesana le facilitaba. Le son desconocidas las orgías, y aunque de pasiones amorosas muy vehementes, es inexorable en el castigo de todo atentado á las buenas costumbres.

La prevaricación y las concusiones han concluído y jamás se vieron las provincias y la ciudad mejor administradas.

Pero sobre todos sus actos de ejemplar justicia está el castigo de las vestales incestuosas.

Cierta laxitud por parte de los censores y pontífices había hecho que en el templo sagrado de nuestras vírgenes se introdujera una corrupción escandalosa. Los dioses, justamente ofendidos, habían castigado con implacable rigor tan culpable abandono, tan nefandos crímenes en la pureza del rito.

Terremotos, borrascas en el mar con tantos naufragios, pestes asoladoras en toda Italia y la erupción del Vesubio que sepultó varias ciudades de la Campania.

Hoy el fuego sagrado de Troya eleva más alta é inmaculada su llama hasta el cielo: la diosa puede sentir orgullo al ver que el honor sin mancilla es la ley suprema de sus sacerdotisas.

Las dos hermanas Ocellata y Varonilla, convencidas de impureza, han pagado su culpa con la vida, permitiéndolas el Emperador elegir el género de muerte. Pero la gran vestal Cornelia, de quien tanto se había hablado en otro tiempo, ha sido enterrada viva, y sus cómplices azotados con las varas, hasta el morir, en el Comicio.

Roma ha asistido al entierro con santo terror, y yo jamás podré apartar de mis recuerdos la escena de tan tremenda justicia.

El Pontífice máximo había despojado á la infortunada culpable de sus vestiduras sacerdotales, reemplazando con ornamentos mortuorios los emblemas de la pureza virginal. Fué conducida en una litera, reservada para esas horribles ceremonias.

El fúnebre cortejo paseó por toda la población en medio de un religioso silencio.

El Comicio, el Tesoro público, los Templos, las Basílicas, las tabernas, todo estaba cerrado. Llegó la procesión al *campo maldito*; allí estaba ya abierta una hondísima fosa, donde para bajar se había puesto una escala.

La infeliz Cornelia, con una majestad que aterró á todos, fué por su pie hasta el sepulcro. El aire movió el gran velo que la envolvía, como un sudario, y se destacó su hermosísimo rostro, que parecía ya una azucena de la muerte; rechazó la mano del verdugo, que quiso ayudarla á descender, y exclamó por último: «Decid al Emperador que muero inocente.»

Unas paletadas de tierra cubrieron después el suelo, y algunas oraciones misteriosas del Pontífice máximo se elevaron hasta las alturas en honor de la virtud romana.

— Espantoso fué el suplicio, pero sólo de esta suerte puede contenerse en Roma la relajación de costumbres y robustecer en los ánimos el temor religioso á los dioses. — *Vale.*

CARTA SEGUNDA

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

Si estás bueno lo celebro; yo también lo estoy. Sucesos de mucha importancia van á conmover tu ánimo y á persuadirte, como te he dicho, de que la República ha encontrado un censor tan puro, tan íntegro é incorruptible que resucita la memoria del de Utica y aun la obscurece.

Si no han vuelto los tiempos de Saturno, pareceme que resucitan los días de las grandes justicias de la libertad.

El César insigne, que los dioses han puesto al frente del Imperio, acaba de dar una muestra tan heroica de su amor á la virtud y á la honra de la patria, que puede ponerse en parangón con el gran Junio Bruto cuando mandó inmolar á sus hijos delinquentes, y con el sublime Marco en los célebres Idus de Marzo. Ya no podrá decirse de éste que fuera el último romano. Bajo la púrpura imperial late un corazón que envidiarían los hombres de las edades heroicas.

Ha repudiado á Domicia, la hermosa, la elegante, la casi divina Emperatriz. Su juventud, sus encantos, su gracejo en el decir, la cultura de su espíritu y

hasta el renombre de su padre, el inolvidable y glorioso Corbulón, hacen de ella uno de esos prodigios de la naturaleza, nacidos para la adoración de los mortales. Imposible es verla sin sentirse fascinado y caer á sus plantas bajo la cadena de la servidumbre más rendida.

¡Qué amor más acendrado, más impetuoso, el del César á esta imagen viviente de la Pallas de Fidias!

Arrebatóla á su primer esposo, apenas la vió, uniéndose á ella en justas nupcias; después sólo por Domicia y para Domicia ha vivido. Y, sin embargo, con ánimo entero la ha repudiado. Cundía por toda Roma el rumor de que aquel encanto de las patricias había puesto ojos culpables en el primero de nuestros actores: en Páris. Frecuentaba los espectáculos la señora; colmábalo de agasajos y de dones. Dícese que se cruzaban entre ambos miradas de inteligencia, y aun que el célebre mimo intercalaba en sus declamaciones algunos versos alusivos á la adoración que le inspiraba la diosa del mundo. Páris amaneció un día muerto de mano airada en la escalinata del Palatino, y el Emperador, delante de testigos de su confianza, pronunció á la infiel esposa con voz serena las palabras fatídicas de: ¡Llévate lo tuyo y vete!

No bastaron á detener la terrible sentencia lágrimas, sollozos, ni las súplicas más fervientes de senadores y plebeyos. A los que le dicen que la culpa de Domicia no está probada, replica con la austeridad del divino Julio: «Para la mujer de César basta que hablen de ella.» Y después añadió estas palabras sa-

gradas, dignas de que se esculpan en bronce con letras de oro: «Es tiempo de que las mujeres dejen de gobernar el Senado, los ejércitos y las ciudades.»

El sacrificio ha sido inmenso, tanto como la pasión idolátrica que por ella siente. Una tristeza íntima y espantosa se ha apoderado de su vida; mas su entereza se sobrepone á todo, y aquel mismo día presidió los juegos del circo con semblante más impasible y majestuoso que el de su propia estatua que se alza mirando al templo de Vesta.

Más ha hecho Domiciano que su hermano Tito, el cual desterró á la reina judía, que ya estaba en el declive de la edad y que había sido el amor de su juventud.

Nuestro César ha arrojado de su solio á Juno, quedando envuelto en las tristes nieves de un hogar desierto. El Olimpo queda huérfano y viudo: Roma, feliz y satisfecha de su Príncipe. — *Vale.*

PALACIO DE DOMICIANO EN ALBA

LOS LITERATOS

Es la caída de la tarde. Sólo el emperador está sentado delante de la biblioteca. Varios literatos, entre los que se encuentran Estacio, Marcial y Valerio Flaco, lo rodean y asisten á su frugal merienda, que se reduce á unas manzanas bien sazoadas.

Marcial. — La encina y el laurel de Apolo no son los únicos emblemas que te convienen. Preciso es que con la yedra cívica, que te está consagrada, tejamos para ti una corona.

Domiciano. — Eso está galanamente dicho; pero detrás de esa yedra veo la casa que mi buen español con sus epigramas ha sabido ganarme en las afueras de la ciudad, cerca del campo de Marte.

Marcial. — En todo me vences, hasta en el ingenio. Si escribieras versos, tendría que irme desacreditado á mi pobre Bilbilis; pero no sólo has hecho de

mí un agradecido, que perpetúe tu nombre, sino que has conseguido con tus favores que la envidia re-viente de despecho.

Domiciano. — Triste se quedaría Roma sin ti; mas ¡por Hércules! no te descuidas, porque de todas mis naumaquias eres el nadador que más sacas con menos riesgo. ¿Y qué habéis escrito para el certamen?

Estacio. — Venía á dedicarte las primicias de una de mis silvas que, ó poco entiendo, ó es la más preciada de ellas, porque va llena de tu nombre augusto.

Domiciano. — Lee, pero ruégote que no vaya tan hinchada en mi loor como la dedicatoria de tu *Tebaida*.

Estacio. — Si llenas el mundo y la historia, ¿de qué otra cosa pueden cantar las musas? Con su cítara divina habla la gratitud del pueblo romano.

(Lee:)

« Á LA ESTATUA DE DOMICIANO

» ¿Cuál es esa mole sobre la que se alza un coloso dominando todo el Foro Latino? ¿Cayó del cielo acabada esa obra de arte?... Admirable es el héroe que monta el caballo. Agrada el contemplar esas facciones donde resplandecen en feliz maridaje la nota de la paz y los tonos de la guerra.

» Mas el artista no ha embellecido la verdad: esa es su gracia, su majestad, su hermosura. Soberbio con su noble carga, el caballo de Tracia no levanta más alta su cabeza ni su orgullo cuando lleva hasta en medio de la carnicería de la batalla al dios Marte.

» El emplazamiento responde á la obra... Delante de ti se abre el templo del héroe que fatigado de los combates debió á su hijo adoptivo el haber franqueado la senda etérea á nuestros semidioses. Su semblante nos dice cuántas menos lágrimas nos cuestan tus victorias. Tú, que suave para castigar hasta los

mismos Cattsos y Dacios, aseguraste al extranjero el perdón de sus furores.

» Los costados están protegidos por la mansión de los Julios y allá por el soberbio palacio del belicoso Paulo. Detrás de ti, con cariñoso semblante, te mira unido á la Concordia. Tú en tanto rodeada la cabeza de una atmósfera brillante como de una aureola, te elevas y brillas por encima de los templos. Parece que examinas desde lejos, si los nuevos palacios surgen más hermosos para desafiar el incendio, si el fuego troyano arde puro allá en el silencio del santuario; y si Vesta ya se alaba de la virtud de sus sacerdotisas.

» Tu mano derecha rechaza las batallas: la izquierda sostiene sin fatiga á la virgen Tritona. ¡Ah, la diosa no descansaría en ninguna parte más dulcemente, ni aun en la tuya, padre Júpiter! Ese amplio pecho parece formado para agitar los destinos del mundo. Sus hombros dejan caer la clámide, en tanto que á su lado una espada envainada basta á su defensa.

» El suelo apenas resiste á ese enorme peso y la tierra sucumbe y gime; no es el hierro ni el bronce los que la agobian, es el genio del héroe.

» Goce eternamente de este gran pueblo y de su Senado ilustre.

» ¡Ah, no te canses de amar la tierra ni renuncies viviente el templo que te consagramos, ni te atraiga el camino del cielo! Muéstrate alegre de ver á tus deudos y descendientes ofrecer incienso á tu imagen.»

Domiciano. — Maravillosos son tus versos; sólo les hallo un defecto: el de que estén dedicados á mí. Nadie te disputará el premio, pero es triste que el pueblo y la posteridad vean en ellos más la apoteosis del emperador que no el tributo sincero pagado al hombre de bien. Convendría mezclar algún recuerdo contra la antigua tiranía en cuanto de mí dices, para que se compare aquellos tiempos con los de libertad y dulzura bienhechora de mi imperio!

Marcial. — ¿Te sirve este epigrama que vengo improvisando hace tres días para sorprenderte con el *improntu*?

Domiciano (sonriéndose): — Improvísalo.

Marcial (recitando):

«Allá, donde el radiante coloso contempla los astros de cerca, donde la vía ensanchada se presta al juego de las máquinas de teatro, resplandecía poco ha, en medio de su magnificencia, el odioso palacio de un tirano. Donde se ha erigido la mole venerable del maravilloso anfiteatro, estaban los estanques de Nerón.

»Allí, donde admiramos las termas de tan maravilloso lujo, yacía el campo que se agrandó con las casas de algunos miserables.

»Roma ha sido devuelta á sí misma, y esos sitios que fueron encanto de un déspota, son por obra tuya ¡oh César! las delicias del pueblo.»

Domiciano (aplaudiendo). — De provincias han de venir los que renueven la virilidad del estilo romano. ¡Qué vigor, el de tu lenguaje!; pareces un antiguo plebeyo del Aventino ó del Monte Sacro. Pero ¡ay de ti si te hubiera escuchado uno de los delatores del hijo de Agripina!

Marcial. — Gracias á ti (recita en verso lo siguiente): «Aquella turba odiosa, enemiga de la paz, de la inocencia y del reposo, que sólo buscaba enriquecerse con el despojo de los demás, ha sido relegada á la Getulia, cuyas arenas no bastan á tantos culpables. El delator sufre el destierro que hizo sufrir

á tantos... El delator proscripto huye lejos de Roma; César nos ha restituído á la vida.»

Domiciano. — Todo eso me lo sé ya de memoria. Es hermoso, grato, y realmente el que no castiga las delaciones las estimula y alienta; pero el romano necesita que se le hable mucho de libertad, de república, de los antiguos Gracos y de aquellos grandes patricios, cuya alma se ha reconcentrado en la mía... El estilo de Turno y de Persio, es el lenguaje propio de los que amamos la República y de los que la encarnamos como los Flavios.

Marcial. — Gran dicha ha sido la nuestra de alcanzar tus días, porque la principal virtud de un soberano es conocer bien á sus súbditos.

Domiciano. — Habláronme esotro día de un satírico feroz é implacable que anda por ahí pobrísimo, y cuyos versos acerados empiezan á correr con boga por la ciudad.

Estacio. — Ingenio peregrino tiene: llámase Juvenal; algo tosco y obscuro, muy desvergonzado y hasta obsceno; pero cuando acierta con una frase, queda esculpida en bronce con huella eterna. Con todos se muestra intratable, si no es contigo.

Domiciano. — Todo llega á palacio, y me han recitado aquellos exámetros en que dice, que las letras no tienen más que á César como apoyo y esperanza. ¿Es una solicitud ó una intimación? ¿Por qué no viene hasta mí ese maldiciente? Por lo menos disfrutaría de los donativos que he mandado dar á cuantos me habéis hecho agradables estas últimas horas del

día y que hallaréis al volver á vuestras casas. Así los dioses os sean propicios y Júpiter os conceda sueños favorables.

(Después de muestras apasionadas de gratitud y de una lluvia de lisonjas cortesanas, se deshace la tertulia de César y queda solo Domiciano.)



VI

EL ALMA DE DOMICIANO

QUEDA el Emperador un largo espacio sumido en honda meditación. En su frente impasible ante los hombres se marcan alguna vez líneas sombrías. A veces fulminan sus ojos miradas centelleantes y á veces una sonrisa irónica contrae sus labios. Habla consigo mismo, y su pensamiento no se traduce más que en palabras sueltas que redondean el término de alguna de sus meditaciones. Al principio está sentado: luego pasea, ora pausadamente, ora con precipitación airada.

DOMICIANO

Ese parásito de las letras tiene talento; desde Séneca, su paisano, no se ha dicho una verdad más sutil. «La primera virtud del príncipe es conocer á los ciudadanos que manda.» ¿Y quién me supera en tal virtud? ¡Ah, por los dioses inmortales! Harto os conozco, romanos. y cuanto más penetro en esa difícil

arte, más me adoráis, y mayor repugnancia siento. Sois incapaces para la libertad y no os resignáis á la sumisión. Impotentes para el amor, necesitáis el miedo ó el soborno para la obediencia. Y entonces, el aplauso es adulación vil: la garrulería de vuestras lisonjas me da tedio: el humo de vuestro incienso me atufa y ahoga...

Tengo que hartaros de fiestas en el Circo y en el Anfiteatro, despoblando las selvas de Africa, serviros las cenas tradicionales que me arruinan, celebrar certámenes de poesía y de música en el Capitolio y en Alba que me aburren, reñir con los bárbaros batallas que me crispan, levantar cada año templos, palacios y odeones que empobrecen el erario, y haceros la farsa de una república de pantomimos, de cómicos y danzantes; y aun os tenéis por hijos de Mario y de los Gracos y enloquecéis con el recuerdo de los matadores de César. ¡Gente ruin, nacida para la servidumbre! ¿acaso merecéis á Domiciano? Os sacrifico mi entendimiento, mi reposo, mi dicha, mi vida entera; ¿qué recibo yo en cambio?

¡La gloria! Vano aparato que me regatean los malignos repartiéndola entre todos sin dejarme más porción que la de divertirlos con las solemnidades de los triunfos. ¡Los placeres! ¿Cuáles? El lujo es un espectáculo para ellos: una molestia para mí. La mesa, si no es sobria, me repugna. El poder me abrumba; el peso del imperio aprieta con círculo de hierro esta cabeza y agobia matando todo arranque espontáneo este corazón.

Es grandioso ser el primero, el único, el señor sobre tantos millones de hombres. Soy pontífice máximo y la religión de mí depende, y los dioses me deben gratitud y protección. Soy tribuno inviolable y represento al pueblo entero. Soy príncipe y mando al Senado y dicto leyes. Soy emperador cinco veces, y las legiones al jurar las águilas me juran á mí. Soy censor, y la honra de las familias y de los hogares están en mis manos. Yo soy Roma, las provincias, el universo, el mar, la tierra, el Olimpo, y desde que lo soy todo... apenas soy un hombre.

¡Minerva, diosa mía, soberana hija de Júpiter; tú, ante cuyas aras sacrifican millares de víctimas por mandato mío estos hijos degenerados de Quirino, apiádate de mí, ven en mi ayuda y presta consuelo á esta ánima desolada! ¿Verdad, divina virgen de mis adoraciones, que las heces de la amargura fermentan en mi pecho, y que el último de los esclavos puede tener una dicha que jamás encuentro?

En el amigo veo siempre un traidor ó un pretendiente; en el legionario un perjuro que proclamaría con júbilo sobre mi cadáver un odiado sucesor por el donativo que lo compra; en la mujer más hermosa que estrecho entre mis brazos, descubro tras sus miradas ardientes y la miel de sus besos, el miedo al emperador á quien nada se resiste, ó el ansia de mercedes para enriquecer acaso al odiado rival.

¡Condénalos á todos con rigor implacable, juez severo de los infiernos; y vosotras, Furias justicieras, que castigáis en la noche perpetua y en el abismo de

tinieblas á los malvados de la vida, perseguid con saña y haced expiar con eternos suplicios la falsía de estos ingratos para con su príncipe y emperador! Revuélvanse todos, todos y por siempre en el mar de llamas sin fondo y sin orillas, atenaceados por los ministros fieros de las venganzas de los dioses.

¡Oh mi Domicia, arrebatada á este hogar vacío por rigores augustos del mando, quizás por la maledicencia de esas miserables matronas que tienen la virtud en los labios y todos los impulsos en la adúltera familia! ¡Mis ojos te ven donde quiera, mis oídos escuchan en el murmullo de las olas, en los gratos rumores del bosque, en los gemidos de la brisa, el eco embriagador de tus suspiros. Mis brazos se abren para ti en la furia de los insomnios y estrechan el vacío glacial, aterrador, que no puede llenar toda la grandeza de mi poder!... ¿Dónde, dónde estás, deidad de mis ensueños? ¿Te acuerdas de mí, sufres también la furia devoradora de mi ausencia, y en el silencio de las noches tus labios se contraen desesperados, buscando las ardientes caricias de tu señor, de tu esposo, de tu único amor? Sí, porque tú no has amado nada más que á Domiciano. El vernos fué adorarnos; ¿cómo la mujer más hermosa de la tierra y de los cielos podía fijar su apasionado corazón sino en mí, el sumo, el omnipotente, el único numen que han conocido y que podrán conocer los siglos? No, no puedo creer que me olvidaras por un vil histrion; sólo la sospecha me hizo arrebatarme la vida y brindarte como víctima expiatoria á la virtud fementida



de Roma; ¡maldita Roma, maldita virtud y maldito imperio! ¡Y creen esos imbéciles que puedo vivir así, y que mis entrañas están labradas de bronce, como el vano aparato de la estatua que me han erigido por miedo ó por adulación abyecta! ¡Ah, no me conocen como yo los conozco á ellos! No saben que bajo los músculos inalterables de esta faz serena hierven los fuegos asoladores de espantoso volcán! ¡Ah, cómo los detesto, cómo detesto al mundo, cómo me aborrezco á mí mismo! ¡Pobre Domiciano, padre sin hijos, marido amante sin esposa, soberano del universo sin ser dueño de sí mismo, todo lo tengo, menos un solo ser viviente que me ame y me quiera amar. ¡Oh noches inacabables, oh días de perpetua y odiosa ficción, condenado siempre á vagar, como las fantasmas de la Estigia, cuando recorren las moradas en que vivieron y erizan con su contacto el cabello de las personas á quien amaron en el mundo! ¡Sigue, sigue errante tu camino, arrastrando la cadena de la esclavitud más miserable de la tierra, la cadena de la omnipotencia y del imperio del mundo!

(Desaparece entre las sombras que forman los árboles en la explanada del palacio.)

VII

EN EL PÓRTICO DEL PALACIO

ENTRE ESCLAVOS

AGATÓN, Mardonio y Ticio, siervos del emperador, departen amistosamente á la luz de la luna, sentados en una grada de la escalinata. Estéfano, compañero en la servidumbre, se les acerca y ocupa un puesto junto á ellos.

Estéfano. — ¡Feliz idea tuvisteis en huir del calor sofocante de allá dentro! Desde aquí se vigila bien y se disfruta de la brisa del mar. ¿Dè qué charlaba el viejo, que parecíais los otros embobados?

Mardonio. — De cosas tan grandes que llegan muy á lo hondo del pecho. ¿Oíste mentar á los cristianos?

Estéfano. — No sé qué cosa sean, pero algo me suena el nombre. ¿No fueron unos judíos enemigos de los dioses á quienes quemaron vivos en los jardines de Nerón?

— Si los quemaron, han renacido de sus cenizas; porque yo los he visto, y aunque se ocultan, hay mu-

chos entre la gente humilde: yo conozco á dos de la ergástula del Prefecto de la ciudad. Trabajan mejor que nadie; soportan con cara plácida los mayores sufrimientos; no saben lo que es la ira ni la envidia, y confortan á sus compañeros cuando el dolor los abruma. ¡Qué resistencia de hombres y qué corazones más fuertes! Mientras más trabajos pasan, parece que están más contentos.

—¿Y eso es todo? Hay gente muy brava entre nosotros. El otro día, en casa de Hermodoro, había un esclavo lidio á quien el amo empezó á apalear cruelmente: el infeliz recibía los golpes como si die-ran los garrotazos á Sosias el del Anfitrion. Sólo le dijo con fría reverencia: «Mira que me vas á romper una pierna.» El amo siguió dale que le das hasta que lo dejó cojo. No exhaló mi hombre ni una queja ni un grito, sino que exclamó con la mayor calma del mundo: «Te lo había dicho; me has rotó la pierna.»

—Lo he oído contar, y por cierto que el tal esclavo, que se llama Epicteto, es un sabio del que hay que aprender muchas cosas. Pero los cristianos son algo más. Tienen un dios muy bueno, al que le dicen Chresto, y que no hace distinciones entre el senador y el esclavo. Para él quien más padece más merece; y un mendigo harapiento, si tiene el ánima pura, recibe premio que no acaba, y á un cónsul y á un primate lo condena á arder más allá de la Estigia si ha hecho algo perverso en la vida. Es el dios de los pobres y de los siervos: dicen que adorándolo, todos los hombres somos iguales, porque es el padre de todos,

y si eso fuera verdad, los dioses de los ricos, porque para nosotros no los hay, caerán por tierra sin que uno solo quede para contarlos.

— No desvaríes ni blasfemes. En mi vida oí desatino mayor; gracias que no te oyen. Los dioses, es verdad que no rigen para nosotros; pero yo tengo por suma religión uno que está por encima de todos, y es nuestro señor, nuestro amo, César. Merece la adoración del universo, y se le puede servir, no por el miedo, sino con delirante alegría en el pecho; sólo temo que nos lo malogren.

— Bueno es el amo y no hay más que pedir. Yo he conocido con éste siete emperadores, y ninguno ha hecho tanto por Roma ni ha tenido tanta misericordia para con los esclavos, pero es demasiado bueno. ¡Cómo mima al Senado! ¡Cómo agasaja al pueblo! Paréceme estar viendo á Nerón cuando era ídolo de la plebe, asombro del Senado y pasmo del mundo. Pero toda aquella gente que se le postraba á las plantas, y todos aquellos magnates que rivalizaban en la rebusca de adulaciones, iban ya afilando la cuchilla para acabar con él y destruirlo. ¡Amigos!, esos senadores, ahora que nadie nos escucha, forman una tropa más servil y más baja que lo peor de la ergástula, y en cuanto se les da la mano, todos conspiran para convertirse en Césares.

— ¿Qué me cuentas? Si yo estuve en Verona, después de la muerte de Galba acompañando á mi amo Curcio, y había que verlos entregándose ya á Vitelio, ya á Otón, y declarándolos alternativamente enemi-

gos de la patria, según llegaban las noticias de la guerra civil. Mi amo adoró á Nerón y luego á Galba, y después á Otón, y no adoró á Vitelio porque anduvo con Antonio Primo en las legiones de Vespasiano. Pues hoy, si yo fuera César, no me fiaría de él ni de ninguno de los Padres, que todos son de la misma calaña.

— Más sabe el amo de lo que tú te figuras. Él ya se percata de todo, y contando con el pueblo y con el ejército puede reirse de los más nobles, que por de dentro son los más ruines. Les sonrío en público, les halaga, pero vosotros ¿no lo habéis visto nunca á solas? Varias noches estaba yo haciendo guardia en el bosque de los plátanos, y por allí pasó con lentos andares: su rostro era sombrío, el ceño ponía espanto, el color rojo de sus mejillas se había encendido más, que no parecía sino que le brotaban sangre; el mirar era airado y algunas palabras sueltas se le escapaban de los contraídos labios. Me cogió un temblor nervioso, y cuando duermo, aun la visión de aquella terrible fantasma, como un alma en pena, me acongoja y anonada.

— Sí, yo no le he visto, pero me lo han dicho, y se me barrunta que va á pasar algo muy grave en Roma.

Estéfano. — No sabéis una palabra de palacio ni del Emperador; está triste, horriblemente triste, no duerme, no ríe, y la majestad serena con que cautiva á todos, oculta furiosa tempestad que le ruge en las entrañas. Pero no es por la cosa pública, es por la

ausencia cruel de nuestra señora, de la celestial Emperatriz. Aquella mujer, donde se compenetran la hermosura, la gracia, el saber y el talento de todo lo divino y de todo lo humano, ha sido echada injustamente de la casa, y es como si hubieran arrancado de la bóveda azul el sol, la luna y las estrellas. El corazón del amo viste luto, pero un luto que mana sangre. ¡Ay, si él supiera...!; pero á un esclavo ¡quién lo va á creer!

Agatón. — Por todos los dioses del Averno, ¿cómo te atreves á decir que fué injusto el divorcio? ¿La ciudad entera no vió el entusiasmo de Domicia por París? ¿No se escandalizó con sus regalos? ¿No se indignó con aquellas cenas, en que el histrión cantaba y declamaba haciendo olvidar los triunfos de Nerón?

Estéfano. — No hay que clavar la lengua venenosa en la fama de la Emperatriz. Yo, que pongo por encima de todos á César, aun me dejaría matar, resistiendo una orden suya contra la señora. En París admiraba ella al artista, no al hombre; ¿es acaso hombre un histrión, para que la señora olvidara los amores del primero y del más grande de los hombres de la tierra? En Roma la calumnia es moneda corriente, y no pudiendo herir de otra manera á César, le han envenenado la vida con la sospecha; pero, además, ¿no está muerto París? ¿No han sido pasados á cuchillo los que iban á arrojar flores y perfumes sobre el sitio de su muerte? ¡Menguada manera, la de esa tropa de maldicientes, de entender la honra matando

la dicha y el amor, y lanzando desolación sin consuelo á una señora, envidia de las diosas que cantan los poetas.

(Aparece de repente Domiciano. Póstranse todos de rodillas, sin atreverse siquiera á pedir perdón.)

Domiciano. — ¡Miserables! ¡inmunda canalla! Id al maestro de los esclavos á que os haga pasar por las varas, menos tú, Estéfano; tú, desde hoy, eres hombre libre, pero quedas á mi servicio; no te separarás de mí durante las noches y velarás mi sueño. Serás cuanto quieras, pero nunca caballero ni senador, porque perderías tu fidelidad de buen perro.

SEGUNDA JORNADA

LA PENDIENTE DEL ABISMO

(AÑOS DEL 93 AL 95)

I

EN LA REDACCIÓN DE UN PERIÓDICO ¹. — LAS PRIMERAS
REBELIONES. — LOS CRISTIANOS

EN la biblioteca del pretor hablan Nucerio, Fabiano y Atilio, libertos. Cada uno tiene delante un trozo de papiro encerado, y con el estilete escriben según el turno que les ha fijado el reparto de las no-

¹ La idea de un periódico y de una redacción disuena tanto, hablándose de la Roma de los Césares, que parece oportuno consignar algunos datos sobre el modo de ser de estos medios de publicidad, que han llegado á constituir el cuarto poder de los Estados modernos.

Desde principios del siglo VII de la fundación de Roma se estableció una publicidad por escrito, con el carácter oficial que le daba el Senado, y que tomó el nombre de «Actas Diurnas de la Ciudad» ó «del pueblo romano».

Allí constaban los edictos de los magistrados, los sucesos

ticias y sus sendas aptitudes. Lee Atilio lo que lleva redactado.

«Apio Norbano Máximo, prefecto de Aquitania, ha derrotado las dos legiones que en la Germania Superior se rebelaron contra el imperio. La conjura apenas estalló, ha sido sofocada, sucumbiendo de los primeros su impío jefe L. Antonio Secundino, pretense descendiente del triunviro. Los dioses han manifestado su protección al César, porque Antonio estaba de acuerdo con los bárbaros, que en gran número se habían reconcentrado en la orilla izquierda del Rhin, para reunirse con los rebeldes en el momento de la batalla. Un milagro de la Providencia hizo que la corriente del río rompiera en aquel punto el hielo, siendo imposible el paso á los invasores de la patria. Otros prodigios han demostrado los favores del cielo. Al empezar el combate, un águila insigne rodeó con sus alas la estatua del Emperador, pro-

políticos y judiciales del Foro, el movimiento de la población y los anuncios de los juegos y luchas de los gladiadores.

Julio César hizo publicar también las actas del Senado.

Andando el tiempo, se creó un oficio llamado de los *ardeliones*, que consistía en copiar dichas actas, añadiéndoles multitud de pormenores y desarrollando el texto para enviarlas á las provincias ó para coleccionarlas en libros que se vendían á buen precio.

De esta suerte había redactores dedicados á la publicidad oficial, y existía otra semioficial que, fundándose en la autorizada por el Senado, recibía ampliaciones para los particulares. El lector que desee conocer más á fondo los principios del periodismo en Roma, puede consultar las cartas de Celio á Cicerón, el libro de M. Le Clerc, *Des Journaux*, y la memoria de M. J. Naudet, *La Police chez les Romains*.

rrumpiendo en clamores jubilosos: la victoria inmediata acreditó la verdad del divino pronóstico.

»Norbano ha destruído sin leerlos todos los papeles que halló en la tienda de Lucio Antonio. El Senado y los cónsules se ocupan en investigar el número y los nombres de los cómplices que en la ciudad tenía la odiosa conjura.»

Nucerio. — Si no te mandaron poner el rasgo de piedad de Norbano, puedes omitirlo, porque el hacerlo público vale tanto como justificar los rigores de César contra él.

Atilio. — Yo pienso cuanto me place, pero sólo escribo lo que me dictan. Norbano quiso ser clemente, evitando las delaciones de unos cuantos; pero al dejar en las sombras á los verdaderos cómplices, entrega á los ministros de las venganzas imperiales un número inmenso de sospechosos, y ¡por Hércules! que sabrán escoger bien.

Fabiano. — Y no serán pobres ni humildes los que caigan, porque el fisco anda en gran penuria y la caza de testamentos encuentra ya pocos capitales disponibles.

Atilio. — Sí, en efecto, al paso que vamos, pronto será difícil hallar un magnate y un millonario que lleguen á viejos. Pero escribamos, que mañana sale el correo para Oriente, y vendrán los *ardeliones* á sacar sus copias para embutir luego en ellas sus mentiras.

Fabiano. — ¡Mentiras! ¿quién las dice mayores? ¿Nosotros, que falsificamos la historia por interés de

la República y por la paga, ó ellos, que mezclan en sus ampliaciones y comentarios el sentimiento del pueblo ó del Senado? ¡Ah, si yo fuera libre! ¿Qué habría quedado de las victorias del señor sobre el Decébalos, immortalizadas por nuestras plumas? Todavía tengo que contener la risa cuando me hablan del triunfo, y se me representa la grotesca catadura de aquellos esclavos alquilones que disfrazamos de guerreros dacios, ensayándolos á poner cara hosca y espantable en su marcha como cautivos delante del vencedor.

Fabiano. — ¿A quién se lo dices? Si yo fuí al campo enemigo, más allá del Tanais, con la comitiva á llevar al rey cabelludo el oro y las ricas preseas, precio de la paz. Pero todo ello es cuestión de nombre: en lo que antes se llamaba victoria, hoy debe entenderse compra-venta, y cabe pasar por triunfadores siendo tributarios. No sucumbirán las águilas imperiales bajo nuestro Príncipe de una indigestión de laureles.

Nucerio. — No os quejéis. De esa suerte somos más necesarios y más vale nuestro ingenio. La invención está por encima de la copia. No pintamos las cosas y los hombres como son, pero los describimos como debían ser; ¿enmendar la naturaleza es delito? No creéis, sin duda, ni yo creo tampoco, en el fervoroso empeño y en las instancias lacrimosas con que el pueblo en masa imploraba á Domiciano para que abriera sus brazos á la bellísima repudiada. Acaso ponéis en duda la fe de tantos juramentos y testimonios prestados sobre su inocencia; ¿pero no es más hermoso, más

moral, más poético el cuadro de familia que trazamos hace poco y que enaltece el candor y mansedumbre de los esposos romanos? Las turbas acuden como suplicantes á las puertas de Domiciano, llorando y gimiendo, porque la Emperatriz sea reintegrada en sus derechos de esposa: los oráculos y los augurios se pronuncian por la reconciliación anhelada: ¿podría nuestro amo, el tercero de los Catones, resistir al dictado de los dioses y de los hombres? Se sacrifica en aras del bien público, y veremos á los fieles esposos perpetuar sus amores como Filemón y Baucis. Esto no será historia, pero convengamos en que resulta algo mejor: casi un poema de constancia nupcial.

Fabiano. — No seas maldiciente, por más que entre nosotros puede decirse todo. Ni olvides que en las «Diurnales» hay que consignar ahora casos frecuentes de paces entre esposos divorciados. Así place al señor, tanto como la muerte de un rico.

Nucerio. — No hay que inventarlos: sobran. Con tal ejemplo volvemos á los días de Mecenas que veinte veces repudió á Terencia y otras tantas volvió á celebrar con ella sus bodas. El suceso de ayer es curioso y, por excepción en nuestros anales, verídico. Yo lo presencié. Escribe:

(Dicta, mientras copian sus otros compañeros.)

«Marco Sulpicio, en demanda de divorcio, compareció en el Foro, ante el tribunal del pretor. Llegó á su presencia la noble matrona en litera cerrada.

»—¡Que salga! — gritó el querellante en el colmo

de la indignación; — que comparezca y diga por qué me hace el más infeliz de los hombres. — Baja de la litera la esposa y aparece en el esplendor de su hermosura y con un riquísimo tocado, que hace más seductoras sus gracias.

»Sulpicio queda extático: precipitadamente recoge las tablillas de su matrimonio, que poco antes había arrojado por tierra; corre hacia la encantadora mujer, la estrecha entre sus brazos y en medio de besos frenéticos exclama: — ¡Paula mía, has vencido!

»El pueblo aplaude y la muchedumbre los acompaña á su casa entre aclamaciones.»

Atilio. — Después de esto, poco queda hoy publicable, aunque sobran sucesos que no conviene lleguen á noticias del vulgo; pero importa la que sigue, pues me lo mandó el pretor. No sé si para ejemplo ó como disculpa; hela aquí:

«Murió Alieno Tusco, consular, de la ilustre estirpe de los Varrones, dejando al César sus cuantiosos tesoros. Pretendían la herencia sus próximos deudos, designados en el testamento; pero se demostró ante los magistrados, por la declaración de tres testigos, que el insigne muerto, antes de su enfermedad postrera, había manifestado propósitos de que sus bienes fueran á parar al Emperador... El testamento fué declarado nulo, y Domiciano Germánico Augusto, reconocido como heredero legítimo, mandó erigir un grandioso mausoleo á Alieno Tusco, junto á la puerta Capena.»

Fabiano. — Guárdate de añadir que los herederos

han sido desterrados á la Getulia, como sospechosos de impiedad para los dioses.

Nucerio. — Tengo una noticia de sensación; pero ¡ay de mí! si la escribo, y ¡ay de vosotros! si no me guardáis el secreto. Es de mi exclusiva propiedad, porque sólo mis ojos me certifican de su exactitud monstruosa.

Atilio y Fabiano. — Di.

Nucerio (bajando la voz á pesar de hallarse seguro de que nadie los oye). — Domitila, la virtuosa matrona, hermana del Emperador, judaíza. La he visto en el Trastévere, acompañada de una sierva y de dos eunucos, penetrar por un antro disimulado que lleva á las excavaciones de las canteras viejas; la he seguido, y perdiéndome en el dédalo de aquellos complicados y oscuros corredores subterráneos, que dan espanto al miedo, me escapé, buscando la salida.

Allí sé que permaneció unas horas de la noche; no me enteré de lo que dentro hacen; pero por mis noticias he averiguado que se reúne lo más abyecto de la sociedad romana y que celebran misterios judaicos, abominando del género humano y de los dioses inmortales. ¡Quién pensara tal de tan noble dama!

Fabiano. — Me aturdes con tu relato y es de guardar tu secreto. Quizás nos valga dinero; mas paréceme que no deben ser judaizantes los que allí se reúnen, sino cristianos, es decir, cierta gente de una secta parecida, aunque algo peor. Yo vengo oyendo hablar de ellos años ha, y al joven Tácito, el yerno de Agrícola, á quien acaban de hacer ahora quincecimvi-

ro, pregunté esotro día qué era eso de cristianos. Hablómé de ellos con gran desprecio y díjome que era una muy mala gente, cuyo nombre venía de un sedicioso de Judea, llamado Cristo, el cual fué ejecutado en unas turbulencias que por allá hubo en tiempos de Tiberio, siendo pretor Poncio Pilato. Por manera que Domitila debe ser cristiana.

Atilio. — Medrados estaríamos si eso fuera cierto, porque á sus hijos los tiene designados el Emperador para sucederle. Era lo único que faltaba á Roma; más valiera darle el imperio á Catilina.

Nucerio. — Y después de todo, ¿qué perderíamos? Mientras más horrores vengan, más habrá que escribir, y sobre todo más se apreciará nuestro ingenio mejorando la verdad.

Yo, si me lo pagan bien, soy capaz de decir que ese Cristo es más dios que Júpiter, y que Domitila al adorarlo, merece entronizarse sobre las regiones etéreas.

En ellos, pues, consiste que sean dioses; me basta con que manden y me necesiten para las «Actas Diurnas».



II

CARTAS FAMILIARES

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

SE consumó la gran infamia; no te engañaron tus presentimientos suspicaces; la alegría reina en el Palatino y en Alba; el adulterio se anida triunfante bajo el solio imperial. Todo arde allí en fiestas: los poetas, comprados por el oro que suda con su sangre el universo, cantan himnos fervientes á la diosa Viriplaca y á los nuevos esposos, en cuyo lecho, cubierto de flores marchitas por la vergüenza, debe tener asiento el fantasma horrible de un vil histrión arrancado á la vida de en medio de las orgías de la Emperatriz.

Domicia Longina ha vuelto triunfante á palacio; hemos presenciado la ficción de que el pueblo la declarara inocente y pidiera con férvidos apremios la reconciliación de los esposos. El Senado la adula: los

sacerdotes la proclaman deidad. Ha resucitado Mesalina; pero con más perfidia, con más sutil ingenio que tuvo en tiempos de Claudio; y hoy, por la voluntad omnipotente de Domiciano, hay que llamarla «nuestra señora augusta» y numen del Imperio. Cuantos la vimos calzar el coturno y coronar de rosas á París en la inmunda bacanal de sus indecentes amores cuando Domiciano representaba la farsa de sus victorias en el Rhin, estábamos ciegos. Hoy es la virtud misma, y el fuego troyano del altar de Vesta no brilla con más puros fulgores.

¿Qué haces, Marte vengador, que no abandonas tu campo, afrentado por la ignominia de tus hijos? ¡Conjúrote á que me contestes, padre Jano, tú el más antiguo de los dioses! Si callas, si el cielo sufre esto impasible, grandes son los ocios de los númenes y bien poco hacen en el Olimpo.

La ciudad, entretanto, ríe, goza y triunfa en los circos; la sangre y el vino se derraman á torrentes sobre un pueblo ebrio de su propia servidumbre. El Emperador es feliz: todo lo tiene al cabo, menos la vergüenza, que ha huído de los hogares de Roma.

III

EN EL PALATINO

VARIOS ministros, mientras el Emperador duerme la siesta, esperan en el atrio de la casa de César á ser llamados para el despacho.

Entello, tesorero general del Imperio, y Parthenio, intendente militar, pasean y hablan en voz baja.

Entello. — ¿Estás seguro de Estéfano? Es hoy el favorito de César.

Parthenio. — Más lo es de la Emperatriz. Era un hombre necesario y me pertenece. Sus concusiones en la intendencia de Domitila me lo han entregado y cuento con él para todo. La confianza que en él tiene el señor es absoluta, porque finge aborrecernos y lo tiene como espía á nuestro lado.

Entello. — Respiro, porque es tan buen cómico, que temí delatara á César nuestra secreta amistad que ha sorprendido. Hay que ser más cautos, pues el odio y la envidia que suponen entre nosotros,

son el sostén más firme de nuestra privanza. Y el señor, desde la última conjura, está cada día más vigilante y suspicaz.

Parthenio. — Poco duraron las delirantes alegrías por la vuelta de la mujer adorada. Una cruel misantropía lo devora: juega á los dados sin tregua; en la mesa, unas veces devora como un buitre y otras olvida los manjares más exquisitos, abandonando el lecho sin gustar más que una manzana: pasa horas y horas lanzando flechas sobre los gamos ó entre los dedos de un esclavo. A veces declara la guerra á las moscas, contra las que tiene una extraña monomanía, y las extermina á saetazos. Pasea durante la noche por los lugares más solitarios y oscuros del bosque. Consulta las estrellas y los horóscopos suyos y ajenos. Cuando volvió ayer tarde de las Panetheneas, arrojó la corona de oro y el manto de púrpura encerrándose en su cubículo con la diosa y dando rugidos que parecían de fiera. Infundiríame compasión, si no tuviera más lástima á nosotros que lo servimos. Dementes he visto que me espantaron menos en sus convulsiones y arrebatos.

Entello. — Y, sin embargo, él piensa con lucidez pasmosa; discurre con sumo ingenio; habla con majestad suprema; adivina lo que no sabe y fascina á todos con sus ojos penetrantes y su faz serena é impenetrable.

Parthenio. — ¡Ah, buen amigo! La ponzoña está muy honda y es más corrosiva cuanto más reconcentrada. Hay algo peor que la fiebre abrasadora del

cuerpo y es un cáncer en el alma. Tú, que estudias de cerca al señor y admiras el dominio prodigioso que sobre sí tiene, ¿no has descubierto cuál sentimiento es para él invencible?

Entello. — Sí, Parthenio (bajando más la voz). Días ha que lo sospecho. Tiene miedo, que quien de todos es temido á todos ha de temer.

Parthenio. — Tú mismo señalas nuestra conducta. Hay que guardarse y vigilar. Estemos dispuestos para todo, porque sólo el cobarde muere muchas veces, y el que desprecia su vida se hace dueño de las ajenas. Separémonos y muestra tu encono contra mí al Emperador, que yo te emularé en el rencor y en la envidia hacia tu persona.

(Van entrando separadamente los ministros según los llama el César.)

Domiciano á Parthenio. — Las legiones han cumplido fielmente con la religión de las águilas; pero más que los prefectos y los tribunos, merecen bien de Roma los soldados. Recuerdan á mi padre y no se olvidan de mí, su compañero de armas en la Panonia y en la Mesia. Desde hoy han de tener más sueldo. Elévase su paga, de los doscientos treinta y cinco ¹ dineros que cobraban á trescientos ².

El pueblo romano debe recibir, asimismo, un

¹ 216 pesetas.

² 270 »

nuevo donativo. Importa sobremanera que las dos grandes bases de la República sean las columnas del Imperio.

Parthenio. — Se cumplirán religiosamente tus órdenes, pero el erario está exhausto; los templos, los palacios y los circos con que has enriquecido á Roma, han devorado tesoros enormes. Las cenas del pueblo y los juegos del anfiteatro tragáronse toda la fortuna pública: ¿qué hacer?

Domiciano. — Nerón para sus orgías, y Calígula para sus demencias, halló siempre dinero; ¿me lo negará á mí Roma para mi virtud y para su dicha?

...Estrecha á los judíos y que ni uno solo escape del didracma del templo. Entre la gente opulenta hay muchos traidores: sea la justicia implacable con ellos; y al pagar con su vida el crimen de lesa majestad, vengan al servicio de la República los bienes que destinaban á dañarla.

...Los dioses en las confidencias misteriosas de mis ensueños, me dicen que muchos patricios adinerados y ya de salud muy vacilante, piensan dejarme por heredero, y aun á alguien han debido decirlo; ¿tan poco diligentes sois mis servidores que no encontráis con facilidad testigos que así acrediten esa voluntad benéfica que les ha inspirado el cielo?

Parthenio. — Entendido. Verdaderamente reina cierto mal epidémico en la ciudad que no ataca sino á los magnates que han disfrutado ya demasiado de sus riquezas.

Domiciano. — Pero cuenta que yo no te mando

nada injusto. Debe saber Roma que su emperador odia el crimen y aborrece toda inicua violencia. Ahora bien, si el hado dispone de por sí los sucesos, y el amor al príncipe inclina á los que mueren á actos gloriosos de desprendimiento y de civismo, yo no debo oponerme al bien público.

Parthenio. — ¿Quién ha de dudar impíamente de quien el Universo tiene por su señor y su dios?

Domiciano. — No me placen las adulaciones extremas, y en esas palabras que dijiste parecióme notar cierto dejo irónico. Pero en ello hay que insistir con respeto, con devoción y hasta con adoración fervida. Es Dios el que hace bien á los mortales, y nada liga tanto á las gentes como la religión. La República es más antigua que los dioses, como el pintor existe antes que el cuadro y el arquitecto antes que la casa: la República soy yo; así, pues, todos mis edictos han de ir encabezados en esa forma: «Nuestro señor y nuestro Dios manda.....»

Aumentad los espías; premiad los delatores; vigilad sin descanso hasta los rumores más absurdos y tomad en cuenta las mismas calumnias si se refieren á manejos contra mi persona, porque las conspiraciones contra los príncipes no son creídas hasta después que los han muerto.

(Entra una Comisión del Senado después de anunciarse.)

Mucio Proculayo (llevando la voz de todos dice): —

Los padres conscriptos han votado para ti una ovación, porque has sabido vencer tus fundados rigores. Se ofrecerán, además, sacrificios á tu divina clemencia.

...Roma desea verte inmortal, y tú, honra del Lacio, continuador sublime de la obra de tu padre, aunque las playas serenas del cielo te deseen y te llamen y Júpiter te ceda la mitad de su imperio, conténtate, dueño de los humanos, con poderlo todo sobre la tierra y sobre los mares, y regala á los dioses las estrellas y las altas regiones.

Domiciano. — El Senado me debía este desagravio y jamás con él tuve el menor encono. Siempre habéis aprobado mi carácter, mi gobierno y... hasta mi fisonomía. Prometí no verter la sangre de ningún Padre, pero no os comprometí á que dejarais impune delito alguno contra el Imperio. A vosotros os toca justificaros de las odiosas tinieblas en que ha envuelto vuestra lealtad la conjuración de Lucio Antonio.

...Vosotros mismos fuisteis los juzgadores de Seneción, de Arundelo, de Civilis y de algunos otros desdichados. Los mató su delito, su soberbia en aras de nuestra justicia. Por mi parte los he perdonado como perdonaré la memoria de cuantos sucumban bajo el hacha de vuestros legítimos rigores.

Los que no castigan un gran número de culpables, son no emperadores virtuosos, sino príncipes felices.

Podéis volveros al Senado: los dioses os sean propicios; pero antes sufrid, padres conscriptos, que re-

clame de vuestra honrada adhesión una cosa, que bien lo sé, sólo me otorgaréis haciéndoos violencia. Dejad, en obsequio mío, que los condenados elijan el género de su muerte. Así os ahorraréis un espectáculo ingrato y todos sabrán que su príncipe los ampara hasta en los postreros instantes de la vida.

Los senadores se retiran.

Domiciano quedando solo con Parthenio y Entello, habla:

—¡Ah, los nobles! Vedlos qué sumisos y qué fieles cuando mis águilas triunfan y las espadas del Pretorio amenazan sus gargantas. Mas no me engañan con sus pérfidas lisonjas. Viles histriones, lepra del Imperio, os pavoneáis con la ilustre prosapia harta de chupar hasta los huesos á los reyes y á las provincias que protegíais, y siempre en vuestro fementido acatamiento descubro que veis en mí al hijo del chalán de la Granátula. ¿Quiénes sois vosotros, nietos degenerados de abuelos prevaricadores? En la naturaleza los animales más vigorosos, ¿no son los más nobles? ¿Por qué vosotros, los raquíticos, pretendéis mandar á los que de un soplo os barrerían? ¿Qué valéis en frente de Domiciano? Mi padre renovó el Senado porque se extinguían las antiguas gentes; ahora ya restan sólo las que por sí mismas se destruyen. ¡Graco, insigne vástago de cien héroes, vuelve á correr por la arena con la cabeza cubierta por el casco huyendo del mirmillón que balancea sobre ti su tridente! Damásipo, mi buen cónsul, ¿cuánto quieres

por vender de nuevo tu voz en el *Espectro* de Cátulo? A vuestros generales patricios hay que buscarlos en las tabernas; sólo allí se los encontrará sentados á la mesa con ladrones, asesinos, esclavos fugitivos, verdugos, constructores de féretros y sacerdotes de Cibeles, tendidos al lado de sus címbalos mudos. Yo soy el pueblo, que vale más que toda esta aristocracia y fábrica senatorial, á quien salva y sostiene.

El plebeyo y el legionario me adoran: me dan su vida y su sangre; ellos ni discuten ni conspiran; para ellos sean los honores y los goces hasta que revienten de hartos: para los otros el envilecimiento, la ruina, el exterminio. Que acabe la inmunda farsa de su mal disimulada soberbia con la escoria de los Escipiones, de los Drusos, de los Cétegos y demás canalla dorada.

Ya lo sabéis, ministros; vuestro señor y vuestro Dios así lo manda.



IV

EN UNA TABERNA POPINA DEL BARRIO VELABRO MAYOR

Dos ó tres libertos haraposos y unos esclavos artesanos oyen las cómicas declamaciones del parásito Trebio, lamentándose de la misérrima suerte de la clase.

Trebio (perorando). — Roma se precipita en el abismo; un nuevo Faetonte parece que guía el universo. Vienen á menos las grandes fortunas, porque se acaban también las buenas comidas. Ayer, en casa de Virrón, me sirvieron un vino que no sirve ni para desengrasar la lana. Mientras el patrono revolvía su pescado con aceite de Venafre, á mí me dieron una col arrugada que tenía tufo del aceite de la lámpara...

» Los esclavos, rozagantes de lujo y de hermosura, se burlaban de mí, porque las contorsiones de un histrión valen menos que los mohines de un parásito

hambriento... ¡Viles esclavos, dignos de tales festines y de tales señores!

» Creedlo, amigos, no se puede ir á la casa de un magnate; están repletas de esclavos insolentes. Yo soy, sin embargo, ciudadano romano, y comparto con el pueblo y con el Senado el dominio del mundo. ¿Qué exijo de la gente rica, sino el modesto obsequio que á sus menores amigos hacían un Séneca, un Cotta y un Pisón? Pues á pesar de todo, desfilaron ante mí, antiguo caballero, los manjares más succulentos, y me guardé en vano el mendrugo de pan toda la comida, sin catar la más insípida de sus salsas.» (Risas, carcajadas, aplausos.)

Entran cuatro ó seis parásitos que vienen del anfiteatro del Coloso.

Plaucio (medio beodo). — Guárdate hoy tu bazofia, infame patrono; para ti sea la espórtula de la tiranía. Hoy Roma vuelve á ser feliz. El inmenso, el divino, el eterno Emperador nos ha colmado de mercedes igualándonos á todos los ciudadanos, con justicia distributiva para los buenos estómagos. Eso es gobernar, eso es mandar. Cada uno ha comido según su apetito y digiere según sus facultades.

Parásito segundo (quitándole la palabra). — ¡Evohé! ¡gloria imperecedera para el verdadero Dios de los romanos! Váyase en buen hora el padre de los dioses á encapotar con nubes el universo y amenace con sus lluvias los vastos campos con tal que nuestro verdadero Júpiter derrame sobre nosotros el diluvio encantador de sus bondades, de sus tesoros y de los co-

mestibles más opíparos que cría la tierra y adoban los cocineros del Imperio.

Otro que habla. — ¡Qué día! ¡qué asombro! No se borrará nunca de la memoria del romano. Infelices vosotros, los que no pudisteis asistir á esta fiesta, sin igual en el mundo. ¿Os acordáis de los juegos con que dedicó el buen Tito el anfiteatro del Coloso? Pues fué una mezquindad si se compara á los que hoy hemos presenciado. Más de cien mil almas llenaban la inmensa gradería. Allí las Vestales, en sus asientos de honor, daban majestad al espectáculo; el Senado, los patricios, cuanto la ciudad tiene de grande, de hermoso, de noble, deslumbraba la vista y alegraba el corazón. Pero aun así, eso fué lo de menos, porque apenas los primeros rayos del sol doraron las alturas, cuando empezó á caer sobre nosotros una lluvia de dulces y pasteles, como hermoso rocío de la mañana. Luego, cuantos frutos raros nos vienen del Ponto y de la Idumea, así como los que maduran en la Bética y en Damasco, junto con quesos delicados y repostería exquisita, y dátiles enormes y peras sazoadas, rodaban acá y acullá para hartazgo de todos. Más tarde y después de interesantes luchas, donde combatieron hasta hembras bravías, aparecieron legiones enteras de siervos, hermosos y soberbiamente vestidos; los unos llevaban cestos de pan, blancos manteles y manjares exquisitos; los otros vertían olas de un vino acendrado por los años.

La misma mesa nos ha reunido á todas las clases: mujeres, niños, plebeyos, caballeros, senadores. La

libertad ha igualado las condiciones y el Emperador ha participado del festín.

Parásito primero (llorando con borrachera cómica). — ¡Oh dioses inmortales! ¡Qué mayor dicha, qué mejor honra cabe! ¡He comido por seis y he bebido por una docena, y desde hoy todo romano podrá exclamar con orgullo: ¡el Príncipe me ha sentado á su mesa!

Parásito segundo. — Las horas han pasado inadvertidas. Hemos visto luchas de pigmeos; han mordido el polvo más de cien gladiadores; fieras de las más raras se han devorado con rugidos y aullidos espantosos; la arena, empapada en sangre, parecía revestir un manto de púrpura con que los monstruos y los valientes rendían tributo al pueblo-rey. Cuando llegó la noche con sus sombras, iluminaron teas y antorchas el anfiteatro inmenso con el resplandor del día, y entraron en el Circo las bellezas al alcance de todo el mundo; los actores, los bailarines y cuantas celebridades lleva la gente á los teatros, por el talento ó por la gracia. En un grupo danzaban las lidias de redondeces plásticas, más allá sonaban los címbalos y las castañuelas de las gaditanas, y más lejos una turba de histriones representaba lo mejor de los juegos escénicos...

En medio de estos inauditos regocijos, cae sobre nosotros una nube de aves de todas clases, con vuelo inesperado. Las manos no bastan para el botín, y todos tratamos cuál con la toga, cuál con la túnica, de aumentar el tesoro. Miles de miles de gritos, subiendo

hasta los astros, celebran las saturnales del Príncipe. El voto público pronuncia con amor extático el dulce nombre de nuestro señor; pero él, verdadero hijo del pueblo, nos prohíbe ese santo placer. Yo no puedo más. Se han cumplido mis votos á los dioses del Olimpo y... del Averno. Sucumbo, y mi última palabra será la de ¡viva nuestro padre, nuestro amo, nuestro Dios, el inmortal, el eterno Domiciano!

(Los grupos que han llegado del anfiteatro se han recostado en algunos rincones y dormitan la borrachera en medio de los rastros inmundos del brutal hartazgo.)



V

CARTAS FAMILIARES

MARCO CALIDIO BLESO, CABALLERO, Á FULVIO CELSIOR, CONSULAR

S. P. D.

EN mucho tiempo no recibirás cartas mías; mi fiel Dídimio que te lleva ésta, parte á Grecia y desconfío de cualquier otro liberto; yo mismo abandono á Roma y buscaré olvidado albergue entre mis huéspedes de Lutecia en las Galias. Los acontecimientos se precipitan. La conjuración de Antonio Secundino ha hecho estallar la mina de insanos furores que se escondía en el pecho de Domiciano; las proscripciones han empezado; las canas venerables de Seneción no le han salvado del suplicio. Helvidio ha sucumbido. Civio Cerealis, Ofito y Pompusiano fueron degollados. Los delatores vuelven á estar en auge, y el infame Mecio Caro, que hoy es orgullo de la Corte y terror del Senado, ha dicho con cínica impudencia al oír hablar mal de una de sus víctimas, estas impías palabras: «no toquéis á mis muertos».

Hasta el infeliz, el inofensivo Elio Lamia, se ha visto obligado á quitarse la vida. Vas á saber el pretexto de la terrible sentencia: contaron en la mesa del Emperador que le obligó á divorciarse para entregarle su mujer. Tito, que á la sazón vivía, lo consolaba aconsejándole que se casara de nuevo, á lo que Elio contestó sonriendo: ¿acaso tú necesitas también, como tu hermano, una esposa? Domicia celebró el chiste y ponderó el ingenio de su primer marido; esto bastó para que no se le dejara vivir, permitiéndole no más que eligiera el género de su muerte. Hemos vuelto al quinquenio de Nerón, con la única diferencia de que el abyecto hijo de Vespasiano es más cruel porque es más cobarde. ¡Apiádense los dioses de nosotros y susciten un vengador al pueblo romano!— *Vale*.



VI

EL RODABALLO

(SÁTIRA DE JUVENAL)

ARGUMENTO. — Habiendo sido regalado á Domiciano un rodaballo de extraordinaria magnitud, hace convocar á los senadores y patricios con objeto de celebrar un consejo acerca de los medios más adecuados para guisar el pez. Todos acuden temblando, creyendo que se trata de un asunto muy grave, y recelando peligros para su propia vida, lo cual sirve al poeta para describirlos, y caracterizar á cada cual con una frase de elogio ó de censura.

.
Ya el postrer de los Flavios desgarraba
Al orbe moribundo, y Roma entera
Ante el calvo Nerón se prosternaba,
Cuando del mar de Adria en la ribera,
Junto al templo de Venus, que pregona
De la dórica Ancona
El religioso celo,
Fué un pez enorme entre las redes preso,

Y las hundió. Menor no era su peso
Que los que la Meotis bajo el hielo
Guarda, y después, cuando su cárcel funde
El calor del estío,
Por el inmóvil Ponto los difunde,
Sordos y entumecidos por el frío.
Tan raro monstruo el pescador prepara
Al Pontífice Sumo.
¿Pues quién comprarlo ni venderlo osara,
Cuando estaba la arena
De tantos viles delatores llena?

.
Admirada la turba le rodea,
Detiéndole un instante, luego cede,
Y rápida girando sobre el quicio,
La puerta el paso al pescador franquea.
Entra, y en tanto la patricia gente
Aguarda afuera, á que aceptado sea
El singular presente.
Llega el Atridas. — «Este don admite,
Dice, del cual no es digno hogar privado;
El día presente cual genial se cite;
Tu vientre limpia, aflójalo de peso,
Y el pez consume para ti guardado,
Pues él mismo en la red quiso ser preso.»

.
Mas faltaba una fuente á la medida
Del pez, y los patricios más odiados
De aquél son convocados
Al consejo; preséntanse al instante.

Amarillo el semblante,
Muestran todos el miedo receloso.
— « ¡Corred! clama el livurno; ya os espera
César sentado. » — Y el primero asoma,
La túnica cogiendo presuroso,
Pegaso, al cual atónita vió Roma
En exactor de impuestos convertido.

.
Crispo siguió, buen viejo
En quien vieras al par genio apacible,
Claro ingenio, elocuencia irresistible.

.
Crispo jamás los brazos al torrente
Opuso, pues; ni pecho tan valiente
Tuvo, ni alma tan firme y atrevida,
Que hablar con noble libertad osara,
Y á la virtud sacrificar la vida.
Así muchos inviernos, así ochenta
Solsticios vió; con estas armas pudo
Acilio, que los mismos años cuenta,
Hallar también contra la corte escudo.
Iba á su lado el infeliz mancebo
Al cual guardaba la cuchilla dura
De su señor anticipada muerte.

.
Aunque plebeyo, no más placentero,
Iba en pos Rubrio, reo de antiguo agravio
Que ha de callar mi labio;
Llega también el vientre de Montano,
Tardo por el abdomen, y Crispino,

Exhalando de sí oriental perfume,
Más que el que se consume
En cadáveres dos; sigue Pompeyo,
Aun más feroz, sicario envilecido,
Que abrió á muchos las venas, susurrando
Artera delación tenue al oído;
Y Fusco, el que soñando altas hazañas
En su marmórea quinta, retenía
Para los dacios buitres sus entrañas.
Junto al sagaz Veicuto, el sanguinario
Cátulo iba, que en amor ardía
Por aquella que nunca ver podía
Su pupila sin luz; monstruo execrable
Aun en el siglo mísero presente.

.
Nadie ante el pez quedóse más absorto;
¡Qué cosas dijo vuelto á la siniestra!
Y el rodaballo hallábase á la diestra.
Así elogiaba al gladiador cilicio,
Y el rudo golpear, y el artificio
De la máquina, que del escenario
A los muchachos sube hasta el velario.

No le cede Veicuto. Enajenado,
Así como el fanático adivina,
Por tu furor, Belona, arrebatado,
— «Gran augurio, exclamó, señal divina
De un triunfo memorable y señalado». —
O bien que algún monarca prisionero
Tuyo ha de ser, ó del britano solio

Caerá Arvirago. Cierta es extranjero
Este monstruo. ¿No ves cuál sus espinas
Se erizan sobre el dorso? Sólo hallo
Que le faltó una cosa al buen patricio:
Decir patria y edad del rodaballo.

«¿Qué haremos, pues? ¿Despedazarlo?» «Afuera
Deshonra tal», Montano al punto grita;
Honda vasija búsquese, que admita
En delgada pared la mole entera;
Obra tan importante necesita
De un nuevo y aun más grande Prometeo.
Venga rueda y arcilla
Y desde hoy ¡oh César! tus legiones
Lleven de olleros siempre una cuadrilla.

Consejo digno de varón tan sabio
Prevaleció; de antiguo él conocía
De la gula imperial el desenfreno,
Y de Nerón las cenas, que alcanzaban
Hasta la media noche desde el día,
Do el voraz apetito renovaban,
Cuando el Falerno en el pulmón ardía.

.
Terminase el consejo,
Y ya por el monarca despedidos
Son los que hizo venir despavoridos
A la albana mansión con pie ligero,
Bien cual si se tratara

Del duro Catto, del sicambro fiero,
Ó cual si infausta á la ciudad llegara
La nueva repentina
De que el imperio amenazaba ruina. ¹

¹ Traducción de D. Francisco Díaz Carmona y D. J. M. Vigil.



VII

EN EL DORMITORIO DE LA EMPERATRIZ

SON las altas horas de la noche. Domiciano, presa de cruel insomnio, oculta la cabeza entre las manos sentado junto al lecho nupcial. Domicia se destaca, desnudos los hombros y apenas cubierta por ricas pieles, á los tibios rayos de lámpara perfumada, como maravilla de hermosura y juventud: tiene fijos sus ojos fascinadores en la figura tétrica del doliente esposo.

Domiciano (después de largo silencio). — ¡Miserable de mí! ¡Quisiera no haber nacido! ¡Soporté la miseria en mis primeros años, el hambre y la sed en la guerra civil, la ambición frenética mientras mandaron mi padre y mi hermano, más tarde el peso del imperio, luego tus ultrajes y tu ausencia, pero me mata hoy la incertidumbre de tu amor. Esto es superior á mis fuerzas, á mis fuerzas que tienen sujeto al mundo con cadena inquebrantable. No sé si te amo ó te detesto. Lo conquisté todo de la tierra y del cielo para rendirlo á ti: el mismo honor de mi nombre lo sacri-

fiqué á tus plantas por un beso tuyo, y tus labios me hielan la sangre; por una mirada amorosa de tus ojos, y en ellos sólo veo un hondo abismo negro, infinito, de misterio y de espanto.

...Sueño con verme en tus pupilas de diosa; y cuando me fijo, insensato, en sus cielos, sorprendo otra faz afilada y vengativa que se burla de mí y me insulta y me provoca. Puedo destruirte, aniquilarte y beber á raudales la sangre roja de tu seno, porque la vida de todos me pertenece; es mía: y á veces lo ansío, pero al mismo tiempo te adoro, te adoro con delirio insensato y tengo miedo de ti. Dime, aunque me engañes, que me quieres; jura que sólo á mí has amado; júrame que aunque sólo sea en un rincón pequeñísimo de tu pecho, me has tenido y me tendrás siempre.

Domicia. — Dulce dueño mío y señor de mi vida, ¿qué podré decirte que te vuelva á tus primeros amores? Toda tuya fuí desde que te admiré como príncipe de la juventud. Márame si dudas, que con dudar me matas. Tú eres quien cambiasté; las grandezas del poder se llevaron á mi Domiciano y me trajeron este semidiós terrible que me hace temblar por él más que por mí, pobre enamorada del César.

Domiciano. — Es verdad: he cambiado mucho. Dispongo de los dioses y no he podido impedir que mis cabellos dejen desnuda mi cabeza. ¡Ah!, ¡lo sé!; me llaman el Nerón calvo. El rubor modesto de la adolescencia se me ha trocado en este color rojizo perpetuo en las mejillas. El cuerpo se deformó abul-

tándose por modo prosaico y grosero. Todo lo desgastó y perdió la lucha feroz del imperio, menos la pujanza siempre joven de mi adoración á ti, oh la más adorada y la más cruel de las mujeres.

Domicia. — Eres injusto contigo y conmigo. Más calvo que tú era Julio César y lo adoró Cleopatra. Cuanto perdiste de tu juventud representa para tu esposa una victoria sobre tus enemigos, sobre tus mismas pasiones. Soy hija de Corbulón y no podría amar sino á ti, el primer hombre de Roma, de los campamentos, del Universo.

Domiciano. — ¿Es cierto, es cierto lo que dices, vida de mi vida? Repítelo una vez, ciento. Mira que la desesperación me atosiga y me enloquece, y este corazón rebosa hiel que me ahoga. Todos me aborrecen: todos conspiran contra mí: fantasmas horribles visitan mis sueños: hay que matar á muchos porque muchos quieren matarme. Los mágicos hacen combinaciones con las estrellas para marcarme horóscopos sangrientos. El Destino, el inflexible Destino me busca un sucesor; pero yo dispongo de verdugos y lictores, de hachas y espadas para matarlo. Tú, que tienes tan peregrino talento, me ayudarás; contigo todo lo venceremos; sin ti el imperio es la tabla de un naufrago en medio de un mar inmenso, donde nunca se muere y nunca se arriba á la costa.

Domicia. — Cálmate, señor y esposo mío: tu Domicia velará por ti más que por su vida. Reposa sobre este seno de las fatigas del poder, y no te robe el mundo á la que más que el mundo te quiere.

Domiciano. — ¡Amor de mis amores! Compadéceme: soy muy desgraciado. Te oigo; quiero creerte, y no puedo. Paréceme que no hablas á tu esposo, sino á tu emperador, á tu amo. Eres demasiado hermosa. En torno tuyo veo ojos encendidos de pasión que devoran tus encantos, y oigo besos que no sé quién los da y que suenan en tus oídos con deleite. ¡Ah!, ¡maldito, maldito yo que no puedo destruirlos y borrarlos! Y ¿por qué no puedo? ¿Hay algo que se me resista, hay algo que se rebele contra mi poder divino? ¿Sabes, Domicia, que soy un dios? Un dios que dispone del rayo y de la vida de todos y de la tuya. ¡Ay de ti si me traicionaras!; pero no; tú eres buena y amarás siempre á tu dios. ¡Pobre, pobre dios que lleva en sus entrañas el infierno de tus celos y de los odios del mundo!

Domicia (rodeando con sus brazos desnudos la cabeza calenturienta de Domiciano). — Descansa, soberano mío, y olvida la púrpura y el solio. Acuérdate sólo de las horas plácidas de nuestro primer encuentro. Cielos azules, campos llenos de flores, aves que cantan eternamente el amor, las auras de primavera que suspiran entre los árboles; y nada de Roma, ni de la tierra, ni de los humanos. Tú y yo, yo y tú, siempre sin que nadie sepa quiénes somos.

Domiciano se queda adormecido. Su sueño se hace fatigoso é inquieto. Domicia lo contempla largo rato, cambiándosele el aspecto dulce de su rostro en glacial indiferencia.

Domicia (pensando). — Realmente está feo. Casi horrible. Me movería á piedad si no me causara miedo. Más me repugna cuando se humilla y llora, que cuando amenaza y ruge.

Continúa mirándolo, y en su memoria de mujer liviana se representan imágenes poéticas de sus culpables amores. Suelta lentamente los brazos que enlazaban el cuello del César.

Domiciano (soñando). — Otro beso, *Domicia*; cien besos. El histrión me persigue. Tengo miedo.

Domicia (se aparta de él, se envuelve entre las pieles y exclama con olímpico desdén): — ¡Qué asco!



TERCERA JORNADA

DELIRIUM TREMENS

(DE ABRIL Á SEPTIEMBRE DEL 96)

I

EN LA PREFECTURA URBANA

DESPACHAN juntos Claudiano, tribuno militar, Satorio, decurión de la guardia personal del César, y Parthenio, y van entregando á los subordinados los edictos, según los citan.

Saturio. — Hoy mismo hay que promulgarlos todos. Córranse órdenes para su inmediato cumplimiento.

1.º Nuestro señor y nuestro dios manda que sean proscriptos de la ciudad los filósofos y cuantos con pretexto de cultivar las letras muestran su desvío al Príncipe. Se les concede dos días para que salgan de Roma: los que permanezcan aquí al terminar el plazo, pagarán multa y serán deportados.

2.º Se pone en vigor bajo las penas más severas

el edicto de Claudio, desterrando á los judíos y señaladamente á la secta infame que adora á un tal Chresto, sedicioso que fué crucificado en Judea, en los días de Tiberio. Sufrirán pena de muerte cuantos de ellos se nieguen á rendir culto á los dioses tutelares del imperio.

3.º Se añade dos colores, que serán el de oro y el de púrpura, á las partidas del hipódromo. El día de las Palilias habrá cien carreras con cuatro cuadrigas cada una.

4.º Los magistrados todos del imperio quedan obligados, bajo su responsabilidad más estrecha, á inquirir, denunciar y juzgar sumariamente á los cómplices y sicarios de las impías conjuras de Apolonio y Juvencio Celso. La sentencia quedará cumplida en el mismo día en que se pronuncie, sea cualquiera la condición ó el sexo de los culpables. Serán castigados como reos de lesa majestad los que conociendo á los conjurados ó pudiendo conocerlos, no los delataron en el acto.

La mitad de la fortuna de los criminales pasará desde luego á poder de los acusadores.

5.º Se establece una policía secreta que vigile las costumbres de las mujeres casadas y denuncie las faltas íntimas que contra la moral sean cometidas en el seno de las familias.

6.º Queda prohibida la plantación de viñas en toda Italia.

7.º Queda suprimido el prefecto de la ciudad. Sus funciones serán ejercidas por doce magistrados.

8.º Los meses de Septiembre y Octubre se honrarán desde hoy en el calendario tomando los nombres de Germánico y Domiciano, el primero por haber nacido en él nuestro Príncipe, y por haber subido al imperio en el segundo.

Cumplase.

Salen los funcionarios subalternos y quedan solos los tres validos de Domiciano.

Parthenio. — Las órdenes secretas no son hoy más escasas ni de menor sensación. (Saca de la toga unas tablillas.) Ved la lista de las ejecuciones. Cada conjuración da una cosecha estupenda al hierro y á la vara de los lictores.

Saturio. — Por fortuna, el pueblo humilde siempre libra bien; los jefes son los que sucumben, y al cabo la delación quita lo que la delación da.

Parthenio. — Erraste en eso, porque Apolonio y Juvencio tenían parciales en el pueblo, y el hacha empieza á nivelar las cabezas de los magnates con las de los humildes. La plebe comparte ya con los senadores y los caballeros el rencor y el enojo en el ánimo de nuestro señor. En las cincuenta proscripciones de hoy van grandes y chicos, mitad y mitad.

Claudiano (leyendo los nombres de los sentenciados, quédase atónito y suspenso delante de uno y exclama): — Apenas creó á mis ojos. ¡Flavio Clemente! El hijo de Sabino, de Sabino el hermano de su padre, que lo salvó de los vitelianos en el incendio del Capi-

tolio, y á quien le debió la familia el principio de su engrandecimiento! ¿Cómo han podido sospechar de Clemente, el más insignificante, el más humilde de los romanos: un hombre de vida purísima, que ha repartido sus tesoros entre los pobres y vive cuidando á los enfermos y amparando á los niños hambrientos?

Parthenio. — Su crimen es religioso. Lo acusaron de judaizar. Mandóle César que ofreciera un sacrificio á Minerva, patrona de los Flavios, y él, tan apocado y sumiso, se rebeló altivo contra todos los dioses, denostándolos y diciendo que sólo adora á Chresto, de que hablan los esclavos y las mujeres perdidas. César quiso violentarlo, pero no logró domar la entereza del primo. Y él, censor de las costumbres y pontífice máximo, ¿qué había de hacer, sino un castigo ejemplar, cuando se trata del hombre á cuyos hijos destinaba á sucederle en el imperio? Domitila, que también judaíza, ha sido desterrada á la isla Pandataria. Y si reincide, lo pagará su hermoso cuello. Créete que hay que ser inflexibles con esa secta. Vive en medio de las mayores abominaciones secretas, y nos va á dar mucho que hacer si no se la ahoga desde el principio con previsora justicia.

Saturio. — Nada tengo que oponer á tu sabia experiencia. Pero hoy ¡por Hércules! no fué corto el trabajo. Tenemos cincuenta sentencias de muerte; algunos millares de proscriptos; el alistamiento de una legión de delatores; una tempestad de escándalos en las familias; el terror bajando hasta la plebe. Real-

mente, Domiciano puede hoy decir, como su hermano, que no ha perdido el día.

Parthenio. — Vuelvo á Palacio. ¿Está solo el Emperador?

Saturio (sonriendo). — No queda con él ni siquiera una mosca.



II

LA CENA MACABRA

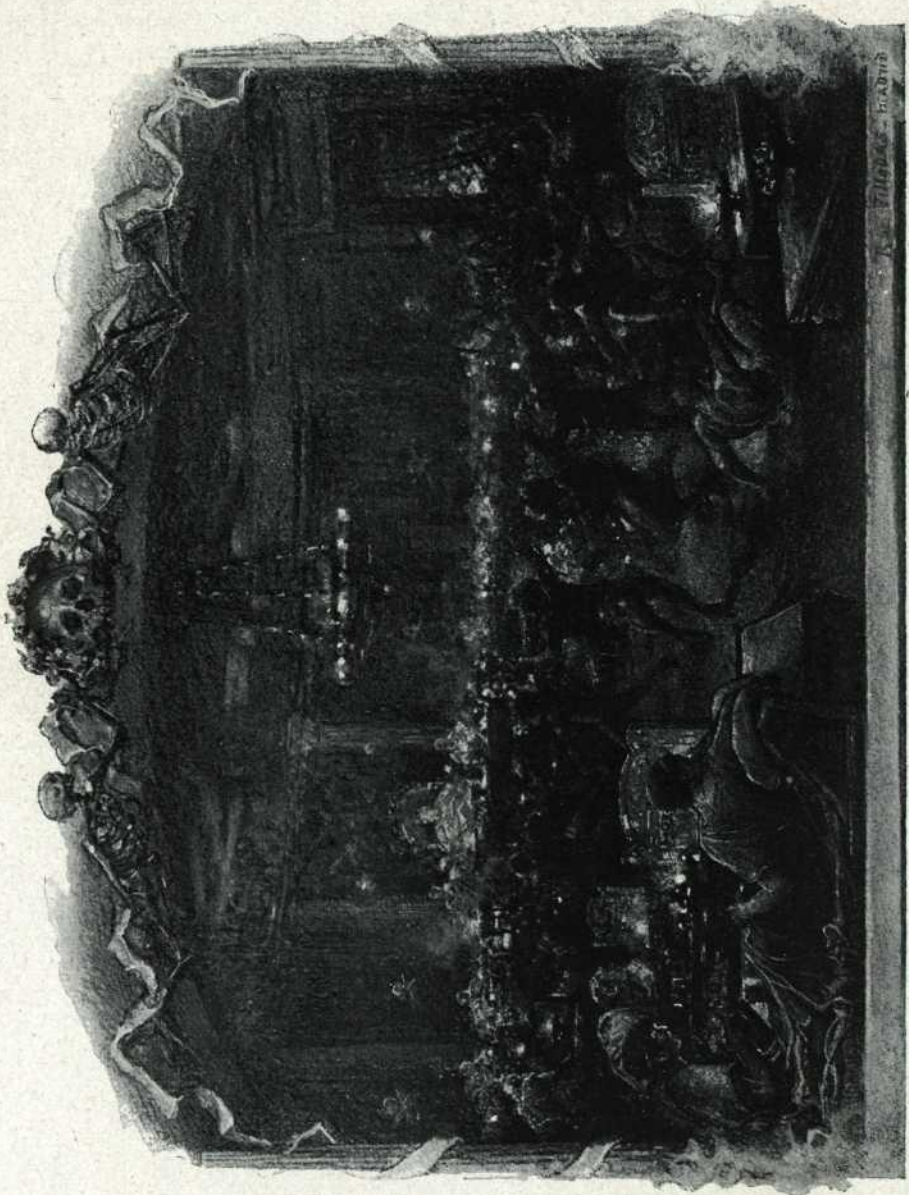
(SOBRE UN PASAJE DE DION CASIO)

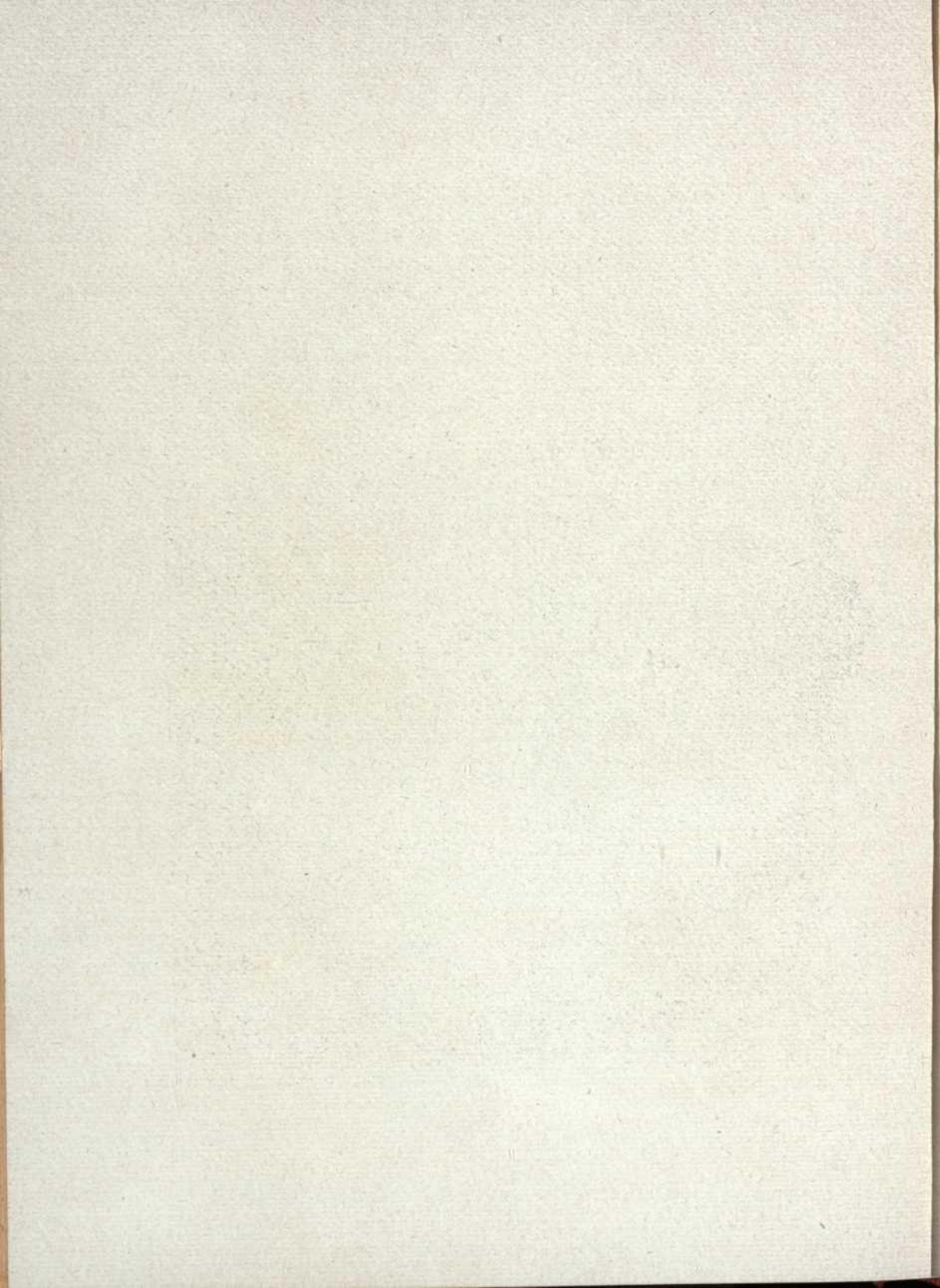
LAS invitaciones para el banquete imperial fueron repartidas con gran sigilo. Domiciano convidaba á los patricios más insignes y á los más ilustres caballeros á una hora desusada de la noche.

Buen golpe de la guardia de César ocupa el pórtico del palacio y hace ir entrando uno á uno á los convidados.

Cuando todos se hallan reunidos, se abren las puertas de la sala del festín y quedan aterrados ante el más pavoroso espectáculo.

El techo, las paredes y el suelo estaban tapizados de negro; negros eran también los lechos triclinarios. Delante de cada uno se hallaba inscrito el nombre del invitado en una piedra semejante á la de las tumbas, alzándose al lado con sus fulgores tétricos una lámpara funeraria.





Domiciano, con semblante impasible y severo, los recibió en silencio, mandándoles luego ocupar sus respectivos lugares. Se sirvió la comida igual á la de los banquetes de los muertos, y todo manjar fué ofrecido también en plato negro.

Enmudeció la concurrencia y un temblor nervioso se apoderó de la mayoría de los comensales. Nadie osaba hablar; sólo el Emperador, con facundia inagotable, usó de la palabra, trazando los cuadros más sombríos de crímenes sangrientos, de martirios crueles y de ejecuciones espantosas. De repente, invadió la inmensa sala una turba de esclavos jóvenes, de hermosa figura, desnudos y embadurnados de pez. Se adelantaron como espectros, y después de una danza extravagante, propia para inspirar horror, vinieron á ponerse á los pies de los invitados.

El emperador contó de nuevo historias de asesinatos y de matanzas, fijando sus ojos calenturientos en aquellos á quienes el miedo ponía más lívidos ó que se mostraban con mayor estremecimiento víctimas de vertiginoso pánico.

Tras largas horas Domiciano se levantó solemne y majestuoso, y despidiéndolos con ademán soberano, díjoles secamente:

—Esperad mañana noticias mías.

Una eternidad fué para todos el tiempo transcurrido hasta el día siguiente.

Casi á una misma hora de la mañana, llegó á cada casa un grupo de siervos de los más escogidos del César, y cuando esperaban la orden fatal de la muerte



quedaron atónitos al recibir la *estela*, la fúnebre lámpara, la inscripción y todo el servicio que habían usado la noche antes, con esta inscripción: *guardadlo en memoria mía*.

No se habló de otra cosa en la ciudad durante largo tiempo. Muchos enfermaron; algunos murieron de sobresalto; nadie acertó á explicarse el enigma; sólo la Emperatriz, que estudiaba de cerca el espíritu enfermo de su dueño y señor, llamó á su liberto favorito Estéfano y al prefecto del Pretorio y habló largamente con ellos.

III

LA NAUMAQUIA

UN PASAJE DE SUETONIO

CELEBRÓ Domiciano batallas navales en que figuraban flotas casi completas, en un lago que había hecho cavar junto al Tíber, rodeándolo de jardines.

No abandonó el espectáculo á pesar de la lluvia, que caía á torrentes.

UN EPÍGRAMA DE MARCIAL

Cedió en loor de Augusto la batalla de las escuadras y el hacer resonar en los mares la trompeta naval.

¡Cuán pequeña es su gloria ante la de nuestro César!

En las ondas han visto Tetis y Galatea fieras ignotas. Los tritones vieron arder los carros sobre las aguas espumosas, y en tanto que Nereo dispone sus naves para el combate, rehusa el caminar á pie sobre su elemento.

Cuanto pasa en el Circo y en el Anfiteatro se reproduce en las ondas de César el Magnífico. Enmu-

dezcán el lago Fucino y los estanques del perezoso Nerón.

Los siglos conocerán sólo esta gran Naumaquia.

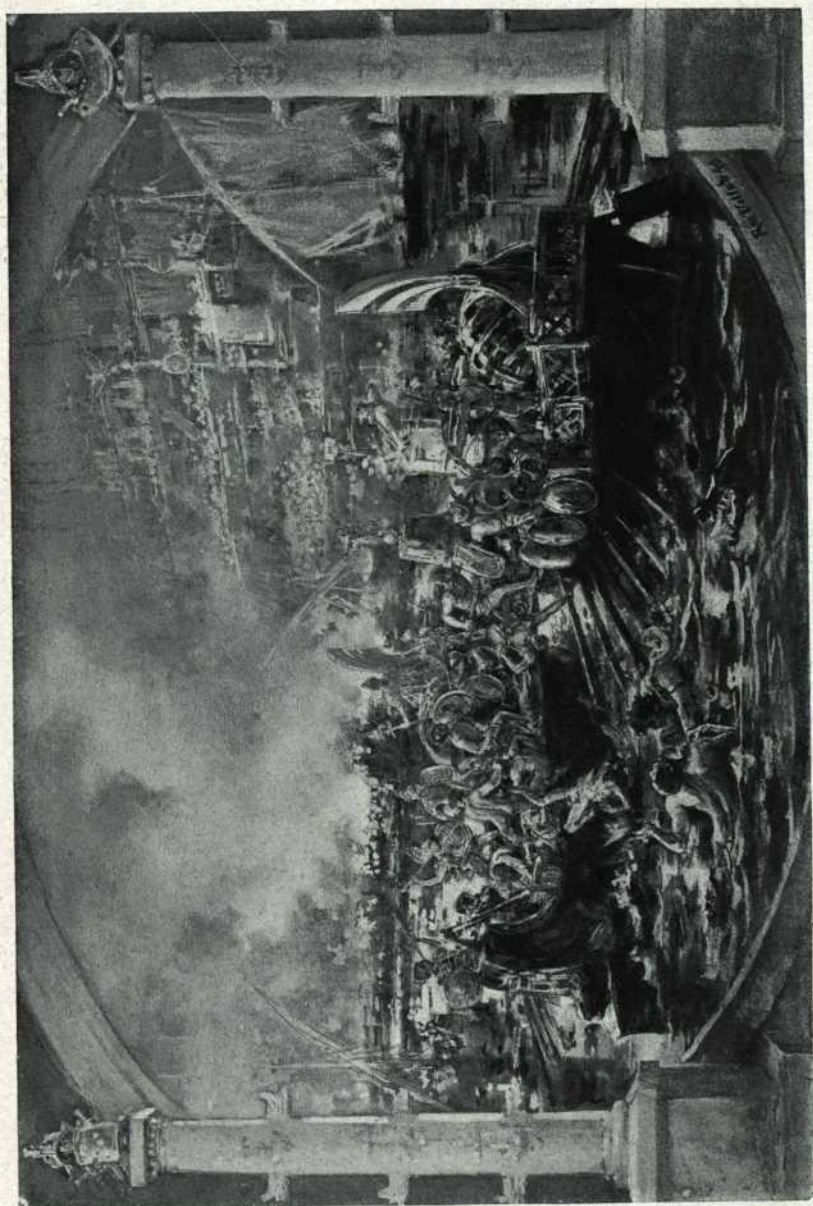
COMENTARIOS DE UN ESCOLIATA

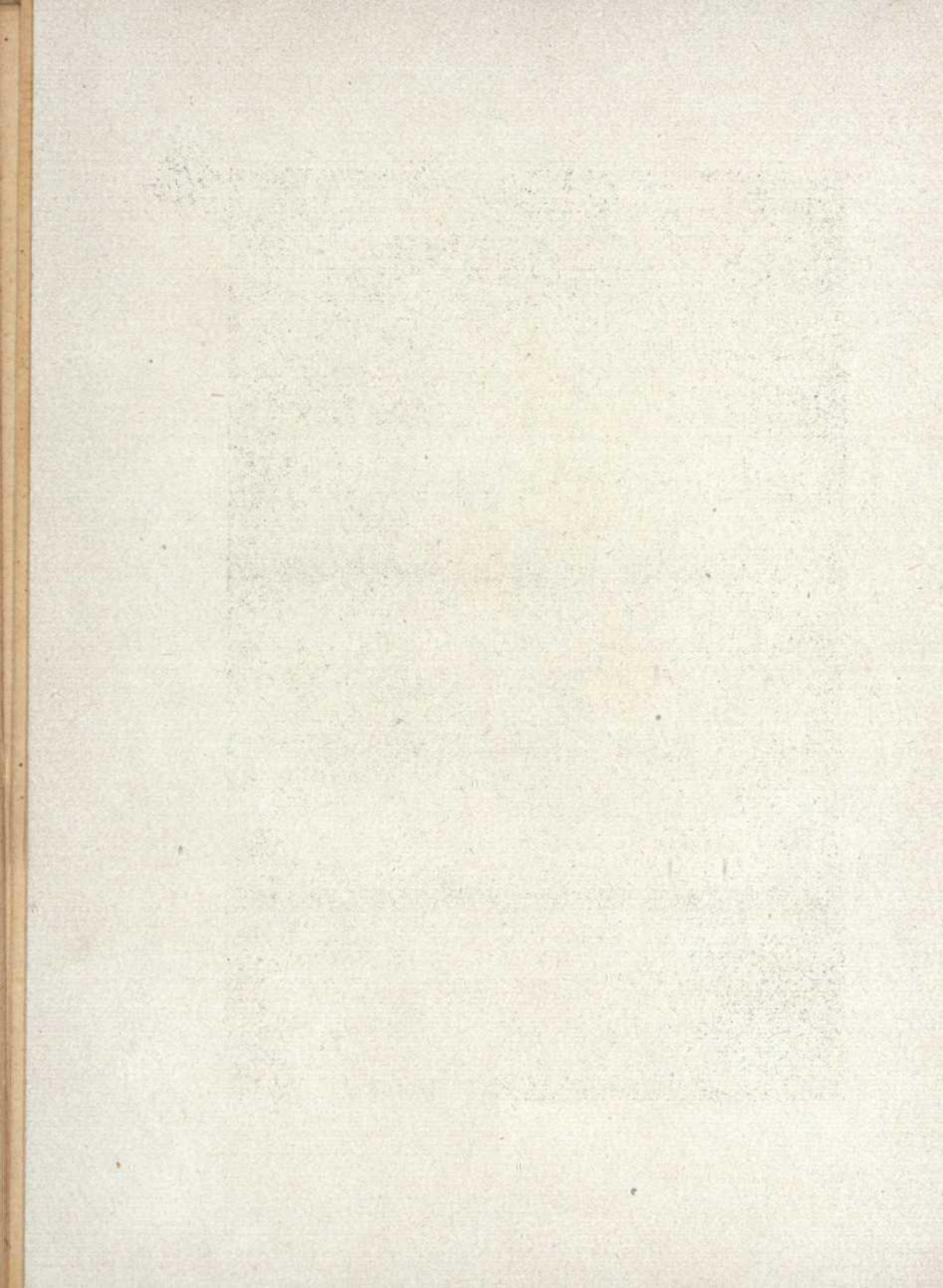
El Emperador ocupó su trono, bajo el solio, y á sus pies sentóse un enano vestido de escarlata, cuya cabeza era pequeña y deforme.

Se representó, á lo vivo, la batalla de Accio. Las naves, en número de veinticuatro, trirremes y cuatrirremes, se deslizaron majestuosamente por el lago delante del Emperador, exclamando los combatientes, según el ritual: — ¡Ave, César, los que van á morir, te saludan!

Después un tritón de plata, movido por una máquina, surgió de enmedio de las aguas y dió la señal del combate. Soldados y marineros contestaron con una triple aclamación. Las trompetas dieron sus sonidos bélicos, los gritos de los combatientes se confunden con los de los espectadores; luego se cubre el espacio de flechas, de piedras, de telas encendidas, de javelinas.

Las olas revueltas se tiñen en sangre. No hay cuartel entre los que pelean, ni piedad en el pueblo, ebrio de horrores. Seis mil cadáveres cubren las embarcaciones y el lago. Las matronas alaban á los dioses, y el pueblo Rey entona un himno de gracias á César Domiciano Germánico.





IV

EN LA CÁMARA DEL BUFÓN

UNA mezcolanza de lujo y mezquindad, de muebles desvencijados y ricas telas, de ostentación y sórdido desaseo, señala el aspecto de la estancia de palacio en donde se albergaba el extraño personaje, pigmeo contrahecho, único ser que hacía reir á Domiciano y con quien éste hablaba á las veces de los más serios asuntos del Estado. Una lámpara suntuosa, regalo del señor, alumbra la morada: es la media noche.

Celia (esclava de peregrina belleza y de lozana juventud, arrastrándose á los pies de Domicia y con la voz entrecortada por los sollozos): — Por la diosa potente de Chipre que se mira en tus encantos, por la santa memoria de tu padre, que fué la honra de los campamentos, conjúrote, señora mía, á que me perdones la odiosa presencia del monstruo. Mi corazón estalla de horror; mi carne se estremece de asco: prefiero la muerte más fiera á una sola de sus inmun-

das caricias. Siervos tienes leales que lo pongan en el tormento y le arranquen los secretos del amo. Arroja luego su cuerpo maldecido al Tíber para que nadie sospeche de ti.

Domicia. — Niña mía, hermosa predilecta de mi alma, sólo de ti espero la salvación. Hay que saberlo todo y el enano es muy astuto: bajo su idiotismo fingido hay la doblez de un bribón: para todo está apercebido y aun su muerte delataría mis sospechas. ¡Ay de mí, ay de todos si el señor sabe mis temores! ¿Prefieres ver este mi seno que sólo para el amor alienta, destrozado por el hierro de viles sicarios? Mis joyas, mis riquezas, los mejores de mis libertos favoritos para ti son; pero es preciso que tus gracias y tu ingenio lo averigüen todo. Domiciano está impenetrable: en los alardes de su pasión para conmigo, recelo siniestras ideas. Jamás lo vi tan amoroso y confiado y, sin embargo, leo tras su traidora calma celos devoradores. Siempre tuvo transportes de cariño para las víctimas del siguiente día. Vécete: queda poco tiempo de sacrificio y quizá al librarme á mí de horrible suplicio, salves á Roma y salves al mundo.

Celia. — Si me pidieras que yo misma hiriese no me defendería tanto; pero fingir amor á ese grotesco aborto de la naturaleza, cruel, iracundo, imbécil... Adular sus ruines instintos y no ahogarlo, cuando su piel de reptil roza mis mejillas, es condenarme al desprecio, al odio de mí misma. Hasta los dioses inmortales apartarán indignados de mí sus semblantes ofendidos.

Domicia. — Ten juicio, Celia. Los dioses recompensarán tu heroísmo, y yo, tu señora, tu amiga, te levantaré altar eterno en mi corazón. Todo cuanto tengo será tuyo; ven, hija, seca esas lágrimas; serena esos ojos del espanto que los vela; ponte más hermosa: que la túnica deje entrever los hechizos de tu busto ateniense (arreglándole el tocado); que tus hombros nacarados asomen por entre los cogidos que te ciñen: ¡qué divina estás! El centurión de la guardia imperial, el apuesto Marcelo, enloquecería al verte. ¿Lo quieres? Yo lo uniré á ti para siempre. Pero necesito un esfuerzo más de tu parte. Arrebata al pigmeo las confidencias de estos tres días, en que delante de mí se muestra el tirano como más feliz que nunca, él en cuya sangre hierve la ponzoña de todos los horrores mortales. Ha querido el Destino condensar en su bufón, en esa criatura espantosa y ridícula, la conciencia y lo más negro del alma de su dueño, pero nos lo entrega como un juguete en tus manos. Lee en esas tinieblas.

Celia. — Ah, señora, señora; ya sabes cuánto te adoro y que por ti moriré; pero ¡qué infame y qué miserable me haces!

Domicia. — Hazle beber. Fíngete celosa; irrítalo con desdenes. ¡Ah!, si no sospechara de mí, si no me traicionara luego con César, yo le haría cantar claro, y en su extravagancia estúpida leería hasta el más recóndito pensamiento de quien lo tiene por único testigo de sus delirios... ¡Silencio! que llega. desde ahí te oigo escondida. Tú eres ahora mi emperatriz, yo tu sierva.

(La estrecha entre sus brazos: le da besos apasionados y se recata en aposento inmediato, con salida á las galerías interiores de palacio.)

Pasados algunos minutos entra Tyndaro, enano deforme y repugnante, vestido con colores chillones y una corona de encina en la cabeza: sobre los hombros le cae una clámide espartana salpicada de estrellas. No es viejo, pero arrugas prematuras del rostro le dan el aspecto de un niño perverso que ha llegado á la decrepitud sin haber sido nunca joven. En sus ojos malignos y suspicaces se revuelven las pupilas como agitadas por convulsión epiléptica.

Al adelantarse en su cubículo, mira con desconfianza en derredor, y sin revelar sorpresa ni entusiasmo, hace una mueca horrible, como de risa sarcástica y satisfacción taimada, al percibir á la hermosísima esclava.

Tyndaro, el bufón. — ¿Ya estás tú aquí, pécora? Habrás venido á sonsacarme. Te has empeñado en que arrojen á los perros la gentil persona de este tu señor.

Celia (con voz dulce é insinuante). — Haces bien en insultarme, aborrecido dueño. Yo tengo la culpa en consentirme el capricho de admirar en ti el único espíritu libre é indómito de mi patria. Ni sé cómo entre la flor de los libertos y caballeros que me cortejan, puse mis ojos torpes en un engendro tan odioso como tú.

Tyndaro. — Si juras por los ojos de tu señora, y por las tres verrugas azules de mi cara, que has de

ser amable conmigo, te perdono, y permito que te postres ante mí y te extasíes adorándome. Compartirás mi trono en las regiones hiperbóreas.

Celia. — ¡Pobre muñeco! El cariño que me inspiras es por verte el más mezquino, el más desvalido de todos los humanos. ¿Tú qué puedes? ¿Tú qué sabes sino excitar la risa del pueblo en el circo y sufrir los puntapiés del Emperador en el palacio? Por eso sentí misericordia de tu ruindad, y mis lágrimas, al caer sobre el corazón, lo encendieron en amor, cuyas brasas no logro extinguir.

Tyndaro. — ¿Qué dices, chiquilla deslenguada? ¿cómo te atreves á dudar de mi poder? Tiembla, horrorízate de tus blasfemias. (Rebusca en un rincón donde hay amontonados trastos viejos; saca una diadema de pedrerías falsas; se la pone en la cabeza; da un salto y se coloca encima de una silla, semejante á las curules, y exclama arrebatado por la ira): — ¿Desde cuándo las viles esclavas ponen su lengua de escorpión en la divinidad del Júpiter latino? Yo soy el genio de Roma; el Emperador es bufón mío; sus pensamientos me pertenecen, y por mí y para mí, vive. Híncate de hinojos ante mi omnipotencia. Somos veintidós veces emperador; contamos con doce consulados; tenemos veinticuatro lictores que nos acompañen; las ciudades se disputan nuestra protección; los dioses nos envidian; el Senado tiembla ante Nos; la plebe se arrastra como un perro á nuestras plantas. Si no me traes una ofrenda digna de mí, robada al tesoro ó á la despensa de tu ama; si no cubres

de besos esta mi augusta faz, por el Cerbero te juro que morirás á bocados, siendo yo mismo el verdugo.

Celia (con cariñosa ironía). — Desciende del Olimpo, padre de los dioses, y no me extermines con los rayos de tu cólera. A ti, como á los templos, no llego nunca con las manos vacías. Tráigote una perla, digna de un rey egipcio, que en vano busca Domicia hace dos meses, y además una botella saguntina con vino del primer consulado de Tiberio. La sospecha del hurto costó recias palizas á la servidumbre de confianza, y aun yo sufrí duros golpes, pero todo lo merece mi niño-viejo, mi imperial embeleso. Bebe.

El enano se arroja del sitial; se arrastra gateando por el suelo; guarda la joya después de mirarla; coloca la cabeza en la falda de la esclava y consume en pocos tragos casi todo el néctar, chasqueando la lengua con fruición y devorando, con ojos encendidos, la hermosura de la gentil muchacha.

Tyndaro. — Serénate: ya tienes mi perdón y te concedo que me beses.

Celia. — Ahora no. Hartas pruebas te doy de mi cariño; tú, en cambio, cada día más huraño é intratable, me niegas toda confianza. Y sé por qué. Niobe, la favorita de la Emperatriz, ha puesto en ti ojos amorosos: es más caprichosa que yo, y no ha podido sustraerse á esa atracción secreta que ejerces sobre las mujeres hermosas. Bien lo sabes; no lo niegues; yo debía ahogarte por tu ingrata falsía; y ¿con quién? con esa mujer malvada, por la cual Domicia me veja, me atormenta y martiriza á todas horas.

Tyndaro. — No te importe el dolor. Dióme hoy mi imperial colega dos patadas tremendas porque erró una vez la puntería, cuando matábamos las moscas en la biblioteca. Era la única que sobrevivió á nuestra milagrosa cacería. No se nos habría escapado si fuera un senador ó un argentario; pero pagólo mi rabadilla augusta. ¿Qué te importan los golpes?

Celia. — No me irrita el dolor, sino la ofensa. En este hombro, donde se posan tus labios de rey, hiríome ayer con las tenazas de rizar. Instigada por Niobe, llegará la señora á matarme. Como que domina á César, lo maneja mejor que á un niño y es más dueña que nunca de su voluntad, todo se lo permite y acabará conmigo muy pronto; quizá esta sea la última vez que pueda verte. ¿Qué es Domiciano á su lado sino un ministro de sus caprichos, un esclavo de su amor, cada día más encendido?

Tyndaro (acabando de apurar la botella, suelta una carcajada). — Hermosísima tonta, ¡cuánto os engañáis los mortales, sobre los designios de nosotros, los dioses! ¿Temes mucho á Domicia? Más la tememos nosotros y más tiene ella que temernos. Ella sólo es inmortal, mientras nuestra voluntad divina lo quiera, como lo fueron las Julias, Mesalina, Octavia, Popea y Agripina. ¿Qué me das si te respondo de que Domicia no podrá pegarte dentro de tres días?

Celia. — Pero ¡tan inocente me crees! Tú, infeliz gorgojo, ¿qué vas á hacer? Te jactas de un poderío y de una adivinación que parecen no más que el escarnio de tu presuntuosa insignificancia. Pretendes sa-

tisfacer mis odios con mentidas ilusiones, mas no me engañas con tan burdo manejo. ¿Quién eres tú para leer los horóscopos del imperio, quién sino el más despreciado de los parásitos del César?

Tyndaro. — Insolente y rebelde esclava, humíllate ante mi grandeza. Yo lo puedo todo, lo sé todo, lo veo todo. En los abismos del alma de César, allá entra mi vista: mis odios adivinan sus odios; mi terror su miedo. Mira: él mismo se aborrece tanto como yo le detesto, y si él me desprecia ¡qué carcajadas silenciosas me estallan dentro del pecho cuando lo veo temblar de espanto, perseguido por sangrientos fantasmas! Hoy, después del mediodía, saltó trémulo del lecho, y se paseó lívido y convulso después de la siesta. Yo fingía roncar junto al lebrél tendido á la puerta del cubículo. De repente escribió, en unas tablillas de tilo enceradas, varias líneas, muchas líneas. En ellas apunta siempre los nombres de los condenados á ejecuciones inmediatas. Pero esta vez no las dió, no, como siempre, ni á Entello, ni á Parthenio, ni al prefecto del Pretorio. Las escondió, sin que nadie las viera, entre el colchón y la almohada. Allí nadie, nadie entra, ni yo siquiera, y el guardia fiel no sale. ¡Lo que he gozado! ¡Lo que he reído! Para mí no hay misterio; para Tyndaro, rey del mundo, no hay secretos. Como el sol, atravieso el cielo y pentro en lo profundo de la tierra y del mar. Dame más vino, muchacha. ¡Cómo te centellean los ojos! ¡cómo tiemblas! ¿Te vas convenciendo de que estoy por encima de los emperadores y de los dioses? Bésame.

Celia (dándole á beber de otra botella). — ¡Bah! ¿á mí qué me importa cuanto dices? La lista será de otra docena de patricios, cuya muerte habrá acaso pedido mi abominable señora. ¿Qué tiene que ver todo eso con tus profecías y altisonantes augurios? Te dió la borrachera por hacerte el trágico.

Tyndaro. — ¿Y si yo te dijera que he leído la lista, si yo te contara que las tablillas han venido hasta mí, sin buscarlas?

Celia. — ¡Imposible!

Tyndaro. — Para Tyndaro nada hay imposible. Tu enano es un titán que tiene por esclavo al Destino. Pero, muchacha, ¿qué sabor tan extraño tiene este vino! ¿Lo probaste? ¿Es un filtro? No me tranquilizo si no bebes de él.

Celia. — Dame una copa. (La apura con ligero estremecimiento; Tyndaro continúa bebiendo.) Pero no, tú sueñas: cierto que es muy curioso: sigue.

Tyndaro. — El niño del maestro de los esclavos entró como curioso en la habitación de César, cuando éste salió para su Tribunal. Creyó que las tablillas eran un juguete y se las trajo hasta el atrio. Yo se las quité: las tengo escondidas ahí y he... Pero ¿qué horror! las sienes me laten; las entrañas me abrasan. ¡Malvada! ¿qué brebaje me diste? ¡Me ahogo! (con voz estrangulada). ¡Me asesinan; auxilio!

Se levanta con el rostro amoratado: da dos pasos tambaleándose y cae revolcándose en rápida agonía.

Celia, trémula, haciéndose superior á los dolores que la atormentan, busca por toda la estancia, hasta

que encuentra las tablillas fatídicas. No puede sostenerse y cae de hinojos.

Entra Domicia, majestuosa y fiera, venciendo su emoción profunda.

Celia (dándole la terrible lista y leyendo la primera línea). — «Hoy deben morir.—1.º Domicia Augusta, emperatriz y diosa.»—Después exclama:—Señora, sálvate. Yo muero; acuérdate de mí.

Domicia asoma la lámpara y la oculta tres veces en la entrada de la galería. Llegá Estéfano.

Domicia. — Avisa con sigilo al prefecto del Pretorio, que venga sin perder instante. Llama en secreto á Parthenio, á Entello y á Sigerio. Todos, menos tú y Parthenio, estamos en las ejecuciones de mañana. Su ceguedad perdona á los que me sois más fieles: apérbete para todo. Haz desaparecer estos cadáveres sin que quede rastro. El sol no aparecerá dos días para él ó para nosotros.

Al dejar aquel escenario de muerte, da con el pie al cadáver del enano, y coloca las rosas que orlaban su cabeza sobre el pecho de la heroica sierva, cuyos labios había plegado, al morir, plácida sonrisa.

Domicia (saliendo á sus habitaciones). — ¡Pobre muchacha! ¡Era muy hermosa!



V

EN LAS CATACUMBAS

POR las estrechas galerías subterráneas de las antiguas canteras, junto á la vía Ardeatina, desfilaban aquella noche gran número de cristianos, en su mayoría siervos y mujeres de ínfima clase.

Los escasos patricios y caballeros de la concurrencia, mezclábanse con la gente más humilde de Roma, sin que entre ellos hubiera preeminencia ni distinción, cuando en las estancias, de trecho en trecho excavadas, se agrupaban, ya para celebrar los ritos sagrados del culto, ya para comunicarse noticias y consuelos.

La emoción era profunda en los ánimos. El quinquenio de Nerón surgía de nuevo ante los mártires de la cruz. Una persecución cruel é impía se había decretado en el Palatino por el hijo de Vespasiano.

Accilio Glabrión, el celoso patrono de los creyentes desvalidos, había sido degollado por los lictores. Otros

varios hermanos de condición obscura habían también vertido su sangre por la fe de Cristo. Y sobre todas estas desgracias infundía dolor inmenso y consternación suprema el suplicio de Flavio Clemente y el destierro de su mujer Domitila, hermana del Emperador.

La bondad sencilla y la virtud dulcísima de aquel matrimonio poderoso, espejo de la santidad cristiana, habían dado tanta gloria y auxilio á la Iglesia naciente, que los ojos de los fieles se arrasaban en lágrimas ante la inesperada catástrofe; y al celebrar las glorias del triunfo de tan queridos mártires, no podían menos de ver desolados cómo quedaban rotas y hundidas en sangre las esperanzas de que su religión llegara al imperio con los hijos de Clemente, hasta aquella hora tenidos por sucesores de Domiciano.

La cuchilla del verdugo, al dar al mejor de los Flavios la celeste palma, truncaba el orden de la sucesión, entregando por dos siglos más el cetro de los Césares á los pontífices de los falsos dioses.

El edicto de proscripción contra los cristianos estaba ya promulgado y juntábanse los más de ellos en la última cena para darse el beso de paz de una despedida quizá eterna.

Pero sobre las angustias de los ánimos irradiaba la santa firmeza de la fe, y más mostraban noble envidia por el fin inmortal de las víctimas, que no miedo y sobresalto ante las terribles penas en su daño fulminadas.

Sobre una tumba, en que yacían los huesos calci-

nados de los héroes que alumbraron como teas las infames orgías de Nerón, levantábase el altar. Ricos perfumes difundían aromas suaves en aquellos espacios; las figuras se destacaban solemnes y fantásticas al fulgor vacilante de antorchas funerarias.

Férvidas plegarias brotaban de los corazones y de los labios, y aquella Iglesia primitiva, que consumía en cálices de madera y celebraba sus *agapes* con duro pan y pobre vino, aguardaba por momentos un suceso conmovedor y sublimé.

Ligero murmullo lo anunció al cabo. Volviéronse todos hacia la galería que daba acceso á la cámara convertida en templo, y allí apareció la figura majestuosa de un anciano venerable de ochenta años. La barba blanquísima y luenga, la tez esplendorosa, apenas surcada por arrugas, la frente ancha y despejada, la mirada de águila, y la dulzura y candor de un niño resplandecían en el hermoso semblante.

Sobre el modestísimo ropaje en él usual, de peregrino extranjero, llevaba para el culto ricas vestiduras sacerdotales y en la cabeza la lámina de oro de los doctores del templo de Jerusalén.

Era Juan, el evangelista, el discípulo amado, el que recostó su cabeza sobre el seno del divino Maestro la noche de la Cena; el que estuvo en el Calvario junto á la cruz y recibió la santa herencia de amparar á la Virgen madre; Juan, el pescador de Genasareth; el obispo de Éfeso, el de las visiones proféticas, el azote de la herejía, el apóstol de la paz y del amor.

Al adelantarse en la sombría cripta, postráronse los cristianos prorrumpiendo en sollozos y en alabanzas á Dios.

El apóstol, que acababa de sufrir el martirio, y que partía aquel amanecer á las lejanas soledades de Patmos, que había de iluminar con soles que penetraran en las tinieblas de los siglos por venir, levantó las manos y exclamó: «Nosotros hemos visto á Cristo, nuestro Señor, y damos testimonio de que el Padre envió á su Hijo para ser salvador del mundo... No temáis, que el que teme no es perfecto en la caridad.

»Amemos á Dios, porque Dios nos amó primero.

»Este mandamiento tenemos de Dios: el que ama á Dios ame también á su hermano.

»Hijitos míos, no amemos de palabra ni de lengua, sino de obra y de verdad.»

Frases entrecortadas por el llanto, protestas ardorosas de fe, confesiones encendidas de caridad, siguieron á aquellas tiernas exhortaciones.

Llegó luego hasta el ara. Celebró el santo sacrificio, que terminaron los fieles con un himno poético y sencillo á los mártires que acababan de subir al cielo.

Diéronse los hermanos, que salían para el destierro, el ósculo de paz; y el santo anciano, que se despedía para siempre de la ciudad eterna, los bendijo á todos, volviendo á decirles, con unción divina, aquellas palabras que no se apartaron de sus labios hasta que los heló la muerte:

«Amaos unos á otros, que así el Señor lo manda, y si esto hacemos no necesitamos de otra cosa.»

Y al contener las indignaciones de algunos contra los injustos perseguidores, añadió:

«Pedid al Padre como el divino Maestro, que los perdone, porque no saben lo que se hacen.»



VI

LA CATÁSTROFE

DOMICIANO duerme agitado por horribles visiones. En balde quitó la vida á los astrólogos caldeos que descifraronle el horóscopo de una muerte próxima y desastrada. El cielo le anunciaba con augurios fatídicos el día de la ira tremenda. El rayo había caído sobre el Capitolio, sobre el templo de la gente Flavia y sobre su propio palacio. La inscripción de su estatua triunfal fué arrancada por huracán tempestuoso y arrojada en una tumba próxima. El laurel plantado por su padre había caído por tierra con estrépito. Tras muchos días de insomnio, rindió el cansancio al señor del mundo. Echóse vestido en el espléndido lecho; sus párpados ardientes cayeron como planchas de plomo sobre los despavoridos ojos y embargó su cuerpo un letargo doliente. Pero ni aun en el reposo concedido á todos los mortales, tuvo paz su espíritu. Oía gritos, quejas desesperadas, lamentos que le helaban la sangre, semejantes á los ladridos del Cerbero; y del lado

de allá de los ríos de la muerte, veía venir hacia él á Tiberio, á Calígula, á Claudio, á Nerón y á los tres generales que con trágico fin pagaron breves días de imperio. Todos, llevando abiertas las mortales heridas ó mostrando las huellas del fiero asesinato, le tendían los brazos llamándolo con irresistible conjuro á unírseles en una bacanal furiosa, de dolor y de muerte. Pululaban en giro vertiginoso en torno suyo, cabezas y brazos, y troncos despedazados de las víctimas sacrificadas á sus venganzas y á sus miedos delirantes. Una neblina roja subía de un inmenso lago cuya espuma tocaba sus pies y en cuyo fondo se habían aglomerado torrentes de sangre vertida por los verdugos y diluvios de lágrimas arrancadas á las viudas y á los huérfanos.

Quería cerrar los ojos, y allá en el fondo de su alma se reflejaba, como en espejo indestructible, el cuadro espantoso de tantos crímenes y tantas congojas. Y un cántico cruel, feroz, implacable surgía del seno de la tierra y estallaba en los aires, y sin tocar siquiera en sus oídos, vibraba con recio golpeteo en su corazón: «—Oye, oye—gritaban las voces estridentes y desgarradoras;—oye este mi canto: el himno de las Furias que á mí te encadena.»

«...No podrán salvarte los dioses de perecer miserablemente abandonado, sin saber jamás qué es alegría: consumido, exangüe, sombra viviente hecho pasto de las harpías.»

«...¡Oh Noche, oh madre! Madre que me pariste para castigo de vivos y de muertos, escúchame.»

«...Caiga sobre esta víctima que me está consagrada este mi canto; canto de delirio, de locura, de furor; himno de las Erynnas que encadena las almas; que no se acompaña jamás de los dulces conciertos de la lira; himno que seca y consume á los mortales!»

«...De un salto caigo sobre el criminal y le atajo por lejos que esté: mis pies chocan pesadamente contra sus piernas cansadas de tan larga huida: flaquea él y sucumbe sin remedio. No hay debajo del cielo gloria de mortal tan altiva que yo no derribe miserablemente en tierra al acercarme á él con impetuoso salto, envuelta en mis negras vestiduras y que no desaparezca pisoteada por mis pies enemigos.»

«...Loco y ciego por su culpa cae el malvado y no sabe que cae. ¡Tal niebla tiende sobre él su crimen! Su morada queda envuelta en tinieblas obscurísimas que la fama pregona con lastimeras voces.»

«...¡Caiga sobre ti que me estás consagrado este mi canto; canto de delirio, de locura, de furor; himno de las Erynnas que encadena las almas; que no se acompaña jamás de los dulces conciertos de la lira; himno que seca y consume á los mortales!»

Un sudor frío empapaba la cabeza y el pecho del Emperador: volvióse anhelante á la diosa protectora en cuyo culto y adoración llegaba hasta la demencia; pero Minerva, altiva, majestuosa, abandonaba su sagrario arrebatada por caballos negros que tiraban de su carro; decíale que Júpiter la había desarmado en su defensa, y carro y diosa caían precipitados en tenebrosa sima. Sintió que en pos de ellos su cuerpo

rodaba en el vacío, y una sacudida nerviosa le hizo despertar.

Saltó del lecho; se palpó para persuadirse de que era dueño de sí mismo, y una alegría frenética invadió todo su ser.

—Todavía soy Domiciano—exclamó,—emperador veintidós veces, Germánico, Dácico, Sarmático, siempre invicto, cien veces dios. ¡Que me hiera quien pueda de la tierra ó del cielo! ¿Quién se atreverá contra mí?

(Se pasea airado por el recinto inmediato, cuyas paredes están hechas de piedra especular que refleja todos los objetos, de modo que le permiten ver cuanto pasa á su espalda.)

Domiciano.—¡Ah! el himno de las Furias. ¡Cómo me suena aún en las orejas, su odioso ritmo! Parece que zumban esas maldiciones dentro de mi cabeza. ¡Oh dioses, dioses inmortales, apiadaos de mí! ¡Soy muy desdichado! ¡Soy el más desgraciado de los hombres! ¿Qué más queréis de mí, númenes infernales?

(Mira con espanto á su alrededor: se arrebuja en su toga pretexta y se deja caer en un rincón, temblando como con frío de la cuartana. Llor.)

¡Madre, madre mía! ¡Qué feliz era yo cuando me mecías entre tus brazos con infinito cariño! Burdo era mi ropaje, humilde la casa, pobre la mesa; y hoy esta púrpura me quema como la túnica de Deyanira. ¿Quién me diera uno de tus besos que apagara en mi frente este volcán de horrores, pronto siempre á hacer estallar mi pobre cerebro! ¡Qué dicha suprema irradiaba en tus dulces ojos, cuando á costa de ado-

rables sacrificios satisfacías mis inocentes caprichos de niño mimado! Hoy nada podrías darme: en tu Domiciano ha muerto el deseo, la esperanza, el amor. ¡Oh madre! ¡Por los dioses, apártate! No te dejaría que me besaras: en tus labios tan puros se infiltraría el veneno del sumo imperio. Tú también querías herir: tendrías que matar: llegarías á estremecerte de júbilo al ver desgarradas las carnes y palpitantes las entrañas de los viles traidores. ¡Ah, no me mires!: soy un leproso, y el mortal virus corrompería tu sangre.

(Levántase y vuelve á pasear con precipitación.)

¡Si pudiera dejar el imperio! Si en lugar remoto y solitario, desconocido de todos, lograra ver deslizarse días serenos en paz oscura entre corazones amorosos! ¡Qué inmensa felicidad el no odiar á nadie, no temer á nadie, no ser nadie!

¡Huir...! Pero, insensato, ¿cómo vas á huir de ti mismo? Si el imperio no está fuera, sino dentro de mí. Roma, el universo, aquí están encerrados dentro de mi pecho, y endondequiera que vaya, aunque me hunda en las entrañas de la tierra, aquí bulle y arde y me devora, como el buitres que roe eternamente el hígado de los muertos.

No mandar es ser mandado; ¿y quién, quién puede mandar á Domiciano? ¿Quién intenta reemplazarlo? La sola sospecha haría rodar por el suelo su maldita cabeza. ¡Qué feliz fué Príamo, que vió, al acabar su vida, cómo ardía su ciudad y perecía su patria!

¡Húndase Roma en el abismo de tinieblas, antes que yo, el amo, el dios, sufra el ultraje de sus perju-

rios y de sus abyectos rencores! Aun lo soy todo: me odian, pero me temen. Luchemos, y para César luchar es vencer. ¡Tiberio Druso, gran maestro de príncipes, tenías razón en tu asco á los hombres! Yo repito y repetiré contigo tus divinas palabras: «Después de mí el incendio universal.»

...Mas no perdamos el tiempo. Los liétores y los verdugos tienen hambre, y los manjares de hoy son succulentos y muy necesarios para la salud de Roma. ¡Ah, mi hermosa Domicia, rival de Citeres, diosa de la hermosura y del amor, fragante flor de adulterio, fidelísima esposa... del hacha y del veneno, ¡qué fulgores vas á difundir sobre las esferas cuando te coloques entre los astros del cielo! Y tú, Norbano, imbécil prefecto del Pretorio, ¿crees que en la gloria militar vas á emular á tu señor? Senadores, caballeros, plebeyos, inmundas serpientes que me silbáis manchando con baba repugnante el escabel de mi imperio, he de aplastar con mi planta de hierro vuestras cabezas abominables.

—¡Hola, Parthenio! (dando voces). Entra y toma las tablillas de hoy. Que todo se ignore hasta después de ejecutado.

(Busca las tablillas en el escondite en que las colocó la víspera, y queda yerto y espantado al no hallarlas.)

Se adelanta Parthenio haciendo profundas reverencias, y le dice:

—Señor, desgracias pavorosas nos amenazan: la conjuración más infame acecha á tu puerta: Estéfano,

el liberto que conoce todos los secretos de nuestra señora, pugna por verte, diciendo que ha descubierto una horrible trama contra tu vida. Ahí á la entrada se revuelve desesperado clamando por ser oído de ti, y dícame que no hay un instante que perder. Pero niégase á confiarme una sola palabra. Díjome que tan hondo era el mal y el peligro tan apremiante, que sólo á ti lo denunciaría todo y sin testigos. Teme por su vida.

Domiciano.—Siempre me fué leal ese liberto que me lo debe todo: pero que ni él ni nadie llegue solo hasta mí. Me quedáis muy pocos en quien pueda poner mi confianza.

Parthenio.—De Estéfano no hay que recelar. Aunque quisiera, él, que te adora, ofenderte, no podría hacer ni un movimiento. Rodó ayer por la escalinata del Capitolio, y tiene rotos los brazos. Le había rendido la fiebre, y medio muerto se levantó del lecho porque le espanta bajar á la tumba sin revelarte cuanto sabe.

Domiciano da orden de que dejen pasar á Estéfano: éste se adelanta con los brazos envueltos en ligaduras de lana y el derecho suspenso de una ancha tela que le cuelga del cuello. Finge dolores muy agudos: póstrase ante César, y, después de algunos gemidos, lo ayuda á levantarse Parthenio.

Estéfano.—Señor y dios mío; el crimen preparado es horrendo: sólo tus oídos pueden escucharlo: sólo tus ojos ver las pruebas de la iniquidad.

Persuádese Domiciano de que Estéfano se halla

inválido y hace señas á Parthenio para que salga. Lleva al delator hacia su cuarto de dormir: Estéfano, con mucho trabajo é hincado de rodillas, saca un pergamino del pecho: al leerlo el Emperador, el liberto rompe las vendas de sus brazos sanos y vigorosos, saca un puñal escondido entre los pliegues del derecho y hiere en el bajo vientre á Domiciano.

Este grita: —Esclavo vil, ahora verás quién soy yo. ¡Sigerio, mi espada! ¡Parthenio, guardias, que matan á vuestro señor!

Se lanza como una fiera sobre el asesino; sujétale el cuchillo cortándose los dedos. El esclavo que cuida del dormitorio, no encuentra de la espada más que la empuñadura: la hoja había desaparecido.

Ruedan por el suelo en feroz lucha el antiguo esclavo y el omnipotente señor: Domiciano, dando rugidos de cólera, arranca los ojos al asesino.

De repente ábrese con estrépito la puerta, y entran varios gladiadores capitaneados por Máximo Claudiano y Saturio, decurión de los guardias del Emperador.

Parthenio (dando una gran voz).—Ahora ó nunca.

Caen sobre Domiciano y lo acribillan de heridas.

El cadáver es arrastrado luego hasta el atrio del palacio, y todos se apartan de él con miedo.

Domicia, aparentando profundo terror de que llegara hasta ella la furia de los conjurados, huye á su antigua casa de los Corbulones con decoroso alarde de pena y desconsuelo, y envía al Senado y al Pretorio mensajeros para pedir en su nombre justicia y

castigo inexorable contra los asesinos del augusto esposo.

Espantoso tumulto tronaba en los ámbitos del Palatino: desencadenados los más feroces instintos, entregábanse esclavos y soldados á las más torpes saturnales de la codicia y de la venganza. El saqueo, la embriaguez, las parodias más grotescas del supremo mando divertían con estrépito y carcajadas aquel rebaño de gente infame que durante unas horas tomaba el desquite de su ignominia envileciéndose más. Los jefes habían huído todos, y los conjurados y matadores, llenos de espanto por su propio crimen, temblaban en los escondrijos adonde escaparon. Los perros, atados en el pórtico, lanzaban lastimero y lúgubre aullido.

Delante de la soberbia columnata corintia y sobre los maravillosos mosaicos del atrio yacía al ponerse el sol una masa sangrienta de carne humana: las heridas y los golpes habían destrozado el mísero cuerpo, arrebatándole la imponente majestad de la muerte: de aquel semblante que fué tan hermoso é inspiró tantos amores primero y tanto terror después, ahora acuchillado y deshecho, sólo quedaban intactos los ojos, abiertos, dilatados, vidriosos, terriblemente fijos en el cielo, como si fulminaran para siempre una última maldición contra los hombres y los dioses.

Las moscas zumbaban en torno de su imperial enemigo y se posaban triunfalmente sobre los tibios y sangrientos despojos del dios Flavio Domiciano.

VII

DESPUÉS DE LA MUERTE

SIN convocatoria, sin previo anuncio, sin ponerse de acuerdo, los padres conscriptos acudieron en masa al templo de Saturno apenas corrió por la ciudad la increíble nueva.

Por unanimidad, por aclamación fueron decretadas las resoluciones más infamantes contra el príncipe muerto.

Quedó para siempre abolida su memoria y condenado su nombre á abominación perenne: derogados cuantos edictos promulgó.

Todo letrero ó rótulo público que recordara al déspota fué borrado con celeridad vindicativa.

Trajéronse escaleras para derribar escudos, imágenes é insignias del último de los Flavios, haciéndolos rodar por tierra hasta convertirlos en añicos.

El pueblo asistía con indiferencia al espectáculo en el que veía un gladiador más, caído en la arena y arrastrado al sombrío espoliario del eterno olvido.

Alborotáronse en las primeras horas los soldados; mas la esperanza de nuevo donativo calmó pronto sus alardes de lealtad disciplinada, y poco tiempo después gritaban el Prætorio y las legiones:

«¡Salud y gloria á Marco Coceyo Nerva, Augusto, padre de la patria, príncipe del Senado, amor de los campamentos y emperador de Roma!»

La raza de los Flavios se extinguía en un criminal demente, como había acabado, seis lustros antes, la descendencia de Julio César, y como sucumbirían luego los últimos vástagos de los Antoninos, de los Severos y de las dinastías fugaces implantadas por aventureros de corazón y de genio.

La historia añadía á los anales sangrientos de los monstruos humanos un nombre maldito y execrable ante las generaciones y los siglos.

Sólo una infeliz vieja, humilde y olvidada, la nodriza Phillis que amamantó al pobre niño que luego fué señor del mundo, recogió con ayuda de dos esclavos fieles el destrozado cuerpo; tributóle, en el campo, oscuros honores fúnebres y mezcló las cenizas con las de una mujer que lo amó mucho y que por él había muerto.

EPÍLOGO

(13 DE SEPTIEMBRE DEL AÑO 81)

Los señores y los esclavos gemían desolados en la puerta de Tito. Los ruseñores cantaban el himno eterno de la juventud y del amor; las brisas de la tarde embalsamaban el ambiente con el aroma de los jazmines y de los nardos; piaban alegres las golondrinas cerniéndose sobre sus nidos colgados en el acanto de la cornisa; el río en saltos bulliciosos por entre las rocas modulaba su monótona canturía, llevando á la llanura los secretos cuchicheos de la fuente virgen de la montaña.

Un rayo de sol poniente, quebrándose en el friso de una columna del pórtico, esparcía luz misteriosa y blanda sobre la cabeza del pobre agonizante. El sentimiento de una piedad suprema dibujábase en su rostro encendido. Abrió luego los ojos: púsolos en el cielo con expresión de profunda humildad y gratitud inmensa, y exhaló el último suspiro.

Siglos después, leyenda misericordiosa luchaba por salvar su alma de la *gehenna* del fuego poniéndola entre los redimidos por Cristo: la piedra labrada con la poesía del arte ha inmortalizado su memoria en el grandioso arco; los príncipes de las letras glorificaron en poemas dramáticos sus dulces virtudes y ánimo bondadoso; y las armonías celestes del sumo maestro, del divino Mozart, modulan hasta en nuestros días el himno sublime á la clemencia y piedad del que mereció llamarse «delicias del género humano».

NOTA DEL AUTOR

En el anterior estudio, he procurado resucitar toda una época, presentándola en la plenitud de su vida y prefiriendo retratarla fielmente á dar el interés de una acción novelesca á las distintas escenas que reflejan aquellas costumbres y aquellos tiempos.

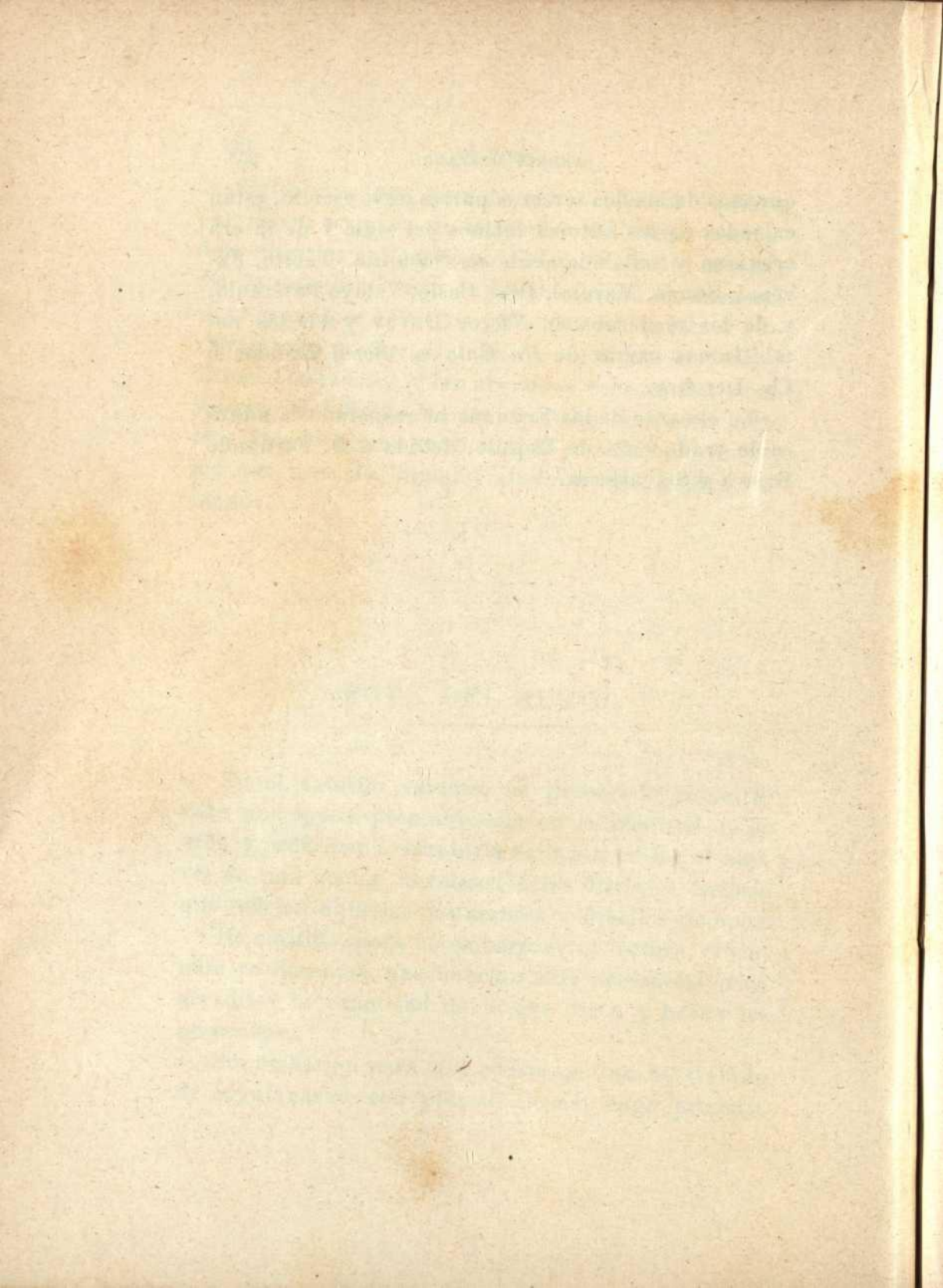
He omitido, para no embarazar la lectura, el sinúmero de notas, que habrían sido necesarias para acreditar la exactitud de lo que dicen y hacen los personajes.

Sin embargo, para que conste que no he tratado de engalanarme con plumas ajenas, hago presente

que más de las dos terceras partes de lo escrito, están calcadas en los autores latinos del siglo I de la era cristiana y señaladamente en Suetonio, Tácito, Juvenal, Stacio, Marcial, Dion Casio, Veleyo Patérculo, y de los modernos en Víctor Duruy y en las notabilísimas cartas de *Un Galo en Roma* debidas á Ch. Dezobry.

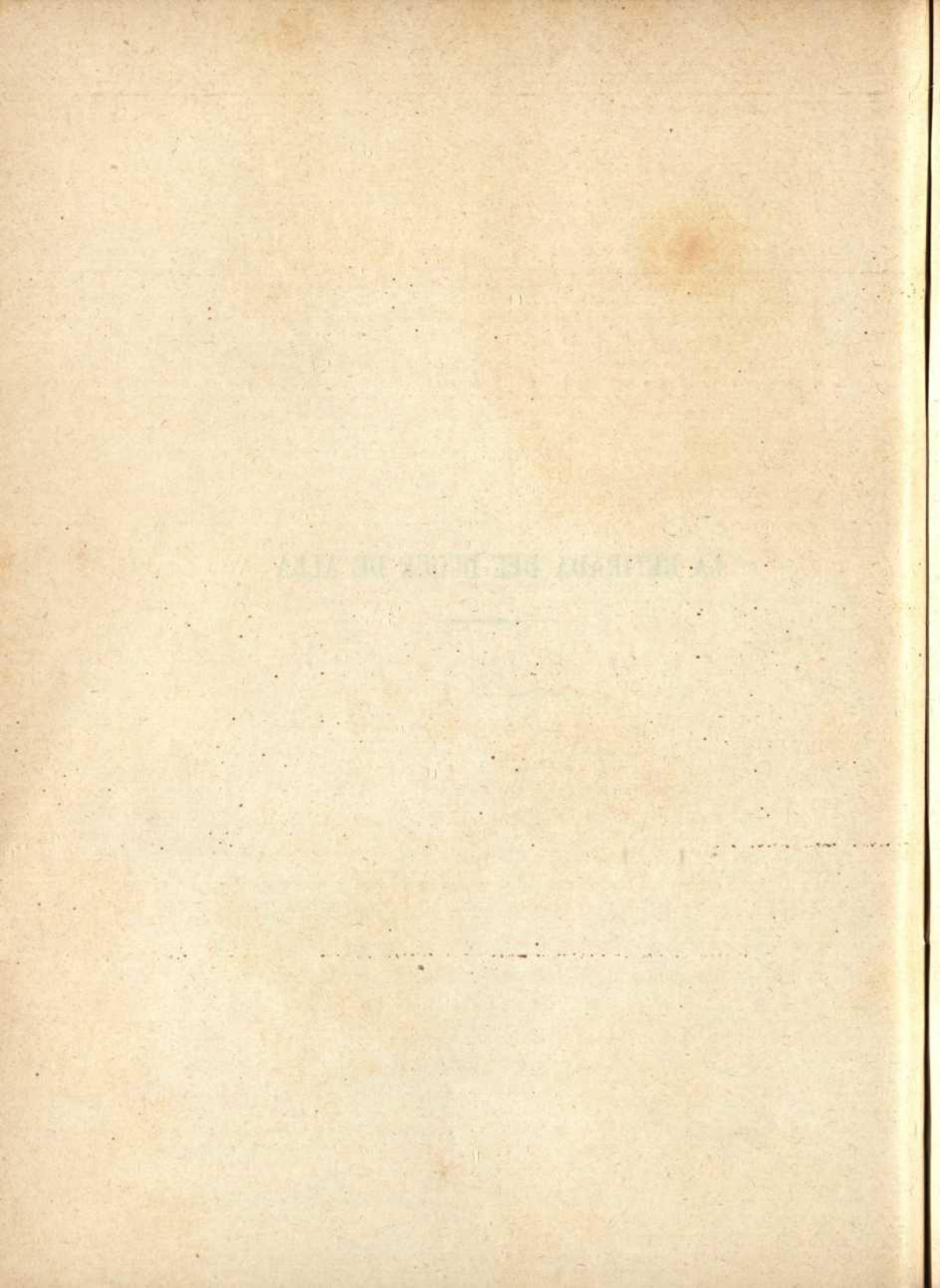
En el canto de las Erynnas he respetado la admirable traducción de Esquilo, debida á D. Fernando Brieva y Salvatierra.





LA RETIRADA DEL DUQUE DE ALBA







I

LA GENTE DEL TERCIO VIEJO

CAMPAMENTO de la Colonna en la Campaña el día 20 de Agosto del año 1557. — En el ala izquierda, hacia Frascati y Ciampino, las coronelías de Vespasiano Gonzaga y los hombres de armas de Marco Antonio Colonna: los regimientos alemanes del Barón de Feltz acampan á la derecha, hacia el lago de Castiglione, y dominan, con buen golpe de artillería, todas las avenidas del camino de Tívoli, donde está acantonada la vanguardia del ejército del Duque de Guisa. Mil arcabuceros castellanos forman embos-

cada en los pasos estratégicos que pueden servir de comunicación entre Roma y el campamento francés.

Fuerzas de los tercios de Sancho de Mardonés y del Marqués de Coria, vanguardia de las tropas españolas, acampan en unas pequeñas colinas entre *Torre di Mezza-via* y *Torre Nuova*, dominando á la derecha la vía prenestina y á la izquierda la tusculana. El cauce seco del *Jiardino* corta en línea vertical la posición avanzada. Algunos charcos de agua cenagosa manchan la llanura y parecen hervidero de insectos. A espaldas de la posición traza su airosa curva el antiguo acueducto. El terreno, árido: colinas terrosas sin vegetación; en las pendientes, extensas manchas de musgo amarillento y hierbajos secos. Dos ermitas en los alrededores, convertidas en fortines; ruinas humeantes de un mesón en el camino de Palestrina: escombros de algunas quintas en el camino de la ciudad. Frente al ejército español se destaca al Norte en el fondo del horizonte Roma, desvanecidos sus contornos en la confusión de la distancia, é iluminada por el sol poniente. El cielo, azul purísimo; luz diáfana; atmósfera, transparente y serena.

Los soldados de los tercios castellanos que ocupan las primeras líneas en las avanzadas, observan en reposo las evoluciones de dos compañías que hacen una exploración hacia la *Porta Mássima*. Diferentes grupos comentan las noticias del día. Herreruelos, hombres de armas y reclutas acuden á hablar con los veteranos del tercio viejo. Unos juegan; algunos, á

otra parte, cantan; otros limpian sus armas hasta dejarlas relucientes.

Se oye hacia Roma fuego de arcabuz.

El alférez Santibáñez (mirando con la mano puesta en forma de anteojo). — ¡Bien se bate el cobre por allá! ¡Par Dios que la mitad de ese plomo cae ya dentro de las trincheas de San Sebastián! ¡Otra rociada! ¡Brava cosa! ¡Y cómo se explican los arcabuces españoles! Cantan que encantan.

Un recluta. — Y ¿desde aquí alcanza vuesa merced á distinguir por el sonido el arcabuzazo nuestro y el del enemigo?

Alférez. — Par Dios, muchacho, desde aquí y desde cien mil leguas: el arcabuz enemigo gruñe, el nuestro truena: el tiro de ellos estalla como un ronquido de rabia, mezcla de miedo y de traición; el arcabuzazo castellano retumba redondo como un voto á Dios y va matando por el camino.

Recluta (rascándose la oreja y con aire socarrón). — Y ¿eso consiste... en la calidad de la pólvora?

Alférez. — Eso consiste ¡voto á los doce apóstoles de la Goleta! en el corazón del arcabucero.

Un piquero italiano. — Scussi, signor luogotenente, ¿chi combatte là lontano?

Alférez. — ¿Chi combatte? ¡Corpo di Baco! ¿Quién pelea aquí siempre en los sitios de peligro y en recias escaramuzas? Los pobres castellanos, i vecchi spagnuoli, señor mochilero. Escuche, escuche un poco y oirá con cuánto brío los capitanes Palacio y Mosquera están llamando en Puerta Mayor, avisando con toda

cortesía nuestra visita de mañana ó pasado, á vuestros camaradas y conmlitones, que no han parado de correr desde el sitio de Civitella. (El italiano se hace el distraído y desfila hacia otro grupo.)

Alférez. — ¡Mala peste! Míralo, míralo cómo escapa. Aunque se ha rapado la barba no se me despinta; en el paso del Tronto desertó del Marqués de Montebello y se pasó á Gonzaga; pero yo no trago la felonía, que aunque la traición place, al traidor se aborrece. (Siguen los disparos). ¡Cómo aprietan los de la manga! ¿Y que dirá *monsiur* Guisa cuando en sus barbas le tomemos á Roma? ¿Si creerá que su amo el cristianísimo lo ha mandado á Italia para dar fe de nuestras victorias?

EN UN CORRO DE VETERANOS

Pero Guillén. — ¿Quién piensa en las Indias? ¡Las Indias están ahí! (señalando á Roma). — Ahí se encuentra todo á la mano, todo sin pasar la mar: los palacios rebosan en ricos metales ya labrados y en piedras preciosas que centellean como luceros, engarzadas en collares y cadenas; las perlas y los rubíes no andan sueltos, sino á millares en apretadas sartas. El oro y la plata abundan, no como filón de mina, vestidos de guijarros, sino redondos, limpios y con cuño de buena ley, ó con lindo donaire cincelados en copas y primores por mano de algún nombrado artífice, que añade valor al mismo oro de la

Arabia. ¿Y las mujeres? ¿Dónde vais á poner hermosuras al lado de las romanas? Para mujeres, después de Sevilla, Venecia; al lado de Venecia, Roma. ¡Que hable el viejo furriel, que estuvo en el saco con el Condestable! Diga voacé, señor gentilhombre, ¿son embelecocos y bernardinadas lo que nos cuentan de Roma las historias, ó dicen la verdad pura y neta?

El furriel Gutiérrez (haciendo un gesto de impaciencia). — ¡Cargue el diablo con tu charla y quien te mete á garlar lo que no te va ni te viene! ¡Pecador de mí, por fiar secreto á quien tiene clarín en vez de lengua!

Pero Guillén. — ¿Y qué daño puede venirle de que sepa esta honrada compañía que voacé fué sobre Roma con el ejército del Emperador? ¡Miren qué secreto de Estado! Contra un Papa guerreaba entonces España: ¿peleamos ahora contra el Gran Turco? No, sino contra otro Papa más viejo, más descomulgado y más enemigo de S. M. Católica.

Gutiérrez. — Cepos quedos, hermano; no hay que ofender á Dios blasfemando del Padre Santo, que, al cabo y á la postre, es el Vicario de Cristo en la tierra. Ni cuando el Condestable ni ahora va la guerra contra Su Beatitud; y soy cristiano viejo para dar que reir al diablo cayendo en herejía á mis años. Defendemos á España y al Reino contra el francés y contra los Carrafas, y contra todo lo que hay en Roma, pero del Papa abajo.

Guillén. — ¡Válate Dios por los melindres de su merced, que entró en el asalto de antaño desnudo y

hambriento, y salió con cadenas de oro para amarrar una galeota, y con escudos para fundir una media culebrina de oro! El Papa ¿no es Carrafa? ¿No está en contra del Rey nuestro amo? ¿No busca la alianza del turco? Pues está contra la cristiandad, y nosotros hemos de acabarlo y destruirlo, porque si el Padre Santo se ha hecho francés, Dios, que puede más, es español, y español neto.

Varios hombres de armas. — ¡Vítor, vítor! ¡Dios es español, y Roma nuestra!

Furriel. — Quítenseme de delante, hi de...; si así habla Castilla ¿qué se deja para los tudescos? La gente moza no vale ya sus orejas llenas de agua. Nosotros, los soldados del Emperador, hemos peleado siempre debajo de las banderas de la fe y de la Santa Madre Iglesia. Mi compañía saqueó á Roma, es verdad; pero rogamos por el Papa, y defendimos los templos y á los clérigos y á los religiosos de las profanaciones de los tudescos. Ellos y los franceses fueron los que mancharon aquella hazaña tan grande, que no la recuerdan igual las historias. El Padre Santo nos absolvió; y chicos y grandes saben hacer distinciones de lo que hizo el español en el saco y lo que hizo la soldadesca de las naciones. ¡Oh! ¡Si en vez de quedar mandando el Príncipe Dorange nos hubiera vivido el Condestable!...

(Varios piqueros y hombres de armas se han ido acercando al grupo y escuchan con curiosidad.)

El paje del capitán Godoy (ofreciendo la bota de vino al furriel Gutiérrez). — ¡Voto á San Diego mata-

moros! Compadre, dejaos de requilorios y retóricas, refrescad un poco el gaznate y venga liso y morondo el relato de lo que os pasó en el asalto y cuenta de las maravillas que allá se encierran; que así como así, se me barrunta que mañana, si no antes de que amanezca Dios, vamos á visitar á los sobrinos del Papa en el mismo castillo de Santángel.

Furriel. — ¡Que me place! (Bebe, y después de chascar la lengua con satisfacción, prosigue hablando muy reposadamente). — Mejor lo beberemos en las bodegas romanas; pero entretanto, no viene mal este Castilnuevo, que se arrima bien al corazón y humea un poco para el cerebro; y noten vuestas mercedes cómo el vino demuestra la calidad de los bebedores, porque con el vino el tudesco se amodorra, el italiano se emborracha; sólo el español se alegra y enardece.

El paje y varios soldados. — ¡La historia, la historia del saco!

Furriel. — Habíamos salido de Milán con el Condestable (que santa gloria haya) obra de quince mil hombres entre tudescos, franceses y españoles: todos gente de cuidado y de empuje. Los venecianos y pontificios hicieron campo hasta de cincuenta mil; pero cuando traspusimos los Alpes de Bolonia, nos tomaron dos jornadas de delantera para aguardarnos en sitio ventajoso.

» Más apriesa caminaba el miedo: mandónos el Papa al signor de Fieramosca, ofreciendo pagas, y aun el Visorrey vino de oculto, para persuadirnos de retornar. Hizo demostración nuestro tercio el pri-

mero: «los españoles, dijo un viejo de las Asturias de Oviedo, rodeamos la tierra como el sol, siempre de cara, y no sabemos lo que es volver la espalda.» Todos lo aclamaron: esta fué la voz: «mejor vamos á Florencia y á Roma comiendo hierbas, que regalarnos de vuelta en el ducado con capones y perdices.» El Marqués del Vasto no consintió en seguirnos y tomó la vuelta de Ferrara. El Condestable, que era padre de los soldados y el hombre más bendito que había en la cristiandad, holgóse mucho de nuestro buen deseo y redujose al ayuno y ruindad de vituallas. Y cuenta que el año fué perverso; el hambre nos roía las tripas, andábamos rotos, desnudos y pereciendo de necesidad: en cinco meses no tuvimos más paga que un escudo de socorro que el General nos dió de su bolsa.»

Guillén. — ¿Y no hubo ni una demostración de motín en la campaña?

Furriel. — Una vez sólo quisieron motín los hombres de armas borboneses; pero Castilla y Aragón ¿cómo? los tercios no se levantan nunca por las pagas, sino después de vencer al enemigo: en algo nos hemos de distinguir de las naciones, que si no cobran no quieren pelear.

El paje. — Fuera interrupción y siga la historia.

Furriel. — Amenazamos caer sobre Florencia y alzamos el campo como si camináramos contra el Duque de Urbino; mas cuando éste se atrincheraba y apercibía para la batalla, en una noche nos corrimos para Roma, y al despertar los venecianos y los

del Papa, teníamos dos jornadas por delante. A 5 de Mayo, diez y siete días antes de que naciera el Rey nuestro amo (que Dios guarde), acampamos en el sitio que llaman Viña del Papa, á una legua de Roma. (Crece la curiosidad en el corro: se aprietan unos á otros para oír mejor.) Yo era mozo, muy mozo, pero me parece que fué ayer: tan á la vista tengo aquellas jornadas. Pedíamos posada y negáronla los romanos á gente tan menesterosa como nosotros; la tomamos haciéndolos misericordiosos por la fuerza; y aquella noche misma, con pérdida de ochenta hombres, nos entramos en el burgo de San Pedro, no sin llanto y dolor, pero tampoco sin venganza. ¡Y cuánta niebla hizo aquella mañana! Nuestro general, el Condestable, el más valiente y el más santo capitán de la tierra (mejorando al Sr. Duque de Alba), cayó con herida mortal en el asalto. Peleamos esotro día y nos tomó la noche dueños de Roma, sin jefe, sin concierto: tantos capitanes como soldados: nadie daba órdenes, nadie las recibía, aunque las dieran: aquel regimiento tudesco atrincherándose en un barrio, esta coronelía asentando su imperio en otra porción de la ciudad, y las compañías españolas gobernándose por sí mismas y repartiéndose el centro de la misma Roma. La noche era obscura pero se veía claro como ahora: los franceses y los tudescos tienen en costumbre prender fuego á las casas cuando les ponen resistencia, y luego los muy ruines hi de... echan la culpa de sus estragos al vecino y al prójimo.

» Caminábamos perdidos por las calles, y juramos

de no separarnos catorce que nos juntamos de la misma compañía, nombrando un elegido hasta que dimos luego con el capitán. Grande noche pasamos y grandes días, porque en una semana entera fuimos el agasajo y el orgullo de las casas donde alojamos; nada de violencias ni atropellos. «Somos gente de paz, decíamos, no hay que temer: los hidalgos españoles ni roban ni matan; aquí venimos á prestar á vuestras mercedes guarda y defensa contra los facinerosos y robadores.»

»¿Qué mucho que en premio de tan buenos servicios nos dieran sus más ricas telas y brocados, para cubrir nuestra desnudez? ¿Con qué menos nos habían de obsequiar que con sus joyas y preseas, y dejar á merced nuestra el oro y la plata, tan expuestos en tales casos? Ahora sí, que cuando algunos eran tan avarientos y mal nacidos que á nuestra hidalga conducta respondían escondiéndolo todo y negándonos el agua y el fuego, solíamos aplicarles sendos tratos de cuerda, ó si eran contumaces, les dábamos un garrote para escarmiento de ingratos y malandrines.»

El paje. — Bien hecho: á fe mía, que en eso erais más justicieros que vengativos, que á quien te da la gallina entera no le has de negar una pata de ella.

Furriel. — A esotro día, nuestra primera obra fué pagar unas misas en acción de gracias por nuestro buen suceso y por las ánimas de los difuntos. Entonces supimos las maldades que cometían á toda hora los tudescos, sin vergüenza ni religión, contra Dios y la Santa Iglesia. Estos tudescos de Frundesburgo

tienen de cristianos no más allá de la cáscara; por de dentro son tan herejes y descomulgados como Lutero y Calvino; así sus obras. El furor se nos esparcía por las entrañas; pero éramos pocos, rodeados de enemigos, y lo mejor de los soldados del Papa daba presidio á Santángel, defendiéndose bien. No hubo sino dejar correr, y en cuanto tuvimos capitanes, el tercio se rehizo, defendimos templos y pusimos en pretina á más de cincuenta y más de cien herejes que paseaban en burro con mitras obispales y hacían escarnio de la santa misa. Pagamos justos por pecadores, y la voz del pueblo que contra tudescos y gabachos dió justa sentencia, al extenderla á nosotros hizo calumnia; pero Su Divina Majestad sabe allá arriba que ni de pensamiento, ni de obra, tracé nada que fuera en su deservicio.»

Guillén. — ¡Miren el taimado cómo se guarda para su colete el punto más sustancial de su cuento! Voto á... que están muy en su lugar las cuitas, pero acá holgáramos de saber las ganancias que sacó el señor gentilhombre de tan buenos oficios y no menudos trabajos.

Furriel. — Harto explica ese olvido esta mi pobreza presente y mi ruindad, que no hay mayor pesadumbre para el náufrago que hablar de las riquezas que se le tragaron las olas. Rico salí de Roma, y por mi mal; sortijas y cadenas de mucha codicia guardaba que no las tiene un príncipe, la escarcela saqué llena de dineros y la cabeza de humos y de presunción. Dejé las armas por la holganza y dí

en galán y cortesano. Al cabo de treinta años vuelvo hoy sobre Roma con menos vida, pero no con menos pobreza; de mi prosperidad antigua den cuenta las busconas y los pícaros de Valladolid y de Sevilla que el diablo lleve: de lo demás, mi mezquina suerte, que me trae con el agua tan por encima de la boca que sólo en un segundo saco, si á Dios place, puedo hallar remedio.»

EN UN GRUPO DE GENTE MOZA

El atambor Juan Gil. — Una vihuela, una baraja y una bota de lo añejo y vengan cuitas y pesares.

El herreruero Guzmán (a) el Estudiante. — Más me place una gentil moza, donde esos tres puntos se compendian; porque el centelleo de sus ojos alegra el alma más que el vino viejo, los dulces tonos de su voz tañen las cuerdas del corazón con música deleitosa, y la mudanza de sus favores y desvíos te trae suspenso el ánima con toda la inquietud de los azares de la suerte: ¿qué juego hay de tan rica ganancia y tan tornadiza fortuna como el amor?

Otro herreruero. — Bien discretea el Estudiante, pero más se le percata de las pláticas que de las obras. Partida es el amor donde quien pone los ojos, ciega; y quien envida el alma, daña al diablo; juego es de fullerías: cuando el hombre piensa ganar, ya va perdido; presumes de conquistador, y ya estás cautivo y sin padres mercenarios que te rediman.

El Estudiante. — Holgárame ahora, si Dios quisiera, de vivir en el cautiverio que yo me sé, y mi alma en mi palma; que allá junto á la sierra de Gualupe vive una moza, fresca como las flores de Abril y buena como una madre que yo tenía, y desde que arbolaron estandarte en el pueblo y yo entré á servir al Rey para remediar mi menguada fortuna, anda la cuitada penando y yo muriendo de celos y de ausencias.

El atambor. — ¡Válate el diablo por los amores de romance y por las coplas de Calafinos con que nos sale el sarnoso de Salamanca! Habláramos para mañana, que aquí hacen falta soldados y no bachilleres poetas con suspiritos de amor. En la guerra como en la guerra, y en los juegos de amor no hay para el soldado sino dos suertes: dar perro ó cobrar el barato.

Un coselete. — Pardiez, que tenéis razón, señor gentilhombre: quédense los amartelamientos y galanteos por lo alto para los días serenos en las patrias; aquí se entra por la brecha en los pueblos, se derriba una puerta con el hacha, el incendio suele ser la sola luz que te guía, y la mujer temblorosa y medrosica cae á nuestros pies acatándonos como señores y árbitros de su vida. ¡Oh hi de... y qué hermosas las pone la calentura del espanto, y qué agradecidas quedaron en Segni cuando, en vez de pasarlas al filo de la espada, hallaron paz y amor en nuestros brazos! ¡Pardiez, que si las ordenanzas no lo vedaran, damas principales habrían seguido las ban-

deras del tercio! ¿Y qué menos premio á la victoria en pos de tan cruda guerra, corriendo campo raso tres meses y sin ver delante otra cosa que la espalda del enemigo ó las trincheras de cuatro poblachones miserables que no merecían la honra de ser expugnados por gente castellana? ¡Voto á cien pares de demonios borrachos!; que si se me arde la sangre por entrar en Roma, no es tanto por los tesoros allá escondidos y por ahorcar á los facinerosos que traen engañado al Papa, como por enseñar lo que son pechos españoles á las principales damas del Corso y á las reales mozas del burgo de San Pedro.

El Estudiante. — Nunca amarga un dulce, ni quita lo cortés á lo valiente, que los hebreos no perdían la ruta de la tierra prometida al regalarle con las codornices que les deparaba su estrella en los días de la peregrinación por el desierto. Mi tierra prometida no es otra que el nido de mis amores, y si á Roma se va por todo, yo voy por la dote de la señora de mis pensamientos y por ganar renombre para servir luego oficio de casa real. Y se me retarda tanto el dar cima á esta guerra, que tengo barruntos de que su Excelencia del Sr. Duque no trae más voluntad que antaño de entrar á Roma. Y aquí estamos á hacer que hacemos, aguardando á que el señor Papa se muera de viejo y los romanos de sobresalto y de melancolía. Porque á fe, y dicho en confianza, tal como hoy nos vemos estábamos á los 12 de Noviembre. Los arcabuceros nuevos de espada y caballo ¿no corrían toda la campaña? Los mosquetes encabalgados ¿no

metían ya el plomo dentro de los baluartes? Roma con espanto; ejército auxiliar no lo había en cien leguas á la redonda; el Maese general instaba con ardor al asalto. Y, sin embargo, á su Excelencia no le plugo, y concedió al Papa los cuarenta días de tregua. ¿Quién puede jurar que, acorralada, herida y maltrecha como está la fiera, no tornemos á dejarle tiempo y lugar para que se recobre, y nos vuelva á tomar lo conquistado, sólo por el gustazo de ganarle sus fortalezas y dominios por la vez tercera? Quebradas me trae las alas del corazón tan negra sospecha, que no hay fuerza humana que me la destierre del magín.

Godoy, piquero. — Quebrártese hía el ánima antes de poner lenguas en el más grande capitán de la cristiandad. Las buenas partes que en todos los generales del mundo se apuntaban, en su Excelencia están cumplidas. Por Dios que se me acuerda como de presente la sola guerra que hice debajo de sus banderas por Carlos V, en la Alemania, en mis mocedades. Caso igual no cuentan los libros de las historias y de las guerras; así no hubiera yo dejado al concluir el morrión y la pica por la querencia de la aldea, que otro gallo me cantara, y otros con menos trabajos comandan compañías. También entonces, compadre sabiondo, andaba suelta la murmuración por el reposo de los imperiales en Ratisbona y por la lentitud de nuestras marchas; pero ello fué que en tres meses, sólo con las trazas peregrinas del Sr. Duque, se deshizo el ejército luterano de la Liga enfrente



de nosotros como la sal en el agua. Y cuando llegó la hora del embestir, el rayo no camina más depriesa que los tercios mandados por su Excelencia. Cuando nos creían sitiando á Insprunda, señoreábamos el ducado de Wurtemberg; cuando el Elector se hallaba seguro en Mulhberga, pasábamos á nado el Albis, con la espada entre los dientes, y reducíamos todos los herejes de la Sajonia. Aquel día el mismo sol se paró para que rematáramos la victoria, y pasamos al filo del hierro tres mil luteranos de Lucifer. El Duque, cuando se retira, prepara el vencimiento; cuando avanza, cobra con gabela la deuda en que estaba el enemigo: ¡ay de quién se atreva á decir bellaquerías del gran capitán!

Juan Gil. — Cuanto, y más ahora que sé por cierto que mañana ó esotro día es el asalto, y Pimentel, el paje del capitán Salinas, que lo oyó en la tienda, refirióme que éstas fueron las mismas palabras del Maese general, señor de Corgna: «Con un ligero saquillo bastará».

El Estudiante. — Dios de Dios, ¿y cuándo será tan buena ventura?

(Un arcabucero de la compañía de Palacio aparece de vuelta de la escaramuza de exploración. Viene cubierto de polvo y ennegrecida la cara del fogoneo. Corren á él los distintos grupos y lo rodean.)

Varias voces. — ¿Qué hay? ¿qué hay?

El arcabucero. — Nada; ni siquiera resisten: tullidos los tiene el miedo; si no lleváramos orden en

contrario, no habríamos necesitado de vosotros — (atusándose los bigotes y mirando con fanfarronería alrededor); — mi compañía y yo bastamos para tomar á Roma por el Rey de España.

(Resuenan cajas y trompetas que llaman á tomar órdenes: movimiento y agitación en todos los grupos.)

Por la vía Prenestina y delante de las tiendas de la avanzada, cruzan cabalgando al paso y en dirección hacia Roma dos jinetes.

Los veteranos del tercio, al verlos, prorrumpen en aclamaciones: ¡Viva el Duque! ¡Viva su Excelencia!

El Duque de Alba saluda militarmente y prosigue caminando en conversación con su hijo D. Fadrique.

El Duque. — Los soldados van á saquear á Roma, y no quisiera. Mas como decía el buen Leiva, «la fiera en su guarida».

D. Fadrique. — Miradlos cómo los regocija vuestra presencia: noche memorable se prepara á las armas de S. M. y á la honra de vuestro linaje. Nunca mayores triunfos costaron menos hombres. Si aun me imagino que ni escalas ni minas serán de menester, según en los burgos andan de airados los ánimos contra el Papa y los franceses.

El Duque (sonriendo tristemente). — ¡Oh D. Fadrique, y qué bien dispone el diablo lo que es en deservicio de Dios!

Desaparecen tras un recodo del camino. Ha ce-

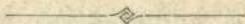
rrado la noche. Gran silencio en el campamento. Al mudar los centinelas se encuentran el furriel Gutiérrez y Pero Guillén: hablan muy quedo.

Guillén. — ¿Al fin?

Furriel. — Dentro de dos horas.

Guillén. — ¿El santo?

Furriel. — ¡Libertad!



II

EL DUQUE-CAPITÁN

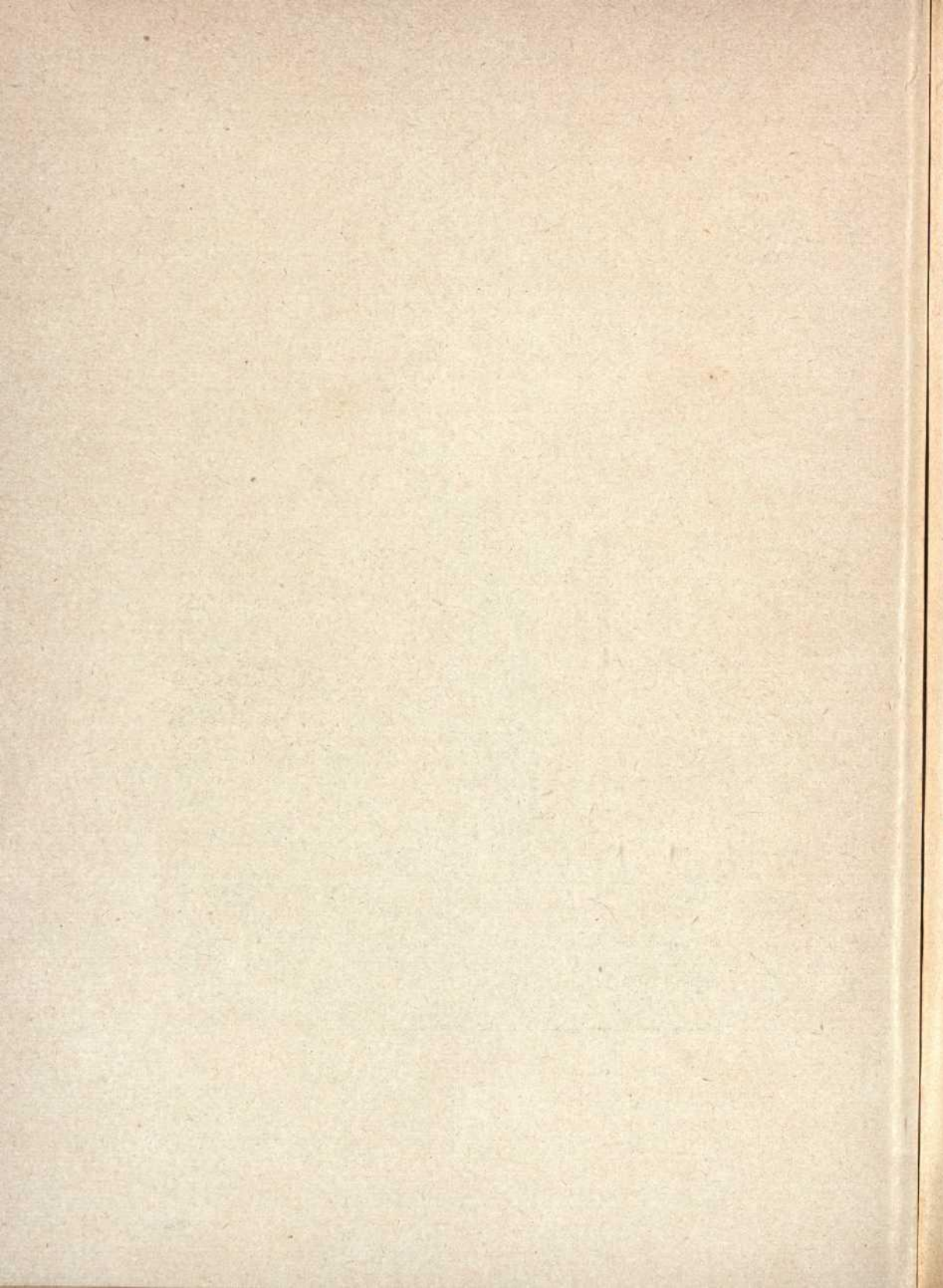
SOBRE una eminencia alejada del camino, y junto á las ruinas de un antiguo cementerio de pastores, detuvo el caballo el Duque de Alba y dirigió hacia el Norte aquella su terrible mirada fría y centelleante cual hoja de acero toledano. En medio de la campiña desierta y muda, como altar de la muerte, se levantaba envuelta en aureola de luz la Ciudad Eterna. Hacía muchas noches que Roma se agitaba en el insomnio, y para ahuyentar las visiones pavorosas de las tinieblas, llenaba sus calles de luces y sus ventanas de candilejas: así al lejos creeríase un pueblo entregado al regocijo de las fiestas. Pero aquellos resplandores eran las luminarias del espanto, y en aquel tétrico silencio, en aquellas horas de suma incertidumbre y suprema angustia, Roma semejaba la capilla ardiente de la soberanía del Papa.

Segunda vez en menos de un año llegaba el Duque á tener en sus manos la capital del mundo. Ya en el mes de Noviembre del 56, y tras una campaña sangrienta y titánica hecha con un puñado de valientes, había señoreado todas las tierras del Papa. Y cuando Roma temblaba al oír el galope de los audaces exploradores, que llegaban hasta los suburbios, el Duque otorgó al ejército pontificio tregua de diez días; después, á nueva petición del Papa, le concedió otros cuarenta, tomando la vuelta del Reino de Nápoles.

Aquel ejército de leones, hambriento de saqueo y sediento de gloria, fascinado por la leyenda seductora sobre el botín de la soldadesca del Condestable, había devorado su fiebre de combate y renunciado á la victoria cierta sin más que la sencilla orden de retirada que le dió su General. ¿Cómo agradeció el Papa la magnanimidad del Capitán español? Llamó al francés, concitó los pueblos contra el Rey católico, abrió sus arcas y sus Estados al ejército de Guisa, arrebató, con la nueva alianza, una por una las plazas ganadas por el Duque de Alba y empujó, por último, las huestes coligadas á invadir y conquistar el Reino de Nápoles.

En dos meses, sin empeñar una sola batalla campal, volvía el Duque á ser árbitro y dueño de Roma. Pasando los Abruzzos, había flanqueado el ejército francés sobre Civitella, obligóle á repasar el Tronto, y haciendo siempre insostenibles las posiciones del enemigo, lo redujo á marchar en retirada hasta lle-





varlo á Macerata y Tivoli, y cortó sus comunicaciones con el Papa.

Pero aquel iracundo teatino que se llamaba Paulo IV, aquel manojó de nervios envuelto en un cuero apergaminado por los ochenta y un años, más se indignaba con la generosidad española que con los desmanes de la invasión en sus pueblos y ciudades. En los calabozos del castillo tenía, contra todo derecho de gentes, al Embajador de España, Marqués de Sarriá; al Enviado del Emperador, Garci Laso de la Vega, y al Gran Maestre de Postas, Juan Antonio de Tassis; á este último había osado dar tormento. Inútiles las súplicas, vanos los ruegos demandando paz honrosa, Paulo IV era hombre para pactar con el infierno si el diablo hubiera podido entonces pelear con ventaja contra las armas españolas.

No, no podía el Duque reconocer al Vicario de Cristo en aquel lobo vestido de pastor, enemigo del Rey y de la patria de los católicos. El gran teólogo de Salamanca lo había dicho: «Cuando el Papa se viste el arnés, desnúdase la casulla; cuando se pone la cimera, encubre la tiara.» Era preciso terminar, y ya en las sombras de la noche avanzaban lentamente los tercios, que en la blanquecina claridad de Roma veían el faro de la victoria.

¡Roma! Allá, como la víctima expiatoria de las ambiciones mundanas del Pontífice, se extendía sobre las siete colinas, con su historia prestigiosa, con sus ruinas y sepulcros, con sus templos y palacios, con sus grandezas y sus crímenes, ante D. Fernando

Alvarez de Toledo, supremo juez á quien la Providencia entregaba entonces los destinos de la Ciudad Eterna.

Ni los estragos del asalto, ni las violencias del saqueo, matanzas ú horrores eran parte á mudar los propósitos del gran caudillo. En el temple de su carácter no era el sentimiento sino fugaz celaje matutino que se desvanecía ante el sol del deber. Sólo una vez lloró en su vida, cuando, mozo aún, nególe el César licencia para acuchillar á los osmanlíes que huían del cerco de Viena. Sólo una vez impuso su voluntad á su Emperador, cuando espantado Carlos V del propósito de pasar el Elba, corrió con sus gentes á nado bajo el fuego del enemigo é hizo arrebatarse las barcas de la ribera opuesta y ganó la batalla de Muhlberg. Sólo una vez enojó á la Duquesa, su esposa; cuando arrancó de su regazo á su hijo D. Fadrique, niño aún, para llevarlo á pelear contra los piratas tunecinos. Sólo una vez había dejado perder el fruto de una campaña y puesto la generosidad sobre la conveniencia, cuando tuvo bajo su espada á Roma el otoño del 56 y se la dejó al Papa.

Era en política y diplomacia tenaz sectario de la razón de Estado, tal como la había sostenido D. Fernando V el Católico. Suprema moral para los Príncipes, la justicia y la inocencia del que sirve de obstáculo son prendas negativas y algunas veces agravantes para reclamar su exterminio. Cuando el Elector y el Landgrawe, jefes de la Liga de Esmalalda, fueron reducidos á prisión de orden del Empe-

rador, y la clemencia de Carlos V les perdonó la vida, Alba se limitó á decir: «Señor, no muerden los muertos.»

El hombre y la ciudad estaban frente á frente; dos ideas, dos razas, dos fanatismos: la Iglesia y el Estado, el Rey y el Papa; la espada y el solideo; y en aquellos instantes de suprema crisis, cuando en la balanza del destino se pesaba la suerte de los pueblos y la marcha de la historia, la voluntad de aquel hombre libre, dueño de sí mismo, estaba por encima del destino y de los hechos. Una orden de sus labios podía salvar ó perder á Roma y el reino del Papa; podía elegir entre Atila y Alarico; aunque su retirada sería más inexplicable que la del rey hunno, porque al bárbaro le imploró un Pontífice, y al católico lo retaba el sumo sacerdote.

Se aproximaba la hora de la llegada de las tropas; densas nubes empujadas por el viento de la costa empezaron á encapotar el cielo; algunas gruesas gotas, precursoras de la tempestad, cayeron sobre los sedientos campos. A lo lejos relampagueaba.

A veces la ciudad de los Césares y de los Pontífices, cercada de aquella atmósfera de luz, se le representaba como el inmenso cadáver de cien generaciones envuelto en un sudario transparente, en cuya penumbra luchaban tinieblas de remordimiento y rayos clarísimos de gloria. En medio se destacaban las cúpulas y las torres de los templos, gigantes sombríos que, como fantasmas de los pasados siglos, levantaban hacia el cielo los brazos de sus cruces y

los clamores lúgubres de las campanas protestando contra el invasor. Cuando el alma de aquellos despojos, cuando la tradición y la fe, que encarnaban en aquella ciudad, se desprendieran de la tierra, ¿dónde estaría el norte de la cristiandad? ¿Dónde el centro de las conciencias?... Al herir al Rey de Roma, ¿era posible no tocar al ungido de Dios?

Y sin embargo, los grandes teólogos justificaban la guerra: expugnar á Roma era legítima defensa contra la agresión injusta del Papa; en aquellos días el Rey D. Felipe, invadiendo la Champaña, marchaba tal vez sobre París, y ya vencedor, ya vencido, la toma de Roma por el Duque, ó bien completaba la victoria del Rey católico haciéndole dueño del mundo, ó compensaba su derrota destruyendo al principal enemigo. Otro estímulo más poderoso persuadía al asalto y á las decisiones más rigurosas. El Emperador, desde el castillo de Jarandilla, antes de pasar á Yuste, había manifestado claramente su enojo al conocer la tregua tratada con el Papa en el otoño anterior, y cuando le dieron cuenta de lo hecho por su antiguo y glorioso camarada de glorias y fatigas, preguntó ansioso é impaciente primero, colérico después: «¿Y nada más?»

La voz imperiosa y querida de su augusto señor resonaba de continuo en la mente del leal caballero, y resolvíase á que cuando la fama llevara los ecos de aquella guerra, reconociera el Emperador á su capitán de Newburgo y de Muhlberg, del Danubio y del Elba.

Llegó la hora señalada: volvió el Duque la vista á su derecha y vió avanzar el tercio viejo de Mar-donés en la vanguardia. Diríase que era visión fan-tástica de un calenturiento: ni una voz, ni un mur-mullo, ni siquiera se dejaba oír el eco de los pasos. Caminaban con todas las precauciones del veterano acostumbrado á sorprender: iban envueltos en cami-sas blancas para conocerse en las sombras; y al ver aquella extraña legión destacarse en las tinieblas y marchando como si sus plantas no tocaran en la tierra, algún devoto ermitaño, que luego lo contó, tuvo siempre por cierto que no fueron soldados vivos los que iban al asalto, sino las almas condenadas de los saqueadores del año 27, que dirigía el espectro del Duque de Borbón en persona.

Poco espacio faltaba para que llegara la van-guardia al sitio donde había quedado el Consejo de los Maestres de campo, y en aquellos breves minutos una punzante duda abrasó la frente del terrible cau-dillo.

Vaciló.

¿Qué pensamientos, qué ideas fueron bastantes á quebrantar aquel ánimo, donde toda resolución tenía fuerza de dogma? ¿Qué previsiones y alarmas alte-raron aquel fortísimo espíritu hasta hacerlo titubear? ¿Qué tempestad estalló en aquel corazón, que parecía de acero, y en aquella inteligencia exacta como un axioma matemático? ¿Fué el pasado? ¿Fué el por-venir? ¿La fe ó la razón, la política ó la religión? ¿Qué abismos, qué grandeza en aquel minuto de duda!

El Duque puso un instante su mente en el Dios de sus padres y de su fe, y oró.

Volviendo después sereno la faz á la ciudad, exclamó desde lo íntimo de su conciencia: — «Cuando los reyes de la tierra peligren, tú serás cimiento de los tronos: cuando los ejércitos falten á las monarquías, tú enseñarás obediencia á los vasallos: ¡Oh Roma, vive y reina!»

Y espoleando su caballo, se lanzó al galope al encuentro de las tropas.

En aquel momento llegaban postas del campamento del Rey D. Felipe II anunciando á su Vicario en Italia, el Duque de Alba, la victoria de San Quintín.



III

PAVLVS PAPA IV

CÁMARA pontificia en el Castillo de Sant'Angelo. — Paulo IV hace oración en su reclinatorio ante un Cristo de Benvenuto. — Los Cardenales de Santiago, Santa Flor y Carlos Carrafa lo acompañan. — Algunos frailes teatinos se hallan cerca del altar. — El Marqués de Montebello y el Duque de Paliano, con su hijo el joven Marqués de Cavi, ceñidos de relucientes armaduras, permanecen en pie cerca de la ventana que da al río. — Alejandro Placiti, cubierto de polvo y jadeante de cansancio, se apoya en una columna cerca del altar.

El Papa. — Aparta, Señor, de mí este cáliz de amargura: descienda tu ángel exterminador y aniquile á los impíos enemigos de tu Cristo y de tu ciudad santa: tráguelos la tierra como sepultó á los sicarios de Coré, Datán y Abirón. (Volviéndose al

Cardenal de Santiago). — No; no hay que pensar en que yo ceda; antes meteré en mis plazas fuertes y ciudades á los franceses y saldré de Roma asegurándome. ¡Ah! Señor, convierte los ojos á tu pueblo y apiádate de tu ungido: no es á mí, sino á ti, á quien persiguen: destruya tu mano su abominación y perezcan en el Tíber, como los carros de Faraón se hundieron en los abismos del Mar Rojo. (Á Alejandro Placiti). — ¿Y estás en lo cierto? ¿Esta misma noche dan el asalto?

Alejandro Placiti. — Yo mismo he visto avanzar uno de los tercios españoles con las escalas apercebidas: caminan en silencio y envueltos en telas blancas, que semejan legión de almas en pena.

El Papa. — ¡Malvados! ¡Hijos espúreos de la Iglesia! Siempre fueron así: ya en tiempo de la gentilidad lo dijo Strabón: españoles, ladrones. ¿Y osa llamarse Rey católico y brazo de la Iglesia el jefe de esas hordas? No niega su sangre ese fariseo: peor fué Carlos que Alarico el visigodo contra nuestra ciudad; en Alemania dejó crecer la hidra luterana; en Roma profanó los templos y dejó atrás los incendios de Nerón y las hecatombes de Diocleciano; pero aun quedaba otra más horrenda plaga contra el pueblo de Dios, el hijo de tal padre. Vienen á saquear á Roma cada pontificado como quien siega sus cosechas y corta la leña de sus selvas. Malamente campea el águila en sus escudos austriacos; las fechorías de esa gente la han trocado en buitre carnicero. El mismo Condestable de Borbón, que arde en los

profundos, era menos odioso que este abominable Duque de Alba, soberbio entre soberbios y con entrañas de piedra: aquél era un bandido que peleaba á pecho descubierto; éste avanza por arte matemática, y, quitando á la guerra la parte noble de la valentía personal, convierte las batallas en un frío cálculo y los asaltos en la consecuencia de un silogismo. ¡Ah, hijos míos! Ha empezado la hora de la potestad de las tinieblas. Vigilad y orad para que Dios suscite un vengador á su pueblo.

(Silencio prolongado. Se escucha á lo lejos el alerta de los centinelas y las campanas que tocan pausadamente á rogativas. El Papa, cubriéndose la cara con las manos, apoya la cabeza sobre el reclinatorio.)

El Marqués de Montebello y el Cardenal Carrafa hablan en voz baja con Alejandro Placiti. Entre el cuchicheo animado que sostienen, dice este último: «Ha llegado la hora suprema: es imposible ya ocultar toda la verdad á Su Beatitud.»

El Papa (interrumpiendo su oración). — ¿Cuál es la verdad? ¿Que á Guisa no le bastan las pagas atrasadas para venir en nuestra ayuda? Si sólo la codicia alienta ya á esos hijos degenerados de San Luis, ofrecedles cuanto tenemos, hasta las joyas de los santuarios y los ornamentos del culto; más vale darlos, que no que sirvan para el saqueo de los salteadores castellanos. Pero que venga pronto, que vuele.

Placiti. — Santísimo Padre, el Duque de Guisa ni quiere ni puede salir de su campamento de Tívoli.

El Papa. — ¡Desleal! ¡Aliado traidor! De modo que sólo ha venido á Italia para ocupar en el circo el asiento más próximo á la arena, y ver impasible cómo las fieras devoran á los cristianos.

Placiti. — Ruego á Vuestra Beatitud no fulmine anatema contra el infortunado Guisa. Los caminos de Tívoli y Monte Rotondo están cortados por los españoles, y éstos tienen tiempo de reducir Roma á pavesas antes que fuerce Guisa los pasos ocupados por el de Alba. La irritación del francés contra los romanos es mayor que contra nuestros enemigos; á éstos, por lo menos, los temen. Cuentan los soldados que Guisa jura enojado que jamás emprenderá campaña bajo la fe de los clérigos. En el estado de los ánimos, no sé si debemos temer más la entrada de los auxiliares que el asalto de los españoles. Hay más aún, otra nueva desgracia... (vacilando en seguir al ver el temblor nervioso que se apodera del Papa).

El Marqués de Montebello. — Hay que decirlo todo: Dios conceda valor á nuestro Santísimo Padre para apurar las heces de este cáliz de amargura.

El Papa (incorporándose, apoyado en el Cardenal Carrafa). — Decidlo, decidlo todo; lo ruego, lo mando.

El Duque de Paliano. — El Rey Felipe ha deshecho delante de San Quintín el ejército de S. M. Cristianísima. La flor de la nobleza francesa ha sucumbido; los Príncipes de la sangre están cautivos; Montpen-

sier cayó mortal; Enghien, herido; el Condestable Montmorency, prisionero; los españoles marchan sobre París, y el Rey de Francia no tiene que oponerles otro general si no es el Duque de Guisa, ni más ejército que los restos fugitivos del desastre. El de Guisa no ha podido ya ocultar el suceso á sus tropas, y todos claman por volver á su patria, maldiciendo de Roma y de su triste campaña.

El Papa (cayendo en una poltrona). — ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

(Todos rodean al Papa con muestras de grande aflicción. Reina en la cámara pontificia profundo silencio, solamente interrumpido por una vocecilla de falsete de un soldado que en el cuerpo de guardia entona, al son de la mandolina, una canción obscena.)

El Cardenal de Santa Flor (arrodillándose ante el Papa). — Por el bien de la Cristiandad, por la gloria de vuestro pontificado y el sosiego del pueblo, en el nombre del Dios de paz que perdonó en la cruz á sus verdugos, impetro de Vuestra Beatitud que dé libertad á los Legados del Rey de España y de Nápoles, y que nos otorgue licencia para que tratando con el Duque de Alba...

El Papa (poniéndose en pie y en ademán colérico). — ¡Nunca! Antes mi mano izquierda se olvide de la derecha, y mi lengua quede pegada al paladar. El justo no pacta con el contumaz y el inicuo. Que

venga el tirano usurpador vestido de cilicio á hacer penitencia á mi puerta, y llore y gima tres noches y tres días como el Emperador Enrique de Franconia, de infame recordación. Que restituya las ciudades robadas, los Estados que me usurpó á mí y á los míos, y sólo entonces podrá acogerlo la misericordia de Dios, porque es infinita.

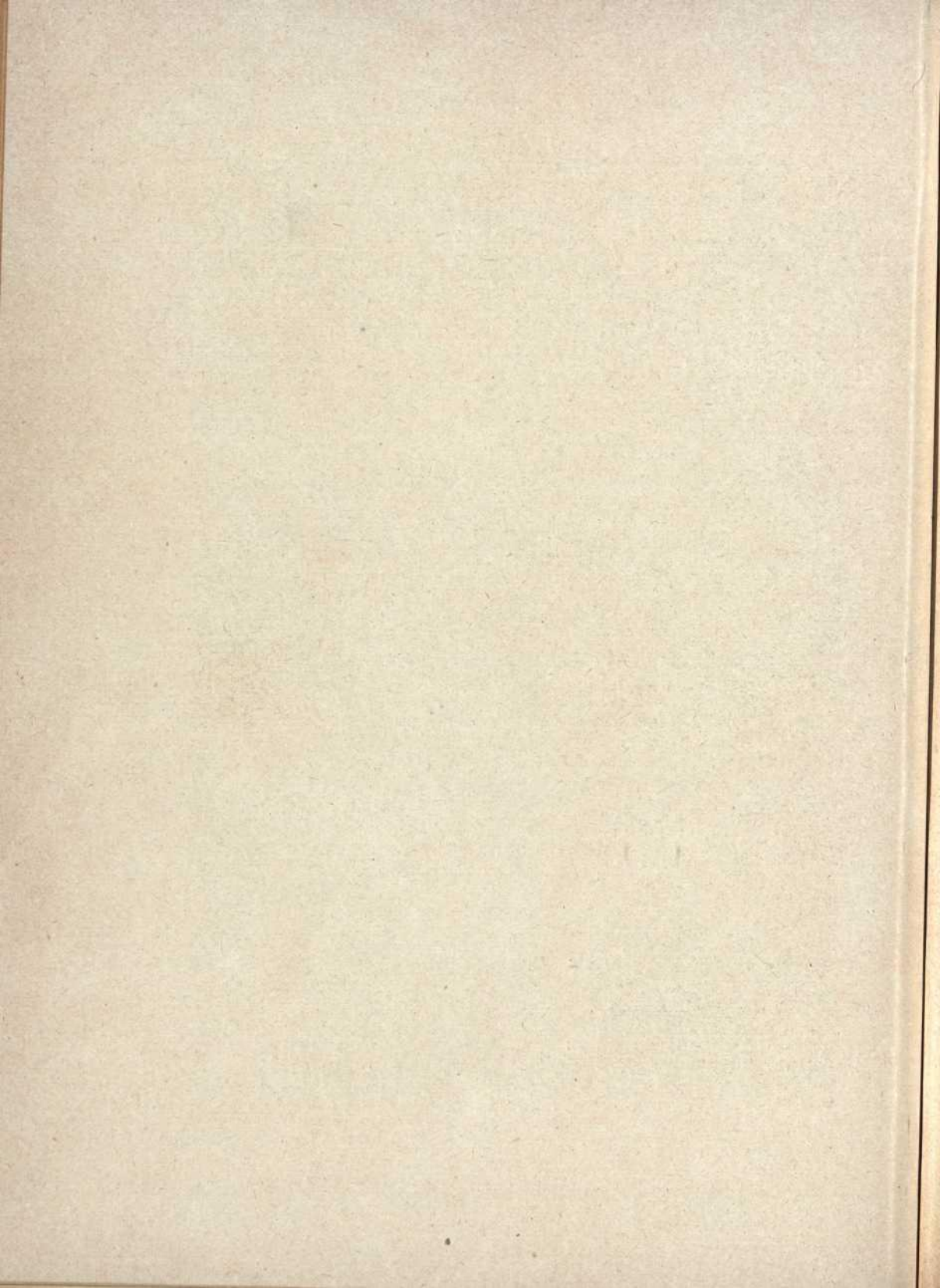
Carlos de los Ursinos (entrando precipitadamente). — Los españoles avanzan; los centinelas de la Puerta Mayor han dado la alarma. El pánico se extiende por todas partes. La plebe en los suburbios forma corrillos, y cunde en ellos espíritu sedicioso. Hablan de abrir las puertas al de Alba, recibéndole como amigo y asociándose al español en el saco de la ciudad.

El Papa (extiende el brazo derecho hacia el Sur). — ¡Anatema! Anatema sea, Castilla y Aragón, Flandes y Nápoles, Inglaterra y los Países Bajos. (Los Cardenales de Santiago y Santa Flor abandonan la estancia.)

¡Maldito su Rey y sus vasallos! ¡Malditos sus campos y ciudades! ¡Malditos sus hombres y sus hembras y sus hijos y sus animales y sus árboles y sus mieses y sus aguas y todo ser viviente de aquellos reinos hasta la quinta generación! ¡Abominación sobre los españoles, herejes, cismáticos, malditos de Dios, fruto al fin de torpes ayuntamientos de moros y judíos, escoria del mundo! ¡Anatema, anatema!

(Los generales, los caballeros y hombres de armas





se han ido arrodillando delante del Papa, y en nombre de todos habla el Duque de Paliano.)

Paliano. — Padre, dadnos vuestra última bendición, y marcharemos tranquilos á la muerte. Insensata la lucha, no podemos vencer, pero sabremos morir.

El Papa. — No, no es imposible vencer, hijos de mis entrañas; Dios peleará á vuestro lado: yo mismo, pobre anciano, tengo aún vigor para combatir como peleó nuestro antecesor, de feliz memoria, Julio II: yo empuñaré el hierro, y pondré mi pecho de escudo ante mi grey. Los impíos sucumbirán al grito que derribó las murallas de Jericó: ¡La espada de Dios y la de Gedeón!

El Cardenal Carrafa. — Padre mío, no conocéis el espíritu servil de la plebe romana: las turbas miserables que arrojaban al Tíber los restos de los Césares han dejado con la herencia de la sangre toda innoble pasión al populacho de ahora. Yo mismo, por ser tu deudo, tu hijo amoroso, me veo amenazado á cada hora. Ya ves que quien pierde con la paz somos nosotros los hijos de tu hermano; pues yo soy el primero en pedirte la paz, porque la entrada de Alba en Roma es quizá el menor de los daños que nos acosan. Acuérdate, señor, que más injurias sufrieron tus santos predecesores por el desenfreno del populacho rebelde que por la protervia del extranjero. Sálvese tu sagrada persona de la sedición y tu ciudad del saco y del incendio, y perezcan nuestros ducados y

los honores que con mano generosa nos otorgó tu grandeza.

El Papa. — ¡Hijo mío Carlos! ¡Hijo mío predilecto! Mártir eres de la abnegación y del amor patrio. La historia pondrá tu noble desprendimiento al par del sacrificio de Coriolano y del heroísmo de Atilio Régulo: ¡Dios te bendiga entre los santos! Pero yo no cederé, no trataré sino sentado en mi trono pontificio, y teniendo ante mí de rodillas al Vicario del Rey de España: yo no toleraré que vuelvan á Antonio Colonna las tierras de que mi excomunión lo ha privado. Las puertas del infierno no prevalecerán contra mí; no, no prevalecerán.

(Las iglesias hacia San Juan de Jerusalem tocan á rebato. Algunos grupos que recorren los alrededores de Sant'Angelo lanzan gritos subversivos, entre los cuales se destacan los de *¡Mueran los Carrafas! ¡Montebello al Tiber!* — Pánico en el castillo. — Todos imploran del Papa licencia para entrar en parlamento con el ejército español. Paulo IV se deja caer en una poltrona agobiado por las emociones y prorrumpe en sollozos. Momentos de suprema ansiedad en todos. Nuevos gritos en la calle: *¡Traición! ¡traición! ¡Estamos vendidos! ¡El Papa ha muerto! ¡Al Tiber su cadáver! ¡Mueran los Carrafas! ¡Muerte á los traidores!* Se oye el estrépito de una carga de caballería que despeja de amotinados la plaza de Ponte de Sant'Angelo.)

El Papa (con majestad y resignación). — Llamad al Cardenal de Santa Flor y al de Santiago... ¡Dios lo permite!... Pero que entienda el Rey de España, que nunca, nunca volveré sus tierras al Colonna, que el Ducado de Paliano seguirá siendo de mi casa y el Reino de Nápoles me prestará de nuevo pleito homenaje como á su señor natural. ¡Pobre Italia! ¡Pobre Italia! Yo te vi independiente como armonioso instrumento de cuatro cuerdas y hoy te lloro reducida á servir á una nación tan vil y tan abyecta!

Voces en la antecámara. — ¡Albricias! ¡Albricias! (Entra apresuradamente en la estancia del Papa repitiendo estos gritos Pietro Strozzi y con él los Cardenales de Santa Flor y de Santiago.)

Strozzi. — Santísimo Padre, el ejército español se retira: lo han visto los centinelas tomar la vuelta hacia su antiguo campo; los espías nos responden con sus cabezas de que el Duque de Alba ha dado orden á su ejército de retornar á la Colonna y luego á Genzano. Y á estas horas retroceden los tercios en orden, pero rugiendo de furor por el malogro de su sed de saqueo.

El Papa (irguiéndose de nuevo). — ¡Dios está con nosotros! ¡Campeones de la Iglesia! ¡Soldados de la Cruz, este es el instante de la venganza celeste; salid, salid, y acuchilladlos; perezcan bajo el filo de la espada como los hijos de Chanaam, los Madianitas y los Filisteos. Si los dejáis volverán, pues esa gente es como la gramínea, donde cae agarra.

Strozzi (asombrado). — Advierta Vuestra Beatitud

que no huyen, sino se retiran, como en un alarde. Han tenido la ciudad en sus manos y la dejan por propia voluntad. Intentar ofenderlos es pedir nuestro estrago y ruina.

El Papa (meditabundo). — Entonces ¿por qué se van? ¿Qué peligro temen? ¿Qué les hace retroceder?

El Cardenal de Santa Flor. — La fe de S. M. C. y la piedad cristiana del Duque de Alba.

El Papa. — La fe en Cola Machiavello: después del ultraje y la amenaza, pretenden arrancarme por el respeto religioso lo que no lograron con la llama y el acero.

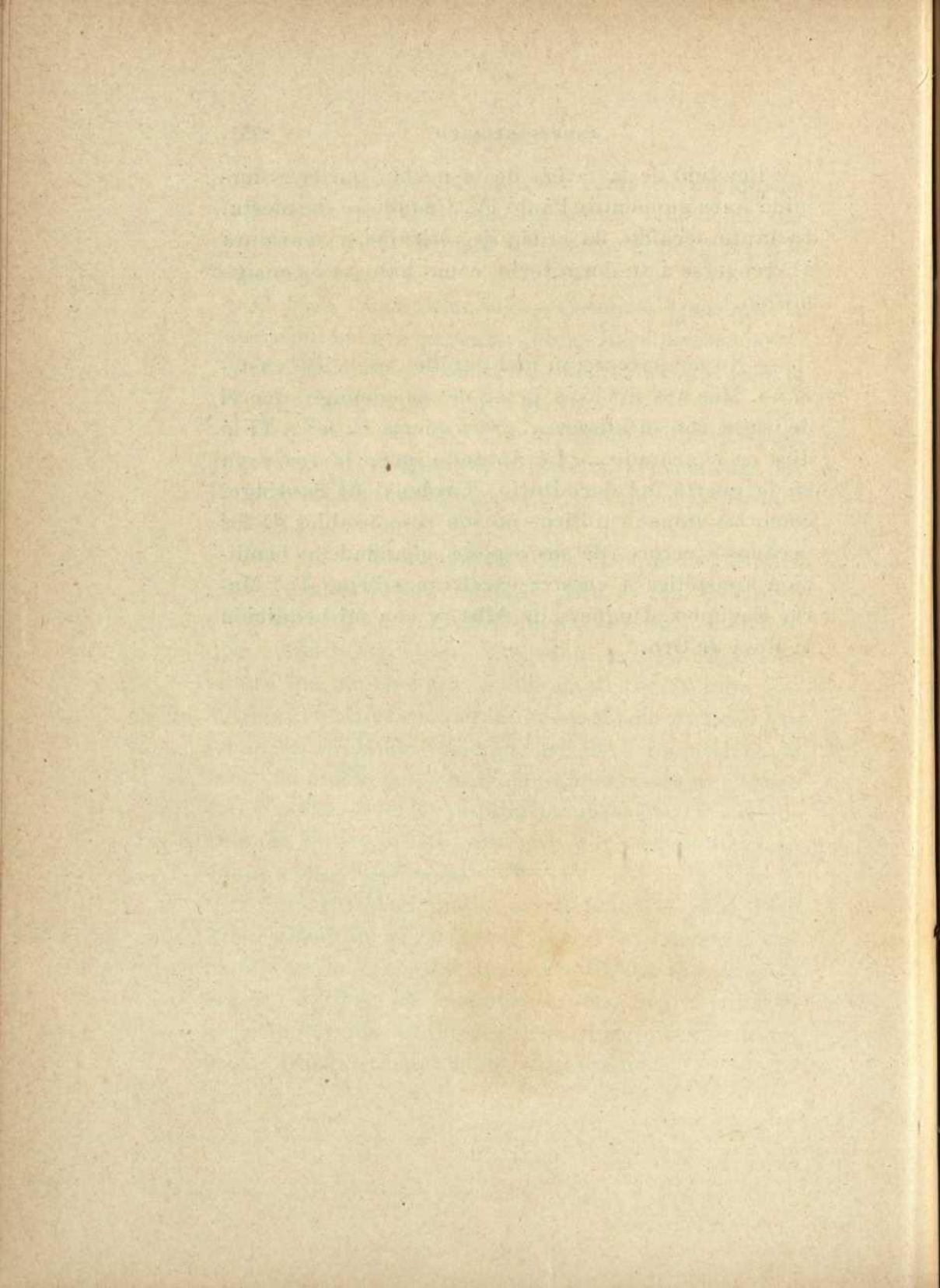
Strozzi. — Más dolorosa fué al Duque la retirada que el asalto: es mi enemigo, pero es leal enemigo: contrarrestar la voluntad de un ejército victorioso que anhela el combate y el saco, exige ánimo más entero que embestir á una ciudad casi rendida. Todos los generales tuvo enfrente, y Marco Antonio Colonna, apellidando traición, arrojó el guantelete de acero en medio del campo, maldiciendo de su alianza con España, que le quitaba la presa ya en sus garras. El Duque lo miró altanero y le respondió mandando tocar á retirada.

El Papa (con júbilo arrebatado). — ¿Tal hizo Alba? ¿Humilló al Colonna? Carlos (al Cardenal Carrafa), ya lo ves, ellos mismos se destruyen. Demos gracias á Dios; los bienaventurados Pedro y Pablo nos han servido de intercesores. ¡Loado sea el nombre de Dios! ¡Oremos, hijos míos, oremos!

(Rendido de la fatiga de la noche, quédase dormido unos momentos Paulo IV. Cuando se despierta, bastante decaído, da orden de retirarse, y murmura al recogerse á su dormitorio, como hablando consigo mismo.)

— No me parece tan mal católico ese viejo castellano. Más nos sirvió, á pesar de ser enemigo, que el de Guisa con su alianza... ¿Será cierta su fe?... Él lo dirá en el tratado... (Levantando luego la voz y ya en la puerta del dormitorio). Cardenal de Santiago, como las damas católicas no son responsables de los pecados y errores de sus esposos, mandad mi bendición apostólica á vuestra excelente sobrina D.^a María Enríquez, Duquesa de Alba, y con mi bendición la Rosa de Oro.





IV

LOS ÚLTIMOS RUGIDOS

CÁMARA imperial en el Monasterio de Yuste. — Algunos tapices flamencos adornan las paredes. — Retratos de la Emperatriz y de Felipe II, hechos por el Tiziano, ocupan sitio de preferencia. — Por las puertas del terrado, abiertas de par en par, se descubre el alegre panorama de la Vera de Plasencia. — Butacas de terciopelo negro y sillas de nogal tallado forman el mobiliario. — Un dosel de terciopelo negro cubre la poltrona que ocupa Carlos V en las recepciones solemnes. — Junto á una gran mesa de despacho está el César, sentado en una silla de caderas con mullidos cojines. — Juanelo, de pie, da vuelta á unas ruedecillas de una máquina automática. Van Male atiende al servicio de S. M. — Sentado en un cojín y puestos los pies sobre un lebril viejo, dormita Perico, bobo del Emperador.

Luis Quixada (volviendo del terrado). — ¡Nada, Señor! Las escenas edificantes de cada víspera de fiesta. So color de recibir parte en las limosnas, acuden las jovenzuelas de Cuacos y de Plasencia, y es de ver con cuánta priesa acuden estos reverendos á holgarse con ellas.

Carlos V (sin apartar la atención del trabajo de Juanelo). — Más caridad, buen Quixada, más caridad. La carne es flaca.

Quixada. — Es flaca para los frailes, mas para los pobres criados de Vuestra Sacra Majestad ha de ser incorruptible. Pues bien murmuran sus paternidades de cualquier niñería de los mozos de la servidumbre, sin pensar en el grave escándalo que reciben con esa caridad ardiente cuando se trata de rapazas, aunque sean tan desgarradas y sucias como todo lo que da de sí esta mala tierra.

Carlos V (sonriendo bondadosamente). — ¡Válgame Dios, hombre, por descontentadizo y maldiciente! ¿Qué agravios te hicieron para esa enemiga los frailes, ni esta buena Extremadura, sino dar á tu amo el reposo y la paz que tanto ha de menester?

Quixada. — ¿En qué me enojaron? Diga V. M. I. en qué no ofendieron al mundo y á la historia; le han robado al César, que es como haber dejado vacío el siglo y huérfana á la victoria. En las dunas de Marsella, aun comiendo raíces, disfrutábase de mejor salud que aquí: no hay clima de menos sanidad que el de este monasterio: cuando el calor no quema, pasma el frío, ¡y siempre esta humedad enfermiza,

contra la que no hay defensa! ¡Cuándo querrá Dios y Santa María que dejemos estos contornos, y no volvamos ni á oír mentar sus espárragos y turmas de tierra, de que tendríamos hartazgo cien siglos que viviéramos!

Carlos V (tristemente). — Pronto, muy pronto, tal vez te veas redimido de este triste cautiverio, porque según la enfermedad camina, no está lejana la hora en que Dios llame á su siervo.

Quixada (cayendo de rodillas). — Viva Vuestra Sacra Majestad eternamente, y yo seré el más fortunado de los hombres sirviéndole, no ya en Cuacos y en Yuste, sino arrastrando hierro y bogando en galeras, y aunque no volvieran á ver mis ojos á mi señora doña Margarita, que es cuanto más amo después del servicio de Vuestra Majestad.

Carlos V (dándole á besar la mano izquierda; la derecha, muy entumecida por la gota, descansa sobre un cojín puesto en el brazo de la silla). — Levanta y háblame de tu esposa. ¡Damas tan discretas como D.^a Margarita honran á Castilla! ¡Espejo es de casadas! Me decías, cuando saliste á murmurar de los frailes, que nos pide licencia para residir en Cuacos con Jerónimo.

Quixada (con entusiasmo). — Y no descansaremos hasta que V. M. I. nos otorgue tal merced. Está el niño hermoso, que quien lo viera ha un año no le conocería. Tiene la majestad de un Príncipe y en su continente la arrogancia de un caballero andante. Miedo jamás lo tuvo: en cuanto á gentileza...

Carlos V (con severidad). — No nos placen los ímpetus mundanos del adolescente, y menos que encuentren arrimo y aliento en quien debe alejarlo del mundo y de sus pompas.

Quixada. — Señor, hay en el gentil mancebo un instinto, una segunda naturaleza que habla en él más recio que reprimendas y lecciones. De las letras sagradas, el libro de los Macabeos es el que lo embelesa; en humanidades no entiende más latín que el de Plutarco y Quinto Curcio. ¡Ah, Señor! (acentuando sus palabras con intención). Su divina Majestad suscita grandes capitanes para servicio de la santa fe, y si hubo jamás predestinados para las altas proezas y conquistas, ése es D. Juan, digo Jerónimo. Bajo su candorosa inocencia palpita corazón de león: el águila no nació para vivir en la hondura de los valles: su patria está en la región de las nubes.

Carlos V (impasible). — Más alto que las águilas suben los santos. (Entra mientras habla el César el Padre Regla, confesor de S. M., y escucha con recogimiento.) La victoria sobre los enemigos del alma es más gloriosa que todas las coronas de triunfos guerreros, empapadas en lágrimas y en sangre, compañeras siempre de amargura y de pecado. Dígalo mi buen padre Regla, con su unción y su sabiduría, si no es preferible á toda grandeza la inocencia de los ángeles.

Fr. Juan Regla. — Ah, Señor, el Espíritu Santo habla por los labios de Vuestra Sacra Majestad. La contemplativa es más perfecta que la activa, Cristo

Nuestro Señor díjolo á Marta: «En verdad, en verdad os digo que eligió la mejor parte.» (El confesor del César se extiende en devotas consideraciones, comentando este versículo del Evangelio; Carlos V, sin oirlo, cae en una profunda meditación. Al cabo de unos momentos, dirigiéndose á Van Male, manda que le aproxime el mapa de Italia y hace señas á Fray Juan de que continúe su plática.)

Sigue luego en su abstracción Carlos V y permanece, como hombre que sueña, con la vista fija, sin ver, en la carta geográfica. Transcurre un largo espacio de tiempo; el confesor ha terminado sin advertirlo el Emperador; todos guardan religioso silencio, respetando las meditaciones del augusto amo.

El César habla palabras entrecortadas para sí y como si estuviera solo; Juanelo, Van Male y Quixada se retiran con sigilo al terrado.

Carlos V. — Alba no es Filiberto ni tiene á D. Felipe que lo sujete... El hombre de Mulhberg estaría ya sobre París... quizá dentro. Es de mi tiempo... pero sin gota... Hará la paz en Sant'Angel; pero á estas horas ¡qué habrá sido de Roma! ¡Dios mío, apiádate del Papa! El Condestable era una paloma al lado de mi D. Fernando de Toledo... Borbón era el rayo de la ira, Alba el raciocinio del rayo, sistema que aniquila con el hierro y el fuego: así fué el ángel exterminador contra los enemigos del pueblo escogido... ¡Ay de los Carrafas!... 16 de Agosto derrotaba al Cardenal y prendía á Rangone... Julio de los Ursinos caía en nuestras manos... 20 acampaba en la

Colonna... ¡La distancia! ¡Cuándo desaparecerá la distancia!... ¡París y Roma!... ¡Oh! ¡Designios inexcrutables de la Providencia!...

(Vuelve á caer en meditación silenciosa: el confesor hace como que lee en su breviario y observa á hurtadillas con profunda aflicción al César.)

Óyese el galopar de caballos que se acercan; gran estrépito luego y la animación que produce la llegada de un correo extraordinario.

Después de pedir licencia, entra en el aposento imperial el Comendador de Alcántara con despachos del Secretario Vázquez de Molina y una carta del Duque de Alba. Con el correo de S. M. pasan Van Male y el médico Mathys: el bobo se despierta asustado y se acerca arrastrándose hasta la mullida alfombra, que está á los pies de su amo. El Comendador hinca una rodilla, besa la mano que le tiende con majestad el César y le entrega los pliegos de la estafeta.

Carlos V. — Bien venido seáis, Comendador, que si siempre vuestra llegada nos es de mucho consuelo, hoy vuestro semblante placentero me adelanta el contento de la lectura.

Comendador. — Adivino es V. I. M.: día grande de júbilo es hoy para España y el orbe católico: al salir yo de Toledo las campanas se hundían á repicar, y parece que sonaban más recio que nunca.

Carlos V. (entregando los pliegos á Quixada para que los desate y sin curarse de disimular la impaciencia). — Trae, trae ahora y sostenlos cerca: quiero

leerlos todos por mí mismo. (Obedece Quixada y devora con la vista el Emperador los pliegos. Un vivo desasosiego se va apoderando de él á medida que lee: la faz se le enrojece: relampaguean los ojos, aprieta convulsivamente las manos. Olvidándose de los dolores de la gota que exacerba el movimiento, se incorpora, arrebatada los papeles á su mayordomo y prosigue con avidez su lectura. Después los estruja y arroja sobre la mesa.)

Carlos V (en el colmo de la exasperación.) — ¡Ira de Dios! que si esto no es felonía, lo parece. Tratan la paz con el Papa y la guerra contra el Rey mi hijo. Ningún aviso en mis años tuve que mayor pena me diera. Tan mala es la capitulación secreta como la pública. No fueron estas mis lecciones, y ni sé cómo osan burlarse de mí pidiendo consejo, que luego escarnecen. Yo les enseñé á remediar las herejías de Alemania al mismo tiempo que á enfrenar las bellaqueñas de Roma. ¡Vive Dios! que han perdido la vergüenza esos menguados y cubierto de infamia las banderas... ¡Roma sin castigo! ¡Guisa embarcándose sosegadamente! ¡El Duque de Alba á los pies del Papa! ¡Alba, mi criatura, mi antiguo servidor, mi capitán!... Va, va de mi memoria y de mi pecho, no le conozco, no quiero oír mentar más su nombre... (Breve pausa.)

El Comendador (todo trémulo). — Señor, traigo para V. M. una carta muy encarecida del noble D. Fernando...

Carlos V. — Todos se han vuelto locos ó necios.

Aunque tengo la muerte entre los dientes, yo hiciera entrar en Roma á mis rudos veteranos, lo único que resta ya en el mundo con vergüenza, y delante de Sant'Angel ahorcara á los nepotes del Papa, ladrones de ducados y asesinos públicos, haciendo justicia en ellos antes que el pueblo romano satisfaga su venganza. ¡Oh, Alba, Alba, la gota que yo tengo en el cuerpo, te enfermó á ti el ánima: ayer asombro del mundo, hoy ludibrio de los clérigos! (Los circunstantes permanecen aterrados: el bobo se incorpora y dice con gran desenfado:)

Perico el bobo. — Majestad mía, los hombres de nuestra cepa se acaban; siempre oí decir de tu Santidad Inmaculada, que más vale un mal melón que un buen pepino.

Carlos V. — Llevad á ese desvergonzado y aplicadle unos buenos azotes.

Bobo. — ¡Malaventurado de mí y por dónde vienen las posas del pobre Perico á pagar los débitos de Roma! Mas no por eso cobrará el buen hombre su vaca.

(Carlos V hace señas de que dejen al bobo: Fray Juan se aproxima al Emperador con cara muy compungida, y mostrándole el cielo con las manos y la mirada, exclama en tono de respetuosa reconvencción: — ¡Señor!)

Carlos V. — ¡Sí, padre mío, tenéis razón: me he dejado llevar demasiadamente de la ira; pecador de mí! Pero su Divina Majestad no puede aprobar que se menoscabe así el derecho de la monarquía. Hace un

mes dejábamos la ganancia de París, hoy la de Roma: y el Papa triunfa de mi casa y se holgará al acordarse del águila vieja, á quien sólo quedan ya los ojos para ver cuán honda es la vergüenza de aqueas capitulaciones.

Mathys el médico. — Ruego á V. M. temple su enojo: témome sobrevenga nuevo ataque, y la preciosa salud de V. M. vale más que todas las conquistas.

Carlos V. — Ved lo que vale, que ya los dolores tornan á agobiarme, pero aun los sufriera gustoso cien veces más agudos si el Duque de Alba fuera en Roma mi capitán del Albís y diera garrote á los Carrafas que no son eclesiásticos.

Fray Juan. — Elevemos nuestros corazones por encima de cosas perecederas, señor; en el cielo á estas horas celebran los coros angélicos la reconciliación entre la Santa Iglesia y S. M. Católica.

Carlos V (cayendo en un nuevo ataque de gota). — ¡Ah, Padre, rogad á Dios por mí! Doctor (dirigiéndose á Mathys), doctor, dadme alguna pócima, porque me atosiga el sufrimiento. Fray Juan, padre mío, rogad por mí pecador.

(Después de obtener la licencia, entra el prior de Yuste y suplica al César se digne asistir al solemne *Te Déum* con que celebra la comunidad la reconciliación entre la Santidad de Paulo IV y el Rey Católico.)

Carlos V. — Bien quisiera, padre, pero ya lo ve vuestra merced; estoy postrado; desde aquí me uniré

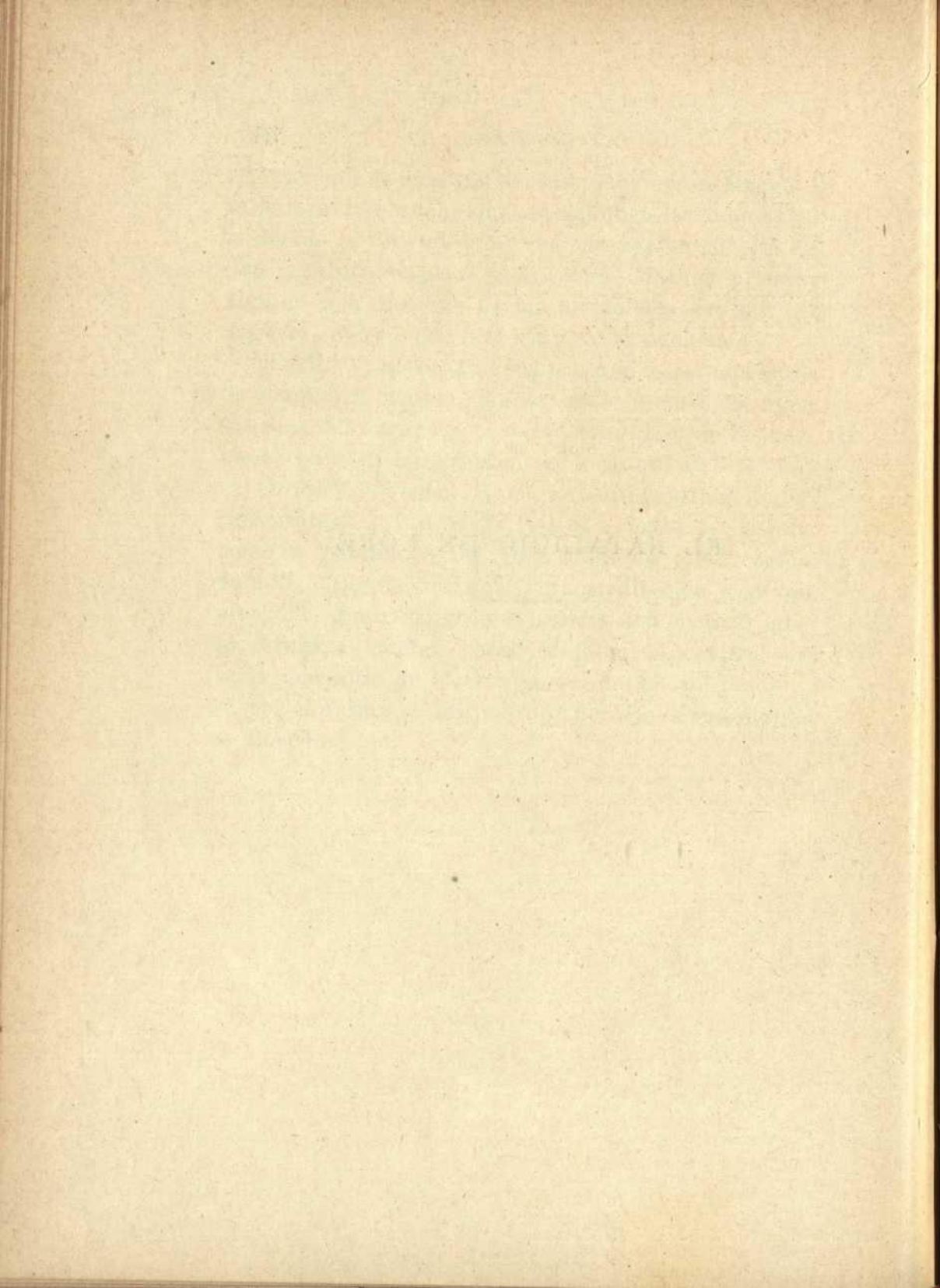
en intención á vuestras santas oraciones... Ruego á su paternidad ordene que no repiquen las campanas; el doctor os dirá el daño que me harían en este estado. (Saluda el prior y se retira. Mathys prepara algunos remedios que alivien los dolores que sufre el augusto enfermo con heroica y santa paciencia.)

(Carlos V, absorto en sus pensamientos, murmura de cuando en cuando palabras entre dientes. Se oyen los ecos del órgano y el canto suavísimo de las hermosas voces de los jerónimos que cantan el *Te Déum*.)

Carlos V.—París... Roma... ¡Ruin capitulación!... ¡Insensatos!... Tan mala, sí, tan mala la secreta como la pública... ¡Oh, Dios mío, ten misericordia de mí!... (Después de una larga meditación y en voz alta): Fr. Juan, tengo que pedir os una merced, que os estimaré mucho; haced mañana la caridad de rezar una misa de *réquiem* por el ánima del pobre... sí, por el ánima de mi pobre general el Condestable de Borbón.

EL NATALICIO DE LOPE

— 101 —





A sus mágicos sueños entregadas las tribus todas de los inmortales yacían aún en la ciudad gloriosa de los genios y de las artes que en frente del antiguo Parnaso se levanta: tan sólo velaba acaso la infeliz y enamorada Safo, acompañando con tristes suspiros los arrullos de la tórtola, cuando el bueno del doctor D. Juan Pérez de Montalván, dejando las ociosas plumas, tomó, con la priesa de quien teme llegar tarde, el camino de la vivienda del insigne sabio D. Agustín Durán, recién llegado de las enjabonadas orillas del

Manzanares, y recibido en palmas por la gente bien nacida de la ilustre república. El alba, que estaba al rayar, anunciaba el día 25 de Noviembre, fecha para enloquecer de júbilo á los amigos de Lope de Vega, y para cambiar en regocijo los llantos de los poetas más plañideros y elegíacos de los siglos. El doctor había disputado á tirios y troyanos la honra de disponer las solemnidades del aniversario, y hasta el mismo Quevedo, temeroso de que volviera á flaquear el juicio del amigo «Juan Pérez», prometió de no hacerle perinola ni jácara por ello; pero á condición de que no hubiera «lágrimas panegíricas», ni arrimara el ascua del incensario al ya por demás cacareado Duque de Sessa.

Críticos ó audaces debieron ser los propósitos consultados por el doctor, porque mucho cuchichearon ambos ingenios, y no se atrevió Durán á dar parecer, sino llevando el asunto á más señores, y oyendo al gobernador de aquellos Estados, D. Diego de Saavedra Fajardo, cuya sabiduría y experiencia en la política declaraban sin rival con caracteres eternos sus ciento y una empresas. Hacía tiempo que concluyera la guerra, tantos años y con tal terquedad seguida entre el Parnaso de los modernos y el viejo alcázar del Pindo, donde las nueve hermanas mataban de tedio con los achaques de la vejez y las impertinencias de la soltería fiambre á toda la aristocracia clásica. La caballería ligera de los gramáticos y de los *dómines* derrotada, y privados de vituallas griegas y romanas, se habían hecho no pocos trabajos diplomáticos

para llegar á un convenio, pero sin resultados mayores, porque nadie quería dar el paso primero. Últimamente los clásicos habían diputado á Martínez de la Rosa, y los modernos á Fígaro, como amigables componedores, y empezaba á sonreír la esperanza de un feliz y harmónico concierto.

Así las cosas, Montalván tuvo noticias de tierra de Castilla, y con religiosa indignación supo que Apolo, el dios implacable que comienza la *Illiada* haciendo millares de víctimas para vengar el desaguisado cometido en su sacerdotisa Briseida, se había trocado en deidad tan bonachona y complaciente, que había dejado profanar luengos años sus templos y altares en la escena sagrada del suelo español por tropas de titereros y arlequines saltimbancos, que se apellidaban á sí mismos bufones, creyendo el apodo humillante timbre de honra. En pos de ellos imperó un género que de por sí se graduaba de chico y al que acudieron como mercaderes logreros los ingenios mejores de la corte, con lenguaje adúltero y bastardo, trocando la gracia en descoco, el chiste en desvergüenza y el donaire en obsceno desenfado. Y traíale tan fuera de sus casillas esta indolencia del boquirrubio Febo, que no pensaba menos que en quitarlo de dios, buscándole reemplazo con el idolatrado amigo de toda la vida.

«¿Quién había de emular con nuestro Lope en lauros ni merecimientos? — exclamaba. — Lope es, como pregona «la fama póstuma», portento del orbe, lustre de la patria, oráculo de la lengua, asunto de

la envidia, cuidado de la fortuna, príncipe de los versos, único entre los mayores, mayor entre los grandes, y grande á todas luces y en todas materias. Y aun habrá muchos que no se maravillen de la apotheosis, porque bien se me acuerda que ya en vida mortal vinieron en gran número desde sus tierras á desengañarse de que era hombre. »

No más que el principio era éste de sus vastos planes, porque una vez que tuviera Lope el cetro de los dominios de Apolo, se proponía dictar pragmáticas sublimadas para enderezar entuertos literarios y encaminar por buenos senderos la gobernación de la República. Más plugo al noble Saavedra la intención que las ordenanzas presupuestas; varón experimentado, temía los riesgos de las mutaciones súbitas y mostraba como condición precisa á las novedades pedidas la concurrencia y el asentimiento de la gente clásica, so pena de ser tenidos por tiranos y usurpadores. En su consulta era de menester, para llegar al logro de tales fines, ganar las voluntades á los demás príncipes de los siglos de oro, y ninguna ocasión más propicia que la presente si la fiesta de Lope se celebraba con suntuosidad tanta y tanta alegría de corazón que nadie pudiera resistir al deseo de hallarse en ella. Sólo juzgó de urgente é inmediata ejecución el promulgar mandamientos extrañando de aquellos confines, á perpetuidad y sin apelación, á un linaje de críticos, vulgarmente apellidados refundidores, que son, decía al pie de la letra el rescripto, « cierta especie de cirujanos que en esta República hacen pro-

fesión de perficionar ó remendar los cuerpos de los autores, y á unos pegan narices, á otros ponen dientes, ojos ó piernas postizas, y lo que es peor, les cortan los dedos ó las manos naturales, poniéndoles otras, con lo que todos salen desfigurados de las suyas.»

En estos preparativos se vino el día, y amaneció Dios, que fué amanecer para aquellas regiones el entusiasmo, la alegría y el delirio frenético por agasajar al gran padre del teatro español: Montalván podía estar satisfecho. Aquí trasladaban al lienzo los más diestros pinceles pasos interesantes de *Dorotea*, de *Angélica* y del terrible *Drake*: allí músicos inmortales vertían en su inefable idioma *La Jerusalén*, la *Corona á María Estuarda*, y los sonetos con odas en cantidad: más acá, místicos fervientes encendían su fe con el *San Isidro* y la oración á *Cristo Crucificado*; en otras partes, tropas de faranduleros, capitaneados por Rueda y los Morales, representaban *La Estrella de Sevilla* y *El castigo sin venganza*; y allá al lejos, la ninfa Eco con tenue y cadencioso acento modulaba las tiernas endechas *A la barquilla*.

En oposición á tanto júbilo, sólo había un cuitado que entre el asombro y el enojo escuchaba desde el monte frontero, y sentado al borde mismo de la Castalia fuente, el estruendo de tantos vítores y tales aclamaciones. Con apretado ceño seguía todo el aparato desplegado por los vecinos cismáticos nuestro rígido y adusto Moratín (que otro no podía ser), y se daba á todos los pedantes del mundo, porque darse

á todos los diablos aun le parecía poco. Uno por uno iba repasando en su mente nombres helenos, latinos y aun franceses, para convencerse á sí mismo de que en artes y letras había espejos mil donde el buen gusto se mirara antes que buscar documento y lección en los delirios corruptores del vate madrileño. Pero cuando más en sus trece estaba, vió descender de lo alto de aquella su montaña, coronada de lauro y eterno mirto, la corte entera del mundo clásico, que dejando los alcázares helados y ruinosos del viejo dios de Delfos, pasaba con todo el aparato propio de tan principales personas y de acto tan señalado, á las libres provincias de la nueva poesía, para unir sus plácemes y albricias á la felicitación universal tributada al divino Lope. Veíalo y no lo creía: por víctima se tuvo de una pesadilla, cuando comenzó á desfilar ante sus ojos el glorioso escuadrón á modo de solemne teoría olímpica.

Rompía la marcha con firme paso y marcial continente el viejo Esquilo, ceñidas las sienes con la corona de encina del soldado, que en más se tuvo siempre por haber vencido en Maratón que con dar nacimiento al arte trágica. No dirigía la comitiva el grande Homero, y ni siquiera en ella aparecía. Aquél padre de los dioses y de los héroes no osaba mostrarse en público desde que el tudesco Wolfio le había amenazado de quitarle la vida donde con él topare, y más cuando supo que otros críticos gabachos tenían propósito firme de partirlo en dos, como gran merced, dejándolo mitad y mitad entre Aquiles

y Ulises. Detrás de Esquilo venía Sófocles con la majestad de un rey, y no muy lejos Eurípides, bastante desigual en sus atavíos y algún tanto desmayado en sus andares, sin duda por lo absorto y distraído que le llevaban sus profundos pensamientos.

Risas hacía brotar de todas partes Aristófanes en su marcha demagógica, menos cuando se detenía, tal vez taciturno, ante «las nubes» que le obscurecían la conciencia, recordándole si plantó ó preparó la cicuta bebida por Sócrates. Dífilo y Menandro caminaban juntos, mudos y tan maltratados de un naufragio, que no era posible conocerlos sino por lo que de ellos decían los retóricos y los sofistas que iban detrás.

Alegre como el padre Lieo marchaba Anacreonte, coronado de pámpanos y oyendo suspiros de amor hasta en el canto de las cigarras, y no á mucha distancia cojeaba Tirteo el giboso, que con su varonil acento engendraba héroes, y con las cuerdas de su lira llevaba atadas como esclavas la fortuna y la victoria. Esopo, que hacía hablar las fieras y las alimañas con mejor sentido que algunas de nuestras eminencias, seguía no muy lejos de Teócrito, quien de resplandeciente pellico de armiño vestido, iba acabando con todos los rebaños de los contornos, pues suspensos de los dulcísimos cantares del poeta, se olvidaban de los pastos y morían de hambre, como si fueran pueblos entretenidos con manifestos y programas.

Roto y malbaratado caminaba sobre un burro de oro el primer novelador del mundo, el endiablado

Lucio Apuleyo, y Luciano, que iba á la zaga con un retablo de dioses y de muertos en miniatura, para decir por boca de ellos las impiedades que le vinieren en voluntad, hizo notar por el dios Baco que era augurio simbólico del porvenir de la novela el cuadro que presentaba su patriarca, porque nadie le quitaba de la cabeza que el dorado asno debía de haber sido librero usurario ó editor judío.

Entremetida con éstos iba la gente romana, descollando entre todos el inimitable Marón, uniendo en sus palabras los tonos más suaves del amor con los acentos más briosos del heroísmo. Tras él se apresuraba, sin lograr alcanzarlo, el cordobés Lucano, anhelante y ronco de tanto soplar para convertir al cabo en bocina ruidosa la trompa épica de Farsalia. Su tío Anneo Séneca le acompañaba con soberbio aparato, gesto y habla reposados, y todos sus movimientos y ademanes trazados con escuadra y á compás medidos. Algunos coloquios sostenía con él Lupercio Argensola, gloria de Aragón, quien por honrar el traje pomposo y rico coturno que le regaló Miguel de Cervantes, vivía entre los antiguos con el ignorado Mal-Lara, suspirando entrambos siempre por lo dulce de las patrias. Estacio el napolitano marchaba de puntillas, intentando llegar á Virgilio, sin lograr parangonarse con Lucano.

Buscando la plática y compañía de los griegos, se desvivía Plauto, azote de parásitos, y en su atrevida carrera dejaba caer laureles y palmas de sus coronas, que agarrando en suelo agradecido florecían para ser

cosechadas por Rotrou, Molière y otros franceses comunistas que venían á la zaga.

Escipión Africano y Lelio el patricio se arrebu-
jaban bajo el manto de Terencio, y cada uno llevaba
calzados uno de los primorosos zuecos del más mo-
derno de los antiguos. Pisándole casi los talones, imi-
tando los andares de tan ilustre vanguardia, mar-
chaban los Corneilles y los Racines, los Boileaus y
los Voltaires, vestidos perfectamente á la griega, sino
que sobre el *pallium* y las túnicas les caían las rizadas
y monstruosas pelucas á lo Luis XIV, por donde de-
lataban que salían de los jardines de Versailles y de
los bosques de Fontainebleau, antes que de Atenas ó
de Helicon.

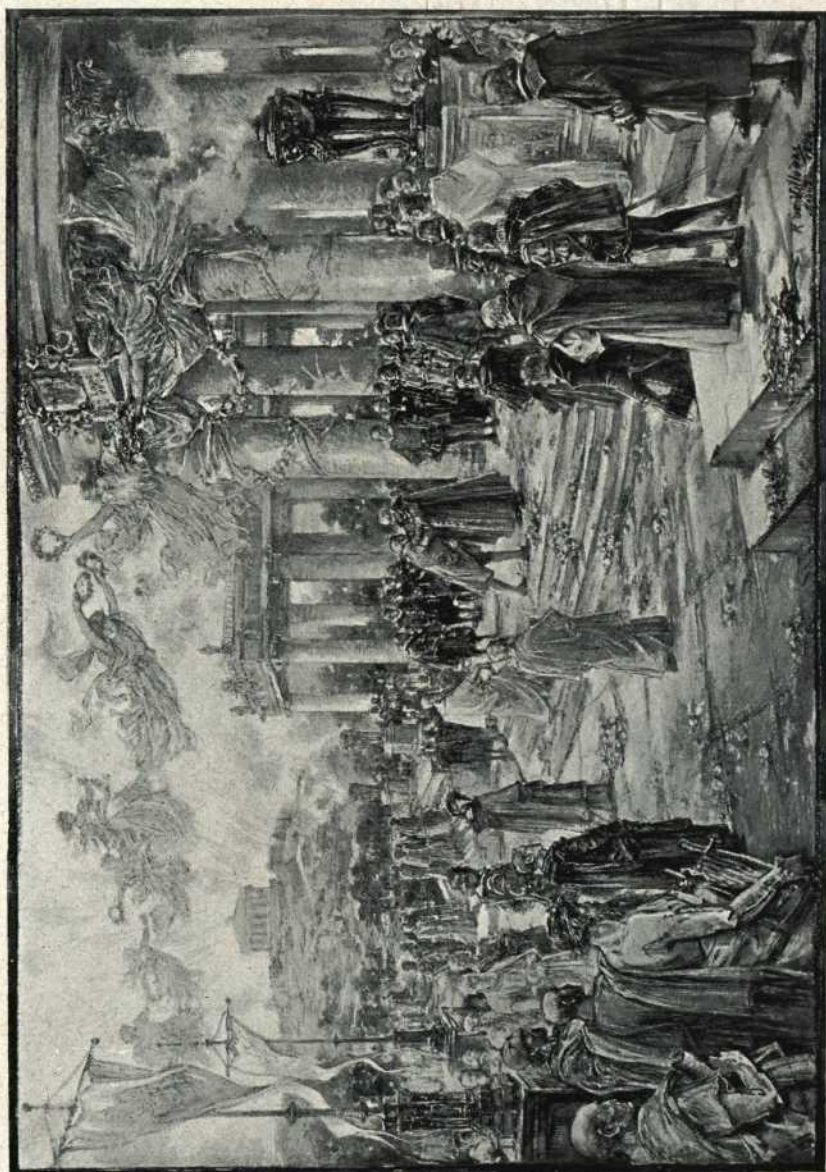
Solo y envuelto en nimbo de luz milagrosa se apa-
recía luego Dante Alighieri, de cuyas glorias se en-
orgullecían á la par antiguos y modernos; y quien
formando mundo aparte de todos, no había tenido
comercio espiritual sino con Virgilio, y aun con el
mismo mantuano no quedó bien á la postre, porque
lo plantó á las puertas del cielo.

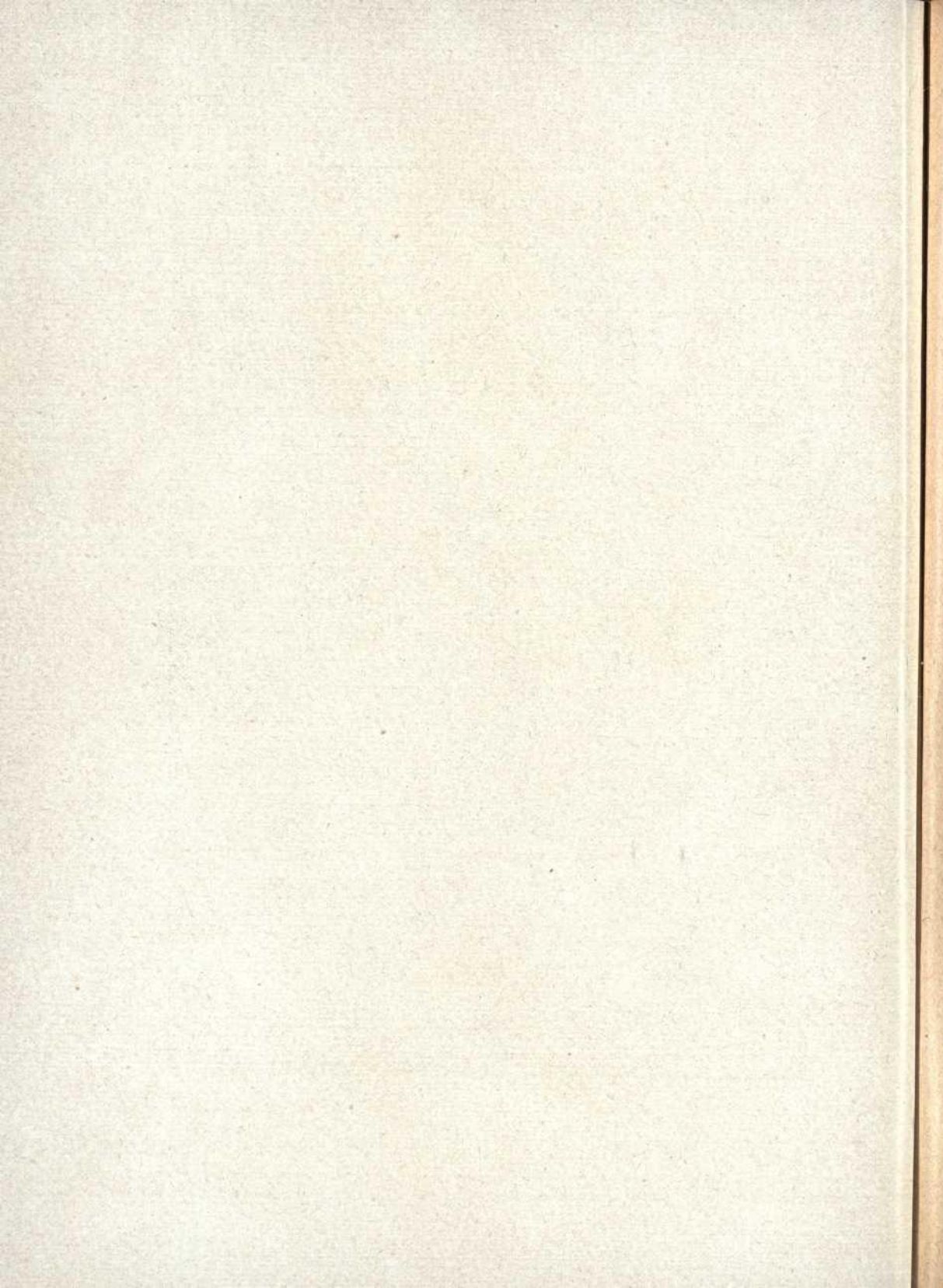
Hasta aquí llegaba la procesión, cuando paró la
vista D. Leandro, en que venía en ameno coloquio
con Terencio D. Juan Ruiz de Alarcón, quien para
poner la corcova á salvo de los alfilerazos de los suyos,
tenía cédula de vecindad en aquel senado de los pa-
dres graves.

— ¿Son locos ó son poetas? — exclamó, desatando
la cólera, D. Leandro, y asiendo de la capa al anti-
guo relator: — ¿estos antiguos maestros, espejo de

toda bella arte, oráculo del buen gusto, han perdido el seso, por ventura, para reconocer prelación y autoridad en el caudillo de los ingenios disolutos, rebeldes contra el imperio de las ordenanzas retóricas? ¿Qué ha de ser del arca santa de la poética, si á las poquedades de la escena y de la lírica presentes añadimos este escándalo de posponer la ley inmutable de las reglas á las insolencias y demasías de los novadores? En buena hora se entienda el inculto Shakespeare con Lope, que allá corren parejas su inspiración y sus bárbaros extravíos; pero que el pulquérrimo Racine, Molière, el gran Molière, vayan á honrar al corruptor de la escena, convicto y confeso de haber hablado en necio en aras del vulgo... tal enormidad no esperaré verla en mis días.

—Aplaque vuesa merced su enojo, amigo don Leandro—contestó Alarcón,—que nunca la pasión fué consejera de justicia. Esta meseta desde donde vuesa merced mira á frey Lope, está bastante baja para contemplarle en cuanto vale. Allá arriba tenemos más alto punto de mira, y cuando la niebla de la envidia y los vapores de la crítica no empañan el día, bien claro se distingue la grandeza prodigiosa de aquel genio, nuevo Atlante, sobre cuyos hombros descansan el cielo del moderno arte y la fábrica milagrosa de la patria escena. Breve y estrecha era la turquesa ática para encerrar el espíritu de nuestro siglo: el genio de las Españas, al ser comprimido, hizo estallar los antiguos moldes: sólo nuestro Fénix, bebiendo los raudales de la poesía popular, dióle in-





mortal encarnación. Las naves y las armas castellanas habían arrancado su misterio al mar y su secreto á la victoria. Columnas de Hércules no habían de resistir al arte de aquella generación de descubridores y de héroes. Avasalló Lope con su potente inspiración los dominios todos de la poesía, y tejiendo los laureles que ante su fecunda mirada brotaban en cada uno, ciñó á la patria la corona de gloria imprecadera. Fundió en mágica armonía el brío sublime de la epopeya y la tierna sencillez de la égloga, las galas y atrevidos vuelos de la lírica, y el gracejo agudo de la sátira, el tono popular del romance y las fantásticas mudanzas de la novela, y vióse en un momento que al pasar por sus manos las farsas de los faranduleros y las hinchadas y exóticas fábulas de los imitadores, trocábanse en el drama nacional. Tal fué la obra que el pueblo español palpita y vive eternamente en ella con su fe, sus costumbres galantes, su carácter caballeresco y satírico, con sus vicios y con sus virtudes.

— La verdad no es sospechosa en vuestros labios — replicó Moratín, no poco calmado; — y bien sé que ninguno os lleva ventaja en «el ganar amigos»; pero la verdad ha de ser para el varón justo más amiga que Platón. El mucho ingenio no disculpa, antes acusa á Lope: monstruo de la naturaleza le apellidó Cervantes, y más debió de ser mote que loa. Monstruoso por manera fué en todo: en lo noble como en lo mezquino; modelos tuvo y los redujo á prisión; gritábanle los libros, lo convencían, pero las lisonjas de los

profanos lo esclavizaban: al vulgo siguió, no al arte. Mil ochocientas comedias que hizo son prodigio de fecundidad, no de mérito y de perfección. Pudo ser dictador del público, y se dejó dictar por el pueblo. Conquistó nuevos horizontes al arte, pero más fueron los vicios que nos trajo, que no los reinos que nos ganó; y acaeció luego lo peor de todo, que perdimos los reinos y nos habemos quedado con los vicios. Lope engendró á Montalván, Montalván á Cañizares, y Cañizares no puede negar que es quinto abuelo de Comellas. Mi D. Eleuterio Crispín no es personaje fantástico: en línea derecha viene de esta ilustre progenie. En Lope no cabe perdón; pues qué, ¿no hay más que escribir comedias á rienda suelta del albedrío, dejándolas á Dios y á la ventura, y á salga lo que saliere? ¿Antes de él, no existían los modelos inimitables de las bellas letras? ¿El cielo de la belleza, no tenía sus luminares para regir la gravitación y movimientos de las artes?

— Tal habla vuesa merced, Moratín amigo — dijo en este punto con benévola sonrisa D. Juan, — que bien se deja traslucir que los libros, y no el estudio práctico de la vida, le han hecho la opinión y el carácter. Vivió vuesa merced en medio de una sociedad momificada, y no piensa sino en un alcalde corregidor para la poesía, y en unas ordenanzas que regularicen hasta los pormenores más mínimos del arte. Si al terminarse el Partenón y las Pirámides hubieran los hombres cerrado las puertas á la invención, no asombrarían al mundo la cúpula de San

Pedro, ni los encajes de las torres de Burgos. No hemos de reducir el arte á Homero, sino Homero al arte; y si Cicerón ó Aristóteles hablasen hoy, las gentes nuevas se morirían de tedio, y no sin fundamento, que ya dijo el ingenioso hidalgo, cómo los tiempos mudan las cosas y perfeccionan las artes. Quien intentara ajustar la comedia española á las leyes y reglas de los antiguos, á fe que procedería contra la naturaleza. Ciertó que los imitadores no faltaron á Lope, pero túvolos tales que con él compitieron en gloria: toda arte nueva tiene por esposa la inspiración y por cortesana la decadencia: los nietos que dijo vuesa merced, son hijos de la esclava; Calderón y Tirso son los príncipes legítimos de la monarquía de Lope, y estos linajes llegan bañados en resplandor hasta los tiempos más nuevos, como los más brillantes astros de las edades presentes. Y ruego á vuesa merced que acepte mi brazo para el viaje que hemos emprendido á la República vecina, de que el Páctolo únicamente nos divide, y aun he de hacerle fuerza á que venga, porque Lope se ha de ver en su propia casa, y sólo á la altura en que mora puede juzgársele como es.

Algo resistió Moratín, y más dificultades habría presentado si no fuera porque vió pasar cerrando la egregia comitiva á D. Francisco Javier de Burgos, que por no soltar el brazo á Quinto Horacio, se había hecho amigo de Mecenas, del Falerno y hasta de Canidia la envenenadora. Dirigió una triste mirada D. Leandro al abandonado alcázar del dios, y al ver

que no quedaban más moradores impenitentes que el viejo Fabricio y el Marqués de Morante, lanzó al aire el más hondo suspiro que pudo, y se dejó llevar del Terencio castellano.

A medida que se iba acercando á Lope y más ascendía en la pendiente suavizada por el tiempo, se le agrandaba el horizonte y dábale gloria de ver tanta luz y tanta grandeza. Tan arrepentido llegó de sus culpas y ganoso de prestar pleito homenaje al fénix de los ingenios, que, sin notar las aclamaciones y agasajos con que era acogido, corrió á doblar ante él la rodilla; pero Lope no se lo consintió nunca, antes bien lo recibió amorosamente en sus brazos.

Abrazo fué aquel que empezó nueva era en la República literaria: enarbolóse en la cumbre del Parnaso la bandera de Castilla: algunos ya olvidados dieron á nuestro mundo tan feliz nueva, y los Hartzenbusch, Ayalas y Tamayos lo han cantado hasta nuestros días á la España entusiasmada.



ÍNDICE

LOS IDUS DE ABRIL

UNA TRAGEDIA BAJO CALÍGULA

	<u>Pág.</u>
I... República é Imperio.	7
II.. Las hablillas de la ciudad.	27
III. Así lo hilaron las parcas	45
IV. En casa del César	67
Epílogo	99
Nota	103

LA DEMENCIA DE LOS CÉSARES

ESBOZO DE UN DRAMA HISTÓRICO

PRÓLOGO.— <i>La agonía de Tito</i>	109
PRIMERA JORNADA.— <i>La Edad de oro</i> (años 81 al 86.—Era cristiana).	
I.... Una sesión del Senado.	121
II... Fragmentos de las actas diurnas	126
III.. En la taberna vinaria de Próculo	129
IV.. Cartas familiares	135
V... Palacio de Domiciano en Alba	142

	Pág.
VI.. El alma de Domiciano.	148
VII. En el pórtico de palacio	153
SEGUNDA JORNADA. — <i>La pendiente del abismo</i> (años del 93 al 95).	
I.... En la redacción de un periódico. — Las primeras rebeliones. — Los cristianos.	159
II... Cartas familiares	167
III.. En el Palatino	169
IV.. En una taberna popina del barrio Velabro mayor.	177
V.... Cartas familiares	182
VI.. El Rodaballo (sátira de Juvenal)..	184
VII. En el dormitorio de la Emperatriz.	190
TERCERA JORNADA. — <i>Delirium tremens</i> (de Abril á Septiembre del 96).	
I.... En la prefectura urbana	195
II... La cena macabra (sobre un pasaje de Dion Casio)	200
III.. La Naumaquia	203
IV.. En la cámara del bufón	205
V.... En las catacumbas	215
VI.. La catástrofe.	220
VII. Después de la muerte	229
EPÍLOGO (13 de Septiembre del año 81)	231
Nota del autor.	232

LA RETIRADA DEL DUQUE DE ALBA

I... La gente del tercio viejo	237
II.. El duque-capitán.	255
III. Pavlus Papa IV	263
IV. Los últimos rugidos.	275
EL NATALICIO DE LOPE.	285

